Los Malvados y Los Malditos



WARHAMMER
40.000

Table of Contents

SINOPSIS

Tras aparecer en circunstancias misteriosas, tres extraños se encuentran en las brumas de un cementerio desolado. A medida que relatan sus historias, los hilos del destino se dibujan a su alrededor...
Terror clásico compuesto por tres relatos de Warhammer, cada uno con sus propios rasgos distintivos: una historia de fantasmas, una saga de monstruos y un relato de terror psicológico, enlazados a través de una historia aterradora.

CORRECCIÓN: KAS

PORTADA: MAZA



Más allá de las palabras

Todo el trabajo que se ha realizado en este libro, traducción, revisión y maquetación esta realizado por admiradores de Warhammer con el objetivo de que más hermanos hispanohablantes disfruten y compartan de este gran universo.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Una campana oscura suena en el abismo.

Retumba a través de mundos despiadados y gélidos, lamentando el destino de la humanidad. El terror se ha desencadenado, y todas y cada una de las viles criaturas que moran en la noche acechan entre las sombras. Aquí no hay más que maldad. Monstruosidades extrañas vagan a la deriva en naves sepulcrales. Vigilantes. Expectantes. Voraces. Seres siniestros que susurran por los bosques envueltos en penumbra, espectros que se escabullen en las mentes inquietas. Desde las profundidades del vacío hasta la tierra empapada de sangre, horrores diabólicos aguardan en la noche infinita para deleitarse con almas indignas.

Abandonad toda esperanza. No os encomendéis a la fe. Los sacrificios arden en piras de locura, los cadáveres en descomposición se revuelven en sus tumbas perturbadas. Abominaciones demoníacas otean con miradas libidinosas y sonrisas contraídas, mirando fijamente a los ojos de los desventurados. Y sus Poderes Ruinosos, con indiferencia, observan impasibles.

Es la hora del juicio final, donde toda alma mortal se encuentra a merced de las cosas que moran en la oscuridad. Esta es la noche eterna, dominio de monstruos y demonios. Esto es Warhammer Horror. Nadie escapa a su condena.

Y así, la campana sigue sonando.

Silencio

PARTE 1

El planeta se llamaba Silencio. Era un mundo de columnas grises y estatuas adustas, cuyas sombras se entretejían unas con otras. Entre aquellas sombras, unas presencias extrañas merodeaban sobre piernas escuálidas. Las doradas máscaras mortuorias que llevaban capturaban en ocasiones la suave luz de los lúmenes ceremoniales, y los velos grises que los cubrían crujían mientras se afanaban en sus tareas eternas.

Silencio era un mundo de muertos. Un mundo cementerio. Enormes depósitos de caídos se alzaban hacia los pálidos cielos y se incrustaban en las profundidades de la corteza de la tierra. Gigantescos mausoleos con cientos (cuando no miles) de muertos honrados se alineaban formando bulevares amplios y silenciosos. Fosos de piedra con recovecos poco profundos albergaban a indigentes y mendigos a millones.

Así como era en vida, así era en la muerte.

El aire del mundo cementerio era frío y húmedo, cargado de neblina y del persistente aroma del incienso, que flotaba sobre las calles y ocultaba el hedor de la podredumbre. Las formas fetales de los querubines cibernéticos volaban sin rumbo con alas andrajosas, y sus rostros parecían calaveras doradas. Arrastraban quemadores de incienso en la oscuridad y el silencio, murmurando salmos repetitivos con voces estridentes y metálicas. La condensación caía en incesantes oleadas por las ventanas acristaladas que observaban las calles y avenidas que discurrían por debajo.

El mundo estaba sepultado bajo piedra y cristal. Hacía siglos que había muerto, pero no había nadie que se percatara. Los únicos habitantes eran los ciberquerubines y los servidores mortuorios con sus piernas larguiruchas y sus cuerpos inhumanos amortajados.

Como todos los servidores, su vida era pura persistencia. Se arrastraban entre las tumbas, asegurándose de que todo estuviera como debía estar y de que todo se hallara en el sitio adecuado. Realizaban su tarea en completo silencio excepto por el amortiguado estruendo de las campanas funerarias que envolvían sus cuerpos. Solo pausaban sus esfuerzos para

observar a los pocos peregrinos que venían a Silencio para atravesar los lúgubres campos de piedras y estatuas.

A veces, por algún motivo que solo ellos conocían, seguían a los visitantes desde la distancia. Como si tuvieran curiosidad por conocer sus intenciones. O tal vez se anticipaban a lo inevitable.

Esta última razón era la que pululaba por los pensamientos de Egin Valemar mientras caminaba en soledad por las calles de Silencio. Era alto y enjuto, igual que muchos hombres, y su sombra se estiraba detrás de él siguiendo su estela. Los servidores mortuorios lo observaban y él lo hacía a su vez con el estado de alerta propio de un soldado. Se ajustó el cuello de su gabán para ahuyentar el frío persistente. El abrigo era negro, igual que la gorra con visera de comisario que llevaba.

Valemar estaba enfadado. Solía estarlo a menudo. En ese momento lo estaba porque se encontraba en Silencio y no con su nuevo regimiento. Estaba enfadado porque le habían ordenado venir, aunque no estaba seguro de por qué ni quién había sido. Y estaba enfadado porque le dolía la cabeza.

Llevaba ya un tiempo doliéndole. Una migraña pertinaz florecía dentro de su cráneo. A veces se acostumbraba tanto al dolor que se olvidaba de él. Y entonces una repentina punzada le recordaba su presencia. Se le clavaba en la carne y le hacía muy difícil pensar en otra cosa.

Se detuvo y se frotó las cejas tratando de calmar el tamborileo creciente en las sienes. Con la presión de los dedos, el dolor retrocedió, aunque solo ligeramente. Era el estrés de su reciente destino. Suspiró y bajó las manos.

—Lo siento, coronel —murmuró.

Se preguntó si sería esa la razón por la que le habían ordenado venir a Silencio, aunque no llegaba a imaginar quién podría haber querido que viniera él. Había intentado averiguarlo antes de partir, pero el Departamento Munitorum era un laberinto inaccesible de burocracia; uno para el que no tenía paciencia. Mejor dejarse llevar que arriesgarse a ser negligente en sus obligaciones. Y, en cualquier caso, si estaba allí era porque allí era donde se suponía que debía estar.

Miró hacia arriba. Las estatuas se alineaban a lo largo de la avenida, héroes olvidados del Imperio, dispuestos sobre amplios pedestales donde se indicaban sus acciones y la fecha de su muerte. O, en algunos casos, la fecha estimada de muerte. A veces era difícil de confirmar. La burocracia

imperial era una corriente lenta. Al final, todas las cosas llegaban al mar, pero a su tiempo. Un dicho del coronel.

Valemar frunció el ceño molesto por ese pensamiento. El coronel estaba muerto y los sentimientos eran el refugio de los cobardes.

Cerca de él resonaron unas campanillas funerarias. Se dio la vuelta y se puso tenso de repente. La espesa niebla entre las estatuas y las tumbas difuminaba el camino por el que había venido. Se dispuso a continuar con más celeridad, pero las campanillas volvieron a sonar. Más cerca. A su izquierda. Se detuvo y se giró, ansioso por empuñar el arma. Una súbita sensación de paranoia lo recorrió de arriba abajo.

Tal vez esto fuera una trampa. Tal vez sus enemigos lo habían convocado aquí. ¿Y qué lugar hay mejor para matar a un hombre que un mundo cementerio? Rio con amargura. No tendrían más suerte ahora de la que habían tenido antes. El Dios-Emperador cuidaba de él. Él lo sabía, no le cabía ninguna duda. La única certeza en una existencia por lo demás ambigua.

Como si le hubieran leído el pensamiento, el sonido de las campanillas se desvaneció. Fuera lo que fuera aquello, se alejaba de él. Esperó un rato antes de continuar. No estaba seguro de adónde se dirigía, pero sabía que debía llegar allí a tiempo.

Cuando se giró, el servidor mortuorio lo estaba esperando.

Los sensores ópticos de la máscara funeraria brillaron con una luz carmesí cuando bajó la mirada hacia Valemar. Era más alto que él, pero más larguirucho. Las piernas eran trozos de metal unidos de forma extraña y salpicados de filamentos sensoriales semejantes a los pelos de la pata de una araña. El cuerpo se ocultaba bajo un harapiento sudario gris, pero Valemar podía ver algo que se retorcía bajo los pliegues. Cosas invisibles zumbaban y emitían chasquidos, y podía oler el hedor del incienso rancio que se aferraba a aquella tela tiesa y mugrienta.

La cabeza del servidor reposaba al final de un cuello alargado compuesto de segmentos vertebrales metálicos. Estos rechinaban suavemente mientras el servidor lo observaba. La máscara mortuoria dorada estaba forjada para asemejar las facciones redondeadas de un querubín sonriente. El autómata dio un paso ligero y arrastrado hacia él. Valemar se mantuvo firme. Detectaba un rastro de carne pútrida bajo la omnipresente pestilencia del incienso. No confiaba en las máquinas, y menos todavía en

las que se cubrían con carne. Dejó caer la mano hacia la pistola láser que llevaba en la cadera. La mirada roja bajó siguiendo el recorrido de su mano y, después, volvió a subir.

—Identifícate —solicitó el servidor mortuorio con una voz infantil y cantarina.

—Valemar. Comisario Egin Valemar. Me están esperando.

Hizo una pausa preguntándose por qué había dicho eso. Por cuanto podía recordar, nadie allí lo esperaba. Nadie vivo, en cualquier caso. No obstante, obtuvo el efecto deseado. El servidor dio un gruñido binario y se apartó de su camino repiqueteando. Retrocedió hacia la niebla y pronto no quedó señal alguna de su presencia allí.

Valemar siguió adelante. El dolor de cabeza remitió cuando entró en una pequeña plaza que contenía diversas hileras de féretros. Había visto plazas similares desde la distancia, salpicando el paisaje urbano y siguiendo algún patrón que a él se le escapaba. Siempre se le había dado bien encontrar patrones, aunque no comprendiera su significado.

Cada féretro estaba ocupado por una figura cubierta con su mortaja. Sintió un escalofrío cuando pasó entre aquellas hileras, como si pudieran levantarse en cualquier momento y exigirle que explicara los motivos de su presencia allí. Siguió el camino hasta llegar al centro de la plaza. La niebla se levantaba conforme avanzaba. Oyó voces. Amortiguadas. Confusas.

Se detuvo y llevó la mano hacia el arma. La niebla se disipó y vio dos figuras de pie en el centro del lugar. Ambas se dieron la vuelta cuando él se acercó a ellas con la mano sobre el arma enfundada. El hombre tenía una estatura por debajo de la media y era oscuro. Iba ataviado con la pesada toga de misionario de la Eclesiarquía y su mirada oscilaba nerviosa entre Valemar y su acompañante. Ella era pequeña de estatura y de complexión, pero con los rasgos marcados y la mirada penetrante. Iba vestida con el uniforme de oficial del Guardia Imperial y tiraba distraídamente de las puntas de las vendas que se insinuaban debajo de las mangas.

Valemar hizo una pausa y se preguntó si debía saludar. Se decantó por un asentimiento respetuoso. Ella frunció el ceño, pero le devolvió el gesto.

El hombrecito extendió una mano frente a él.

—Oswick —dijo—. Oswick Marrikus. Ella es…

—Puedo presentarme yo misma, sacerdote —lo interrumpió la mujer con tono áspero—. Soy la comandante de campaña Leana Vendersen,

primera clase. ¿Y tú eres…?

Valemar no había estrechado la mano de Marrikus. El hombrecito la retiró con el ceño fruncido mientras Valemar se concentraba en la oficial.

—Comisario Valemar. Me están esperando.

—A todos nos están esperando, comisario —repuso Vendersen—. Aunque yo no tengo ni la más remota idea de por qué—. Un gesto de consternación se extendió por su rostro. —Es más, yo no… —Hizo una pausa y miró alrededor como si dudara.

Marrikus asintió.

—No sabes cómo has llegado aquí. Ni yo tampoco. —Lanzó una mirada a Valemar esperanzado.

—Por supuesto que sé cómo he llegado aquí —declaró Valemar. Le había tomado una aversión instantánea al hombrecito, aunque no sabría explicar por qué. Y la mujer parecía nerviosa. Tal vez tuviera algo que esconder. Algo que prefería que un comisario no supiera—. Me ordenaron venir. Yo… —vaciló—. Con una nave —dijo al fin.

Pero no lograba acordarse. No recordaba su llegada. Miró a su alrededor como si lo viera por primera vez. ¿Cómo había llegado aquí?

—¿Qué nave? —preguntó Marrikus.

—No he venido aquí para ser interrogado —contestó Valemar, cortándolo en seco.

—Entonces ¿por qué has venido? —quiso saber Vendersen.

Una vez más, Valemar se tomó su tiempo. Pensaba que lo sabía, pero descubrió que era incapaz de formar las palabras en su mente. Sacudió la cabeza.

—Mis órdenes no son asunto vuestro —comentó con rotundidad.

Ella se enfureció y pareció que quería decir algo, pero Marrikus fue más rápido.

—¿Por qué hemos venido los tres? —Alternaba la mirada entre los otros dos—. ¿Recuerdas haber sido invitado? —preguntó con los ojos fijos en Valemar. Después, miró a Vendersen—. ¿Y tú? —Volvió a mirar a su alrededor—. Tal vez no tenga importancia —añadió suavemente—. Ahora estamos aquí. Y que el Dios-Emperador nos libre de todo mal.

Vendersen resopló.

Valemar le lanzó una mirada furiosa.

—No blasfemes.

Bajó la mirada hacia el más cercano de los cadáveres amortajados. Lo observó con atención tratando de discernir la forma que había debajo del fino sudario. Le resultaba inexplicablemente familiar.

Acercó la mano al sudario para retirarlo, pero se detuvo al oír el estruendo de las campanas. Levantó la vista y vio la vaga silueta de un servidor mortuorio que los vigilaba con suma atención desde un extremo de la plaza. Tenía su roja mirada clavada en él, así que retiró la mano poco a poco. Vendersen sacudió la cabeza.

—No les gusta que las cosas sean perturbadas —explicó—. Emiten un sonido horrible. Como cuando se despelleja a un gyrinx.

—Y tampoco nos permiten marcharnos —añadió Marrikus—. Ya lo he intentado antes y me han traído de vuelta. —Se frotó los brazos como si tuviera frío—. Solo el Dios-Emperador sabe por qué.

Valemar vio más servidores deslizándose entre las tumbas más alejadas murmurando oraciones binarias. Algo en ellos le puso los pelos de punta. Notó de nuevo el pulso en la cabeza y se frotó las sienes.

—Tengo un arma —manifestó.

—¿Solo una? —espetó Vendersen mientras le daba unos golpecitos a una ornamentada pistola láser con bayoneta.

—Tal vez deberíamos limitarnos a esperar —propuso Marrikus—. Al final vendrá alguien y nos dirá por qué estamos aquí.

—¿Y si no viene nadie? —preguntó Vendersen.

—¿Por qué nosotros? —intervino Valemar. Los otros dos lo miraron. Les sostuvo la mirada en busca de algún rastro de mentira. Un destello de algo que no debiera estar ahí. Pero en sus ojos no había más que el reflejo de su propia confusión cada vez mayor.

—¿Qué? —exclamó Marrikus.

—¿Por qué nosotros? ¿Por qué aquí? —Valemar señaló las tumbas—. ¿Tenemos alguna característica en común? —Se lamió los labios, su nerviosismo iba en aumento. Sintió la necesidad de escapar, aunque no sabía decir de qué—. ¿Qué es lo último que recordáis? —inquirió.

—¿A qué te refieres? —intervino Vendersen con cautela.

—Ninguno de nosotros recuerda por qué está aquí ni cómo ha llegado a este lugar. ¿Qué es lo último que recordáis?

Vendersen le lanzó una mirada de desconfianza.

—Tú primero, comisario.

—Sí, no, me parece bien —dijo Marrikus rápidamente, antes de que Valemar pudiera contestar—. Nos contamos nuestras historias y vemos si la respuesta se encuentra ahí. —Entonces miró a Valemar—. Tú primero, comisario, por favor.

Valemar sacudió la cabeza.

—Bien. —Estudió el cadáver más cercano—. Recuerdo…

Sonrió.

—Recuerdo que el cielo estaba en llamas…

La bestia de las trincheras

JOSH REYNOLDS

El cielo ardía en llamas.

Como inicio, creo que es hasta poético. Estábamos en guerra (¿y cuándo no lo estamos?) y el mundo se consumía por debajo de nosotros. Por debajo de mí. El aire poseía cierto sabor a humo y el calor me asfixiaba, como si fuese la mano del Dios-Emperador. Me zumbaban los oídos, pero todavía podía oír los gritos de los hombres, que recorrían las líneas de las trincheras de arriba abajo. Gritaban sin cesar. Lloraban y se lamentaban. Mi regimiento estaba formado en su mayoría por cobardes y chiquillos, muy a mi pesar.

Las pasarelas de ferrocemento se combaban bajo mi peso mientras me obligaba a ponerme en pie y, a tientas, intenté coger la pistola láser que llevaba en la cadera. El barro (al que habíamos empezado a llamar «la sopa», por razones más que evidentes) que se amontonaba debajo de las pasarelas hervía por el calor que desprendían las cortinas de fuego. A mi alrededor, la trinchera adquiría una forma nueva y, mientras, yo me acercaba a trompicones a los gritos más cercanos. Las paredes bullían; se abombaban hacia fuera o se derrumbaban sobre nosotros. Las estructuras de ferrocemento que formaban la línea estaban destrozadas y desencajadas. En varias ocasiones, partes enteras de la línea de las trincheras y todo lo que en ellas había se desvanecieron en la sopa. Como si jamás hubiesen existido.

La guerra es una bestia hambrienta, y engulle a su presa. Un regimiento entero puede morir en cuestión de segundos; el triunfo se puede convertir en tragedia, y la victoria, en derrota. La única forma de mantener a raya la avidez de la guerra es no perder la disciplina. Pero la disciplina, tal y como ocurre con el ferrocemento, puede resquebrajarse y romperse en mil pedazos para después desaparecer entre el barro, a no ser que alguien se ocupe de ella y de su bienestar.

Un montón de hombres se movían a mi alrededor, pero yo apenas los veía: eran unas sombras grises, uniformes recubiertos de lodo y cenizas, con unas máscaras medioambientales que les otorgaban a todos los mismos rasgos inhumanos. Por lo general, yo no solía usar mi máscara, a pesar de

que el calor me corroía los pulmones y los senos nasales. Quería que me viesen, que viesen mi rostro. Que viesen que no era como ellos. Necesitaban que se lo recordara. Yo mismo necesitaba recordarlo. Los valores, la disciplina, debían mantenerse.

Sin dejar de toser, y a trompicones, bajé por la línea de las trincheras mientras apartaba a los hombres de mi camino. No se quejaron, o, si lo hicieron, no me enteré. Vieron mi rostro, la visera negra, el abrigo (que estaba lleno de manchas de barro) y me reconocieron. Supieron quién era, qué era. Y se erguían en sus puestos. Se callaban. Como buenos soldados.

Pero allí donde hay buenos soldados también abundan los malos. En cualquier regimiento se pueden encontrar malos soldados, siempre. Los vagos y los cobardes. Aquellos sin escrúpulos, y los que carecen de cordura. El Dios-Emperador los reconocía, y yo también. Me habían entrenado durante toda la vida para detectarlos. Para ver las señales que indicaban la falta de coraje en una persona, a veces incluso antes de que dicha persona se diese cuenta de sus carencias. Y para, después de haberlos visto, actuar en consecuencia.

La cobardía, si no se trataba, se propagaba entre los soldados como una enfermedad. Pero no solo la cobardía. Ocurría lo mismo con el libertinaje, la falta de respeto… Las personas descuidadas eran caldo de cultivo para todas esas características. Si uno no se encargaba de ellas, podían descomponer un regimiento entero. Dejarlo inservible, e incluso llegar a destruirlo.

Pero aquel día no ocurriría. No en aquel momento, con el cielo en llamas por el fuego químico y con las trincheras convirtiéndose en sopa a mi alrededor. Los gritos no eran buenos para el ánimo de los soldados. No eran buenos para el regimiento. Y yo era consciente de cuál era mi deber.

Con la pistola láser en mano, avancé por la línea de la trinchera a toda velocidad. Cuanto más tiempo durasen los gritos, peores serían los efectos que tendrían. Otra lección que había aprendido en la schola progenium. Allí me habían enseñado muchísimas cosas importantes y de gran valor. Cada noche, agradezco al Dios-Emperador el tiempo que pasé allí, por muy agotador que fuese.

Las trincheras que atravesaba no eran más que unos cañones de barro irregulares, reforzados gracias a las losas de ferrocemento. En algunos puntos, el lodo se había tragado la piedra y el metal, y la suciedad y los

daños habían ocultado las marcas del regimiento. Además, habían extendido unas pesadas mallas medioambientales en lo alto de algunos lugares de las trincheras, para minimizar al máximo los daños de las inclemencias del tiempo. Pero no eran de mucha ayuda; pocas eran las veces en las que dicha estrategia funcionaba. Aun así, las extendimos, tal y como nos explicaban los expertos en los manuales. Cavábamos nuestras trincheras hasta la profundidad adecuada, sin importarnos el barro, colocábamos nuestras armas y ubicábamos nuestros emplazamientos.

Las cosas se pueden hacer bien, o se pueden hacer mal, lo sé. Era otra lección que me habían enseñado, y me la tomaba muy en serio. Las cosas se hacían bien cuando se hacían como al Dios-Emperador le habría gustado. Se hacían mal cuando se hacían al gusto de la herejía, de las faltas de respeto y de la ausencia de disciplina.

Los paveses hechos con armaplas se alineaban a lo largo de las trincheras y los hombres se resguardaban tras ellos. El sonido de los disparos de fuego láser atravesaba el aire mientras los soldados soltaban todas sus frustraciones contra el enemigo oculto. Siempre ocurría lo mismo: durante un aluvión de disparos, o justo después de uno, los soldados usaban las cargas y la valiosa munición de sus rifles láser. Los oficiales se habían cansado de intentar evitar que disparasen a fantasmas inexistentes.

Qué curiosa es esa palabra. Fantasmas. Bueno, pero es apropiada, al menos en el caso de nuestros enemigos. Nos atacan desde la lejanía, y en contadas ocasiones se han acercado a nosotros. En contadas ocasiones se dignan a hacerlo, mejor dicho. No consigo recordar un solo día sin sus armas, sin aquella aborrecible cadencia. Incluso en los momentos de silencio, el aire resonaba con su presencia. Yo no podía escapar de ellas, ni siquiera en sueños. Si no hubiese sido por mi entrenamiento, habrían conseguido que perdiese la cabeza.

Varios de mis soldados la perdieron. El incesante bombardeo consumió sus psiques simplonas, les destrozó la mente y el alma. Cuando ocurría, tenía que actuar con presteza. No podía permitir que la debilidad se extendiese entre los demás.

Llegué al origen de los gritos tras un par de minutos de arduos trompicones, y me abrí paso a empujones entre una multitud cenicienta de máscaras ambulantes.

—Volved a vuestros puestos —gruñí mientras empujaba a mis hombres hacia los laterales de la trinchera—. ¡Todos a vuestros puestos! ¡Ya!

Los soldados mascullaban entre dientes en un tono amenazante, y las voces sonaban apagadas por las máscaras, pero habían aprendido a no contradecir las órdenes. Discutir con un comisario era como dormir bajo un tanque de batalla: uno podía salir con vida de aquello, pero pocos eran quienes lo conseguían.

Cuando logré despejar el camino, localicé la fuente de los gritos. Era joven, y le habían arrancado la máscara; había quedado a la vista una piel blanca como la leche y unos ojos de un azul tan intenso que, de primeras, pensé que el soldado estaba herido. Tenía el uniforme lleno de manchas de barro y ceniza, y no había ni rastro de su arma. De cuclillas a su lado había un médico del ejército; el caduceo que llevaba en la hombrera había perdido color y casi se le había borrado de la armadura. El joven que gritaba no parecía herido, así que enfundé mi pistola.

—¿Por qué grita?

El médico alzó la cabeza y me miró, con los ojos como platos. Mascullo algo, pero la máscara que llevaba amortiguó el sonido de su voz. Nunca había conocido a un médico que sirviese para algo. Lo eché a un lado de un empujón y agarré al joven chillón por el cuello. Se revolvió bajo mi agarre, sin fuerzas, como si fuese un gusano. Balbuceó varios disparates en ese incomprensible dialecto de gótico vulgar que hablaban casi todos los miembros del regimiento. Nunca me molesté en aprender su idioma, pues, al final, la mayoría conseguía aprender a hablar como correspondía.

—Ponte en pie —dije, levantándolo del suelo—. Contéstame.

En vano, agitó una de las manos en dirección al muro de la trinchera, donde se extraían los huesos del lodo como si fuesen excrementos. Calaveras, fémures y cajas torácicas hechas trizas. Los restos del campo de batalla. El lodo cocinaba a los muertos si los médicos no llegaban a tiempo para evitarlo. Hacía hervir la carne y los músculos, y solo quedaba el hueso. Hice una pausa mientras contemplaba lo que tenía delante.

A veces, cuando las trincheras se contraían de cierta forma, los huesos subían hasta la superficie. Se extendían y se agrupaban por todo el suelo de la trinchera. La mayoría de ellos regresaban a su hogar bajo el lodo antes de que recuperase su forma, pero, a veces, se quedaban allí desperdigados, en

el suelo. Solté al hombre y recogí una calavera humeante de la sopa. La levanté ante sus ojos.

—¿Por esto? ¿Esto es lo que hace que no dejes de gritar?

Lo cogí por el cuello de nuevo antes de que pudiese volverse y escapar. Era un cobarde, sin duda. Como todos ellos. ¿De qué te servía un soldado si no podía enfrentarse a la muerte? Era como una pistola que no podía disparar.

El aire vibraba mientras las sordas explosiones de la artillería enemiga resonaban a nuestro alrededor. Hubo un temblor en la trinchera, que se estremeció y se retorció, mientras los hombres perdían el equilibrio o luchaban por asegurar las losas de ferrocemento que mantenían a raya gran parte del lodo. Tras las máscaras, los soldados movían los ojos en círculos a toda velocidad, con el terror reflejado en ellos. Se alzó un murmullo de voces. Entre el lodo y los gemidos y gritos del joven que tenía delante, todo el mundo estaba de los nervios.

Había que mantener la disciplina, y yo era quien debía encargarse de hacerlo.

Cogí al joven soldado por la armadura y, de un tirón, lo acerqué a mí.

—Silencio —ordené—. ¡Silencio!

Pero no se detuvo. Quizá no podía callarse. No sé mucho del funcionamiento de la mente. A lo mejor había perdido la cabeza de tal forma que había visto su mundo reducido a algo tan aterrador que no tenía otra opción más que gritar, y gritar, y gritar… Sus chillidos eran como un cuchillo que se me clavaba en la cabeza. Eran casi peor que las armas.

Tenía que conseguir que se callara. Por el bien del regimiento. Por el bien de la disciplina. Lo arrastré hasta las ruinas del muro de las trincheras, hasta los huesos. Él intentó volverse, y me daba manotazos en el brazo. Unos golpes débiles. Una mente débil. Un eslabón débil. Lancé la calavera que tenía en la mano y lo obligué a mirar la montaña de huesos.

—Idiota —espeté—. Cobarde. Los muertos no pueden hacerte nada. Pero yo sí, y lo haré si no dejas de hacer tonterías.

El joven se retorció, sin dejar de lloriquear. El médico había trastabillado, se había caído al suelo y retrocedía con dificultad mientras el resto de los presentes nos miraban. Observaban con atención. Y quería que lo hicieran. Quería que viesen que allí no había nada que temer. Salvo a mí.

Entonces, los gritos del joven cambiaron, se transformaron en un gemido de desconsuelo: el llanto de un chiquillo. Débil, como ya he dicho antes. Quizá era demasiado joven para el campo de batalla, pero el Dios-Emperador lo había elegido, lo había guiado hasta allí. Lo menos que podía hacer él era demostrar un poco de coraje. Era lo único que él les pedía a sus siervos. El coraje para hacer lo que fuese necesario, costase lo que costase. Mientras lo sostenía allí, en el barro, sin hacer caso de sus forcejeos, se lo expliqué a él y a todos los que nos miraban. No debía dejar escapar la oportunidad de enseñarles una lección, incluso entre la confusión de un ataque enemigo.

Los forcejeos fueron cada vez más frenéticos. Lo hundí todavía más en el lodo, hasta que los huesos me cubrieron los brazos y me llegaron hasta el pecho. Me dio un par de patadas en la espinilla con las botas mientras, con las manos, removía el barro que tenía a ambos lados de la cabeza. Clavó las uñas en el muro de la trinchera sin dejar de gritar, aunque, con los disparos de fondo, apenas podía oírlos.

Y, entonces, se calló de golpe. Fue tan repentino que casi lo suelto. Pero no lo hice, y lo sostuve un par de minutos más. Quizá tres. Tenía que asegurarme, claro. Tenía que comprender el delito que había cometido. La cobardía era la mala hierba que crecía en el jardín de la victoria. El miedo, el vicio de los débiles. Y yo no iba a permitir que hubiese débiles en mi regimiento.

Cuando tiré de él para sacarlo, quedó claro que lo había sobreestimado. Era más débil de lo que pensaba. En aquel momento, supe que le había hecho un favor, y eso me molestó. Debía castigar la debilidad, no premiarla.

No era más que una carga entre mis manos, así que lo solté. El cuerpo del joven se estrelló contra las pasarelas y permaneció allí, inmóvil. Los ojos azules, abiertos de par en par y vacíos, miraban a la nada. Sentí las miradas del resto posadas en mí como si fuesen manos y me giré hacia ellos. Me encontré con el desconcierto de sus ojos fijos en mí, pero no me inmuté.

—¿Qué estáis mirando vosotros? —exclamé, sin alzar la voz.

No dijeron nada. No podían decir nada. Sus vidas me pertenecían. Para valorarlas y juzgarlas como creyese conveniente. Y ellos lo sabían. Aunque sabían que no sería un juez injusto. Algunos comisarios lo eran:

unos tiranos mezquinos, que se escondían tras su autoridad. Pero yo no era como ellos. La mano del Dios-Emperador se posaba sobre mi hombro, y su luz me iluminaba.

A veces, me preguntaba si ellos podían verla. Si pueden verla. La luz, claro. ¿O sus almas son demasiado simples como para percibir semejante luminiscencia magnífica? Si soy sincero, es una pregunta que me hago a menudo. ¿Soy un afortunado entre los fieles? ¿O dicha gracia divina era una esencia común de la humanidad, que todos poseían, se diesen cuenta o no?

Confieso que es una cuestión que me preocupa.

Pero, en aquel momento, no pensaba ni en la luz ni en la gracia. Estaba pensando en el hombre muerto que yacía a mis pies, y en cómo sus ojos me atravesaban, como si estuviese buscando las estrellas. Esos ojos azules. Nadie más tenía los ojos azules en el regimiento. Lo sé porque es mi trabajo saber esa clase de cosas. Cuando todo el mundo a tu alrededor lleva una máscara casi las treinta y seis horas terrestres por día, uno aprende a reconocerlos por los ojos, por las voces y por sus andares.

«Lo conozco», pensé. No por el nombre. Pero los ojos… ¿Habían cambiado? En condiciones como aquellas, no era insólito que hubiese pequeñas mutaciones. Otro indicio de debilidad. Sus delitos se agravaban, incluso después de la muerte. O, a lo mejor, había una toxina en el aire, o en la sopa, que lo había transformado. El mero hecho de pensarlo hizo que me estremeciera y, lo admito, miré hacia la máscara que me colgaba del cinturón y maldije mis bravuconadas.

Si no hubiese sido por aquel momento de flaqueza, no habría visto el guardapelo. Era un pequeño objeto de oro. Se le había salido de la armadura durante los forcejeos. Yacía sobre el pecho inmóvil del soldado, y el apagado brillo dorado estaba casi oculto bajo la suciedad. Me incliné y se lo arranqué.

Dejé que me colgase de los dedos y empezó a dar vueltas; entonces, me di cuenta de que ocultaba algo. En su interior, quizá. Un secreto. Los secretos eran otra grieta que se abría en el muro de la disciplina. A los soldados no se les permitía tener secretos. Era mejor que llevasen una vida simple y sin complicaciones; bien afiladas, marcadas y rectas, como el borde de una bayoneta.

Más indicios de debilidad. Otro delito más en su haber. Cada minuto que pasaba, su muerte quedaba más justificada, y sentí que me embargaba

una oleada de satisfacción. El Dios-Emperador había guiado mi mano, como ya había hecho antes en múltiples ocasiones.

—Levantadlo —ordené. El médico se arrodilló junto al cuerpo del soldado muerto mientras yo examinaba el guardapelo. Aunque no me gustaba nada, sentí curiosidad. Me preguntaba qué albergaría en su interior. Una fotografía, un mensaje… ¿Qué sería? Lo apoyé en la palma de la mano y cerré el puño con fuerza—. ¿A qué estás esperando? He dicho que lo levantéis.

—Está muerto —respondió el médico, con la voz apagada.

—Ya lo sé. Sé reconocer a un hombre muerto cuando lo veo. —Me guardé el guardapelo en el abrigo—. Es mejor así. El castigo por contrabando es el mismo que por un acto de cobardía: una rápida ejecución. Ya ha cumplido su condena. —Entonces, miré a mi alrededor, y dije—: Los demás, volved a vuestros puestos, ya.

El médico me observó con una mirada impenetrable. Ojos marrones, sosegados. Los ojos de un soldado.

—¿Y qué hacemos con él?

—Dejad que la sopa se encargue —contesté, mirando el cadáver.

La noticia de lo ocurrido se difundió, claro. Como siempre. Se enteró el coronel, como de costumbre, y me llamó para que me reuniera con él.

Yo acudí a la cita, como era de esperar. Si bien, en la teoría, los comisarios están fuera de la cadena de mando, en la práctica somos un eslabón más de la cadena. Puede que algunos alardeen de dicho privilegio y se aprovechen de él, pero yo soy más disciplinado que la mayoría. Sin normas, estén claras o no, no se puede mantener la disciplina. Por lo tanto, me someto a aquellos con más autoridad que yo, una autoridad que les ha conferido el Dios-Emperador.

Y el coronel era una de esas personas. Era mayor y duro, como los trozos fosilizados de huesos que, a veces, escupe la sopa; era robusto, con un cuerpo que dejaba a la vista una gran fuerza de espíritu. También llevaba puesto el uniforme, y tenía el rostro lleno de cicatrices y componentes cibernéticos desfasados. Uno de sus ojos era de metal, así como una parte de la mandíbula. El ojo zumbaba y chasqueaba mientras las lentes se enfocaban.

A menudo me preguntaba cómo se vería el mundo a través de un artilugio como aquel. ¿Se vería todo más claro, o no hacía más que aumentar la confusión del momento? Me arrepiento de no habérselo preguntado cuando tuve la oportunidad.

—Valemar, me han dicho que has ahogado a un chaval —declaró, sin preámbulos, mientras me encorvaba para entrar en el búnker de mando. Iba directo al grano, así era el coronel. Sabía cómo se llamaba, pero los nombres eran para los civiles. Los rangos ayudaban a que los soldados recordasen cuál era su lugar en la enorme maquinaria de guerra.

—Comisario —lo corregí. Era un juego que teníamos, que comenzó el mismo día en el que me trasladaron al regimiento. Él ya era mayor incluso en aquella época, y yo era joven. Yo había crecido, pero el juego continuaba. Miré a mi alrededor. No había nadie más. Bueno, mejor dicho, nadie más que fuese importante. También estaba su edecán, una pequeña entidad anodina que no despertaba ningún tipo de interés ni poseía importancia alguna. Otra figura gris más en un regimiento de figuras grises.

Por lo general, el coronel iba acompañado de un tropel de hombres de menor rango: un grupo de oficiales subalternos y sus ayudantes. Y, como era de esperar, el propio edecán del coronel permanecía en la penumbra, moviéndose de un lado para otro, como una sombra silenciosa. Todos eran simples sombras insignificantes del coronel, así como todos los soldados del regimiento eran sombras de mí mismo. Su disciplina y su fe eran reflejos de las mías.

¿Os parece prepotente que sea yo quien haga semejante afirmación? Puedo asegurar y aseguro que es la verdad. Como comisario, soy el alma del regimiento. Si ellos flaquean, es solo porque yo he flaqueado antes. Eso implica ser comisario. Eres el regimiento, el cuerpo militar. Sufres cuando el regimiento sufre; ganas cuando el regimiento gana.

La gente, o, mejor dicho, los soldados, no comprenden el papel de un oficial político. No creen que mi existencia sea necesaria. Y es así porque no poseen la visión de un hombre como el coronel. El coronel me entiende. Me conoció, y supo que mi fe era fuerte. Por eso confiaba en mí. No, no éramos amigos. Pero confiábamos el uno en el otro.

El coronel carraspeó mientras su edecán le acercaba una taza de recaff.

—¿Por qué ahogaste al chaval, comisario?

—Era una abominación, un cobarde y un ladrón. —Esa última afirmación no era más que una suposición. Todavía no me había dado tiempo a examinar bien el guardapelo, pero para mí era muy probable que lo hubiese robado.

—¿Y por eso lo ahogaste?

—Como ejemplo práctico para los demás.

El coronel se echó a reír ante mi respuesta. Fue una risa áspera, como el graznido de un cuervo.

—¿Y no habría bastado con pegarle un tiro en la cabeza con la pistola láser? —me preguntó mientras inclinaba la cabeza y me miraba con el ojo falso, cuyas lentes emitían un intenso brillo del color de la sangre—. ¿O es que sus delitos te enfurecieron de forma especial?

No respondí.

El coronel sonrió, como si hubiese contestado a su pregunta.

—Te lo tomas todo tan… a pecho, ¿no crees, Valemar? Como si sus faltas fuesen las tuyas.

—Comisario —indiqué.

—Comisario —se corrigió—. ¿Cuántos llevas hasta ahora? Bueno, desde que llegamos, me refiero.

No era una pregunta de verdad, así que no vi motivos para responderla. El coronel tenía preocupaciones mucho más importantes que cómo se ejecutaba a un cobarde. Llevábamos meses en guerra. Años, incluso. A veces no era fácil llevar la cuenta, cuando la noche y el día se fundían en un lapso gris de inexistencia. Pero así eran las cosas. El Dios-Emperador lo había ordenado, y nosotros solo teníamos que obedecer.

Cuando vio que no iba a responderle, el coronel gruñó y se alejó un poco. Se podía oír el estruendo que provenía del exterior, rítmico y desgarrador.

—Su cadencia de tiro es impresionante —comentó mientras analizaba los mapas y las capturas de imagen que cubrían las paredes del búnker. A continuación señaló uno de los mapas—. No hay forma de acallar las armas sin atravesar campo abierto. Y no hay forma de atravesar campo abierto sin perder, al menos, a un tercio del regimiento para emplazamientos defensivos. No hay forma de romper los emplazamientos defensivos sin apoyo aéreo, y no tenemos apoyo aéreo por culpa de las armas. Una bonita

trampa, y aquí estamos, sentados, cayendo en ella. —Entonces me miró—. Algunos de mis oficiales no apoyan mi teoría. ¿Tú qué opinas?

Eché un vistazo a los mapas sin el menos interés. A diferencia de aquellos que vestían un gorro y un abrigo negros, yo sabía cuál era mi lugar. No era oficial, y no pretendía serlo. Mi deber era seguir las órdenes, no darlas ni proponerlas. El coronel ya contaba con sus propios consejeros. Yo era una especie diferente de orientador.

—Tú eres el coronel del regimiento, no yo. Si crees que es una trampa, una trampa será.

—Buena respuesta —confesó tras reírse entre dientes—. Ojalá tuviese a cien hombres como tú, Valemar.

—Comisario.

—Sí, sí, comisario. Por desgracia, solo hay uno como tú, así como solo hay uno como yo.

Pude notar el pesar en su voz. No me gustó. Las normas estaban claras. El pesar daba lugar a la duda, la duda al miedo, y el miedo a la traición.

—Despoja a los disidentes de su rango —contesté.

—Encuentras soluciones sencillas donde no las hay —respondió, negando con la cabeza. No comprendí lo que me quiso decir, así que lo dejé pasar.

—¿Quieres que investigue el caso?

—No. Es lo último que quiero que hagas. —Entonces, cambió de tema —. ¿Cómo está el regimiento? ¿Cómo se encuentran todos?

—Son leales —declaré sin vacilar.

El coronel se rio. A mi espalda, oí una risita que resonó por la estancia y miré a mi alrededor. Vi que el edecán del coronel estaba ordenando varias pilas de informes y esquivó mi mirada. Sabía que me tenía miedo, aunque apenas pensaba en ello. Y no se equivocaba. Ni siquiera la relación que lo unía con el coronel lo habría librado de mi sentencia si decidía juzgarlo. Aun así, esperé a que se escabullese al otro lado del búnker antes de explicarme un poco más.

—La moral del regimiento se ha resentido, pero está dentro de los parámetros admisibles. Es inevitable que haya comentarios de deserción, pero ya he identificado a los posibles vectores.

—Vectores… hablas de hombres.

—Cuatro hombres, dos mujeres.

El coronel asintió. Entonces, varios nervios de la parte protésica de la mandíbula se le crisparon.

—¿Y cuáles son tus conclusiones?

—Por el momento, solo estoy observando —sostuve, y me encogí de hombros.

—Me sorprende que no te hayas deshecho de ellos aún.

—No existe razón alguna. No han cometido ningún delito. Todavía. —Dejé caer la mano sobre la pistola y le di un par de palmaditas a la funda, con cierto cariño—. Pero lo harán. Y, cuando lo hagan, me servirán de ejemplo para los demás.

—Espero que no los utilices como ejemplo a todos a la vez. —Me lanzó una mirada—. De nuevo. —Pude notar un tono de reprimenda casi imperceptible en su voz. Me molestó, pues yo no había sobrepasado mi autoridad. Nunca. Solo había cumplido con mi deber. Los hombres lo sabían, y él también. Solo había cumplido con mi deber, tal y como el Dios-Emperador lo había ordenado. Era el motivo de mi existencia.

—Eso dependerá de ellos —contesté, sin dejar que el enfado que sentía se notase en mis palabras. El coronel me observó, y su ojo falso chasqueó mientras las lentes oscilaban por el espectro de la luz. Entonces, se volvió hacia mí una vez más.

—Puedes irte, comisario.

Me despedí con un saludo y me marché; casi me tropecé con su edecán. Aparté al pobre imbécil de una patada e hice caso omiso de sus sordas quejas. No debería haber puesto el pie ahí. Escuchando a escondidas a sus superiores. Los ayudantes eran unos cotillas empedernidos. Estoy seguro, incluso ahora, de que matarlos a todos habría mejorado el ánimo del regimiento de forma significativa.

Los soldados holgazaneaban cerca del búnker, y me llegó el aroma de los narcotubos. Los miré de hito en hito, sin mostrar ninguna expresión en el rostro.

—¿No deberíais estar en vuestros puestos?

Los soldados tenían prohibido el uso de los narcotubos mientras estaban de servicio. Les embotaban los sentidos y los adormecía. Además, el brillo que emitían los convertía en presa fácil para los francotiradores del enemigo.

Se dispersaron como una bandada de pájaros asustados. De pequeño solía ir a cazar pájaros. Antes de que la schola progenium me convirtiese en un hombre. Todavía recordaba cómo palpitaban sus pequeños corazones mientras los sostenía entre las manos. Y el suave crujido de aquellos frágiles huesos, que se rompían cuando cerraba los dedos y los giraba. Los humanos se parecían mucho a los pájaros. Eran unas vidas pequeñas sin utilidad, salvo aquella que se les había otorgado. El regimiento les había dado (nos había dado) un objetivo en la vida. Y, aun así, muy pocos se mostraban agradecidos.

Les faltaba el ingenio y la inteligencia necesarias para ver la luz, como hacía yo. Ya lo he dicho antes, pero vale la pena repetirlo. Eran una panda de brutos e idiotas, y yo era el ángel de su mejor naturaleza, que los guiaba así como el Dios-Emperador me guiaba a mí. Ese es mi deber, y me hace feliz que lo sea.

Regresé a mis aposentos. Se había puesto a llover. Unas grandes gotas llenas de ceniza caían con fuerza sobre las mallas medioambientales y repicaban contra los techos de los búnkeres con el mismo ritmo. La lluvia se escurría por el gorro y por debajo del cuello de mi abrigo, y las gotas se me clavaban en el cuello. La lluvia era caliente, como el barro, y, cuando caía, parecía una cortina de fuego. Me vi obligado a resguardarme bajo uno de los refugios temporales que habían construido en el muro de la trinchera. No era más que un simple terrón de tierra, como todos los demás que habían creado y que habían cubierto con malla o con trozos de metal. A veces los soldados los hacían más grandes: abrían nuevos caminos en la oscuridad y seguían las curvas y los giros de las trincheras. Iba en contra de las normas, pero nunca los había pillado en plena faena. Una parte de mí casi se sintió agradecido por su labor.

Me quedé allí de pie, rodeado de humedad, escuchando el ruido sordo de la lluvia contra la plancha de metal que me cubría la cabeza. En las trincheras, unas borrosas figuras grises se arrastraban con lentitud. El enemigo había dejado de disparar. Siempre ocurría cuando llovía. Me pregunté si el tiempo podía interferir en los sistemas que utilizaban para apuntar. Quizá era más perjudicial para ellos de lo que lo era para nosotros. Había un montón de especies xenos que vacilaba en ciertas condiciones, en circunstancias en las que a un humano no le costaría sobrevivir. Por lo

menos así lo había demostrado aquella guerra. Nuestras armas, ubicadas en algún punto lejano de la retaguardia, seguían disparando.

Unos fogonazos de un naranja apagado iluminaron la parte más alta de la trinchera. Ya habían pasado días, semanas tal vez, desde la última vez que me había atrevido a observar el terreno baldío que se extendía entre nosotros y ellos. A los francotiradores del enemigo se les daba de maravilla esconderse, y les gustaba acercarse a rastras. Perdimos a casi cien soldados hasta que escarmentamos. Por eso utilizábamos los paveses, pero no siempre funcionaban. En la sopa se podían encontrar varios cadáveres fundiéndose que podían dar fe de ello.

Sentí un golpe contra la bota. Era un fragmento de hueso que sobresalía de la blanda pared del refugio, del que colgaban varias chapas de identificación. Entonces, me acordé del objeto robado que guardaba, y lo saqué del bolsillo. El guardapelo era pequeño, y había sido creado con una artesanía que nunca antes había visto. Podía abrirse, pero no conseguía localizar el cierre. Mientras pasaba los dedos por las curvas del objeto, recordé a su antiguo dueño. Sus ojos, con la mirada fija en la nada.

Unos brillantes ojos azules. Muy raros.

Todavía no podía acordarme de su nombre. Pero no era de extrañar. Mi mente no hacía más que regresar a aquellos ojos. Me molestaban. Puede que me recordaran a otra cosa.

Alguien tosió. Me llegó el acre hedor de un narcotubo y me giré.

No estaba solo en el refugio. No me había dado cuenta hasta entonces. La otra persona estaba agachada en una esquina, con un grueso chubasquero hecho de lona que le cubría el uniforme. No podía distinguir si se trataba de un hombre o de una mujer. En el regimiento había de todo. Desde que llegamos, había tenido que castigar a personas de ambos sexos por cargos de confraternización indebida.

Llevaba la máscara subida, por encima de la boca, para poder disfrutar del narcotubo sin ningún impedimento. Se me quedó mirando, con los ojos escondidos tras unas gafas, y, por un momento, casi dejé escapar una risa ante la incongruencia de la situación.

—¿No deberías estar en tu puesto? —pregunté, y me guardé de nuevo el guardapelo en el abrigo. No sabía si me había visto mientras intentaba abrirlo o no, y tampoco sabía por qué me molestaba pensar que podría haberlo hecho.

—Y lo estoy, comisario —respondió. Era la voz de un hombre. Después, señaló hacia el otro lado de la trinchera. Una pistola láser descansaba junto a la zona de disparo que había allí—. Solo quería resguardarme de la lluvia.

El soldado hablaba gótico vulgar, pero tenía un acento tan basto que me hacía daño a los oídos. Habían formado aquel regimiento en algún sistema rural, compuesto principalmente por mundos agrícolas. Yo sospechaba que ese era uno de los motivos que explicaban la mala disciplina que poseían los soldados.

—Has abandonado tu arma bajo la lluvia —dije, y lo miré—. Servicio de castigo: doce horas. —La lluvia empezó a amainar, y el ritmo de las gotas decayó. El hombre se levantó despacio, malhumorado. Conocía a los tipos como él. Un vago y un holgazán. Solo se comportaba como un soldado si había un sargento o un oficial de rango superior delante—. Y está prohibido fumar narcotubos mientras se está de servicio. Servicio de castigo: seis horas.

—Ya llevo dieciocho horas de servicio —comentó en voz baja.

Se estaba enfrentando a mí. No era un caso excepcional, pero ya habían pasado semanas desde el último incidente similar. La resistencia se castigaba con la muerte. Se me aceleró el corazón y se me secó la boca.

—Pues entonces ya estarás acostumbrado —repliqué. No alcé la voz. Si había testigos, no quería que me acusaran de haberle provocado. Al pensar en ello, eché un vistazo a nuestro alrededor. Mi descuido casi me cuesta la vida.

Incluso ahora desconozco si su arremetida fue intencional o si fue incitada por la sorpresa. Cuando la lluvia cesó, el enemigo reanudó los ataques. El clamor de sus armas perforó el aire. En algún lugar, al otro lado de nuestras líneas, una trinchera se hundió y algo explotó. Toda la línea de la trinchera se sacudió, y la sopa comenzó a moverse bajo nuestros pies.

El refugio se contrajo. Fue inesperado, todo ocurrió muy rápido. En un momento, estaba de cara al soldado y, al siguiente, estábamos forcejeando mientras el barro hervía a nuestro alrededor. Nuestro cobijo se derrumbó, y recibí un golpe en la espalda, en la cabeza y en los hombros. Trastabillé y, un instante más tarde, allí estaba él, sujetando algo brillante en la mano.

Tras lo ocurrido, me pregunté si su verdadera intención había sido ayudarme. Pero, en aquel momento, el instinto se adueñó de mí. En cuanto

sentí todo su peso, me llevé la mano a la pistola. Estábamos retrocediendo y las sacudidas del barro nos obligaban a deslizarnos hacia un lado y hacia el otro. Intenté gritar, pero, pese a mis esfuerzos, lo único que conseguí fue un trabalenguas de tonterías resentidas.

Forcejeamos en la oscuridad. Puede que algunos pensaran que solo intentaba escapar de mí. Pero yo sé que no era así. Era raro que un soldado intentase matar a un comisario. Un crimen como aquel implicaba la ejecución, o algo incluso peor. Pero ocurrió. Yo ya lo había vivido más de una vez. A veces había sido por la desesperación, otras, porque eran unos dementes.

Pero, aquella vez… aquella vez fue diferente. En la abrumadora oscuridad, a menos de un palmo de distancia, se le torció la máscara, y le vi los ojos. Azules. Unos brillantes ojos azules. Como el cielo de un mundo que apenas recordaba. Como los ojos del hombre al que había matado aquella mañana.

Y, por un segundo, fue él. Solo por un segundo. Mi sorpresa no dio paso a la ira hasta que sentí la punta de su espada atrapada entre los enmarañados pliegues de mi abrigo.

Podía oír las maldiciones sordas que emitía, y sonaban como los gruñidos de una bestia. Coloqué el codo justo en el lateral de la cabeza de mi enemigo e intenté conseguir el espacio suficiente para poder coger mi arma. Al revolverse, su bayoneta me desgarró el abrigo. Traté de cogerle la mano, pero me gané una herida en el antebrazo. Me clavó la rodilla en el abdomen y me quedé sin aire. Me rodeó la garganta con las manos y apretó con fuerza; sus jadeos se aceleraron.

La punta de la bayoneta me rozó la mejilla, y le agarré la muñeca con los dedos. Apreté, él sacudió la mano. El cuchillo se cayó al suelo y, tras él, caí yo. El barro burbujeante me salpicó y me quemé la cara y el cuello. Mi agresor se desplomó encima de mí, clavándome las manos en el cráneo.

Cogí la empuñadura de la bayoneta, me di la vuelta y la hundí en algo blando. El soldado emitió un ruido quedo y abrió los ojos de par en par, desorbitados tras las gafas. Se hundió en el barro en movimiento y cayó al suelo. Extraje la bayoneta de un tirón y, con gran esfuerzo, conseguí salir del refugio que se derrumbaba. Salí de allí a trompicones, pero pude coger la visera. El corazón me iba a mil por hora y, por un momento, temí que fuese a estallar. Me deslicé hacia el otro muro de la trinchera mientras

observaba cómo el cuerpo del soldado se hundía poco a poco en la sopa. Me observó con la mirada perdida y un velo de barro sobre la cabeza.

No tenía los ojos azules.

¿Había sido fruto de mi imaginación? ¿El estrés del momento me había jugado una mala pasada? No tenía respuestas, así que me desplomé en una zona de disparo, con la gorra y la bayoneta en la mano. Contemplé cómo la sopa se lo iba tragando hasta hacerlo desaparecer y, con él, cualquier rastro de nuestra batalla. Miré la bayoneta, cubierta de barro y llena de manchas rojas. Oí un par de voces. Unos gritos que provenían de la línea de la trinchera, mientras los médicos se encargaban de los heridos. Me guardé el cuchillo en el abrigo.

El humo ocultaba la línea y varias siluetas se movían a través de él. Se acercaban para comprobar el estado de la línea. Pero, al verme, se detuvieron. Eran cuatro, y uno era médico.

—¿Comisario? —me llamó, vacilante. Me pregunté si sería el mismo médico que había estado conmigo por la mañana.

Antes de contestar, me puse la gorra.

—Se ha derrumbado un refugio. Soy el único superviviente.

Más tarde, en mis aposentos, me puse a pensar en la bayoneta y en el guardapelo. Dos de los objetos más incongruentes que me podría haber imaginado. ¿Qué tenían en común esos dos objetos? A simple vista, nada. Pero, aun así, existía una conexión entre ellos.

Yo no sabía qué era. Todavía no. Pero tenía que significar algo. Todo tenía significado en la vida. Lo había aprendido de pequeño, y nunca había vivido nada que lo rebatiese. Hasta la más inofensiva de las frases tenía un significado. «Es lo último que quiero que hagas». Esas habían sido las palabras del coronel. Pero no había querido decir eso. Lo sabía porque lo conocía muy bien. Le preocupaba algo… no solo el enemigo. Era otra cosa.

Y eso quería decir que yo debía preocuparme también.

Mis aposentos eran funcionales. Era una habitación sencilla prefabricada, ubicada en un montón de tierra reforzado al final de las líneas de las trincheras. Había grietas en las paredes, y podían verse varias manchas allí donde la sopa había hervido durante la noche. Mi cama no era

más que un catre simple, y mi escritorio, un cajón vacío colocado sobre dos bloques de ferrocemento.

Muy pocas veces pasaba tiempo en mis aposentos. Muy pocas veces dormía. Solo regresaba cuando lo veía necesario. No me atraía la idea de estar confinado en un lugar como aquel. Se parecía mucho a una celda, o a una tumba, y siempre había muchas cosas que hacer. Castigos que imponer y disciplina que fortalecer. Había que tomar decisiones.

¿Qué le preocupaba al coronel? Me senté frente al escritorio, mirando la bayoneta y el guardapelo, pensando. O, al menos, intentándolo. Sabía que debía informar de la agresión. Pero, en vez de hacer lo debido, me había ofuscado en lo ocurrido. Mi instinto me había empujado a hacerlo, y yo no era quién para ignorar esos indicios. El Dios-Emperador nos hablaba a todos, y no podíamos hacer más que escucharle para que nos obsequiase con su sabiduría.

Sabía que él me estaba hablando. Siempre lo hacía. Y, justo en aquel momento, el Dios-Emperador me estaba avisando. Me estaba diciendo que algo estaba ocurriendo, algo que no podía ver. Y, curiosamente, me sentí solo. Siempre lo he estado; por naturaleza, no disfruto de la compañía de los demás. Por eso soy eficaz en mi trabajo. Pero, en aquel momento, me sentí… apartado. Solo en una gran multitud. Como si me hubiese perdido tras las líneas enemigas.

Decidí investigar el asunto. Si estaba pasando algo, lo mejor sería que lo descubriese rápido y me encargase de ello. Al coronel le parecería bien mi iniciativa. Si había un problema en el regimiento, mi deber era ocuparme de ese problema. Me sentí mejor tras haber decidido cuál sería mi misión. La incertidumbre es una grieta en la pared de la fe. Uno no puede cuestionarse el camino que tiene por delante sin arriesgarse a caer.

Me levanté y me acerqué al catre, bajo el cual había un cajón. Lo arrastré hacia fuera y lo abrí, tal y como llevaba haciendo cada día desde mi llegada al regimiento. La rutina es el centinela de las paredes de la mente. Es importante marcarse unas pautas y seguirlas. Las discrepancias llevan a los errores, los errores, a los fracasos y los fracasos, a la derrota. Si hay una cuesta resbaladiza, hay que recorrerla con cuidado.

Dentro del cajón estaban todos los objetos que había confiscado durante el desempeño de mis obligaciones. Por norma general, todas aquellas cosas de contrabando se entregaban al intendente para que las

destruyera, pero nunca pude sacar tiempo para hacerlo. Siempre había asuntos más importantes que atender, ¿y qué más daba dónde se guardaban? Antes el cajón albergaba munición para algo, pero no recuerdo el qué. Sin embargo, en aquellos momentos guardaba allí lo que para mí se había convertido en mi colección. Admito que es un pensamiento estúpido. Y, en cualquier caso, yo no la había empezado, solo la había aumentado.

El origen de la colección se debía atribuir a mi predecesor. Lo había descubierto al inicio de mis funciones. Sospecho que había utilizado esos objetos como premios para recompensar a sus favoritos entre los soldados del regimiento. Había sido un hombre mayor cuando el regimiento todavía era joven. Demasiados destinos fáciles le habían embotado la agudeza mental, o eso me había dicho el coronel. Por eso había solicitado un nuevo comisario. Uno más enérgico, capaz de ayudarle a meter en cintura al regimiento.

Eso era justo lo que hacía yo allí. Encontraba los eslabones débiles, los quitaba de en medio y, así, endurecía a los demás. Al coronel le parecía bien. Me permitía hacerlo porque sabía que era necesario. Era un hombre sabio. Pero muchas veces la sabiduría no basta. Debes contar con una voluntad que la iguale. Yo poseía esa voluntad, y la ponía a prueba cada día para comprobar su fuerza.

La colección me ayudaba. La había ido ampliado con el paso de los años. Al principio lo hacía de forma inconsciente, pero, después, lo hacía con gran respeto. Eran pedacitos de bisutería y de lecturas prohibidas. Prendas de vestir, petacas llenas de alcohol y narcóticos. La colección fue aumentando a toda velocidad a lo largo de los años que pasaba en el regimiento, mientras me encargaba de impartir los castigos necesarios.

Me servían para recordar las muchas tentaciones que ponían a prueba la integridad del regimiento. Las tentaciones del cuerpo, de la mente y del alma. Me recordaban que debía estar alerta. Atento. A menudo examinaba los objetos, uno por uno, en aquellos escasos momentos de soledad, y recordaba el momento justo de la ejecución de sus dueños, así como la satisfacción que sentía por cumplir con mi deber. Sus miradas mientras mi pistola láser apagaba los últimos rescoldos de sus vidas.

Me gusta pensar que, durante sus últimos momentos, al menos algunos de ellos comprendieron el porqué. Que sabían que no me quedaba más remedio y que no disfrutaba al matarlos. Me satisfacía, desde luego, pero no

disfrutaba. Eso nunca. Me llevé algo de cada uno de ellos para así no olvidarme nunca del precio de una vida. El deber supone una gran carga para un hombre honesto, pero, aun así, debe saber llevarla.

Añadí el guardapelo y la bayoneta a mi colección. Parecían encajar con el resto de las cosas.

Después, cerré el cajón. Me permitía pasar un par de momentos al día con él. El tiempo suficiente para recordar qué había allí dentro. Y, después, lo volvía a guardar.

Como recompensa, me pasé el resto de la noche con el papeleo. A diferencia de algunos de mis colegas, a mí me gustaba encargarme del papeleo. Así era cómo las paredes del Imperio se mantenían en pie. No era gracias al ferrocemento o a las pistolas láser. Los números y las cifras, los informes y los análisis… Todo eso era de vital importancia para la correcta marcha de la guerra. Una burocracia fuerte era la rígida columna vertebral de un imperio.

Pero, mientras sellaba, firmaba y rellenaba los informes, me encontré preguntándome si el enemigo también poseía su propia burocracia, similar a la nuestra. Hice una pausa, y entonces me di cuenta de que las armas se habían silenciado. Habían cejado en sus esfuerzos por el momento. Retomarían el ataque en un par de horas. Antes nos habríamos pasado de la raya. Habríamos aprovechado el momento que el Dios-Emperador nos otorgaba y habríamos apuntado nuestras armas hacia las gargantas del enemigo. Pero la orden de avanzar nunca llegaba, así que esperábamos. Esperábamos a que los disparos se reanudasen, a que nuestras propias armas respondiesen al ataque y, entretanto, nosotros estábamos atrapados en el medio.

Si hubiese sido un comisario diferente, quizá le habría recomendado al coronel que aprovechara la iniciativa. Para avanzar hacia la gloria… o hacia una muerte llena de gloria. Pero no era mi cometido. Aun así, a veces me cuestionaba la tranquilidad de la batalla. ¿Por qué los altos mandos no nos habían enviado órdenes? ¿Se habían olvidado de nosotros? O peor…

Era un pensamiento absurdo, pero… ya había ocurrido en otras ocasiones. Si alguien, al rellenar el informe, afirmaba que nuestro regimiento había sido destruido, entonces, a todos los efectos, habíamos sido destruidos. Y eso no iba a cambiar ni con un montón de discusiones ni por el simple hecho de que no estuviésemos muertos. Admitir la existencia

de un error era impensable. El Departamento Munitorum no cometía errores. La máquina de guerra del Imperio era infalible. Eso era un hecho, íntegro e indiscutible. Pero aun así…

Deseché ese pensamiento, como siempre hacía. Si ese era el caso, no nos quedaba más remedio que aguantar y esperar a que la realidad se correspondiese con los informes del Departamento. Al final quedaríamos reducidos a la nada, si es que la sopa no nos engullía antes. Mientras tanto, cumpliría con mi deber, tal y como el coronel estaba haciendo, sin duda alguna.

Había terminado con mis tareas cuando las armas entonaron de nuevo sus cánticos. No podía dormir, aunque estaba agotado. Llevaba dos días sin pegar ojo. No era por el ruido, ya me había acostumbrado, sino por la emoción. La ejecución de dos hombres el mismo día no ocurría muy a menudo. Se me aceleraba el pulso, y me costaba mucho quedarme quieto. Quería salir. Quería encargarme de mis responsabilidades.

Salí de mis aposentos y me aseguré de cerrar la puerta con llave al marcharme. No porque pensase que así mantendría alejado a todo el mundo, sino porque, si regresaba y me encontraba la puerta abierta, sabría que alguien había entrado en mi refugio.

Ya había ocurrido una vez, nada más llegar al regimiento. Al parecer, antes de mi llegada, allanar los aposentos del comisario era una especie de rito de iniciación. Todo el mundo sabía que mi predecesor guardaba un alijo de amasec escondido debajo de su catre. Me deshice de todas las botellas durante mi primera hora en el regimiento. Pasados ciento veinte minutos, realicé mi primera ejecución; algún idiota se había colado en mi nueva casa, buscando las botellas de amasec. Le pegué un tiro en el acto. Desde aquel día, nadie ha intentado entrar de nuevo en mis dependencias. Pero, aun así, la cerré con llave.

El regimiento estaba despierto, aunque el cielo ya estaba oscureciendo. De las mallas y los refugios colgaban unos lúmenes que chisporroteaban sin cesar y proyectaban unas extrañas sombras en los muros de las trincheras. La gente pasaba el rato comiendo gachas frías directamente de la lata o se recostaba sobre sus puestos, bien alerta a cualquier traición del enemigo.

A aquellas horas del día, el ruido que hacía la sopa era insoportable. Parecía que, cuando caía la noche, se removía cada vez más, y podía sentir

cómo se estremecía bajo las planchas de ferrocemento. En algunas zonas se estaba engullendo las trincheras, y vi cómo algunos soldados intentaban escapar, desesperados. Una vez presencié cómo una pared devoraba a un soldado. Se había quedado dormido durante su turno, así que lo abandoné a su suerte, aunque su final fue mucho más apacible del que se merecía en realidad.

Estaba centrado en aquel recuerdo cuando el agudo y aflautado silbido de un proyectil enemigo me sacó de mi ensimismamiento. No miré hacia arriba. Solo un tonto haría eso. Sabía qué se avecinaba y no necesitaba verlo para comprobarlo. Pegué todo el cuerpo a la pared de la trinchera mientras la cortina de fuego enemiga se cernía sobre nosotros. El barro borboteaba al tiempo que el fuego se extendía por la línea de las trincheras. Los hombres y las mujeres volaban por los aires, algunos enteros, otros, por partes. El suelo se convulsionaba bajo mis pies y la sopa se alzaba y me lamía las espinillas.

Solté un par de palabrotas y me subí a lo alto de una zona de disparo, en un intento por escapar de la fuerza de la corriente. Más explosiones azotaron la línea; pude oír cómo los refuerzos de ferrocemento se resquebrajaban y combaban. Uno de los refugios cercanos se derrumbó y, con él, perdimos a aquellos que se habían resguardado entre la seguridad de sus paredes. Hubo personas que corrieron en su ayuda, pero lo único que consiguieron fue hundirse en el bullente barro, como casi me ocurre a mí. La pared que tenía a la espalda estalló, y un montón de barro hirviendo me salpicó el abrigo. Aquellos impactos me golpearon con fuerza, como si me estuviesen moliendo a puñetazos. La plancha de ferrocemento se agrietó y el lodo se abrió paso hacia la superficie, incluso mientras la zona de disparo empezaba a hundirse.

Me caí, la sopa me dio la bienvenida y, con gran voracidad, se tragó mis manos mientras intentaba sobrevivir. El hedor que manaba de ella me inundó las fosas nasales. Olía a alquitrán, a carne podrida y a restos de promethium. Me dio una arcada y deseé llevar puesta la máscara medioambiental. Me revolví; intenté enderezarme mientras la sopa me empapaba las manos y los pies. Podía notar el calor a través de las botas y los guantes, y era consciente de que sería afortunado si conseguía salir de allí solo con un par de ampollas.

A mi izquierda, el muro de la trinchera se desplomó, y al caer enterró a varios hombres desafortunados. En apenas unos segundos, aquella parte de la línea iba a desaparecer. Al liberarme de la opresión del barro, me tambaleé y, de un tirón, levanté al soldado que tenía más cerca.

—Arriba… ¡levanta! —Tuve que gritar para hacerme oír por encima del rugido de las armas—. Coge el petate y avanza por la línea, venga, rápido. —Lo lancé en la dirección correcta de un empujón y empecé a levantar a más soldados—. ¡Venga, venga, vamos!

Al principio, se movían con lentitud. Algunos perdieron el tiempo intentando salvar a sus compañeros y yo se lo permití. La sopa se encargaría de ellos, o quizá no. Si conseguían salir sanos y salvos de allí, ya los castigaría entonces.

Resulta extraño atravesar una trinchera que se está inundando a toda velocidad. Las paredes se ciernen sobre ti, y hasta el suelo asciende. Estás flotando y, a la vez, enterrado. Los huesos salen disparados de las paredes, y varios pedazos de piedras y trocitos de equipos olvidados asoman por la superficie.

Las planchas de ferrocemento se vinieron abajo y más de un soldado desprevenido acabó aplastado. Yo mismo me salvé por los pelos mientras apuraba a los demás con patadas, puñetazos y varias palabrotas. Eran como animales; carecían de la capacidad intelectual para escapar de las garras del carnicero.

Cuando llegamos a suelo firme, el barro ya casi nos llegaba a los muslos. La siguiente parte de la línea estaba a mayor altura y no se había derrumbado. Aparecieron varias manos que se extendieron para tirar de nosotros hacia arriba, y oí los gritos de los oficiales y de los visioingenieros por encima de los balbuceos de los soldados. Dejé que me impulsasen y me tendí en el suelo, resollando, desde donde observé cómo el barro subía y avanzaba como un río de tonos marrones y rojos. En la corriente había cadáveres atrapados que flotaban a la deriva o estaban enredados en trozos de malla. Un vapor tóxico se elevó de las burbujas que estallaban sin cesar y me vi obligado a retroceder, con una mano sobre la boca y la nariz. Aquella zona de la línea quedaría inestable durante días, si no semanas.

Agotado, me arrastré hasta un refugio vacío y me senté, donde aguardé a que remitiese el dolor que sentía en las extremidades y los pulmones. Me pregunté si mis aposentos habrían sobrevivido. Estaban lo

bastante lejos de la línea como para haber evitado la peor parte del levantamiento, pero no había manera de confirmarlo. De todas formas, estaba demasiado cansado como para preocuparme en exceso.

Me quedé dormido allí sentado, aunque no sé cuánto tiempo estuve fuera de servicio. No fue suficiente.

No soñé. Casi nunca soñaba. Los sueños eran para aquellos que poseían una mente y un alma débiles. Yo, en cambio, recordaba. En la pantalla de mi mente, se reproducía lo que había ocurrido durante el día o durante los días anteriores. Me analizaba a mí mismo, me fijaba en mis fallos y en mis puntos fuertes. A veces, el Dios-Emperador me hablaba en esos recuerdos.

Aquella vez, no escuché su reconfortante voz. Solo los chillidos de los cerdos.

Odiaba a los cerdos. Mi primera obligación en la schola progenium había sido encargarme de ellos. Darles de comer, limpiar su pocilga… Una y otra vez. Nunca paraban de comer, de hocicar y de dejar surcos en el suelo. Eran unas criaturas gruesas, descuidadas e indisciplinadas que siempre rompían las vallas. No tienen disciplina, los cerdos. No se les puede entrenar, ni se les puede enseñar trucos.

Pero eran duros. Habían acompañado al ser humano hasta las estrellas, como los perros y las ratas. Y, como ellos, habían encontrado una galaxia de su gusto. Donde había humanos, había cerdos. Comiendo y siendo comidos.

Todavía se podía ver una cicatriz que tenía en la cadera, justo donde un cerdo me había clavado el colmillo, me había levantado entre gritos y me había arrojado al estiércol, todo manchado de sangre. Recuerdo que me rodearon, hambrientos y bufando. Un montón gris de pelo cochambroso que se deslizaba por el barro.

Y cada uno de ellos tenía unos brillantes ojos azules.

Pero eso no estaba bien. Me desperté sabiendo que eso no estaba bien. Los cerdos no tienen los ojos azules. Los que vivían en la schola progenium ni siquiera tenían ojos, tras generaciones de crianza en pocilgas subterráneas. Aquel pensamiento hizo que me despertara sobresaltado y me senté un momento, sin saber bien dónde estaba, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho. No podía oír el ruido de las armas.

Ahora me doy cuenta de que las armas se habían convertido en una especie de imán para mí. Era la constante en un mundo que no dejaba de

cambiar. Aunque la línea de las trincheras se deformase, las armas siempre estarían allí. Podía utilizarlas para establecer los límites de mi mundo. Los límites de mi deber.

Cuando oía los disparos de las armas, el mundo cobraba sentido. Cuando se detenían, cuando el silencio reinaba por todos lados, era entonces cuando el mundo empezaba a parecerme difuso e inestable, como en aquel momento. Me puse en pie con gran esfuerzo mientras pestañeaba para espabilarme y enterrar los recuerdos de esas bestias y sus gruñidos. Podía oír cómo sonaban las sirenas de las alarmas a lo lejos, más allá de las líneas. El humo flotaba en el aire. Algo se estaba incendiando.

Los hombres estaban de pie justo enfrente de mí, dándome la espalda, observando al enemigo. Por un momento, creí que se había acabado la tregua, que el enemigo estaba en marcha, que se dirigía hacia nosotros. Pero, de haber sido así, los soldados habrían estado contraatacando, ¿no? Un poco inquieto, se me vino a la mente una imagen de los soldados volviéndose hacia mí, mirándome con unos ojos azules que resaltaban por debajo de las capuchas. Como los cerdos a la hora de comer. Aunque los cerdos eran ciegos. ¿Por qué lo había recordado de forma diferente?

Sacudí la cabeza y me encaminé hacia las zonas de disparo. Me alcé detrás de un pavés y me fijé en las capturas de imagen que había aprisionadas entre las láminas de metal superpuestas. Lugares y rostros que no conocía, hombres, mujeres y niños. Objetos ilegales. Arranqué las imágenes y las estrujé para, después, dejar que se hundiesen en la sopa. Era inevitable que a aquellas personas que tenían la mente puesta en su hogar les costase concentrarse en la batalla que se abría ante ellas.

Si alguno de los soldados que estaba cerca de mí se dio cuenta de lo que había hecho, no dijo nada. Me ignoraban, como era habitual. A no ser que alguien hubiese cometido una infracción. En aquel caso, todos los ojos se posaban en mí. Todavía me pregunto si era por miedo o por resentimiento. De todas formas, a mí me parecía estupendo. Cuanto menos tuviese que relacionarme con ellos, mejor.

Permanecimos allí en silencio, observando con suma atención. Me costaba respirar, pero dejé la máscara donde estaba. Que me viesen poniéndomela podía interpretarse como un síntoma de debilidad, sería peor incluso que llevarla puesta todo el tiempo. Parpadeé un par de veces para

deshacerme de las lágrimas mientras el cáustico vapor se colaba entre los paveses, y el barro bajo las zonas de disparo bullía y se revolvía.

Sabía que todos compartíamos el mismo pensamiento: ¿y si el enemigo se estaba acercando? ¿Y si estaban aprovechando los momentos de tranquilidad para adelantar sus líneas? Como ya he dicho, no soy ducho en las artes de la estrategia, pero, a mi entender, un enemigo inteligente aprovecharía cada ventaja que tuviese. Nuestras líneas seguían inmóviles, salvo en aquellos puntos en los que la sopa las había modificado. Quizá sufrían los mismos problemas que nosotros. Quizá era lo único que podían hacer para evitar que sus propios emplazamientos acabasen con ellos, como nos había ocurrido a nosotros.

—¿Creéis que están ahí fuera? —susurró una soldado, y sus palabras rompieron el silencio.

La miré. Era igualita a los demás: llevaba la capucha puesta, estaba cubierta de barro y apestaba a sudor y a residuos láser. Solo supe que era una mujer por su voz. Temblaba un poco. A veces les pasaba, como consecuencia del ruido y del movimiento constante, o eso afirmaban los médicos. Sin embargo, yo sospechaba que era una mezcla de miedo y adrenalina. Más que nada porque, por lo general, dejaban de temblar cuando los miraba, y aquellos que no, no tardaban en dejar de moverse para siempre.

No le contesté. Supuse que la pregunta no iba dirigida a nadie en particular. Hablaban más para escuchar sus propias voces que para mantener una conversación. Otra muestra de su falta de disciplina. El silencio era el escudo del alma. Las palabras vacías eran una invitación a la perdición. Había intentado enseñarles esa lección de sabiduría varias veces, la más básica, pero los hombres y las mujeres del regimiento se mostraban demasiado reacios a aprender dichas lecciones. Por eso era habitual que se necesitaran medidas más severas.

Escudriñé el horizonte a través de la tierra baldía que se extendía entre nosotros. Era casi imposible ver más allá de la miasma que se elevaba de la sopa y que nos impedía ver cualquier atisbo de nuestros enemigos, al igual que nos ocultaba de ellos. El vapor, el humo y la condensación se fundían en una cortina opaca del color de la bilis. En sus ondas, pude ver un levísimo indicio de la existencia de terraplenes y la consiguiente existencia

de piezas de artillería. Me resultaba familiar, pero, al mismo tiempo, muy extraño.

—Hoy me he dado cuenta de que nunca los he visto. —La mujer seguía hablando. Nunca he entendido por qué, en momentos como aquel, tienen ganas de hablar, sobre todo de hablarme a mí. Aunque, bueno, supongo que en la penumbra todos somos iguales. Lo más probable es que no supiese a quién le estaba hablando—. ¿Son xenos? ¿Humanos? ¿Rebeldes, invasores? —Me miró—. ¿Por qué estamos aquí? ¿Por qué nos disparan?

Su voz destilaba un deje de súplica, y tuve que reprimir un arranque de ira.

En cualquier conflicto de cierta envergadura era inevitable hacerse esas preguntas. Además, carecen de importancia. El Imperio estaba en guerra con toda una galaxia caída, y muchos son nuestros enemigos. Entonces, ¿qué importaba quiénes eran? Lo que importaba era que estaban en el otro bando.

—Porque son nuestros enemigos —dije.

—¿Por qué?

Por norma general, esa pregunta por sí sola ya habría sido razón suficiente para ganarse un castigo. Pero, cuando iba a reprenderla, me detuve. Me había pasado un pensamiento por la mente, un pensamiento que no me gustaba nada. Me pregunté qué la había motivado a hacer esa pregunta, y sobre todo a hacérmela a mí.

Por primera vez, me giré para verla bien. En aquel momento no sabía qué estaba buscando. Creo que fue instintivo. Algo iba mal, y mi mente me estaba advirtiendo a gritos. La miré, y me encontré con un par de ojos azules que me observaban tras una máscara descolocada.

Tal y como me había ocurrido poco antes, no pude moverme. Admito mi error de buena gana. No sé exactamente en qué estaba pensando. Creo que, a lo mejor, me estaba acordando de los demás, y del asco que sentí al ver esos ojos. Como los ojos de los cerdos… solo que ellos no tenían ojos, así que, ¿en qué estaba pensando? Todavía no lo tengo claro.

En cualquier caso, había sacado la pistola antes incluso de poder darme cuenta. Tenía el dedo en el gatillo, y el azul se transformó en rojo. La mujer cayó de espaldas y acabó en la sopa, en silencio. El resto se dispersó y se alejó de mí; sus voces sonaban como el murmullo de unas alimañas

estupefactas. No habían visto lo que yo había visto. O, si lo habían hecho, no lo habían entendido. ¿Cómo iban a comprenderlo? Bobalicones. Cobardes y necios. Por eso me necesitaban. Como me habían necesitado antes, para salvarlos del desplome de la trinchera. Sin mí, el regimiento habría desaparecido, sin duda. No es soberbia. Es una simple exposición de los hechos.

Le arranqué la máscara, pero ya no había rostro que mirar; mi disparo le había calcinado la cara desde dentro, y no quedaba más que un hueso imposible de identificar. Me volví, con la máscara en la mano. El resto de los presentes se negó a mirarme a los ojos, y eso me alegró. No quería ver aquellos ojos azules mirándome tras otra máscara, o tras todas las máscaras. Al pensarlo, un escalofrío de asco me recorrió todo el cuerpo.

Bajé la mirada hacia el cuerpo, y vi que la sopa ya se estaba encargando de ella. El campo de batalla estaba hambriento. Cuando se reanudó el alboroto de las armas, supe que aquel día saciaría su apetito, como había estado ocurriendo cada día. Alcé la mirada y observé el cielo en llamas. Sentí que mis inseguridades ardían con él.

Algo estaba pasando. Podía olerlo. Podía sentirlo en el aire, entremezclado con el humo y el hedor de la muerte. El coronel estaba preocupado. Y, al parecer, no se equivocaba al estarlo, aunque no por las razones evidentes. He de admitir que, al darme cuenta de la situación, me regocijé. Era como si el Dios-Emperador me estuviese hablando entre susurros. En aquel momento no podía oír sus palabras con claridad. Aún no, pero lo haría.

Y mi intención era seguir sus órdenes.

Tras lo ocurrido, el coronel requirió mi presencia en su búnker. Como si yo fuese un engranaje más de la máquina de guerra. Lo comprendí, faltaría más. Dos ejecuciones públicas, una seguida de la otra… Bueno, era necesaria una charla de los superiores. Antes quizá no habría sido necesaria. Pero eso fue en el pasado y las cosas habían cambiado, aunque no hubiese sido para mejor.

No era solo por el bien del regimiento, sino también por el mío. Un recordatorio de que, si fallaba, pedirían un nuevo comisario. Así eran las cosas. Si fallaba. Si era un engranaje defectuoso. Pero no lo era. Estaba

cumpliendo con mi deber, como siempre. No era culpa mía que no se diesen cuenta de ello.

Ya había perdido la cuenta de las veces que el coronel me había llamado para regañarme delante de sus subordinados. Me tomaba el cumplimiento de mi deber con energía, y eso requería que él hiciese lo mismo con sus obligaciones; o que, al menos, pensasen que así era. Me gusta pensar que el coronel agradecía la oportunidad. La pereza era tan perjudicial como lo eran el vicio o la herejía.

Cuando llegué, en el búnker de mando había más gente de lo habitual. Estaba hasta arriba de cuerpos sudorosos cubiertos de barro, y era imposible distinguirlos. El ambiente estaba más viciado que de normal, y me pregunté si los recicladores se habrían vuelto a estropear.

Ninguno de los presentes llevaba la capucha puesta, pero, bajo la tenue luz del búnker, para mí todos aquellos rostros pálidos eran iguales. Supongo que mi aspecto sería idéntico al suyo, salvo por la visera y el abrigo. Eran un recordatorio de que yo no era como el resto y, en algunos de ellos, vi una mirada que no me gustó.

Llevaba mucho tiempo advirtiendo esa mirada, pero casi nunca me molestaba. No tenía que gustarles. Si les caía bien, no estábamos haciendo bien nuestro trabajo. Pero, en aquel momento, fui plenamente consciente de ello. Noté una fuerte presión, un peso. Se les había ocurrido juzgarme. A mí.

Por un momento, me quedé descolocado ante la ridiculez de su soberbia. ¿Quiénes eran ellos para juzgarme? Ese era mi deber, no el suyo. Yo sabía cuál era mi lugar en el regimiento, y me aseguraría de que ellos supiesen cuál era el suyo. Así que correspondí sus miradas de odio con la mía propia, al mismo nivel, y, uno tras uno, todos desviaron la vista. El coronel fue el único que no se encogió ante mí. Nunca lo había hecho.

Entonces, se dio la vuelta.

—Bueno, Valemar, cuánto tiempo —dijo con una risita, y los aduladores que había entre la multitud se rieron con él—. ¿Cuántas horas han pasado desde tu última visita?

No respondí.

El coronel asintió y miró a su alrededor.

—Me han contado que has demostrado un heroísmo admirable en el reciente derrumbamiento de la línea, Valemar. Varios hombres me han

informado de que los has salvado de la sopa.

—Cumplí con mi deber —expliqué con modestia.

El coronel asintió de nuevo y esbozó una sonrisa severa.

—Y después disparaste a alguien.

—La ejecuté.

—¿Por qué la ejecutaste?

Me devané los sesos para darle una respuesta.

—Instigación a la herejía —contesté.

«Tenía los ojos azules», pensé. Pero no podía decir eso en voz alta. Puede que el coronel lo entendiese, pero los demás no. A los oficiales había que ofrecerles respuestas sencillas, fáciles de procesar dentro de los límites de sus obligaciones. En cierto modo, eran como los hombres a los que dirigían. Autómatas de carne y músculos, sin una pizca de modales. Otra lección que aprendí de joven: no había que inquietar sus mentes con semejantes cosas. Ese era mi trabajo. Mi deber. Yo cuidaba del alma del regimiento, y ellos, de su cuerpo.

—No es eso lo que yo he oído —manifestó alguien.

Lo miré. Un capitán, según la insignia que llevaba. Reconocí su rostro, pero no sabía su nombre. Bajo la descuidada barba incipiente que llevaba, tenía unos rasgos suaves, como el rostro de niño. Las barbas no iban en contra de las normas del regimiento, pero aquella tendría que haber estado prohibida. Le crecía a pedazos y era del color de la bilis.

—Tuviste otro de tus episodios, Valemar.

Pronunció mi nombre como si fuese una blasfemia, y se me pasó por la cabeza dispararle y matarlo allí, en aquel preciso instante. Pero el coronel me lanzó una mirada que hizo que me lo replantease.

Un murmullo se extendió por la multitud tras su afirmación. Me recordó a los gruñidos de los cerdos, impacientes por empezar a comer. En aquel momento, la comida era yo. Si bien el coronel comprendía cuáles eran mis funciones, y reconocía la necesidad de mi presencia allí, sus subordinados carecían de esa claridad de pensamiento. Siempre buscaban formas de desacreditarme a ojos del coronel, y a ojos de los soldados.

Creo que me tenían miedo. O, mejor dicho, tenían miedo de lo que representaba. Las personas como ellos no comprenden los límites de su propia autoridad, y yo era la personificación de dichos límites. Cuando se les enseñaba hasta dónde podían llegar, reaccionaban con dureza.

—Ducco, ¿qué fue exactamente lo que oíste? —quiso saber el coronel, con voz amable. El coronel tenía paciencia con mis métodos, pero sabía que su paciencia no sería infinita.

—Oí cómo Valemar…

—Comisario —lo interrumpí.

El capitán me miró, y me sorprendió ver cómo, con su gesto, expresaba con tanta franqueza el gran odio que sentía hacia mí.

—Oí cómo el comisario Valemar le gritaba como un loco a esa pobre alma antes de asesinarla. Y que la asesinó por hacer una pregunta. No por herejía, sino por curiosidad.

—La curiosidad es herejía —repliqué de forma automática—. El desconocimiento es el escudo de la fe.

—¿Ves? —exclamó el capitán, gesticulando con vehemencia—. Escucha lo que dice. No deja de soltar esos sermones como si explicasen algo. Nunca los he encontrado en ningún manual ni en ningún libro. Yo creo que se los inventa para justificar sus actos después de haberlos cometido.

Vi un par de cabezas que se movían en señal de afirmación. No asentían con firmeza o con ferocidad, pero seguía siendo una afirmación. Memoricé sus rostros. Valdría la pena vigilarlos.

—Ducco… —dijo el coronel, como una especie de aviso, pero el capitán estaba por encima de aquellas sutilezas.

—Coronel, sé que a lo mejor me estoy extralimitando, pero hasta tú tienes que admitir que no podemos tener a este morboso con abrigo negro acechando por las trincheras, empeorando una situación que es ya de por sí complicada.

Más asentimientos. Más sonidos de conformidad. Más rostros que recordar. Me acordé de la trinchera y de la sensación del barro constriñéndome. En aquel momento experimentaba la misma sensación, y el capitán continuaba con su vehemente ataque hacia mi persona.

Siguió en su línea durante un rato y, con cada insulto, se iba animando cada vez más. Entretanto, yo sentía un hormigueo en la mano y el gran deseo de coger la pistola láser, por lo que tuve que controlar mi expresión facial. Cualquier muestra de enfado, de negación, no haría más que avivar los sentimientos contra mí. Me pregunté si se trataba de una declaración de guerra improvisada en ese momento, o si estaba todo calculado. ¿Era el primer paso de un plan para destituirme de mi puesto?

Ya me habían llegado historias similares, por supuesto. Normalmente los soldados intentaban solucionar esa clase de problemas con una bayoneta o lanzando una granada dentro de los aposentos de la otra persona mientras esta dormía. Pero los oficiales pertenecían a una clase más civilizada. Hacían la guerra con palabras. Soltaban calumnias, no granadas. Por lo general, no sabría decir qué método me gustaba más.

Como he dicho, ya hacía tiempo que sabía que me tenían miedo. Pero eso que había ante mí no era miedo. O, al menos, no solo miedo. Y eso hizo que me pusiera en guardia. El regimiento me necesitaba. Sin mí, todos perecerían. Por su propio bien, no les permitiría que usurparan mi autoridad. Miré al coronel con la esperanza de que interviniese. Su palabra era la ley. Si me declaraba inocente, entonces no podrían hacer nada salvo amotinarse. Y si se amotinaban… en fin.

Lo admito, casi deseé que se dejasen llevar por sus deseos de traición, si es que los sentían. Habría facilitado mucho las cosas. Desde hace mucho tiempo creo que la presencia de demasiados oficiales provoca que un regimiento sea lento y difícil de manejar, en lugar de aumentar su eficacia general. Y nuestro regimiento tenía más oficiales de los que debería.

Ninguno había sido ascendido de entre las filas del regimiento, claro está. Los soldados no eran buenos oficiales, y mucho menos buenos comisarios. No, los oficiales eran los vástagos de una aristocracia rural, nacidos para mandar. Así lo veían ellos. El coronel era un intruso, al igual que yo, pero a él se lo perdonaban. El coronel era de esa clase de hombres a los que admiraban, pero a su propia manera rústica.

Sin embargo, yo no encajaba con ellos. No era un palurdo más al que podían darle órdenes. Ni tampoco era su superior. Por lo tanto, era el enemigo. Y, por fin, parecían haber decidido que iban a borrarme del mapa. Pero yo no iba a marcharme sin luchar.

Cuando, finalmente, el capitán empezó a relajarse, el coronel hizo un ademán.

—Ya es suficiente, Ducco. He tomado nota de tus quejas, y las estudiaré.

Perplejo, lo miré y, en cierto modo, me sentí traicionado. En esos momentos, nadie estaba pendiente de mí. Todas las miradas estaban posadas en él. Como debía ser. El coronel lanzó un suspiro y juntó las manos por detrás de la espalda.

—Y, cuando digo que las estudiaré, hablo en serio. Estamos en un momento crítico. No podemos permitirnos que haya desavenencias en nuestras filas. Ni tampoco podemos permitirnos discusiones entre nosotros. Y, lo que es más importante, no podemos dejar que nos vean discutir. Nuestras tropas ya están bastante inquietas. —El coronel echó un vistazo a su alrededor—. Señores, estamos en esto juntos. —Entonces, desvió la mirada hacia mí—. Todos nosotros. Eso significa que tenemos que ir todos a una o morir en el intento. Y eso te incluye a ti, comisario. —A continuación, guardó silencio un rato, pero añadió—: No más ejecuciones.

Abrí y cerré los ojos.

—¿Cómo? —protesté.

—Ya me has oído, Valemar.

—Comisario —le corregí sin pensarlo. Tras un momento de vacilación, le pregunté—: ¿Me estás diciendo que no puedo cumplir con mi deber?

Las palabras me parecieron repugnantes al pronunciarlas. Estaba convencido de que no lo había escuchado bien. Seguro que el coronel no había querido decir eso. Me pareció que su sentencia escondía algo más intenso en su interior y estaba demasiado perplejo como para verlo.

—No. Lo que estoy diciendo es que no puedes ejecutar a nadie más sin mi autorización expresa.

Vacilé otra vez.

—Pero eso es… Coronel, yo no formo parte de la cadena de mando. —Hablé despacio, intentando explicarme. Quizá se le había olvidado—. No puede ordenarme que haga caso omiso de lo que presencio…

—Y no lo estoy haciendo, Valemar. —Hizo especial hincapié en mi nombre, y me mordí la lengua para no corregirle. Le empezó a zumbar el ojo falso, la lente carmesí me estaba enfocando—. Lo que estoy diciendo es que, antes de desenfundar esa arma tuya, tienes que venir a verme. Puedes impartir castigos como veas conveniente, pero no más ejecuciones a menos que yo dé la orden.

Miró a su alrededor otra vez y, aunque tardé un poco, me di cuenta de que sus palabras no eran solo para mí. También se estaba dirigiendo a los demás. Les estaba demostrando que… me tenía controlado.

Entonces, se centró en mí de nuevo.

—¿Me has entendido?

No estaba seguro de haberlo comprendido, pero asentí, a regañadientes. El coronel gruñó y se dio la vuelta, mostrándose satisfecho. Yo me relajé un poco, al igual que el capitán y el resto de los oficiales. Algunos empezaron a murmurar entre ellos, y me dio la impresión de que se estaban riendo de mí.

El edecán del coronel me trajo una taza de recaff instantáneo. Estaba frío y sabía a rancio. En aquel lugar no había nada caliente, salvo el barro. Me lo bebí de todos modos, masticando los gránulos que no se habían disuelto.

—¿Hay nuevos mapas? —pregunté, en un intento por cambiar de tema.

El coronel asintió; parecía cansado, y yo empaticé con él. Tenía una labor muy dura, y el ambiente y las exigencias de sus subordinados no hacían más que empeorarla. Sentí una oleada de… no de culpa, sino de pesar por haberle puesto las cosas más difíciles.

—El último día hemos perdidos tres secciones de la línea de las trincheras, entre ellas aquella en la que casi te perdemos a ti. Todavía estamos intentando desenterrar a los caídos.

—A este ritmo, perderemos todo lo que hemos ganado —intervino un oficial subalterno en voz alta, uno de los amigos del capitán. Lo analicé, y me pregunté si su queja era solo eso, una queja, o si era algo más. Aunque no tenía los ojos azules. Eran marrones como el barro, y estaban enrojecidos por la falta de sueño. Un minuto después, me pregunté por qué había pensado eso. ¿Había visto algo y no me había dado cuenta?

Ese pensamiento me inquietó. Me tomé el recaff y los observé; de pronto, empecé a desconfiar. Pensé en el soldado que había matado en el refugio; una muerte de la que nadie sabía nada. Se le habían puesto los ojos azules justo antes de atacarme. Entonces, sin darme cuenta, desvié la mirada hacia el capitán, pero tenía los ojos tan marrones como los demás.

Aun así… allí había algo. Sentía que me estaban vigilando. No solo vigilando. Observando. Estudiando. Miré a mi alrededor, intentando encontrar quién me estaba acechando, pero no capté nada. El coronel seguía hablando mientras señalaba unos mapas nuevos. No le estaba escuchando. El aire apestaba, cargado con los olores de siempre, pero me pareció percibir otro nuevo entre ellos. Un olor agradable, a limpio, y que no encajaba para nada en ese búnker.

En aquel momento, alguien tosió detrás de mí. El edecán del coronel.

—¿Más recaff, señor? —murmuró.

Odiaba su voz. Estaba desprovista de autoridad. Era como una ráfaga de aire. Entonces, me di cuenta de que tenía la mano sobre mi arma, y la aparté de golpe. No creí que nadie me hubiese visto, salvo el edecán, quizá, pero él no era importante. Gruñí y le di mi taza.

Las reuniones siempre me aburrían. Supongo que por eso empecé a divagar. Como ya he dicho, no soy estratega ni sé nada de tácticas. Voy donde me ordenan que vaya, y cumplo con mis obligaciones y mis deberes. No hay que ser un genio militar para disparar al enemigo tan bien como cualquiera que estuviese huyendo de él. Pero el coronel me insistía en que prestase atención a las charlas en las pocas ocasiones en las que asistía.

Mientras él hablaba, yo analicé las capturas de imagen y los nuevos mapas, y me percaté de que apenas había habido cambios desde la última reunión. A lo mejor no tenía el cerebro de un estratega, pero sí tenía buena memoria. Las líneas se retorcían como gusanos tras una fuerte tormenta, pero jamás desaparecían.

Le di un trago a mi taza de recaff y pregunté:

—¿Y qué dice el alto mando?

Entonces, la conversación se acalló. Fue como si hubiese hecho un ruido muy desagradable. El coronel me miró y, por su rostro, pareció sorprendido de que siguiese allí.

—Nada.

—¿Nada? —Al responder, pareció que lo estaba acusando, aunque no era esa mi intención.

El coronel me miró de nuevo. El búnker entero permaneció en silencio. Todos me estaban observando. Apoyé la taza en una mesa con deliberada lentitud y desapareció al instante. El pequeño edecán iba de aquí para allá a toda prisa, feliz y completamente ajeno a la tensión que se respiraba en el ambiente. Un tonto feliz era lo mismo que dos hombres sin fe.

—¿Insinúas algo, Valemar?

—Comisario Valemar —lo corregí.

El silencio se alargó. Su mirada contra la mía. Ignoré a los demás; no eran mucho mejores que las tropas que dirigían: ineptos, salvo para seguir

órdenes. Como supe que haría, el coronel desvió la mirada a sus mapas, y su ojo con implantes augméticos chirrió y chasqueó.

—Comisario Valemar —se corrigió, con aire distraído.

—No pretendía ser irrespetuoso, coronel. Es solo que me parece extraño que los altos mandos pasen por alto durante tanto tiempo nuestra posición de vanguardia, sin dar órdenes de que avancemos o, el Emperador nos libre, nos retiremos. En cambio, aquí estamos.

—Mantendremos nuestra posición hasta que nos lleguen más órdenes.

—Aunque es difícil hacerlo cuando el suelo se remueve tanto —susurró uno de los oficiales—. Es peor que una mujer el día de su onomástica.

Tras aquella ocurrencia rudimentaria, todos estallaron en una risa tosca. Pero yo no me uní a ellos. Más que nada porque no tenía ni idea de qué era el día de la onomástica, ni tampoco qué tenía que ver eso con los movimientos de una mujer. Y, de cualquier forma, prefiero que mis mujeres se estén quietecitas.

El coronel los acalló con un ademán seco. Tenía maña para eso: un brusco movimiento con una mano, el amago de un ceño fruncido. A veces lo analizaba e intentaba aprenderme sus trucos. Ahora, en cambio, creo que no es más que una aptitud natural que algunos hombres tienen y otros no.

—Allá donde nos lleve el barro, resistiremos, hasta que nos ordenen lo contrario. Podéis marcharos. —Entonces, me miró—. Valemar, quédate un momento.

El capitán y el resto de los oficiales salieron del búnker en fila. Algunos, entre ellos el capitán, me lanzaron una mirada asesina al pasar antes de marcharse. No les hice el menor caso.

El coronel y yo nos quedamos en silencio un buen rato después de que el último de ellos saliese del búnker. Entonces, suspiró.

—¿Qué voy a hacer contigo, Valemar…? Comisario Valemar, mis disculpas. —Rechazó mi interrupción con un gesto,—. Dos personas en dos días. En ambos casos, sin apenas motivo o sin motivo alguno. Esto no puede seguir así.

—Tenía motivos en ambos casos.

Decidí que no iba a contarle lo del hombre del refugio. Algo me decía que solo empeoraría las cosas.

—Los hombres difieren.

—Los hombres… —empecé. Noté la tensión que destilaba mi voz y me obligué a calmarme—. Si escuchas a los hombres, te dirán que nunca tienen la culpa de sus vicios. Ellos nunca aceptarán la responsabilidad de sus delitos. Siempre le echan la culpa a otra persona.

—Puede ser. Pero, a veces, es mejor pasarlo por alto.

Lo miré fijamente. Él y yo siempre habíamos tenido una conexión. Siempre nos habíamos entendido. O eso pensaba yo. Pero, en aquel momento, estaba hablando de herejía. Se me revolvió el estómago.

—Eso no fue lo que me dijiste cuando me uní al regimiento.

—Cuando te uniste al regimiento, necesitábamos mano dura. Eran granjeros y mineros, nada más. Eran escoria. Necesitábamos soldados. Me ayudaste a convertirlos en soldados. Pero, cuando se afila una espada, hay que tener en cuenta su límite antes de que se parta.

—Y… ¿qué piensas? ¿Que están a punto de partirse, de romperse? —Volví a dejar la taza—. Está pasando algo, coronel. Ocurre algo. Puedo sentirlo.

—Sí, lo sé. Y estoy intentando cortarlo de raíz. Intento protegerte, Valemar. —Se acercó un poco a mí, como si quisiese apoyar la mano sobre mi hombro, pero me aparté. No me gusta que me toquen, aunque sea un hombre al que respeto.

—No necesito protección.

El coronel suspiró otra vez y desvió la mirada.

—Te necesito, comisario. No solo eso, te necesito de una pieza. Recuerda lo que te he dicho —confesó. Entonces, hizo un gesto con la mano y añadió—: Puedes irte.

Así que me marché.

En el exterior del búnker reinaba la tranquilidad. Las armas permanecían en silencio, y el único sonido que se oía era el débil murmullo del barro. Primero giré a un lado, y luego al otro, sin saber bien qué debía hacer. Todavía me estaban observando, podía sentirlo. Ninguno de los hombres que estaban de servicio fuera del búnker de mando me miraba. Pero eso no significaba que no me estuvieran vigilando.

Vacilé. El barro borboteaba bajo mis pies y los huesos flotaban sobre la superficie por unos breves instantes, entre las planchas de ferrocemento, antes de hundirse de nuevo. Una persona supersticiosa lo habría considerado un presagio. Pero yo no soy supersticioso.

Volví la mirada al búnker de mando, y vi cómo el edecán del coronel me observaba desde la entrada, con un narcotubo en los labios. Ni siquiera me había dado cuenta de que estuviese allí. Me saludó con una inclinación de cabeza, como si fuésemos amigos. Reprimí las ganas de sermonearlo y me dirigí a la línea de la trinchera.

Los disparos no tardaron en reanudarse.

Cuando regresé a mis aposentos, descubrí que alguien había entrado en ellos.

Alguien había forzado la cerradura con violencia. Ni siquiera hoy sé qué estaba buscando esa persona. No faltaba nada de mi colección de objetos ilegales. Tampoco habían desordenado mis manuales, ni el papeleo que había estado haciendo; todo seguía tal y como lo había dejado. Pero la entrada estaba forzada, y olí algo en el ambiente. Algo que me hizo pensar en ojos azules.

Me quedé un rato sentado y paseé la mirada por toda la habitación. Traté de encontrar algo fuera de lugar. Hasta la más mínima de las diferencias podía decirme quién había sido el responsable. Pero no encontré nada. Era como si solo hubiesen entrado allí para echar un vistazo.

Creo que me habría sentido menos vulnerado si me hubiesen robado algo. En ese caso, habría habido un motivo evidente para el allanamiento, y mi respuesta estaría justificada. En cambio, me sentía como si me hubiese metido en un bosque oscuro y me hubiese alejado del camino. Nada tenía sentido. Estaba perdiendo mis viejas seguridades. Ya ni siquiera podía contar con el coronel.

Al marcharme de mis aposentos, los soldados que estaban fuera intentaron esquivar mi mirada. Se arrimaban a los laterales de la trinchera, hablaban en voz baja, con un tono casi inaudible bajo el estruendo de la artillería enemiga. Sabían algo. Quizá no sabían que lo sabían, pero lo sabían. ¿Se habrían quedado observando mientras el culpable invadía mi santuario? ¿Le habrían ayudado?

Me los quedé mirando con el arma en la mano. El cielo en llamas proyectaba unas largas sombras que oscurecían ambos lados de la trinchera y, por un momento, era como si cada hombre tuviese los ojos azules y todos tuviesen la mirada clavada en mí.

—¿Algún problema, comisario?

Me giré, a punto de desenfundar la pistola láser.

Era el capitán. Me estaba observando desde una zona de la trinchera más elevada. Llevaba puesta la máscara, pero podía afirmar que estaba sonriendo.

—No —respondí, y me enderecé.

—¿Seguro? Pareces molesto. Puede que sea por el aire, está muy viciado. Deberías ponerte la máscara. No podemos dejar que te dé un síncope por respirar demasiadas toxinas, ¿verdad?

Me quedé mirándolo; se estaba riendo de mí. La verdad es que no me molestaba, salvo por el hecho de que tuviese la valentía suficiente para hacerlo. Con las órdenes del coronel todavía presentes en mi mente, me esforcé por mantener un tono calmado al hablar.

—Lo tendré en cuenta.

Descendió por la trinchera hasta donde yo estaba. Los hombres se apartaban a su paso. Era difícil saber a quién le tenían más miedo, si a él o a mí. No moví la mano de la pistola. Me pregunté si habría venido solo. Si ese era el caso, aquel hombre era mucho más tonto de lo que pensaba.

—¿Aquí vives tú? —preguntó, mirando mis aposentos—. Estás un poco lejos de los demás. Eso no encaja mucho con las normas, ¿no?

—Aprecio mi privacidad.

—Mi privacidad…, señor.

Me permití esbozar una sonrisa.

—Aprecio mi privacidad.

El capitán hizo un ruido que podría haber sido un gruñido, o también una risa. No podía diferenciarlos con la máscara.

—Lleva mucho tiempo encubriéndote, Valemar. Pero no siempre estará aquí para protegerte.

Ni siquiera me molesté en corregirlo.

—¿Es eso una amenaza, capitán?

—¿Acaso importa? De ser así, ya no puedes hacer nada. Te ha puesto el bozal.

—Creo que verás que, aun así, todavía conservo los dientes.

Con los dedos le di un par de golpecitos arrítmicos a mi arma. El capitán la observó y, a continuación, desvió la mirada hacia mí. Dejó caer la mano sobre su propia arma.

—No te atreverías —susurró, sin un ápice de arrogancia en la voz.

—No es cuestión de atreverse o no, sino de deber.

—Si me matas, no llegarás vivo al final del día.

Alcé la mirada hacia el cielo en llamas. Mientras las observaba, las nubes tóxicas adquirieron una forma que me resultó familiar y me invadió una ligera sensación de paz. Respiré hondo y bajé la mirada.

—Todos estamos en el tiempo de descuento, capitán.

—Algunos más que otros —replicó unos segundos después. Se alejó un poco, despacio y con prudencia. Pero yo no me relajé—. Mírate. Eres el perro rabioso del coronel. ¿Cuántos cuerpos habrá enterrado por ti? ¿Cuántos habrás enterrado tú por él?

—Solo sigo órdenes, como tú.

El hombre resopló.

—Tú y yo no nos parecemos en nada.

Entonces se dio la vuelta, como si me estuviese desafiando a que le disparara. Y estuve tentado de hacerlo. Pero las órdenes del coronel eran claras. Sin embargo, mientras el capitán ascendía por la trinchera, giró la cabeza, me miró y, bajo los destellos de la artillería, me pareció ver un resplandor azul antes de verle desaparecer.

En aquel momento supe que el Dios-Emperador me estaba hablando. Me estaba enseñando quién era el enemigo. El verdadero enemigo; no aquellos que estaban al otro lado del campo de batalla, sino los enemigos que esperaban a mis espaldas. El enemigo más peligroso es el que ataca desde dentro, como a veces me recordaba mi manual del regimiento.

Estaban tramando una conspiración. Con sus palabras, el capitán casi lo había admitido. Pero no sabía qué podía hacer. Mi entrenamiento no me había preparado para el trabajo de investigación. Si un comisario se topaba con un problema, lo solucionaba. Muerto el hombre se acabó el problema. Siempre había funcionado así. Pero, gracias al coronel, en aquel momento no podía actuar como me habían enseñado.

Me vi obligado a improvisar. No me arriesgué mucho. Seguí el consejo del coronel. Yo era un buen soldado, y sabía que el hombre tenía razón, por mucho que, incluso ahora, me duela admitirlo. Debía tener más cuidado. Ser más prudente. Era más importante descubrir qué estaba pasando que

castigar todas y cada una de las infracciones, daba igual lo mucho que se opusiese mi alma ante tal pensamiento. Sobre todo si me estaban vigilando. Quizá estaban buscando la forma de desacreditarme. De provocarme. Tal vez fuese justo eso de lo que el coronel intentaba avisarme.

Así que esperé. Y observé. Estudié a los hombres tal y como, en el pasado, había estudiado los pájaros y las ratas. Me acerqué a sus puntos de reunión y los observé mientras hablaban entre susurros. Los vigilaba mientras comían y bebían. Quería conocer sus hábitos, como había hecho de pequeño con los pájaros.

Día tras día. Semana tras semana.

Y así sucesivamente.

Podemos encontrar hábitos y patrones en todo. No hay nada aleatorio, en realidad. Las armas del enemigo se disparaban con un patrón, como ocurría con las nuestras. La misma secuencia de disparo, una y otra vez, tanto si aquellos que manejaban las armas eran conscientes de ello como si no. Y había un patrón en los ojos. Mientras los observaba, me percaté de que ellos también me observaban a mí. Me estaban estudiando así como yo los estudiaba a ellos. Ambos nos escondíamos a simple vista: yo, en las trincheras, y ellos, en el cuerpo de los hombres.

Cada día había más y más. Su número aumentaba y el nuestro descendía. Susurraban en las esquinas, replanteándose las decisiones y el objetivo de nuestro coronel. Hablaban de derrotas y muerte. De rendición. Había miles y miles de hordas de demonios con los ojos azules que se infiltraban entre nuestras líneas y debilitaban nuestra postura. Y solo yo podía verlos.

En todas partes ocurría lo mismo. Había taras en el muro. Grietas que, con cada ciclo que pasaba, se agrandaban más y más.

Pero, aunque las reconocía, no podía identificarlas. Lo sé, es absurdo, pero, aun así, era la verdad. De pronto un hombre tenía los ojos azules y, al segundo siguiente, se tornaban marrones. Los veía por el rabillo del ojo, o los observaba un instante, cuando doblaban una esquina o entraban encorvados a un refugio. Solo ocurría entre los soldados rasos; jamás entre los oficiales. No por aquel entonces.

Excepto el capitán. Era uno de ellos, estaba convencido, pero mantenía las distancias conmigo. Quizá sospechara que había descubierto su secreto. Puede que solo se mostrase receloso conmigo, tras nuestro

encontronazo en la trinchera. A veces, le echaba una ojeada al mismo tiempo que él me observaba desde lejos. En algunas ocasiones no era él, sino aquellos a los que identifiqué como sus compinches.

Otras veces, solo ocurría con los soldados, que me observaban con esos ojos tan antinaturales.

¿Qué eran? Incluso ahora lo desconozco. ¿Seguirían siendo humanos? ¿O no era más que una simple alteración cósmica? Me habían contado historias de corrupción, de plagas de escepticismo, pero aquello parecía más sutil. Más preciso. No era brujería, pero quizá era un arma. Una toxina que propagaba la disconformidad por las trincheras. Quizá estaba en el aire, o en el agua.

Me pasé días atormentado por aquellas preguntas. Semanas, incluso. Les daba tantas vueltas que perdía la noción de por qué me estaba preocupando, hasta que captaba otro destello azul a través de las gafas de una capucha medioambiental.

Entonces recordaba por qué me preocupaba, y vuelta a empezar.

Lo único que sabía con certeza era que aquello, fuera lo que fuera, se desvanecía con la muerte. Lo había aprendido con mi segundo encontronazo. Los ojos azules se volvieron marrones. Como si lo que fuera que se había adueñado de él se hubiese marchado en cuanto le clavé el cuchillo.

Sin embargo, tuve que matar a otra persona para asegurarme. Con discreción, para no levantar sospechas. Huelga decir que esperé hasta presenciar una clara infracción de las normas. No soy un asesino.

Fue fácil. Elegí bien el momento. Los disparos de las armas retumbaban y el cielo ardía en llamas. Las trincheras se estremecían y los soldados se dispersaban para ocupar sus puestos con el sonido de las sirenas de alerta de fondo. Todos menos uno, que se marchó a las letrinas. Desde cierto punto de vista, se podría considerar un acto de cobardía ante el enemigo. Si un hombre no puede aguantar sus aguas menores durante la batalla, ¿para qué sirve?

Lo seguí. Él nunca me vio, me aseguré de que así fuera. Yo no llevaba ni la capa ni la visera. Había dejado los símbolos de mi autoridad en mis aposentos, y solo vestía el uniforme manchado de barro, como el de todo el mundo, además de la capucha medioambiental. No estaba cómodo, pero

uno debe sacrificarse por el bien del regimiento. Es lo único que nos pide el Dios-Emperador.

Había ciertas zonas designadas para las letrinas en cada sección de la trinchera. En su mayoría, eran unos agujeros cavados en el barro que se mantenían estables gracias a las mallas y a la chatarra. Unos bancos bordeaban los agujeros, y una lona impermeable los ocultaba de la vista de los demás. La sopa se tragaba todo lo que le dábamos, así que no hacía falta limpiarlas, aunque a veces las utilizaba como tarea de castigo.

Lo seguí hasta allí, dejé caer la malla que ocultaba la parte interior y esperé a que empezara. Así sería todo mucho más fácil. Si se percató de mi presencia, no dijo nada. A lo mejor creyó que estaba buscando un sitio en el que esconderme, o a lo mejor no le importaba qué hacía allí. Los soldados no habían tardado en aprender a no hacer preguntas. Sobre todo en la letrina.

Me senté junto a la puerta y observé la trinchera a través de la lona. Las sombras danzaban por el muro de la trinchera, burlonas y débiles. Observé cómo se movían al son del martilleo de las armas. La forma en la que bailaban y se retorcían me recordó a algo, pero no sabría explicar a qué. Solo sabía que hizo que se me revolvieran un poco las tripas, así que me di la vuelta al instante.

Entre gruñidos, mi presa canturreaba en voz baja y casi consiguió que me quedara dormido. Era la misma canción que cantaban todos, una cancioncilla pastoril de su mundo natal. Todos eran granjeros, o hijos e hijas de granjeros. No sabría explicar por qué alguien pensó que serían unos buenos soldados.

Un buen soldado debía ser rápido y duro, con cierto gusto por la violencia. Para mí, los mejores soldados salían de las ciudades colmena. Allí se criaban con crueldad en aquellos oscuros túneles y en las estrechas calles de la ciudad. Pero sí es verdad que los granjeros poseen cierto pragmatismo rural, aunque apenas sea evidente. Supongo que tanto unos como otros mueren igual de bien. Y, después de todo, ese es su propósito. Morir por el Dios-Emperador. Crear un muro de carne y piedad, cercar sus tierras y soportar la larga noche. Aquel era, y es, mi propósito también, y es glorioso.

Morir en su nombre…¿Qué mayor gozo podía experimentar un hombre?

Bueno, quizá matar por él.

En el exterior, las armas retumbaban en el aire. Las suyas y las nuestras. Sonaban como los latidos de los corazones de unos gigantes batiéndose en duelo. Me pregunté cuándo se cansarían de ese juego; cuándo, por fin, avanzarían hacia las fauces de nuestras armas. ¿O no lo harían? Quizá estaban esperando algo.

Era una posibilidad que había empezado a plantearme, absorto en los descansos de mi paranoia. Aquello con lo que me había topado no era producto del azar, ni era un caso aislado, sino que formaba parte de una gran conspiración enemiga. No tenía pruebas de ello, salvo mis propias sensaciones, pero un comisario debe confiar en sus instintos. Y los míos me estaban advirtiendo a gritos que aquella conspiración era más grave de lo que pensaba.

Al final, esa fue la razón por la que decidí llevar a cabo mis experimentos.

Necesitaba entenderlos. Aprenderlo todo sobre ellos. El hombre que estaba en la letrina iba a ser el primero.

Como he dicho, esperé a que terminara. Cuando suspiró e hizo ademán de levantarse, con los pantalones a medio subir, me abalancé sobre él. Había cogido la bayoneta, esa que me había llevado como objeto ilegal. Tenía una buena hoja. Ligera. Afilada. Cumplía con su cometido con una eficiencia encomiable. Lo abrí allí mismo, de la molleja al esófago, tal y como solía hacer con los pájaros cuando era un crío. Aunque nadie lo adivinaría por su aspecto, el cuerpo humano no es más que una bolsa de agua, ácidos, bilis y sangre. Todos esos líquidos se derraman en cuanto alcanzas la profundidad suficiente. Hay que actuar con rapidez para evitar acabar empapado, sobre todo en un espacio reducido. Por suerte, yo tenía mis trucos.

El hombre cayó de espaldas con un gemido de sobresalto, casi un suspiro, como si no se pudiese creer lo que estaba ocurriendo. Aunque, la verdad, ¿cuánta gente esperaría morir en una letrina?

Lo cogí por la barbilla mientras se desangraba como un cerdo en el matadero. El color de sus ojos pasó del azul al marrón mientras se apagaban. Calculé cuánto tiempo tardaba. Un par de segundos. Limpié la sangre de mi bayoneta con la manga de su uniforme y lo registré. Encontré

las típicas baratijas de siempre y confisqué la gran mayoría. Tenía pensado analizarlas más tarde, para ver qué secretos podían albergar.

Pero nunca llegué a hacerlo.

Tras lo ocurrido, tuve mucho trabajo. Escabullirme de las letrinas fue un juego de niños. Nadie se fijó en mí. Todas las miradas estaban puestas en el enemigo, mientras las armas seguían retumbando.

Fue igual de fácil la segunda vez, y la tercera también. En ambos casos, observé a mi presa durante horas, los sorprendí cuando estaban a solas y sincronicé sus muertes para que coincidieran con el estruendo de las armas. El color de sus ojos cambió en ambos casos. Con la tercera persona, creí que disponía de tiempo antes del cambio e intenté arrancarle los ojos antes de que cambiasen de color, pero solo pude ver cómo los sangrientos glóbulos oculares adquirían un tono marrón entre mis dedos. Tras el incidente, decidí que era hora de realizar otro experimento. Tenía que interrogar a uno de ellos.

Pero sabía que, para eso, iba a necesitar un poco de privacidad.

—¿Una misión de reconocimiento? —preguntó el coronel, mirándome con aquel único ojo rojo, sin pestañear.

El búnker de mando estaba atestado de personas, como siempre. Hasta arriba de parásitos con uniforme. Tras las semanas de vigilancia, había llegado a odiarlos a todos. Al ir de incógnito, había visto miles de infracciones, algunas menos importantes y otras, más. En aquel momento sabía que eran escoria, todos y cada uno de ellos. Había empezado a desear que la lluvia caliente cayese desde los cielos y, con ella, se ahogara casi todo ser vivo que habitaba las trincheras. En muy poco tiempo llegué a la conclusión de que nadie iba a poder salvar al regimiento.

Como he dicho, fue la tercera muerte la que hizo que me decidiera a actuar. Había sido una sargento. Había llegado a creer, o esperar, que aquel mal, aquella maldición, llamadla como prefiráis, no había afectado a los oficiales, si exceptuamos al capitán. Pero resultó ser una esperanza vana. La infección avanzaba de forma descontrolada. Allá donde mirara, había ojos azules. Entre la suciedad, en los refugios, bajo la lluvia.

Un par de días después de mi tercer experimento, me di cuenta de que el estruendo de las armas los hacía salir de sus escondrijos. Se ocultaban

bien durante los momentos de tranquilidad, pero, en cuanto sonaban las armas, no me costaba nada identificarlos. Una parte de mí sospechaba que era una especie de señal, quizá un patrón en los ataques, o a lo mejor aquel sonido los exponía por alguna razón. Pese a todo, tracé un plan. No obstante, para llevarlo a cabo, se necesitaba valor y audacia, dos cualidades que poseía en grandes cantidades. No es arrogante por mi parte afirmarlo, pues una persona no puede llegar a ser comisario sin esas facultades.

—Estamos atrapados en mitad de una tregua —expliqué mirando a mi alrededor, por todo el búnker—. Si no podemos avanzar sin órdenes, por lo menos podemos intentar hacernos una idea más precisa de la posición de nuestro enemigo. Podemos identificar un posible punto débil… Solo por si acaso.

—¿Tanto te aburres, comisario? —exclamó, pero, a pesar de sus palabras, sabía que aceptaría. El coronel comprendía la sabiduría que había detrás del plan, aunque no entendiese cuáles eran mis verdaderos motivos. A menudo, la inteligencia es un elemento que se suele pasar por alto en las campañas. Había demasiados comandantes que confiaban en la fuerza bruta para hacerse con la victoria. Asestarle un golpe al enemigo está muy bien, pero es mejor asestárselo justo donde más daño puede hacer, en el momento indicado.

—El caso es que sí —admití. Todos los oficiales que estaban allí reunidos soltaron una risita nerviosa—. Como no puedo cumplir con mi deber de una forma, deja que lo haga de otra. Me adentraré en el terreno baldío que se extiende entre nuestras líneas y las suyas, y veré qué puedo averiguar.

—¿Tú solo? —quiso saber el capitán. Llevaba un rato en silencio. Sabía que me había estado observando, pero también sabía que los espías que tenía entre los soldados del regimiento no le habían podido contar nada. Se pensaban que era un tonto, franco y sin imaginación. No concebían la idea de que me despojase de mis adornos de comisario para cazar a mi presa. O al menos eso esperaba yo.

—No, si fuera posible. Aunque lo comprendería si nadie quisiera acompañarme. —Otra oleada de risitas. El capitán frunció el ceño y miró a sus hombres. El coronel hizo lo mismo, pero por motivos diferentes, espero. El paso siguiente era el más peligroso, y respiré hondo antes de continuar —. Como no estoy en la cadena de mando, te lo pido solo como mera

formalidad. Sea como fuere, llevaré a cabo la misión, pues es un aspecto más de mis obligaciones. Defenderé al regimiento, ya sea de una forma o de otra.

—¿Y si te matan? —preguntó el coronel.

—Pues tendréis que pedir un nuevo comisario. Los formularios convenientes están en mis aposentos —manifesté mientras miraba al capitán, que entrecerró los ojos.

El coronel sacudió la cabeza.

—Bueno, tienes razón, no puedo detenerte. Llévate a uno de nuestros hombres. Capitán, pide un voluntario.

—Iré yo —contestó él, y me dio un vuelco el corazón. Sabía que el capitán vería aquello como un desafío. Los que son como él siempre reaccionan igual. Pero el coronel rechazó su propuesta con un ademán de desdén.

—No, te necesito aquí. Elige a uno de los soldados rasos.

Miré al coronel y me pregunté si habría descubierto algún vestigio de mi plan. Puede que solamente se preocupase de que ambos nos expusiéramos al peligro y solo uno de nosotros regresara. O, a lo mejor, temía por mi vida.

—Toda ayuda es bienvenida —expresé.

—Encontraré a alguien… dispuesto —concluyó el capitán. Por un momento, solo por un instante, me pareció ver un ligero destello azul en sus ojos. Mantuve una expresión neutra, aunque estaba henchido de satisfacción. Tal y como esperaba, había caído en la trampa.

—Dile que traiga provisiones. Es posible que pasemos varios días fuera.

—Decidido, entonces —dijo el coronel—. Podéis marcharos. Menos tú, Valemar.

No me molesté en corregirlo, pues ya estaba pensando en mi próxima tarea. Con un gesto, el coronel me indicó que me sentara, pero yo me quedé de pie. Las normas establecían que un comisario debía permanecer de pie en presencia del comandante de su regimiento para recalcar su independencia de la cadena de mando.

El edecán le trajo una bebida. Ni siquiera le había escuchado entrar. Me pregunté cómo se comunicaban tan bien. Quizá fuese por la costumbre. El coronel se la tomó de un trago y el edecán le sirvió otra copa más.

—Una buena cosecha —comentó el coronel, dando otro trago más—. ¿Te gustaría una copa?

—Estoy de servicio.

—¿Y si te lo ordeno? —insistió tras un momento de silencio.

No respondí. La conversación se había desviado hacia terreno desconocido.

El coronel suspiró.

—Bueno, mejor así. Es lo último bueno que queda. Nos falta de todo, incluso vino —comentó, y me lanzó una mirada—. Valemar, a veces me decepcionas.

Sus palabras se me clavaron como un aguijón, y puede que me estremeciera.

—Mis disculpas, coronel, si te he ofendido… —empecé, pero me pidió que me callara con un movimiento de su mano.

—Las disculpas son un signo de debilidad. Te estás poniendo en peligro. Aquí hay mil tareas más importantes que hacer para que tengas que encargarte tú de una tarea que podría llevar a cabo cualquier soldado raso.

—Entonces, ¿por qué no has enviado ya a alguno para que lo haga?

—Porque tenemos toda la información que necesitamos, comisario. El alto mando nos ha ordenado que mantengamos nuestra posición. Hasta que recibamos nuevas órdenes que indiquen lo contrario, es lo que haremos. —El ojo rojo del coronel emitió un zumbido y se centró en mí—. Pero no sales allí afuera por eso, ¿verdad?

Quería contárselo, pero sabía que no iba a creerme. Lo sabía muy bien.

—No sé a qué te refieres, coronel.

El hombre vaciló. Cuando habló, un momento más tarde, parecía estar arrepentido, y eso no me gustó.

—No, puede que no lo sepas. A veces, creo que he abusado de tus cualidades, Valemar. Comisario. En cambio, otras veces pienso que quizá he conseguido justo lo que quería. Este regimiento habría desaparecido bajo las órdenes de nuestros predecesores. Los hombres como Ducco lo habrían llevado a la tumba. Pero nosotros lo fortalecimos, ¿verdad?

—Yo he cumplido con mi deber, coronel. Tal y como has hecho tú.

El coronel emitió un sonido que podría haber sido una risa. A veces me olvidaba de que los dos éramos forasteros en este regimiento. Él me

había traído en cuanto lo habían puesto al mando de las tropas. Jamás descubrí qué le había pasado a su predecesor. Bueno, de todas formas, no importaba. El regimiento pertenecía a aquel que estuviese al mando. Le pertenecía a él. A nosotros.

—Así es. Y seguiremos así. —Me miró por encima del borde de su copa—. Ve con cuidado, comisario. Ducco no se lo pensará dos veces antes de clavarte un cuchillo si cree que puede salirse con la suya.

Y, con aquellas inquietantes palabras, me dio su permiso para marcharme. Fue la primera vez que hablamos abiertamente del tema. Hubo otros como Ducco. Otros oficiales que no pudieron adaptarse al nuevo *statu quo* del regimiento. Yo había cumplido con mi deber, con las órdenes del coronel, y despejamos el camino para la llegada de nuevos oficiales, unos que se mostrasen más flexibles con la forma de pensar del coronel. Pero, por primera vez, el coronel me había pedido que tuviese cuidado con ellos. En aquel momento me percaté de que estaba más preocupado de lo que yo había supuesto. Imaginé que por eso me había sermoneado delante de los demás momentos antes.

También me pregunté si el coronel había visto lo mismo que había visto yo. ¿Acaso era aquella su forma de decirme que sabía lo que estaba pasando, pero que su rango le impedía actuar? ¿Que estaba de acuerdo con mis actos? Confiaba en que así fuera. Con su ayuda, sería mucho más fácil salvar al regimiento.

Me llevé la bayoneta, obviamente. Me había venido bastante bien durante mis investigaciones anteriores y le estaba empezando a coger cariño. Como yo, mi arma era un objeto con una función simple y precisa. Diligente y letal. Además, era fácil de esconder.

El capitán me había enviado a un soldado llamado Gomes. Era un trozo de cartílago con aspecto robusto, y mucho más alto que yo. Apenas pronunció un par de palabras, salvo al saludarme.

Solo me sabía el nombre de Gomes porque estaba bastante seguro de que había asesinado a otro soldado raso durante una partida de cartas, aunque no había encontrado pruebas de ello. Malgastar los recursos del regimiento se castigaba con la muerte, y Gomes lo sabía, así que había hecho todo lo posible por borrar sus huellas.

A menudo me pregunto qué clase de incentivo le había ofrecido el capitán para convencerle de que me acompañase en mi viaje. El mérito,

supongo. Muchas veces eso era suficiente para un salvaje como Gomes. De todas formas, en cuanto lo vi supe que iba a intentar matarme.

Al partir, atravesamos las trincheras y, serpenteando, llegamos a las líneas más alejadas de nuestra posición. Justo en aquel punto, las líneas empezaban a transformarse en unos escabrosos barrancos de barro movedizo y de búnkeres en ruinas. El camino era irregular y blando, y en más de una ocasión nos vimos obligados a esperar a que se asentase para poder continuar nuestra marcha. El aire era irrespirable, y apestaba a calor y otras cosas más complicadas de identificar. Tuve que ponerme la máscara medioambiental y un par de guantes gruesos. A pesar del aislamiento, todavía podía sentir el calor que se filtraba por los muros a medio formar de las trincheras abandonadas.

Cambiaban con cada paso que dábamos. Las paredes adquirían nuevas formas, y el fondo de las trincheras se elevaba o se hundía incluso más; en cierto momento nos arrastraba hacia abajo con él y, al siguiente, nos empujaba hacia la superficie. Con gran dificultad, logramos atravesar un lodazal que nos cubría hasta las rodillas y trastabillamos al pasar por encima de llanuras de barro seco. Con los cambios de la sopa, unos géiseres de vapor salieron disparados hacia el cielo, y tuve que mirar hacia atrás más de una vez, solo para perder de vista a Gomes. Pero era inevitable que reapareciese, ya que seguía mis pasos a un ritmo lento, aunque lleno de determinación.

Nos arrastramos por los campos infestados de cadáveres. El calor y las toxinas habían deformado los restos, que habían adquirido unas formas raras e inquietantes; unas flores formadas por huesos se abrían paso a través del embravecido barro y extendían sus pétalos, cubiertos de escarcha hasta la médula, hacia el cielo encendido que ardía sobre nuestras cabezas. Por el camino, varias zarzas de huesos y escoria colgaban como si fuesen unas pesadas cortinas, y más de una vez tuvimos que abrirnos camino por ellas. El calor era cada vez más asfixiante, y estaba sudando a mares con el abrigo puesto. Sabía que Gomes estaría sufriendo tanto como yo, pero no dijo nada.

Gomes iba a intentar matarme. Lo sabía tan bien como me sabía mi propio nombre. Eso me daba la excusa que necesitaba para hacer lo que tenía que hacer. Por lo menos, me daría una excusa para ahondar más en la investigación, dijera lo que dijera el coronel.

Las líneas enemigas no estaban cerca. Había dado por hecho que estarían a la vista, pero la verdad era que no podíamos verlas ni de lejos. Entre la neblina y el barro, nuestro enemigo no era más que una mancha borrosa en el horizonte. Tardamos casi tres días en llegar a vislumbrar las líneas más remotas de sus trincheras y, aun así, había poco que ver. Solo trincheras y unos baluartes improvisados muy parecidos a los nuestros.

Al ver por primera vez las líneas enemigas, no pude evitar preguntarme si serían de los nuestros. Bueno, es comprensible. La burocracia del Imperio es cuantiosa y avanza con lentitud, así que es fácil que se cometan errores. Los regimientos pueden recibir órdenes de tomar un mundo que ya ha sido tomado, y aquellos al mando no cambiarán de parecer por muchas protestas y quejas que se hagan. Solo ven números, no ven hombres ni soldados. Esa es la diferencia entre ellos y los hombres como el coronel.

En aquel momento, mientras esos heréticos pensamientos revoloteaban por los límites de mi certeza, me pregunté si había sido esa la razón por la que el coronel se mostraba tan evasivo y parecía tan cansado durante los últimos días. Si era porque sabía, como casi seguro que sabría, que no nos estábamos enfrentando a unos xenos, sino a otros siervos del Dios-Emperador como nosotros. Sí, por eso era tan reacio a avanzar. Porque esperaba, rogaba, que fuese un error que sus superiores detectarían antes de que fuese demasiado tarde.

Pero, claro, aquellos pensamientos eran una tontería. Aunque los humanos podemos cometer errores, el Dios-Emperador no. Y Él no nos habría enviado a ese terrible mundo si no fuera necesario. De hecho, yo sospechaba que nos había enviado allí por una buena razón. Que me había enviado allí por una buena razón. Y estaba en lo cierto.

Durante aquel viaje de tres días, pude conocer bien a Gomes. No a nivel personal, pero los hombres como él son como un libro abierto para mí. Era una bestia; lo más probable es que, antes de unirse al regimiento, hubiese sido un delincuente. Eso explicaría su naturaleza asesina. Pero también era astuto. Esquivaba mi mirada. Jamás me miró directamente. Por mucho que yo lo intentara, no conseguí pillarle desprevenido. Cada vez que lo miraba, él volvía el rostro.

Al final me di cuenta de que, con ojos azules o sin ellos, iba a tener que arriesgarme. Sin articular palabra alguna, rescaté mis telémetros. Eran

viejos, pequeños y pesados. Otro objeto de mi colección. Poco después de unirme al regimiento me había visto obligado a castigar a uno de los artilleros por un uso innecesario de la munición del Dios-Emperador. Había estado rechazando un avance enemigo, pero eso no me valía como excusa para una actitud tan derrochadora como aquella.

Me deslicé por el barro y subí por una leve pendiente hasta el borde de la trinchera, dejando tras de mí unos baluartes en ruinas recubiertos de concertina. Dirigí los telémetros hacia los puestos del enemigo. No vi nada, a pesar de la visión mejorada con la que contaban. A veces recuerdo aquel momento. Una parte de mí ansiaba ver algo, lo que fuera. Ver quién estaba manejando las armas. Pero lo único que pude ver fue el vapor, la neblina y el barro.

Entonces, Gomes actuó, tal y como me lo había imaginado.

Se había acercado con tanto sigilo que, si no hubiese estado preparado, quizá no me habría dado cuenta hasta que ya habría sido demasiado tarde. El capitán había elegido muy bien a su sicario. La cuerda me rodeó el cuello con toda la facilidad del mundo y se tensó al instante. Pero, antes de que Gomes pudiese clavarme una rodilla en la espalda, me hice a un lado y caí rodando ladera abajo, hasta el fondo de la trinchera. Perplejo, Gomes perdió el equilibrio. Soltó un grito ahogado cuando hice que cayera sobre mí. Había desenvainado la bayoneta antes de que pudiese ponerse en pie y arremetí contra él.

El soldado cerró las manos sobre las mías y sujetó con fuerza el filo que se interponía entre nosotros. El ímpetu de mis movimientos bastó para hacer que cayera de espaldas y se estrellara contra las ruinas de un viejo refugio. Podía oír las blasfemias que profería, pero solo podía fijarme en sus ojos. No eran azules. No sabía qué significaba aquello. Al menos, no en aquel momento. Aun así, intentaba matarme.

Soy más fuerte de lo que aparento. Era evidente que Gomes había pensado que sería una presa fácil. Forcejeamos entre los restos de la trinchera destrozada, con el barro lamiéndonos las espinillas. No quería utilizar la pistola láser. Un disparo, el más mínimo ruido, cualquier cosa podría hacer que el enemigo nos atacara. A pesar de ello, necesitaba respuestas, y Gomes podía dármelas.

Levanté la rodilla, y le di en pleno abdomen. Gomes gruñó y se revolvió en un intento por desestabilizarme. El barro cedió tras él, y el

soldado cayó de espaldas sobre el lodo. Apoyé todo mi peso contra la bayoneta y lo hundí todavía más en el movedizo barro. Gomes abrió los ojos de par en par mientras los huesos rotos y los trocitos de escombros nos salpicaban a los dos.

Solo necesité aquel momento de distracción. Aflojó un poco el agarre que mantenía en mi arma, solo por una milésima de segundo; entonces, yo giré las manos hacia un lado y conseguí librarme de él. Le clavé la bayoneta en la tripa y le hice un buen corte, justo por debajo de su armadura antibalas, y acto seguido retrocedí. Gomes se inclinó hacia delante, tapándose la herida. El barro se había apoderado de él; se revolvió, en un intento por liberarse, mientras la sangre le borbotaba entre los dedos. Pero sus ojos seguían siendo marrones.

Levanté la bayoneta y lo apunté con ella.

—Por intentar asesinar a un superior… el castigo es la muerte. ¿Quieres cumplir con tu castigo aquí, o tras un juicio?

—Cabrón… —gruñó.

—Ya. ¿Por qué has intentado matarme?

Gomes continuó forcejeando para intentar librarse del barro. Casi lo consiguió, pero le propiné un par de patadas con la bota y lo lancé de nuevo contra el deshecho muro de la trinchera. Reprimió un grito. Yo me acerqué un poco más, y apoyé una mano sobre su hombro para impedir que se moviera; entonces, le acerqué la bayoneta a la garganta. Estaba bastante seguro de que no pondría en riesgo su vida forcejeando e intentando estrangularme.

—Con una herida como esa, tardarás mucho tiempo en morir. Puede que horas, incluso. O puede ser una muerte rápida. Tú eliges.

—M-me pagaron —gruñó.

—¿Quién?

Entonces me lanzó una mirada asesina. Con un rápido movimiento, acerqué la mano a la tripa del soldado y saqué algo húmedo y blando de entre sus débiles manos. Gomes chilló como un cerdo mientras yo retorcía aquella cosa blanda, hasta que me estalló en la mano y varios líquidos se derramaron sobre el barro.

—Dímelo —exigí.

A pesar de estar postrado por el dolor, no me lo contó. Menos mal que yo ya lo sabía. Después de limpiarme en su pecho los restos de fluidos de la

mano, limpié la bayoneta con su manga y me la guardé en el bolsillo del abrigo.

—Qué mal se te dan los tratos. El castigo es más que tu propia vida.

Recogí mis cosas y las suyas. Para el Dios-Emperador es un pecado desperdiciar las provisiones.

—E-espera —dijo con voz ronca, mientras se estiraba para alcanzar el borde de mi abrigo—. Mátam…

—Ya lo he hecho. Ahora, es tarea del Dios-Emperador llevarte con él cuando lo crea conveniente.

Lo abandoné allí, hundido en el barro, que iba ascendiendo poco a poco. No miré hacia atrás. No me arrepentía de haberlo matado. Gomes había intentado matar a un comisario, y había fallado. El castigo era justo.

En cuanto se acallaron los disparos de las armas, emprendí mi lento camino de regreso. Cuando, días más tarde, llegué a las líneas de nuestro regimiento, los guardias que estaban de servicio no me dieron el alto con la rapidez que exigían las normas. Se me pasó por la cabeza ejecutarlos a ellos también, pero reprimí esos impulsos. Tenía el tiempo suficiente para castigarlos más tarde.

No me sorprendió ver que el capitán me estaba esperando, aunque sé que él sí se desconcertó al verme.

—¿Y Gomes? —preguntó, sin mirarme.

—Un terrible accidente. Ahora le pertenece a la sopa.

—¿Qué clase de accidente, comisario?

Pasé por su lado, muy cerca de él, sin contestar. Él siguió llamándome un rato más. Su voz me recordó a las grabaciones de voz. Artificial y sin vida.

Inhumana.

Me hicieron falta dos misiones de reconocimiento más para conseguir las respuestas que buscaba. Pero me aseguré de no matar a ninguno de los dos soldados que me acompañaron. No podía levantar sospechas. No después del incidente con Gomes. Además, ninguno tenía los ojos azules. O, si los tenían, no me di cuenta.

Pero el cuarto… vaya. Aquel era el momento que había estado esperando.

El coronel se mostró reacio a aceptar más misiones tras lo de Gomes. No lo culpo, ni siquiera ahora. Seguro que sabía qué había ocurrido o, al menos, lo sospechaba. Me conocía desde hacía demasiado tiempo como para aceptar mis respuestas por lo que eran. Como el Dios-Emperador, el coronel adivinaba la realidad tras mis necesarias mentiras, pero las aceptaba por lo que eran.

Era un buen hombre, en aquella época. Un gran hombre.

Quizá nadie comprenda por qué seguía ocultándole mis sospechas. No lo hice con mala intención, eso puedo asegurarlo. No, yo mejor que nadie sabía la carga que debía soportar sobre sus espaldas. Era un gran hombre, como ya he dicho. Había alcanzado un alto rango y había sobrevivido a muchas cosas durante su vida de servicio al Dios-Emperador. Mis sospechas se basaban en pruebas circunstanciales, como mucho. Necesitaba más pruebas, claro. Una prueba indiscutible de la naturaleza de la conspiración antes de poder molestarle con mis hipótesis.

Por desgracia, dado que no conseguí nada digno de mención con mi tercera misión, rechazó la posibilidad de llevar a cabo una cuarta.

—Comprendo que te veas obligado a hacerlo, comisario —declaró—. Pero hay mucho que perder y poco que ganar. La información que has recopilado en las misiones anteriores no es mucho más de lo que podemos ver aquí —añadió, y con la mano señaló las capturas de imágenes que adornaban las paredes del búnker de mando.

—Necesito acercarme más —repliqué.

—Si te acercas un poco más, estarás justo enfrente de sus puestos.

—Pues allí iré.

—No —sentenció el coronel, y negó con la cabeza.

—Permiso para hablar —dijo el capitán. Era uno de los pocos oficiales que estaban presentes en el búnker. No todos habían recibido la invitación para participar en aquella reunión. Con el paso de los días, y de las semanas, el círculo de confianza del coronel se había ido reduciendo cada vez más.

Había corrientes por las que era incapaz de navegar, pero, aun así, me había fijado en ellas. Con cada día que pasaba, el coronel estaba más demacrado, y el número de oficiales que acataban sus órdenes era menor. A algunos se los había despojado de sus rangos y, destituidos, habían acabado

en la retaguardia. A otros los había apartado, y los había abandonado con sus pocos subordinados en las trincheras más remotas.

Estaba perdiendo el control. El regimiento experimentaba cierto malestar, falta de disciplina y de ánimos. Apostados en un lugar, bajo la sombras de las armas enemigas… no resultaba sorprendente que ocurriera. Pero yo sabía que la situación estaba empeorando por una ponzoña que resultó estar más arraigada de lo que cualquiera de ellos pudiera pensar.

El coronel asintió.

—Por supuesto, Ducco. Dinos qué piensas.

—Creo que el comisario tiene razón.

Reprimí las ganas de sonreír. Si soy sincero, no me lo esperaba. No tan pronto, desde luego. Creía que tendría que matar a un par más de soldados como Gomes.

El coronel también pareció sorprendido. Abrió un poco más el ojo bueno.

—¿Ah, sí? —exclamó, y sentí la consternación en su voz. Creo que temía por mi vida. Lo lamento. El coronel era un buen hombre. Un buen oficial. Me sentía orgulloso de servirle. Pero el regimiento era más importante que un solo hombre.

—Sí, coronel. —El capitán me miró con el rostro serio y los ojos marrones. Fuese lo que fuese, era listo. Todavía no tenía claro qué pensaba de él: si lo que había visto había sido real o si solo había sido fruto de mi imaginación. Quería que fuese uno de ellos, sí, pero poseo la disciplina suficiente para cuestionarme dichos deseos. No era un salvaje como Gomes, que mataba a quien se le antojaba. No era un asesino, después de todo.

El capitán parecía cansado. Me di cuenta de que todos los oficiales lucían así, no solo el coronel. Todos estaban agotados y demacrados. Como si el peso de la guerra estuviese aplastándoles el espíritu. Llevaban los uniformes llenos de manchas. Algunos ni siquiera se habían afeitado. Se estremecían ante los estallidos de las armas enemigas. Eran unos cobardes y unos peleles. Solo un hombre débil teme al enemigo que puede ver.

Solo un hombre débil se plantea traicionar a su propio regimiento.

Intenté que recuperaran la fortaleza. Era lo único que quería. Por eso el coronel me había traído al regimiento. Para fortalecerlo. Para purgar sus debilidades. Ese era el deber de un comisario. Mi deber.

—De hecho, lo acompañaré esta vez —continuó hablando el capitán —. Quizá yo vea algo que los demás pasaron por alto. —Entonces, me miró y añadió—: Si te parece bien, comisario.

Claro que me parecía bien, pero miré fijamente al coronel antes de contestar. Esperaba que lo impidiese, como ya había hecho antes cuando el capitán se había ofrecido como voluntario para la misión. Pero, en vez de negarse, asintió con la cabeza.

Entonces, dirigí la mirada hacia el capitán.

—Me parece bien. Saldremos esta noche. Trae solo lo necesario.

El capitán asintió con brusquedad. Con un ademán, el coronel nos dio permiso para retirarnos y el resto de los oficiales salió en fila guardando silencio. Yo pensaba hacer lo mismo, pero el coronel me detuvo.

—Valemar —dijo, y me cogió del brazo. Me estremecí e intenté alejarme, pero me asió con fuerza—. Mírame, chico. —Tenía la voz grave y noté cierto aroma en su aliento. A veces, los soldados conseguían destilar una clase ilegal de alcohol de las letrinas; una bebida potente, si pasas por alto el sabor, el olor o la textura. Intenté alejarme, pero no me soltó.

—Comisario —corregí.

—Sí. Mi comisario. —Frunció el ceño. Se le veía alicaído, como si poco a poco estuviese perdiendo toda la fuerza. Duele ver cómo un hombre enérgico y poderoso se derrumba y, en aquel momento, supe que él temía por el regimiento tanto como yo, aunque no lo dijese en voz alta—. Creí que ya te lo había advertido. Te quiere muerto.

—Soy consciente de ello.

—No, yo creo que no. —Me acercó a él un poco, y el acre aliento que exhalaba me bañó el rostro—. Te necesito con vida, Valemar. Regresa de una pieza.

Entonces, me soltó y se dio la vuelta. Regresó a sus mapas, sus miedos y su bebida. Vi cómo el edecán se acercaba a hurtadillas, con la copa en la mano, y me pregunté cuántas veces se repetiría aquella misma escena un día cualquiera.

Era un buen hombre. El mejor. Me dolía verlo así, tan débil. Verlo asustado.

—Haré todo lo que pueda, coronel —prometí, pero no me estaba escuchando. Su mente ya estaba enfrascada en otros problemas que nada tenían que ver conmigo.

El capitán me estaba esperando fuera del búnker. No me miró.

—¿Qué ha dicho? —quiso saber.

—Que vuelva de una pieza.

—Buen consejo —respondió—. A ver qué podemos hacer, ¿eh?

No me hizo gracia el tono de su voz. Ya no destilaba arrogancia, sino una sombría determinación. Me entraron ganas de dispararle allí, en aquel mismo instante, pero me percaté de que el edecán del coronel me estaba observando desde la puerta del búnker, y alejé la mano de la pistola láser. Cuando se retiró al interior del búnker, dije:

—Sí. Ve a por tus cosas, capitán. No te voy a esperar.

—Yo creo que sí —replicó—, aunque no tardaré mucho.

Cuando se puso la máscara y se dio la vuelta, me pareció ver un destello azul en aquellos ojos.

Partimos de las líneas de las trincheras cuando mayor era el estruendo de las armas. Sus rugidos aporreaban los cielos y las trincheras se estremecían desde sus cimientos. En algunos puntos nos costaba trabajo mantenernos en pie, tales eran los temblores que sacudían el suelo. Era como si el mundo supiera que la situación estaba a punto de alcanzar un punto crítico y quisiese retrasar lo inevitable.

Puede que esté siendo un engreído. El mundo no era consciente de nuestra presencia, ni tampoco aquellas armas. La artillería caía del cielo como si fuesen gotas de lluvia, y me pregunté cuánto habría costado tal despliegue. Una vez calculé el coste total de lo que se gastaba en munición en un solo día y aprendí a apreciar el trabajo del Departamento Munitorum. Tenía razones para sentirme orgulloso por mi deber, pero sabía que, aun así, había personas con obligaciones más difíciles.

Avanzamos en silencio, igual que con Gomes. El capitán no parecía tener interés alguno en mantener una conversación conmigo, ni yo tampoco lo tenía en hablar con él. Ahora, recordándolo, me doy cuenta de que lo había empezado a odiar desde el mismísimo momento en el que lo vi. Me recordaba a un mocoso especialmente insoportable de la schola progenium. Uno de los chicos mayores, con aires de autoridad. Esa clase de niños que se convierten en comisarios que acaban muertos, con un tiro en la espalda a manos de sus propios hombres.

No conseguía acordarme del nombre del chaval. Tampoco es que importase, pero, incluso ahora, recuerdo su rostro. Cómo se le saltaron los ojos cuando le enterré la cabeza en la porquería de los cerdos, y cómo lo mantuve allí hasta que dejó de revolverse. No lo maté, si es lo que se está preguntando todo el mundo. Como ya he dicho, no soy un asesino. Solo lo dejé allí tirado, inconsciente, para que lo encontraran los cerdos. Me dije a mí mismo que, si el Dios-Emperador le perdonaba la vida, sabría que me había equivocado. Y observé cómo se lo comieron, convencido de que el Dios-Emperador estaba de mi lado.

En aquel momento, con el capitán a mis espaldas, también estaba seguro de contar con su beneplácito. Sabía que no iba a dispararme así, sin más. No era de esa clase de tontos. Además, sospechaba que querría saber qué había averiguado de su conspiración. Querría saber si se lo había contado a alguien. No, sabía que querría una confrontación. Pero tenía la bayoneta a mano, solo por si acaso.

No era una expedición sencilla. Cuanto más nos acercábamos al enemigo, menos estable era el terreno. Era peor que antes, si es que eso era posible. El barro casi había consumido las trincheras abandonadas, y unas espesas cortinas de niebla tóxica se extendían por aquellos paisajes agrestes. De nuevo me vi obligado a ponerme la máscara, y las miras oculares se oscurecieron en seguida por la condensación mientras avanzábamos a duras penas por el barro, que nos llegaba hasta las rodillas. La sopa hervía y explotaba a nuestro alrededor; nos quemaba los abrigos y los uniformes con una excrecencia abrasadora.

Los caminos que había tomado en las otras expediciones habían desaparecido, y nos vimos obligados a abrir unos nuevos. Empezó a llover poco después de dejar atrás nuestras líneas, y eso aumentó nuestras preocupaciones. Era agua alquitranada, y apestaba a goma quemada. Al caer, dejó varias rayas negras por el abrigo y la máscara del capitán, y se quedaba flotando en la superficie del barro, formando sobre él unas suaves líneas sinuosas.

Tuvimos que detenernos varias veces para evitar acabar enterrados en los desprendimientos de barro o que nos pillaran las crecidas de las aguas revueltas; o para que, sin más, nos pudiésemos limpiar las manchas negras de las miras oculares de nuestras máscaras. Escalamos colinas de escombros de ferrocemento y atravesamos valles de concertina.

Puede que nadie me crea, pero encontraba cierta belleza en el paisaje. Era un lugar cruel, pero estimulaba la disciplina. El capitán discrepaba.

—Cuanto antes nos marchemos de aquí, mejor —manifestó con voz áspera. Acabábamos de vislumbrar las bases más alejadas del enemigo. Su familiaridad me consternó otra vez—. No tendríamos que haber venido aquí.

—La cobardía se castiga con la muerte —dije yo. No lo miré, pero podía sentir el peso de sus ojos sobre mí.

—No es cobardía. Es un hecho. ¿Acaso sabes qué estamos haciendo aquí?

No me molesté en responder. El deber de un soldado era obedecer órdenes, y nuestras órdenes nos habían enviado hasta allí. El capitán lo sabía, o debía saberlo.

—Seguro que ni siquiera te lo has preguntado —continuó. Mientras hablaba, soltó algún que otro resoplido. Era difícil hablar y caminar por el barro, pero eso no lo detuvo. Su locuacidad repentina me dejó perplejo. Sospechaba que intentaba pillarme desprevenido, así que decidí no prestarle mucha atención. No obstante, si mi reticencia le molestaba, no daba señales de ello—. No, claro que no. Valemar, el perro fiel del coronel, no. Sabía que nos darías problemas en cuanto apareciste por la trinchera. Todos hemos oído las historias. Y todos sabemos por qué solicitó que te enviaran a ti. Estaba asustado.

Me detuve. El barro casi me llegaba por la cintura y me volví, no sin dificultad, con la mano en el abrigo y los dedos aferrados al mango de la bayoneta.

—Al coronel no le asusta nada.

El capitán resopló.

—Claro que sí. Le asusta quedar mal, perder el mando, que lo culpen por este desastre. Y le asustamos nosotros. —Hizo una pausa y añadió—: Y le asustas tú. No te creas lo contrario.

Sin darme cuenta, le hice la pregunta obvia.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué crees que quiero decir?

Pasó por mi lado dándome un empujón y casi lo destripo allí mismo. Pero sus palabras… Hubo algo en ellas que captaron mi atención. Lo

observé mientras caminaba por el barro, tropezándose y maldiciendo. Y, entonces, lo seguí.

Nos abrimos paso hasta el enemigo. Cada vez estábamos más y más cerca. Dejamos atrás los baluartes destrozados y los restos enmarañados de concertina. Sus líneas, como las nuestras, se habían resentido. No vi cuerpos ni huesos. No había ni rastro de ellos, salvo el sonido de sus armas, y la forma en la que ardía el cielo sobre nuestras cabezas.

El capitán detuvo la marcha. Se inclinó sobre una plancha destrozada de ferrocemento, jadeando. Sentíamos el vaivén del barro a nuestro alrededor, que se movía como las aguas mecidas por el viento. Entonces, se rio en voz baja.

—Lo sabía.

Por un momento pensé que se había vuelto loco.

—¿Qué pasa?

—Valemar, mira a tu alrededor. ¿Qué ves?

—Las líneas del enemigo.

—Vale, sí, pero… ¿qué ves?

—Al enemigo —respondí.

Me miró fijamente, como si yo fuese el loco y, después, negó con la cabeza. Entonces, extendió los brazos.

—El material de construcción… es del Departamento Munitorum. Las armas y los disparos que oímos son como los nuestros.

Lo que decía no tenía sentido. Eran desvaríos.

—Sí, armas robadas, obviamente —argumenté—. Rebeldes.

—¿Rebeldes? ¿Cómo que rebeldes? ¿En un mundo como este? —Dio un paso hacia mí y yo retrocedí. Miré a mi alrededor y me di cuenta de que estábamos de pie sobre los restos de lo que había sido un búnker. El tejado había desaparecido, pero todavía podían verse las paredes, medio cubiertas por el barro—. Lo sabía. Sabía que ese gordo cabrón ocultaba algo.

—¿Quién?

—Bramwell. El coronel. —Me miró, y preguntó—: ¿Es que no te sabes su nombre?

—Va en contra de las normas dirigirse a un oficial por su nombre.

—Valemar, ¿entiendes lo que estoy diciendo? —soltó entre resoplidos.

—Comisario —lo corregí.

—Ni siquiera tú puedes estar tan ciego —gruñó. Los ojos le brillaban tras las lentes de su máscara. En aquel momento, vi la trampa. Intentaba sembrar la semilla de la duda en mi mente. Doblegarme. Confundirme—. Mira a tu alrededor… ¡maldita sea, mira a tu alrededor, necio!

Y, muy a mi pesar, hice lo que me ordenó. Vi entonces los huesos, casi escondidos, envueltos con los restos de un uniforme hecho pedazos. No lo reconocí, pero me resultó familiar.

El capitán se echó a reír de nuevo.

—Todo este tiempo, hemos estado luchando contra otro regimiento. Alguien se equivocó al enviarnos a esta parte de la zona de guerra. Alguien cometió un error, y el coronel lo sabe. Pero, si informa de esto al alto mando… lo culparán a él. Así funcionan las cosas. Por eso no habla con ellos. Por eso no nos da la orden de atacar. En cambio, esperamos. Esperamos y… —hundió los hombros—, y esperamos.

Echó la espalda hacia atrás y, por un segundo, casi sentí pena por él.

Pero solo fue un segundo.

—Mientes —dije—. El coronel es un hombre bueno. Quiere lo mejor para este regimiento. Por eso me ha enviado aquí.

El capitán me miró. Aunque llevaba puesta la máscara, vi que tenía el ceño fruncido.

—Nos ha enviado aquí para meternos el miedo en el cuerpo, porque le preocupa que nuestros hombres empiecen a escucharnos a nosotros y no a él.

—Como deben hacer.

—Se supone —bufó el capitán.

—Desobedecer órdenes directas de un superior es motivo de ejecución inmediata.

—Me juego lo que quieras a que usas esa excusa un montón de veces. —Después, en voz baja, añadió—: Mataste a Gomes, ¿verdad?

—Gomes era un idiota.

—Era uno de los hombres más valientes de todo el regimiento.

—¿En serio? —pregunté, con verdadera incredulidad—. Si eso es cierto, entonces el regimiento tiene más problemas de los que pensaba.

El capitán había apoyado la mano en su arma, pero no se atrevía a desenfundarla. Lo observé. Escudriñé aquellos ojos, aquel destello azul que

se volvía marrón una y otra vez. Me pregunté qué significaría eso. ¿Era consciente de lo que ocurría? ¿Alguno lo sabía?

—Eres un animal.

—Todos somos animales —respondí, Tenía la mano metida en el abrigo, apoyada sobre la empuñadura de la bayoneta. Podía sacarla en un santiamén, pero sospechaba que él también podía desenfundar su pistola en un instante—. Lo único que nos diferencia de las bestias es nuestro deber. Yo sé cuál es el mío. ¿Y tú?

—Eres un asesino.

—Soy la personificación de la ira del Dios-Emperador. Y tú no eres humano.

Se me quedó mirando, como si mis palabras lo hubiesen confundido.

—¿Cómo?

—No sé qué eres… Un brujo, un mutante, un xenos o a saber qué… pero puedo ver la marca de la herejía en ti. —Me señalé el ojo—. Tal y como la vi en los otros.

—Los otros… —El capitán abrió los ojos de par en par—. ¿A cuántos has matado?

—Es evidente que no a los suficientes. ¿Cuántos como vosotros hay? ¿Cuántos soldados del regimiento están infectados? —Escupí las palabras como si fuesen disparos en un intento por desconcertarlo aún más. La única ventaja que tenía era lo lejos que estábamos de los demás. No podía dispararme sin llamar la atención del enemigo. No los habíamos visto, pero ambos sabíamos que estaban cerca.

—Infectados… ¿Estás loco? ¿No has escuchado lo que te acabo de decir?

—No escucho a herejes o xenos.

—Eres un demente. Pensaba que eras idiota, o cabezón. Pero estás… estás loco de atar. —Entonces desenfundó la pistola láser. Era un arma preciosa. Con la culata de nácar y grabados en oro. Era el arma de un hombre pudiente. Todos los oficiales eran ricos. Nobles de zonas rurales que buscaban la gloria en los vastos campos de batalla… ¿O no? Fuese lo que fuese aquello, ¿había estado siempre dentro de ellos? ¿O era algo nuevo que había encontrado un caldo de cultivo en sus corrompidas almas? Todas aquellas preguntas se me pasaron por la cabeza mientras observaba el cañón de su pistola.

—No estoy loco. Lo que pasa es que veo con mayor claridad de la que os gustaría. ¿Cuándo te diste cuenta de que os había descubierto? ¿Cuál es vuestro objetivo? ¿Servís al enemigo?

—Valemar, escucha lo que estás diciendo —empezó a decir, pero tenía los ojos azules, de un azul intenso—. ¿De qué estás hablando? Ya te lo he dicho… No hay enemigo…

—Comisario —corregí, y me abalancé sobre él.

Con el borde de la mano le di un golpe seco en el cañón de la pistola láser. Gracias a aquel manotazo conseguí que soltara el arma, aunque le dio tiempo a disparar. El chirriante disparo resonó con fuerza por la trinchera mientras yo le clavaba la bayoneta. Se le saltaron los ojos y el capitán se aferró a mí. Me dio un puñetazo en el lateral de la cabeza y, aturdido, me caí al suelo. El hombre se alejó de mí tambaleándose, con una mano sobre la herida de la tripa, haciendo presión para cortar la hemorragia.

Me levanté y lo perseguí. Pero me acerqué poco a poco, tomándome mi tiempo. El capitán estaba buscando su arma, pero el barro se había apoderado de ella. No se oían las sirenas ni las alarmas de las líneas enemigas. No perdí tiempo preguntándome la razón. Un misterio como aquel no haría más que distraerme. Mi verdadero enemigo estaba delante de mí, y quería respuestas.

Creo que hacíamos una bonita pareja, ambos tambaleándonos por aquel bosque de ruinas. Pasamos por debajo de unas ramas de acero oxidado y atravesamos unas cortinas de concertina. El aire vibraba a nuestro alrededor, caliente y tenso. Más de una vez creí oír los pasos de alguien que se acercaba a nosotros, pero no vi nada. Más tarde, me pregunté si no había estado solo durante mi cacería. Quizá el Dios-Emperador había guiado mis pasos, como ya había hecho antes y volvería a hacer en un futuro.

El capitán era valiente, tengo que reconocerlo. Le ataqué justo en los riñones, como me habían enseñado. Entonces, tosió y se tambaleó hacia un lado de la trinchera. Le clavé la bayoneta una y otra vez… Fueron unas puñaladas limpias. Rápidas. Pero no las necesarias para matarlo. Era un hombre grande, y había muchísima sangre. Como los cerdos. Y, como ellos, no dejaba de chillar mientras lo masacraba.

Esa es la palabra adecuada para expresar lo que hice. No me enorgullezco, pero no está en mi naturaleza mentir. No negaré mi pérdida de

control. Lo odiaba… Por el amor del Dios-Emperador, lo odiaba. Y dejé que el odio se apoderara de mis actos. Me falló la disciplina, y se resintió mi responsabilidad.

Hundí la bayoneta en sus blandas carnes una y otra vez, sin cesar. Creo que hasta me reí. Me había acompañado hasta allí con la idea de confundirme, de alejarme de la luz. O, si no lo conseguía, tenía pensado matarme. En cambio, yo lo maté a él. Como mataría a todos los demás.

Al final, el capitán se desplomó sobre el barro, asfixiándose y temblando. Unas florituras de color rojo se extendieron por la superficie ocre de la sopa. Intentó alejarse a gatas, pero el barro se lo impidió. Me agaché junto a él, y lo cogí por el pelo.

—Con el escándalo que estás montando, seguro que nos han oído ya —susurré. Y en ese momento, como si les hubiese dado el pie, resonaron las alarmas: un tintineo familiar, chirriante, muy parecido al que emitían nuestras propias sirenas. Me llegó el murmullo de unas voces que hablaban a lo lejos y vislumbré unos rayos de luz—. ¿Crees que vienen a socorrerte? ¿O a matarnos a los dos?

No tenía ni la más mínima intención de quedarme para averiguarlo. Lo empujé hacia atrás. Tenía el rostro blanco y la mirada desenfocada. Intentó agarrarse a mí mientras trataba de hablar. Me recorrió el rostro con aquella mirada azul brillante y, después, la desvió para mirar detrás de mí, como si estuviese observando algo. Entonces, me percaté de que me había entusiasmado en demasía al esforzarme por cumplir mi deber. Me incliné, acercándome un poco más a él, y le cogí la gran barbilla con la mano.

—Dime, ¿qué eres? ¿Cuáles son vuestras intenciones? —Sin embargo, mientras yo le formulaba esas preguntas, el azul se desvaneció y se transformó en un tono marrón suave, al tiempo que se le relajaba el rostro. En aquellos últimos minutos, parecía un hombre distinto; como si le hubiesen quitado un peso de los hombros. Como si mi bayoneta hubiese liberado su alma, aunque con ello se hubiese llevado su vida.

Me gusta pensar que se dio cuenta de que, al final, mis actos fueron misericordiosos. Que vio al Dios-Emperador, de pie junto a mi hombro, dándole la bienvenida al seno de la humanidad. Ahora sé que la muerte lo liberó de una forma que no puedo explicar ni comprender. Creo que por eso el Dios-Emperador me señaló a los afligidos. Me había escogido como su

instrumento, y lo único que podía hacer yo era seguir el camino que él había elegido para mí.

Las voces sonaban con más fuerza. Los guardias del enemigo estaban más cerca, y no tenía tiempo que perder. Lo abandoné allí, donde cualquier persona, o cosa, pudiese encontrarlo.

Mientras regresaba a rastras a la seguridad de nuestras trincheras, las armas volvieron a retumbar en el aire.

Tenía mucho en lo que pensar cuando llegué a nuestras líneas, pero contaba con poco tiempo para hacerlo. El regimiento estaba muy alerta (tensos, me atrevería a decir), como nunca los había visto. Como si una señal silenciosa hubiese atravesado las trincheras.

Los soldados me seguían con la mirada al tiempo que yo regresaba a mi hogar. Las máscaras se movían con nerviosismo ante mí, y no me recibieron con ninguna clase de saludo. Casi nunca ocurría, pero aquella vez fue diferente. Captaba en sus ojos una hostilidad que no había visto antes o, al menos, no hasta aquel punto. Era como si supiesen lo que había ocurrido allí fuera y esos idiotas obcecados me echaran la culpa.

Mientras me disponía a presentar el informe de lo que había pasado, el cielo ardía y un murmullo de voces se extendía tanto a mis espaldas como por delante de mí. Sentí la necesidad de mantener una mano sobre mi pistola láser, bien guardada en su funda. En aquel momento me pregunté si mi expedición había despertado al enemigo de forma involuntaria, si había indicios de que se estuviesen reuniendo para atacarnos. Pero decidí presentarme ante el coronel e informarle de lo ocurrido antes de preocuparme por aquello. Después de todo, ¿qué más me daba a mí? Yo sabía cuál era mi deber, y con eso bastaba. Iba a acabar con el enemigo. No tenía que malgastar mis pensamientos en aquellos asuntos.

Creo que, suponiendo que los hombres como el coronel puedan tener algún defecto, sería justo ese. Se permiten el vicio de pensar en todo sin restricciones. La ignorancia es fuerza. Pensar es imaginarse diferentes posibilidades y, con las posibilidades, llega la posibilidad de la derrota. Si uno piensa en la derrota, es probable que se rinda ante su certeza. La verdad, como se suele decir, ¿qué necesidad tiene una persona de pensar cuando posee la fe en el Dios-Emperador?

Al fin y al cabo, quizá esa sea la respuesta. Tal vez por eso ocurrió… lo que ocurrió. Pero me estoy adelantando a los hechos.

Los oficiales me esperaban en el búnker. Eran tres. El círculo había disminuido mucho con la ausencia del capitán. Ninguno de ellos tenía los ojos azules. Me pregunté si serían unos traidores oportunistas o unas simples víctimas, como Gomes, al que nadie había llorado. Pero eso no importaba. Un delito era un delito, y ellos habían cometido el peor de todos. Habían puesto en peligro el regimiento, y seguirían haciéndolo a menos que alguien se lo impidiera. A menos que yo se lo impidiera.

—¿Y bien, Valemar? —preguntó el coronel. Por su aspecto, aparentaba llevar varios días sin dormir. Mientras hablaba, miraba a sus subordinados con el ojo orgánico que le quedaba—. ¿Qué nos tienes que contar?

Hizo la pregunta como si ya conociera la respuesta.

—Las líneas del enemigo están peor que las nuestras. Hay secciones enteras hundidas en la sopa. Y también están ubicadas mucho más atrás de lo que pensábamos. Habrá que actualizar los mapas.

—¿Y Ducco? —quiso saber uno de los oficiales. Lucía el mismo aspecto cansado que el coronel, pero no parecía aterrado o nervioso, sino resignado. Me puse en guardia al instante.

—Muerto.

Se hizo el silencio. El coronel cerró el ojo bueno, y se le crispó el rostro. No supe distinguir si estaba frunciendo el ceño o sonriendo.

—¿Cómo ha muerto? —inquirió unos minutos después.

—El enemigo —respondí. Y no era mentira. El enemigo lo había matado. No fue el enemigo que estaba al otro lado del campo de batalla, sino un enemigo más insidioso.

—Miente —denunció uno de los oficiales—. Como ya mintió con lo de Gomes.

—Tranquilo, Felts.

—No. Ducco tenía razón. Lo estás protegiendo, y es un asqueroso asesino. Tenemos pruebas: hemos visto lo que guarda en sus aposentos… —Titubeó cuando su mirada se encontró con mi rostro. Había estado en lo cierto. Habían entrado en mis dependencias. Habían revisado mis enseres personales.

Lo contemplé.

—¿Es eso una confesión?

Dio un paso hacia atrás y apoyó la mano sobre su arma. Yo fui más rápido al desenfundar la mía. Pero antes de que pudiese dispararle, el coronel me pegó. El golpe me dio de lleno en el lateral de la mandíbula y me tambaleé hasta chocar contra la mesa; entonces, me caí y se me escapó la pistola de las manos. Sin embargo, no fue la fuerza del golpe lo que me dejó atontado. Fue la traición.

El coronel me había golpeado. Me había pegado cuando solo me estaba defendiendo. Y lo único que podía hacer era sentarme en el suelo y mirarlo, mientras él se volvía hacia los demás.

—Guarda el arma, Felts. O lo haré yo.

—Ha matado a Ducco, todos lo sabemos —espetó otro de los oficiales.

—No, no lo sabemos. Y, hasta que haya pruebas que lo demuestren, no diréis nada. —El coronel les lanzó una mirada llena de odio, y el ojo falso brilló con intensidad—. El regimiento está bajo de moral y no permitiré que lo empeoréis con acusaciones infundadas. ¿Entendido?

Todos empezaron a susurrar. Por un instante, pensé que iban a volverse contra el coronel. Querían hacerlo. Podía verlo en sus ojos. Unos ojos marrones, negros y verdes; no azules. Pero el capitán había hecho bien su trabajo. Los había desviado del camino recto con sus dulces palabras y sus mentiras. Como había intentado hacer conmigo.

Sabía que iba a tener que matarlos. No allí, en el búnker, ni en aquel momento, pero tendría que hacerlo. Sin embargo, los oficiales recularon. Casi parecían asustados, aunque no de mí, sino del coronel. Como si algo hubiese cambiado. Como si se hubiese desestabilizado el equilibrio. Fuera cual fuese la ventaja que creían poseer, había desaparecido. Quizá la habían perdido con la muerte del capitán. Todavía no lo sé a ciencia cierta.

El coronel los echó de allí con brusquedad. Una vez se hubieron marchado, una sonrisa de oreja a oreja le adornó el rostro. Su edecán le acercó una copa, y se la bebió de un trago. Después de limpiarse la comisura, me dijo:

—Valemar, caminamos cerca de un precipicio. En cierto modo, aunque sea una pena, la suerte nos ha sonreído con la muerte de Ducco. Antes o después nos habría lanzado por él. A los demás les falta fuerza mental. Ahora que el capitán ya no está, seguirán mis órdenes. —Me miró.

Yo seguía sentado en el suelo—. ¿Qué haces? Ponte en pie, hombre. Se han ido.

Me levanté con gran lentitud. Todavía no me podía creer que me hubiese golpeado, como si no fuese más que un perro. Recordé las palabras del capitán. A pesar de saber que eran todo mentiras, una parte de mí sintió que quizá había algo de verdad en ellas, por mucho que quisiese pensar lo contrario. El coronel había cambiado muchísimo durante las últimas semanas.

—Perdona todo este teatro —se disculpó mientras me limpiaba el rostro, y vi cómo el rojo me teñía los dedos. El puñetazo me había partido la mejilla—. Tenía que demostrarles que te tengo controlado. Lo entiendes, ¿no?

—Sí, claro —respondí, pero me mantuve impasible. Por dentro estaba furioso, y el coronel lo sabía. Lo supe por el destello de diversión de su ojo orgánico. Me incliné y recogí la pistola láser.

Bajo la tenue luz del búnker, y con el uniforme lleno de suciedad, el coronel no se diferenciaba mucho de un animal. En aquel momento, lo odié. En cierto modo los odiaba a todos, pero a él al que más. Al menos, el capitán no se había equivocado con él. El coronel estaba perdiendo la cabeza; todo aquello le estaba haciendo mella. Hasta las mentes más fuertes se acaban rompiendo. Pero si él caía, todo el regimiento caería con él.

En aquel momento, vi lo que era en realidad. Era un cerdo, hociqueando a los pies del muro del jardín, y amenazando con hundirnos a todos nosotros. Durante nuestra inactividad se había vuelto un holgazán, y el enemigo (no solo aquel al que nos enfrentábamos al otro lado del campo de batalla) se había aprovechado de la debilidad de su alma.

—¿Seguro que lo entiendes? —insistió el coronel. Yo le dirigí una mirada de sorpresa. No me estaba mirando a mí, sino a mi arma. No la había guardado aún. Tragué saliva; de pronto me sentí inseguro, y la metí en la funda—. No puedo protegerte siempre —continuó, con voz afable y firme—. Has estado guardando objetos ilegales en tus aposentos. Si los hombres se enteran…

—¿Ilegales? —Sentí un regusto amargo en la boca al pronunciar esa palabra. ¿Qué había querido decir? Todavía lo desconozco. Había confiscado objetos ilegales, pero no eran de mi propiedad. No los estaba

guardando. Estaban allí, sin más. El coronel desvió la mirada—. No necesito protección —dije poco después—. No de ellos.

—Sé que todo esto ha sido duro para ti, Valemar; ha sido duro para todos nosotros.

—Comisario Valemar —corregí.

Pero él continuó hablando como si yo no hubiese abierto la boca.

—Pero todo terminará pronto. —Tenía el ojo falso clavado en mí, y la lente carmesí brillaba con intensidad. Empezaba a odiar ese ojo. Y también comenzaba a preguntarme qué vería en realidad con él. ¿Podíamos confiar en aquel ojo? Por naturaleza, todas las máquinas se podían corromper: un código corrupto podía mancillar hasta la más ferviente de las máquinas. Pensé en todos los implantes augméticos que llevaba el coronel en la cabeza, en su comportamiento descuidado, y me pregunté si seguía siendo el mismo de siempre. O no—. Por el momento, esto tiene que acabar —prosiguió—. Ducco ha sido el último. No más muertes. Ahora no. No hasta que acabemos con esta maldita campaña.

En el exterior, el estruendo se había reanudado. El martilleo sordo de la artillería que disparaba el enemigo en la distancia sacudió el búnker hasta los mismos cimientos; las copas que había sobre la mesa tintinearon, y las capturas de imágenes y los mapas que había en las paredes se movieron y agitaron. Las sombras danzaban, y en ellas vi toda clase de cosas que un hombre no debería ver. Casi podía oír los gruñidos de los cerdos en el clamor de las armas. Los ruidos retumbaban en mi cabeza, y me estaban destrozando. Miré al coronel; contemplé el movimiento de sus labios, pero no escuché lo que decía. Solo podía oír el estruendo y los estallidos de las armas.

¿De qué color era el ojo orgánico del coronel? En aquel momento, no conseguía acordarme. Y no podía comprobarlo bajo la tenue luz del búnker, ni con la deslumbrante luz roja de su ojo con implantes augméticos, que eclipsaba todos los colores. Solo podía ver ese titilante brillo característico de los rubíes, que lo manchaba todo con el color de la sangre.

El coronel seguía hablando, pero yo ya no lo escuchaba. Había tomado una decisión, aunque no lo sabía todavía. Lo había permitido durante demasiado tiempo. Había faltado a mi deber por miedo a mi propio bienestar, y le había fallado al regimiento. Había que actuar, y era yo quien debía hacerlo. Era mi responsabilidad. Mi deber.

En aquel momento comprendí que había sido la debilidad del coronel lo que había permitido que la infección afectara a sus hombres. Sus errores habían permitido que se contaminara el regimiento. No habían sido mis errores, sino los suyos. El capitán, en cierto modo, había estado en lo cierto.

Imaginé cómo mi disparo daba de lleno en aquella odiosa lente carmesí. Rápido. Limpio. Sentí la mano del Dios-Emperador sobre el hombro, guiándome.

Más tarde, me pregunté si el coronel lo vio venir. Si él poseía su propio espíritu guía. O si sus sentidos con implantes augméticos habían detectado, calibrado y medido mi movimiento al mismo tiempo que yo movía la mano. No sé cómo, pero lo supo. Lo vio.

Y me golpeó. Con fuerza. Con más fuerza que antes. Con la potencia suficiente para cortarme la respiración y hacer que me tambaleara hacia atrás. Resollando, conseguí apoyarme en una de las paredes. Intenté recuperar mi arma mientras el coronel apartaba una mesa y se abalanzaba sobre mí. Una taza medio llena de recaff me dio en un lado del cráneo, y acabé con una rodilla hincada en el suelo y un fuerte dolor de cabeza.

Me rodeó la garganta con aquellas enormes manos y me puso en pie. Recuerdo que me sorprendió su fuerza. La había disimulado muy bien. Me estampó contra la pared una vez, luego otra, y, después, me sostuvo allí, en el aire, quitándome la vida mientras yo le arañaba las muñecas. El ojo falso me miraba fijamente, centelleando con violencia de un tono escarlata.

—¿Estás loco? ¿Es eso? —gruñó—. ¿Has perdido la cabeza? Solo intento ayudarte, idiota.

En aquel momento, me fijé en el ojo. En su verdadero ojo, que brillaba como una canica de color azul. Como los cerdos. Como el soldado que no dejaba de gritar. Como el capitán. Un ojo azul, otro rojo, ambos mirándome con odio.

Mi pistola seguía dentro de su funda, con la solapa sin cerrar. Intenté recuperar el aliento para contestarle, pero no me salían las palabras. Quería decirle de todo. Quería decirle que el loco era él, no yo. Estaban todos locos. La gente dice que las epifanías llegan en los momentos de mayor estrés. Supongo que ser estrangulado por un comandante es un momento bastante estresante.

Lo veía todo tan claro. Tan terrible y monstruosamente claro.

Tal y como había temido, algo se había desatado entre ellos, una especie de peste biológica agresiva, o un hechizo mental. Era eso. Una estratagema del enemigo, o algo que flotaba en el aire. Dejando a un lado el origen de aquel mal, se estaba dando un festín con el regimiento; un cáncer para el alma y el espíritu. Y allí estaba la fuente, aunque yo me hubiese convencido de lo contrario. El coronel había permitido que se introdujera en el regimiento, y se estaba propagando.

Por eso el Dios-Emperador me había enviado con él. Para ayudarlo. Para ayudarlos a todos. Solo había una manera de detener el avance. Solo había una manera de salvar al regimiento.

Conseguí desenfundar mi pistola láser mientras el coronel me quitaba la vida con sus propias manos. La encajé bajo sus gruesas papadas, apreté el gatillo y lancé un disparo que le dio directo en el cerebro. Las manos empezaron a temblarle con violencia, y casi pierdo el conocimiento. Pero, entonces, aflojó el agarre y se alejó dando tumbos al mismo tiempo que, con la boca abierta, emitía un sonido que nunca le había oído articular. De entre los labios manó un poco de humo, que también salió por las juntas de los implantes augméticos de su cuerpo. El ojo rojo había perdido la intensidad de su color, y el deslumbrante brillo de su mirada se desvaneció hasta convertirse en una simple mota antes de apagarse para siempre.

Cayó de espaldas, y una de las mesas se hizo añicos bajo su peso. Permaneció allí tirado, inmóvil, como un muñeco de trapo. El coronel había dejado de existir. Ya se había dictado sentencia. Me alejé de la pared mientras me frotaba la garganta. El corazón me latía con fuerza en el pecho, a punto de romperme las costillas, y sentí que se me removía todo por dentro, como si fuese a desbordarme en cualquier momento. Lo observé, e intenté volver al mundo que me rodeaba.

Fue algo necesario. Tuve que hacerlo. Por el bien del regimiento. Pero eso no hacía que fuera más sencillo. No fue satisfactorio, no como con los demás. Me repugnó. Lo supe en aquel momento. Supe que no me había estado enfrentando a una pérdida de disciplina, sino a algo más insidioso. Quizá los hombres a los que había matado no habían sido unos gandules, cobardes y desquiciados, sino… que estaban enfermos, sin más. Incluso el capitán, por mucho que lo hubiese odiado.

Aparté aquellas sensaciones. Había impuesto aquellos castigos con justicia. Lo sabía. Nadie podía criticar mis actos. Mi único delito sería no

haber sido consciente de todo hasta llegado el final. Tenía un deber.

Y estaba decidido a cumplir con mi deber.

Solo había una cura para la peste. Se tenía que extinguir. Se debía purificar a los enfermos para evitar la propagación de la enfermedad. Pensé que aquello con lo que estaba lidiando reunía los requisitos. Matarlos a todos, uno por uno, era misión imposible. Como también era imposible saber cuánto se había propagado. El regimiento estaba infectado y, para protegerlo, se necesitaban medidas drásticas.

Y solo conocía una manera de hacerlo. Pero, para ello, debía atravesar las trincheras, hasta llegar a la retaguardia. No me molesté en esconder el cadáver del coronel. Solo los asesinos ocultan las pruebas de sus actos. Había muy pocos lugares en los que podía esconderlo sin que lo fuesen a encontrar, y no había manera posible de sacar el cuerpo del búnker sin arriesgarme a que descubrieran lo que había sucedido.

Todavía siento remordimientos por haberlo abandonado allí. Había sido un buen hombre en el pasado. Me había otorgado un objetivo, un regimiento propio. Era lo más amable que había hecho alguien por mí, y yo le había correspondido con su muerte. No me arrepiento de haberlo matado, pues era lo que tenía que hacer, y además ya no era el hombre que había conocido. Pero ni siquiera yo soy tan cruel como para olvidarme de todo nuestro pasado.

Fuera del búnker de mando, el caos reinaba en las trincheras. Ruido, calor y pánico, todo mezclado en un espacio reducido. Podía oír los lentos borbotones del barro movedizo, y me di cuenta de que la situación se había vuelto bastante inestable. Pero eso solo me beneficiaba a mí. Cuanto más tiempo tardaran los demás en darse cuenta de lo que había pasado, mejor. Era consciente de que no podía confiar en nadie. Las raíces de la corrupción eran muy profundas, pero cabía la posibilidad de que a los no infectados los hubiesen sobornado; y, aunque no fuese así, ¿comprenderían lo que ocurría? ¿Serían capaces de entender la sagrada necesidad que me empujaba?

De todos modos, sabía que no debía albergar esperanzas.

Atravesé aquel desconcierto todo lo rápido que pude, en dirección al búnker reforzado que se extendía por toda la línea avanzada. Allí se guardaban las células de energía de los rifles láser y los suministros de munición de nuestro regimiento. Si bien el resto de los búnkeres no eran más que pequeños barracones de ferrocemento, aquel era una fortaleza.

Había guardias de servicio justo delante de la entrada. Siempre los había, además de gente que entraba y salía a pesar del cielo en llamas y del estruendo de las armas. Recaderos con mensajes, servidores empujando carros llenos de munición… Un flujo casi constante de testigos. Pero, en aquel momento, ya no me importaba.

Y, tal y como sospechaba, los guardias no eran humanos. Unos ojos azules se encontraron con los míos al soltarme unos saludos mal pronunciados. Ya ni siquiera se preocupaban en fingir.

—He venido a inspeccionar el búnker —expliqué.

—¿Con la autorización de quién? —preguntó uno de los guardias, con dureza.

—La mía —respondí, parpadeando.

—Lo lamento, comisario, pero el coronel nos ha dicho que…

Le pegué un tiro. El guardia se desplomó en el suelo y, cuando su compañero se giró, saqué la bayoneta del abrigo y se la clavé con fuerza en la garganta, justo donde la máscara medioambiental y el uniforme se unían. Retorcí la cuchilla y la extraje junto a un abundante chorro de color rojo. Me sabía el código de seguridad y pude abrir las puertas del búnker, haciendo caso omiso de los rostros llenos de espanto que dejé a mis espaldas.

Oí cómo los gritos y las sirenas retumbaban por las trincheras, y me pregunté si habrían descubierto ya el cadáver del coronel. No sabía de cuánto tiempo disponía. Si tenía que salvar al regimiento, debía purgar la infección que lo aquejaba.

En el interior, el búnker estaba dividido en varias salas, y todas partían de un vestíbulo central. En aquel vestíbulo se almacenaba el grueso de nuestras municiones. Además, allí también se encontraban los nódulos del cogitador que controlaba el sistema de seguridad del búnker.

En el supuesto de que los enemigos invadiesen las trincheras, el regimiento al completo debía regresar a aquel último reducto para esperar refuerzos. Si no llegaban, el propio sistema de seguridad que había integrado en la subestructura del edificio destruiría el búnker. Si la derrota era un pecado, aún peor era entregarle unos materiales tan valiosos como aquellos al enemigo.

Solo tres personas tenían los códigos necesarios para controlar el sistema de seguridad. El coronel era uno de ellos. Yo, otro. Y la encargada

principal de las municiones era la tercera.

Así que fue la siguiente persona a la que maté.

Puede que alguien cuestione mi razonamiento, pero era la mar de simple: si uno de nosotros empezaba algo, el otro podía pararlo. No podía arriesgarme a que ella también estuviese infectada, así que le disparé. Procedí con gran pesar, y con la debida misericordia. No se lo habría imaginado nunca. Era una muerte necesaria, aunque lamentable. Tenía claro mi deber. Me gusta pensar que, si ella hubiese estado al corriente de la situación, habría aceptado de buen grado mi decisión.

Era una mujer seria, con el rostro consumido y el pelo entrecano. Dirigía su reino con una eficacia admirable y nuestros caminos solo se habían cruzado una vez, durante la investigación de un caso de robo. Según me contaron, se había mostrado satisfecha con la solución que yo había propuesto para el problema: la ejecución inmediata del infractor. Por eso afirmo que habría entendido lo que hice. Al igual que el coronel, creo que sabía que yo era lo único que se interponía entre el regimiento y la anarquía.

La vi antes de que ella se percatase de mi presencia. Estaba caminando a paso ligero hacia la entrada, con una mano posada sobre su arma y dos servidores siguiendo su estela con lentitud. Eran desagradables: muy poca carne y demasiada maquinaria. La muerte era una bendición si se comparaba con la transformación en un servidor. A menudo me preguntaba si en aquellos cráneos atrofiados todavía quedaba algo de la persona que habían sido en el pasado, o si todos aquellos cables y el metal les habrían extirpado cualquier resto de personalidad.

—¿Comisario? —me saludó—. ¿Ocurre algo? No es habitual verte lejos del frente… —Hizo una pausa—. ¿Qué son todas esas alarmas? ¿Qué pasa?

—El coronel ha muerto —contesté con rapidez—. Nos atacan.

—El coronel… —repitió, con el rostro pálido—. ¿Cómo?

—No hay tiempo para explicaciones. Vamos, llévame al sistema de seguridad.

—¿Qué? Pero… —Se calló y retrocedió con los ojos entrecerrados. Se llevó una mano al arma y volvió la cabeza, como si fuera a ordenarles algo a los servidores, pero mi disparo la detuvo. Todavía no sé qué me delató. Podría haber sido cualquier cosa. Quizá lo había visto en mis ojos. Los servidores observaron cómo se desplomaba en el suelo, muerta, con la

mirada perdida. Cuando quedó claro que ya no iba a poder dar órdenes nunca más, aquellos seres me observaron a mí.

Hice un ademán con la pistola láser en la mano.

—Idos. Vigilad la entrada. Que no pase nadie. —Hice una pausa, y añadí—: Podéis usar la fuerza bruta.

Avanzaron a paso lento con sus chirriantes servos. Cumplirían mis órdenes hasta que alguien los destruyera o hasta que otro oficial les ordenase que se retiraran. Fuera como fuese, me darían el tiempo que necesitaba.

Me abrí paso a toda velocidad a través de los estantes colmados de armas y municiones. El sistema de seguridad estaba al fondo del vestíbulo, donde se encontraba también el montón de huecos para los cogitadores. Eran unos huecos de gran profundidad en las paredes reforzadas de la sala, y en la penumbra se vislumbraban las luces de los cogitadores. Habían conectado los servidores en las grietas que había desperdigadas entre los huecos, y allí murmuraban unos cánticos grabados con anterioridad a sus espíritus máquina para mantenerlos sumisos. Al regimiento le faltaban visioingenieros y tecnoadeptos; algo que, en aquel momento, agradecí.

No obstante, justo cuando me estaba acercando a mi objetivo, oí el revelador chirrido de una bota sobre el ferrocemento, y oí una voz que me llamaba.

—Valemar.

Perplejo, me di la vuelta mientras intentaba alcanzar mi pistola láser. Vi un rostro que me resultó familiar… El edecán del coronel. Me pregunté qué estaba haciendo allí, pero obtuve la respuesta en cuanto sacó su arma: una pistola automática pesada. No era reglamentaria, pero, por lo general, el edecán de un oficial quedaba exento de tales restricciones. Aun así, lo tuve en cuenta.

—Lo has matado —dijo en voz baja—. Estúpido malnacido despiadado. ¿Por qué lo has matado?

Su primer disparo llegó poco después de su condena. Logré hacerme a un lado y poner una estantería de ferrocemento entre los dos. El corazón me martilleaba en el pecho, y entonces desenfundé el arma. Me pregunté cómo había conseguido pasar junto a los servidores, pero recordé que, como edecán del coronel, lo más probable era que conociese los ritos apropiados.

—No lo entiendes —grité—. Tenía que hacerlo. Estaba infectado. Si dejas que te lo explique…

La pistola automática resonó de nuevo entre las paredes del búnker de munición. Los disparos no tardarían en llamar la atención de más testigos. Sabía que tenía que solucionarlo pronto, pero detestaba matar a un hombre inocente. Aun así, en cuanto se me pasó por la cabeza, cuestioné si era tan inocente como yo pensaba.

Si se habían hecho con el poder del coronel, ¿por qué iban a perdonar a su edecán? Entonces, entendí que el enemigo se había dado cuenta de cuál era mi plan, e intentaba detenerme. Tras esa revelación, llegaron más disparos y, con ellos, acabé en el borde del vestíbulo.

Era uno de ellos, claro. Ahora recuerdo lo ocurrido y me doy cuenta de lo ridículo que fue suponer lo contrario. Claro que era uno de ellos. Era evidente. Y, seguramente, habría sido uno de ellos desde el principio. Siempre escabulléndose de un lado a otro, espiando a sus superiores. Escuchando a escondidas conversaciones privadas. Si hubiese sido más concienzudo con mi trabajo, me habría dado cuenta antes y habría buscado una excusa para ejecutarlo, pero mi lealtad para con el coronel me había cegado. Me había hecho actuar con negligencia.

Aquel pensamiento me enfureció y me moví con rapidez, con la esperanza de rodearlo antes de que pudiese verme de nuevo. Sabía que, si podía sacar la pistola antes que él, la lucha acabaría en un par de segundos.

—¿Dónde estás, Valemar? —gritó, y la voz resonó de una forma curiosa en las paredes del vestíbulo—. Sal, da la cara.

—Tú primero —contesté. Pensé que, si hacía que siguiera hablando, conseguiría distraerlo—. ¿Cómo me has encontrado?

—Te he seguido y ni siquiera te has dado cuenta. No eres muy observador, Valemar.

Soy lo bastante sincero como para reconocer que, en aquel momento, sus comentarios me dolieron. Tenía razón. No había sido observador. Había fracasado en mi deber, le había fallado al coronel y al regimiento. Pero estaba decidido a redimirme.

—Puede que antes no supiese quién eras, pero ahora sí —argumenté—. Al principio pensé que el capitán era el cabecilla. Después, que a lo mejor era el coronel… pero, ahora, veo la verdad. Eres tú. Siempre has sido tú. Siempre caminando por ahí a hurtadillas. Escuchando en los dinteles de

las puertas, pasando desapercibido. Todo esto es obra tuya. Todo. Pero no lo conseguirás. Ahora lo sé yo, y pronto lo sabrán todos los demás. Se lo diré a los altos mandos. Yo… —Entonces, me quedé congelado, y las palabras se perdieron entre mis labios cuando oí el piñoneo de una pistola automática.

—Gírate, asesino.

Obedecí con gran lentitud. El edecán me atravesó con la mirada, y me observó por encima del cañón de su arma; tenía los ojos como esquirlas de hielo. Me estaba apuntando a la cabeza.

—Tira el arma. —Me deshice de mi pistola láser, pero él frunció el ceño—. Ambas.

A regañadientes, saqué la bayoneta del abrigo y la arrojé al suelo. El edecán asintió, con una expresión sombría en aquel rostro tan anodino.

—Se lo dije —comentó, como si le hubiese hecho una pregunta—. Le dije que no podía confiar en ti. Todos aquellos incidentes, ya desde la schola progenium. Hasta sus colegas en los altos mandos le habían advertido sobre ti. Le dijeron que eras un perro desquiciado. Que tu único lugar en este mundo estaría en una legión de convictos, o en un pelotón de soldados. Pero no los escuchó. Pensó que te necesitaba. Pensó que podría controlarte. Y, de pronto, te volviste en su contra.

—Intentó matarme.

—Cállate, Valemar. Ha llegado tu fin.

—Comisario —lo corregí.

Apretó el gatillo. He de admitir que, en aquel instante, estaba convencido de que había llegado al fin de mi misión. Toda mi vida pasó ante mis ojos. Por mi mente se sucedieron momentos de satisfacción y de frustración. Vi a todos los enemigos a los que había matado, aullando ante la victoria. Pero el Dios-Emperador estaba conmigo, tal y como lo está ahora.

Todo se quedó en un triste chasquido. La pistola automática estaba vacía; o, a lo mejor, se había encasquillado. Una sonrisa me adornó el rostro.

—El Dios-Emperador está de mi lado, y no debo tener miedo —declaré—. Y tú tendrías que haber practicado la disciplina adecuada para disparar. Eso es una infracción.

Me abalance sobre él y lo derribé antes de que pudiese salir huyendo. Luchó como un animal arrinconado, blasfemando y jadeando. Pero no era

un soldado, no uno de verdad. Ya no era más que un hombre mayor, sin importar su pasado. Un anciano con unos monstruosos ojos azules. No voy a fingir que no disfruté al pegarle. Le arrebaté la pistola automática de las manos y la utilicé para destrozarlo con saña.

Refunfuñó y se aferró a mí con fuerza. Tal vez me pedía clemencia, pero yo no tenía nada que darle. No podía tener misericordia con una criatura como aquella. Amenazar a un regimiento de la Guardia Imperial era amenazar al Imperio y al mismísimo Dios-Emperador. Pues el Dios-Emperador es el Imperio, y todos los que le sirven. Sin embargo, si uno se desvía de su luz, terminará perdido en la más remota oscuridad, para lamentarse durante toda la eternidad.

Así que le pegué hasta que destrocé la culata de la pistola automática. Arrojé los trozos del arma a un lado y me agazapé sobre él. Todavía respiraba. Y, mientras siguiese respirando, el regimiento corría peligro. No me quedaba otra opción. Sabía cuál era mi deber.

—Tu error fue perdonarme la vida —dije, y le rodeé la garganta con ambas manos. Tanto la bayoneta como la pistola láser estaban fuera de mi alcance. Pero, a veces, es mejor hacer las cosas a la antigua usanza—. Si me hubieses matado, nunca te habría visto. Pero te equivocaste, y ahora voy a matarte a ti y a todas tus asquerosas criaturas. Seáis lo que seáis, no os apoderaréis del alma de este regimiento.

Se atragantó y farfulló, arañándome las muñecas. El rostro ensangrentado adquirió una tonalidad púrpura, en la que resaltaban todavía más aquellos ojos azules. Mientras su resplandor seguía fijo en mí, yo fui haciendo más y más presión.

—No lo conseguiréis —insistí, y me incliné hacia delante—. No os lo permitiré.

Se le rompió el cuello justo cuando su garganta cedió bajo mi agarre. Me relajé, invadido por un intenso subidón de adrenalina. Esperé a que se le oscurecieran los ojos y recuperaran la tonalidad que habían tenido antes de la infección. Pero no ocurrió, y me pregunté si habría tenido siempre los ojos azules. O si había sido su señor durante todo aquel tiempo: una araña tejiendo una telaraña a la vista de todos.

Un montón de escenarios se me pasaron por la mente, cada cual más siniestro que el anterior. Todo cobró sentido en aquel momento, fuera cual fuese la verdad. Siendo el edecán del coronel, gozaba de la libertad de ir a

donde quisiera y nadie se había percatado de ello. No había mejor camuflaje para una criatura como él, aunque no supiese qué clase de criatura era. Todavía lo desconocía. No me importaba. Sabía quién era mi enemigo. Sabía cómo detenerlo. No necesitaba saber su nombre.

Las alarmas bramaron mientras me levantaba a trompicones. Me dolían las manos. Nadie puede imaginarse cómo duelen los dedos y las palmas tras estrangular a una persona si no lo ha hecho jamás. Fue como si hubiese forzado demasiado todos los músculos, uno tras otro. Aun así, resultó satisfactorio, en cierto modo. Me provocó una alegría salvaje, lo admito. Había una especie de pureza en un acto así. Ojalá a todos los enemigos de la humanidad les llegase su final a manos de hombres y mujeres de gran honestidad.

De camino a la sala de control, atravesé las estanterías llenas de armas. Cogí un rifle láser y varias células de energía de más. No tendría tiempo para recargar el arma de forma convencional. No si mi plan salía bien.

Cuando llegué al sistema de seguridad, me resultó muy fácil activarlo. Después, destrocé los paneles de los cogitadores con la culata del rifle láser, para evitar una prórroga y acallar las sirenas de las alarmas. Ya había impuesto mi castigo, y se cumpliría sin ningún tipo de aviso. Luego, regresé a los niveles superiores del búnker, y atravesé varios pórticos rechinantes y unas pasarelas de ferrocemento.

Una vez salí del búnker, me detuve. El nivel más elevado del edificio daba a las trincheras más cercanas. Vi cómo unas figuras correteaban de un lado a otro como insectos bajo un cielo en llamas. Oí varios disparos en la parte baja del búnker, y supe que alguien había descubierto a los guardias que había matado, y también a los servidores. Si me hubiese quedado allí, me habrían encontrado en cuestión de minutos. En cambio, susurré una plegaria al Dios-Emperador y confié en su protección. Salté del búnker y caí sobre el barro. Al aterrizar, algo dentro de mí se sacudió y sentí que no podía respirar. Aun así, me puse en pie a trompicones. Sabía que el tiempo corría en mi contra. Solo tenía un par de minutos para alejarme todo lo posible del búnker.

La explosión me levantó del suelo y acabé volando por los aires. Cuando choqué contra el suelo, me crujieron las costillas, y fue lo único que pude hacer para conservar el arma. La agonía se apoderó de mí, pero mi deber me obligó a ponerme en pie de nuevo. El cielo ardía en llamas; sin

embargo, en aquel momento no se debía a las armas, sino a la explosión. Y el suelo temblaba como un animal herido.

Lo único que hizo falta fue un buen golpe en el lugar correcto. Las trincheras se sacudieron y se desmoronaron. No solo una sección, sino toda la red de trincheras. Todas y cada una de ellas, cada tramo, todo se disolvía bajo el bravo torrente del barro hirviendo. Oí cómo aumentaban los gritos y el estruendo, justo cuando nuestras armas quedaron enterradas y aplastadas bajo el barro. En las trincheras más alejadas se sucedían las explosiones, y las llamas del cielo brillaban con más intensidad. Como el resplandor de la luz del Dios-Emperador, que brillaba sobre sus enemigos.

Corrí a través de la neblina y el humo, me ardían los pulmones al respirar. Atravesé las trincheras destrozadas por encima, a pesar del peligro. Corrí hasta el lugar que ya había elegido: un terreno elevado y lo bastante sólido desde el que poder vigilar las trincheras mientras se llenaban.

El único lugar seguro se encontraba por encima de la línea, al aire libre. La mayor parte del regimiento no tendría tiempo de llegar a los puntos más altos antes de que la sopa se encargara de sus vidas. Y yo pensaba quedarme allí, esperando a aquellos que lo consiguieran. Era la única manera de asegurarme. La única manera de salvar al regimiento de los horrores que anidaban en su interior.

A veces, solo se encontraba la salvación en la muerte.

Tenía que asegurarme, de verdad. No podía permitirme que ninguno escapara. El Dios-Emperador me había encomendado una tarea, y yo estaba decidido a completarla. Me quedé allí de pie, con el fulgor de las llamas a mi espalda, envuelto por el humo, y esperé a que los primeros supervivientes avanzasen a tientas desde las ruinas de las trincheras, tosiendo y llorando. Un soldado raso, como los demás. Ensangrentado y derrotado.

Con ojos azules.

Entonces, sentí la ráfaga de viento. La oí, y me pareció que sonaba como una voz. La voz de la voluntad divina que nos impulsa a todos. Y supe que tenía un rumbo que seguir.

Disparé al primero que llegó. Les disparé a todos. Uno a uno. Estoy seguro de que ejecuté tanto a los inocentes como a los culpables en aquella discordancia de momentos; no recuerdo si todos tenían los ojos azules o no. Aun así, les disparé hasta que no llegó nadie más, y solo se oía el murmullo

del barro y el estruendo de las armas de los enemigos, que destrozaban unos puestos que ya no existían.

Tenía que cerciorarme. Tenía que asegurarme.

Y estoy seguro.

Después de aquello, me detuvieron. Me ahorraré los detalles de aquellos días. El enemigo… huyó. Estoy convencido. O quizá jamás hubo un enemigo. Quizá fue todo una estratagema de los infectados para enfrentar a los soldados leales al Imperio entre ellos. Lo único que sé es que me encontraron los soldados de otro regimiento, tan magullados y ojerosos como lo habían estado los del mío; me hallaron agazapado en el barro, con un rifle láser descargado entre las manos.

Se habló de la posibilidad de un consejo de guerra, incluso de una ejecución. Pero no fueron más que habladurías. Al final, me soltaron y me juzgó un consejo formado por colegas de profesión. Solo los comisarios podían condenar a otros comisarios. No había hecho nada malo. No había cometido ninguna infracción que pudiese confesar. Solo había cumplido con mi deber. Me dijeron que me iban a asignar un nuevo regimiento cuando se hubiesen calmado las aguas, y me conformo con eso.

De todos modos, a veces me sigo haciendo preguntas. Me pregunto si hice bien, o si mis actos permitieron que algunos de los enemigos escaparan. Esos pensamientos me acechan sobre todo cuando veo por el rabillo del ojo un destello de color azul.

A menudo pienso en las palabras que el edecán pronunció antes de matarlo. Lo que me contó de los altos mandos, de los amigos del coronel. Que le habían advertido sobre mí. ¿Podría haber más de aquellos demonios de ojos azules en los altos niveles del Munitorum? ¿Y si todavía se esconden entre los miles de millones que hay allí? ¿Y si me están vigilando, incluso en estos momentos?

Espero que no. Y, si lo hacen, no creo que cometan el mismo error dos veces.

Pero yo sigo al acecho. Si me topo con uno de ellos, sé cuál es mi deber.

Y con eso basta.

Silencio

PARTE 2

—Y eso es lo que recuerdo —concluyó Valemar.

Se estremeció cuando el tañido hueco de las campanas funerarias resonó en algún punto fuera de la vista. Atisbó a un servidor mortuorio acechando desde la avenida con un cadáver amortajado asido a su torso inhumano. No había forma de saber adónde los llevaban… o por qué.

—Los están preparando para el sepelio —indicó Marrikus como si le hubiera leído el pensamiento—. Es una tradición. Dejan a los muertos solos durante un tiempo y después se los llevan abajo donde son… extraídos y preparados para el entierro.

—¿Extraídos? —preguntó Valemar. Le seguía doliendo la cabeza. Era como si una grieta le recorriera el cráneo de arriba abajo, dejando entrar la luz y el calor. Notaba como si se le estuviera cociendo el cerebro, y le resultaba difícil pensar mucho tiempo en la misma cosa.

—Extracción de órganos, desollamiento, talla de marfil sacramental.

—Más tradiciones —añadió Valemar.

—Sí.

—Detesto este lugar —dijo Vendersen—. ¿Por qué nos vigilan?

Con un gesto de la barbilla señaló a una pareja de servidores distantes que permanecían inmóviles entre las tumbas. Los autómatas los estudiaron con sus rojos ojos sin párpados antes de echar a andar en direcciones opuestas. Pronto se perderían entre la niebla ascendente, la única señal de su presencia era el tintineo de las campanillas.

—Puede que estuvieran escuchando la historia del comisario —comentó Marrikus. Se rascó el pecho y, por un instante, Valemar creyó ver que algo se movía bajo la túnica del hombre. Pero solo había sido un juego de luces.

—A mí me ha sonado más a confesión —replicó Vendersen—. Creo que tenían razón. Estás loco. Solo a un loco se le ocurriría semejante historia.

—Tal vez no —adujo Marrikus—. En mis viajes he oído cosas más extrañas.

—Apuesto a que sí.

La mujer se pasó la mano por el pelo y, mientras Valemar la miraba, de repente no pareció ella misma, sino algo roto, rojo y muerto. Una fila de dientes sonrientes en una máscara de carne desgarrada. Tenía los brazos empapados de carmesí hasta los codos y había sangre por todas partes. Él sacudió la cabeza para alejar esa imagen.

—¿Qué pasa? —preguntó ella. A Valemar le pareció percibir algo en su voz. Se estremeció y se percató de que se había quedado mirándola fijamente. Ella cerró los puños—. ¿Qué estás mirando?

—Nada —contestó mientras se frotaba las sienes—. Vamos a escuchar la tuya, ¿eh? Yo te he contado lo que recuerdo. ¿Qué recuerdas tú?

Ella apartó la mirada.

—Yo…

—Es lo más justo. Él nos ha contado su cuento —intervino Marrikus.

—Entonces ¿por qué no lo cuentas tú, sacerdote? —le espetó ella.

—¿De qué tienes tanto miedo? —inquirió Valemar.

Estuvo un rato sin responder, pero, al final, con voz vacilante, empezó a hablar.

La mujer en las paredes

PHIL KELLY

—Incapacitadla —dije yo. Esas fueron las palabras exactas.

Incapacitadla.

Dicen que nunca debes fiarte de los savlar. Hasta esa palabra es una maldición para nosotros, los noctai. Pasad diez minutos en una misma habitación con esa escoria adicta a los estimulantes y terminaréis marchándoos con muchas menos posesiones materiales de las que teníais al entrar. Si tenéis la desgracia de encontraros con mis viejos compañeros de trinchera de la 2-70, puede que ni siquiera logréis salir.

Debería haberme imaginado que esos idiotas terminarían yendo demasiado lejos. Una legión de convictos nunca deja de ser una legión de convictos, diga lo que diga su preciado Gran Perdón. Puede que, en el fondo, supiese que volverían a ser los mismos de siempre si los dejaba sin supervisión. Puede que les pagase por eso, porque entonces podría fingir no ser la culpable. «Típico de Leana», como Marisel solía decir. Como si esa petulante sangre azul y yo fuésemos amigas.

No lo éramos.

Imagino que es muy fácil verlo con tanta claridad tras el suceso. Marisel Torne era comandante de campaña en el 337.º Noctai, por el amor de Terra. Es evidente que no habría aceptado la derrota sin antes partir unas cuantas cabezas. Solo tuvo suerte de que nadie más se diese cuenta de lo que en realidad estaba ocurriendo. Técnicamente, mi expediente sigue siendo intachable, aunque apenas pueda dormir un carajo estos días.

Debería haber sabido que montarían el espectáculo en la única misión en la que de verdad necesitaba que fuesen sigilosos. Lo que más vigoriza a los Perros Químicos, aparte de los narcóticos estimulantes y trapichear en el mercado negro, es sentirse subestimados y, por encima de eso, ser impredecibles. Les encanta. Los extasía. Ocultan su astucia y sus habilidades tras el hecho de que todo aquel que combata a su lado los tacha de ladrones, maleantes y lunáticos, e incluso de caníbales. No sin razón, supongo. Algunos han recurrido a ello en los malos tiempos, según me consta. A veces, en el frente, no hay otra alternativa. Yo, desde luego, no lo

hice cuando nos encontrábamos en las montañas de Herodd, famélicos y desesperados.

Aquella vez me gané el respeto de la 2-70 con todas las de la ley. ¿Y qué es lo que hicieron mis sabuesos de guerra? En cuanto los necesité de verdad, se mearon en la alfombra. Los adictos son fáciles de manipular… hasta el momento en que dejan de serlo.

Pero los escogí por una razón. Los savlar son implacables efectivos del Militarum, de la cabeza a los pies, y los he utilizado en incontables ocasiones del pasado. Aquellos que los han visto combatir saben que son algunos de los asesinos más despiadados junto a los que uno podría luchar.

Aunque Marisel no lo habría comprendido. Esos superiores que solo tienen olfato para el dinero nunca se rebajan a pelear con las tropas entre los campos de cadáveres. Si lo hubiese hecho, tal vez seguiría con vida, aunque solo fuera para vivir como una pordiosera con el resto de nosotros.

La primera capitana Marisel Torne había servido al lado de los primogénitos de Vostroya, los nobles ventrillianos, e incluso junto a los Bhulvadt de la élite mordiana. No poseía ni una sola cicatriz que demostrase los quince años de su estelar trayectoria, pero eso no impedía que diese la tabarra con sus patrañas, como si fuese una heroína de guerra en un banquete celebrado tras la victoria.

Por los dientes del Emperador, todavía me pone la piel de gallina recordar cómo adornaba sus discursos con términos como «metaestrategia» y «regimientos distinguidos». Para mí, esos son regimientos en los que te preocupa más qué cubierto de plata vas a usar en la cantina que la ubicación de las ametralladoras del enemigo. ¿Qué más da cuántos hombres envíes para enfrentarse a obstáculos imposibles cuando el suflé de frutos verdes se está enfriando? Seguro que ella encajaría de maravilla con esos memos sobreprivilegiados.

Me he enterado de que Jecken Otto, uno de los chicos del Noctai, llamó una vez a Marisel Torne «el Ángel»; casi vomito. En lugar de eso, presenté contra él unos cuantos cargos poco precisos de blasfemia grave y me aseguré de que se pasase una semana limpiando letrinas.

¿Alguna vez en su vida había entrado siquiera en combate esa mujer? ¿Acaso había limpiado una bayoneta manchada de sangre y pelo, había arrancado algún ojo u olido el hedor acre de una celda quemada por los disparos láser? Lo dudo mucho, sinceramente. No, ella se limitaba a pasear

por las altas esferas, embriagada por el aroma de su propio éxito. Yo trabajé duro por llegar a donde estoy ahora. Tardé treinta años colmados de sangre, muerte y pesadillas. ¿Y sabéis qué? Quedé en segundo lugar, otra vez.

Te pone enfermo, de verdad. Lo bastante como para hacer algo al respecto.

Cuando una bala rebelde le reventó el pecho al comandante de campaña Boll Gurtine, hice todo lo que estuvo en mi mano para ser su sustituta. La decisión se dividía entre su alteza imperial y yo. Trenard me dio a entender que no había nadie más.

Como rata de puerto noctai de casta y cuna que soy, tenía una ventaja importante sobre Marisel Torne: aguante. Aquella semana debí de andar cientos de kilómetros, e incluso más, sembrando las semillas de mi propio éxito. Pero es bien sabido que nosotros, los Perforadores Noctai, nunca nos rendimos, y esa es una característica particularmente cierta en las mujeres. Mi vieja compañera de trinchera Vix Denstadt me dijo una vez que yo ayudé a cimentar esa reputación a lo largo de los buenos y malos momentos de mi carrera profesional. Es un recuerdo que atesoro desde hace tiempo.

En cualquier caso, no me gusta estar quieta, especialmente cuando voy a contrarreloj. Así que pedí favores, fui a por todas y orquesté tres grandes ofensivas. Mientras tanto, conseguí que mis broncos compañeros de la 2-70 difundiesen todos y cada uno de los trapos sucios de Marisel, aunque fuesen verdades a medias o invenciones totales.

Y esa misma semana, ella se apoderó del palacio del gobernador planetario solo mediante palabras. Nada de disparos, ni uso de recursos, cero vidas perdidas… Genial. Una vez más logró reforzar su imagen de santurrona. Pero ¿quién dice que los agentes del Archienemigo no volverán a engatusar a esos bobos sumisos para que regresen a su redil?

Aunque Bhulvadt no lo veía de ese modo. El oportunismo es un arma, como él mismo nos recuerda en cada ocasión que se le presenta. Es un mantra que su propio comandante le inculcó, un déspota malnacido al que llamábamos el Carnicero de Noctai por enviar a tres millones de los nuestros a la picadora de carne en un viaje sin retorno. Muy oportuno, sin duda. Creo que, hasta la fecha, Bhulvadt ha enviado a su muerte a la mitad. Ese viejo cretino mordiano se piensa que es el nuevo Macharius.

Bhulvadt ha escogido a Marisel para que recoja el testigo cuando él sufra por fin ese ataque al corazón fulminante. Y los sacerdotes del

regimiento tampoco le pondrán ninguna pega a eso. Durante los oficios, ella siempre está en primera fila. Bhulvadt y sus amiguitos adoradores del Emperador se hinchieron de orgullo cuando su alteza abrió por encantamiento las puertas del lugar en menos de un día, algo que, una vez más, justificó su fascinación mal disimulada. Se me revuelven las tripas con solo pensarlo.

En el interrogatorio, declaró que su acicate para realizar aquella acción fue el hecho de que «nosotros» hubiésemos pasado toda una semana intentando hacer añicos aquellas puertas por la fuerza bruta «en vano». Por el Trono, dijo eso de verdad. Esas palabras pretenciosas y condenatorias me persiguen desde entonces. Y con «nosotros» se refería a «Leana», por supuesto. Vi perfectamente cómo me miró de reojo, y no fui la única.

Transcurrido un mes desde su milagrosa victoria, con la vista al frente y erguida bajo la estatua del Emperador Ascendente de la ciudad de Oong Tem, fue nombrada comandante de campaña de primera clase. Como capitana (aunque de segunda clase), estuve en primera fila durante toda la ceremonia. Tuve que permanecer firme durante tres horas con el uniforme completo, mientras el sudor me chorreaba por la espalda y los zapatos de vestir me apretaban los pies como si fuesen instrumentos de tortura. Al final hasta tuve que hacerle un saludo. Casi me ahogo cuando llegó el momento de recitar los juramentos.

Fue entonces cuando tomé la decisión, en ese mismo momento y lugar, de que Marisel Torne tenía que sucumbir.

Santo Trono, cuánto he soportado desde entonces. A día de hoy sigo viendo aquella silueta, descompuesta y pérfida, en medio de la noche. Aún oigo esos golpeteos, seguidos por los malditos arañazos, como si unas uñas recorriesen de arriba abajo un tablón de madera flotante astillado. Dicen que son alucinaciones auditivas posdisformidad, pero yo no estoy tan segura. Parece algo mucho más real.

No piensa dejarme en paz. Tengo que decírselo a alguien, o lo más probable es que nunca vuelva a poder dormir.

A las diez horas del desgraciado accidente de Marisel con los de la 2-70, me llamaron para comparecer ante Bhulvadt en el palacio del Marinister. Se trata de un edifico alto, coronado por una torre y con vistas imponentes al

mar. Lo habíamos estado utilizando como cuartel general desde la primera semana de la campaña y, pese a los considerables esfuerzos de los rebeldes, seguía alzándose con orgullo.

El coronel de primera clase Leonid Vostok Bhulvadt, el alto patriarca del grupo militar Tem, era un bruto de cabeza resplandeciente embutido en una túnica con botonadura doble. La mecha de su temperamento era muy corta, pero entre los oficiales no había nadie que no considerase a aquel tirano pelón algo así como una figura paterna. Una que te inculcaba la disciplina moliéndote a palos, pero a la que, a pesar de ello, bajo todo ese odio y miedo, deseabas impresionar.

Esperaba con ganas reunirme con él tras recorrer aquellos largos pasillos, tantas como de ir a despiojarme a los cubículos purgatorios.

Un golpe seco en la puerta, una respiración profunda, y entré en su despacho.

—¿Sabes algo, Vendersen? —preguntó con gran impaciencia antes siquiera de que hubiese cerrado la pesada puerta recubierta de hierro. Era como si me estuviese ladrando un perro guardián, por lo que tuve que reprimir una mueca de asco.

Cerré la puerta con cuidado y solté el aire poco a poco para recomponerme. El olor a caoba encerada y diversos abrillantadores era muy fuerte. Un toque de fibras podridas se abrió paso, probablemente procedente de la alfombra de Tallarn raída que Bhulvadt se negaba a tirar por testarudez o sentimentalismo.

—Nada importante, alto patriarca —contesté, con la mirada al frente y mostrándome atenta.

—Nada importante. —Utilizó un tono cargado de desprecio—. Tan imprecisa como siempre. Tan esquiva como siempre. ¿Los noctai siempre respondéis con evasivas?

—No estaba presente, señor. Como mucho puedo proporcionar información de segunda mano. No simpatizo abiertamente con los soldados rasos. Siempre has dicho que era una práctica poco recomendable.

—¿Y dónde estabas, entonces?

—En la planta de recreo, señor. Jugando al Hexagrammon con Vix Denstadt. Probando una estrategia nueva para cuando los dos tengamos tiempo suficiente para echar una partida.

Al oír aquello, soltó un bufido de mofa.

—Sabe el Emperador que necesitas practicar.

—La capitana Denstadt y yo estuvimos jugando desde la tarde hasta poco después de medianoche. No me encontraba cerca de las dependencias de la comandante Torne en el momento del incidente.

—No tenías por qué estarlo. Este «incidente» tiene toda la pinta de haber sido llevado a cabo por terceros. Y fue un asesinato con todas las letras, como bien sabes.

—Una perdida trágica, sin duda —comenté sin apartar la vista del frente. Mirarle a los ojos en el estado de ánimo en el que se encontraba no era buena idea.

—Los primeros que llegaron a la escena indicaron que el ambiente olía a efluvios narcóticos. Estimulantes de los Perros Químicos, según ha evaluado Trenard, y él no es un hombre que se suela equivocar.

Eso era cierto, sí. El ayudante de Bhulvadt, Macaval Trenard, era tremendamente competente, un observador de gran agudeza, y de los pocos miembros del grupo militar del que todavía sentía cierto temor. Solía sentir una extraña mezcla de odio y respeto cada vez que me hallaba cerca de él.

—¿No serviste con los savlar en Taupentire, segunda capitana?

—Una breve temporada —repuse—, pero también he servido en otros nueve regimientos, y la cifra sigue aumentando. Mis manos están limpias, alto patriarca. Si no me crees, envía a Trenard para que compruebe mis movimientos.

—Eso haré cuando regrese. Y cuando descubra al responsable, le propinaré tal paliza que no quedará ni rastro de su existencia.

No me cabía la menor duda de que lo decía en serio. Los castigos corporales eran un vicio para Bhulvadt; realizaba muchos y muy a menudo. Como buen mordiano tradicional de nacimiento, él no esperaba a que el comisariado repartiese disciplina. No era un mindundi de tres al cuarto. El viejo coronel Bhulvadt siempre tenía preparado su bastón de mando con núcleo de hierro para romper nudillos y partir cráneos de vez en cuando para no perder la práctica.

—¿Qué ha pasado exactamente, señor?

—Ya me extrañaba a mí que no lo preguntases —comentó escudriñándome de arriba abajo—. Tendieron una emboscada a la comandante de campaña Torne en sus aposentos.

—¿Cómo? ¿Quién?

—¡Los Perros Químicos, mujer! ¡Lávate los oídos, por el amor del Dios-Emperador!

—¿En plural?

—¡Sí, plural! El equipo médico halló cuatro tipos de sangre distintos en las salpicaduras. Encontraron grandes cantidades encima del escritorio, sobre el camastro y en el suelo. «Empapado» es el término exacto que usó Trenard.

—¿Qué hicieron? ¿Golpearla? ¿Dispararle?

—Consiguieron entrar en su habitación con un código de acceso robado, mientras ella dormía. Según la inspección preliminar que realizó Trenard de la escena, le rompieron las extremidades antes de matarla. Las cuatro.

—Por el Trono… ¿Por qué le hicieron eso si iban a matarla luego?

—Dímelo tú, Vendersen.

—¿Intervino alguien más?

—No que yo sepa. Nadie ha confesado nada.

Noté que la tensión que me oprimía la garganta disminuía un poco.

—Yo diría que sí —se mofó él, con una risa más cargada de dolor que de burla—. Puede que nuestra Marisel fuese pequeña, pero era temible si se la arrinconaba.

—¿Seguro que han sido los Perros Químicos?

—Estimulantes de combate —insistió con las manos completamente abiertas, como si eso eliminara cualquier duda, y mirándome como si fuese una zopenca—. ¿Quién más los usa dentro del grupo militar?

—Bueno, unos pocos athonianos, es lo único que sé. Y también algunos prefectos indiganos. La celada permite ocultar esas cosas con gran facilidad.

—No me digas.

—Y los Capuchas Rojas de Miasma, señor. Tengo entendido que cuentan con gran cantidad de consumidores, y el olor de los estimulantes es fácil de disimular entre los vapores. Torne tenía tantos detractores que el culpable podría proceder de media decena de regimientos.

—Pareces muy versada en química, segunda capitana.

—Soy experta en todo lo relacionado con el Guardia Imperial, señor, tanto de las altas esferas como de las más bajas. Por eso me tienes cerca.

—Sabe el Emperador que no es por tu respetuosa conducta. —El vejestorio se revolvió en su asiento, un trono de respaldo alto hecho de metal ventrilliano e inestimable roble de fuego de Catachán, y tapizado en cuero rojo oscuro que rechinó cuando cambió de postura. Algún día me sentaré en esa silla, cueste lo que me cueste, y ninguna postura me parecerá incómoda en lo más mínimo. Eso me prometí hace ya mucho tiempo.

—Entonces, si una de las sangres encontradas es la de Torne, significa que, al menos, fueron tres los asaltantes —declaré.

—Trenard cree que fueron seis —suspiró Bhulvadt—. Pobrecilla. No se lo merecía. —Por un momento me pareció que se encogía, con sus anchos hombros encorvados y aquellas facciones rubicundas coloradas por el alcohol y arrugadas por la consternación. Le hacían parecer viejo y abatido. Alargó una mano para coger una licorera de cristal mordiano y se sirvió una copa del líquido almibarado antes de bebérselo de un trago—. Odio pensar en ello. Debió de pelear como un gato montés para mantenerlos alejados de ella, pero no fue suficiente.

—Es un pensamiento horrible —afirmé yo. Dicen que jugando al Hexagrammon aprendes a poner una buena cara de muerto. Cometí el error de ganar al alto patriarca una vez, en mis primeros años. Todavía recuerdo su rostro enrojeciéndose; aquella noche eché a perder tres años de arduo trabajo, lo juro. Desde entonces, permito que Bhulvadt gane tan a menudo que he terminado convenciéndolo de que aquella vez fue un golpe de suerte, y de que se le da muchísimo mejor navegar por el Laberinto del Mentiroso que a mí.

No parece darse cuenta de que yo llevo muchos años jugando a un juego completamente distinto.

—¿Necesitas que me una a la investigación? Puedo llevar a cabo alguna pesquisa con discreción.

—No —soltó Bhulvadt, que alargó la palabra para asegurarse de que captaba el mensaje alto y claro—. Tú ni te acerques. De hecho, dadas las circunstancias, eres la principal sospechosa. Como encuentre la más mínima prueba que te involucre, nunca llegarás a ser comisaria. Yo mismo te ejecutaré.

—Señor —articulé mientras abría las manos—. No soy estúpida. Sí, confiaba en superar a la comandante de campaña Torne en la próxima zona de guerra, puede que incluso desacreditarla si surgía la ocasión. Llevo

mucho tiempo deseando alcanzar su mismo rango. Pero nunca permitiría que matasen a una compañera de la Guardia, y menos todavía a una de los míos.

A fin de cuentas, se dice que las mejores mentiras son las que se basan en la verdad. Nunca dije que la mataran.

—Ya sé que no, Leana —contestó el coronel—. Ni siquiera tú te rebajarías a recurrir al asesinato.

Sentí que algo se retorcía en mi interior, pero mi rostro era como el mármol esculpido. Dejé que transcurriesen varios segundos mientras miraba por el rabillo del ojo cómo Bhulvadt observaba la nada.

—Señor, ¿sigue siendo Oong Tem un escenario operativo tras la rendición del gobernador?

—¿Qué? —exclamó, y volvió a centrarse—. Sí. Sí, lo es, pero nos encontramos en la cúspide de la victoria. Uno o dos empujoncitos más y nos haremos con todo el perímetro. Marisel conquistó la capital solo con palabras, ya lo sabes. Apuesto a que nos ahorró unos cuantos miles de armas.

—Eso dicen todos —apunté. Hice todo lo que pude por sonreír con pesar—. El regimiento no será el mismo sin ella.

—¿Te ves capaz de volver a izar los estandartes imperiales en esta ciudad, Vendersen?

—Ya estoy en ello —contesté. Cogí una placa de datos de la parte trasera de mi traje de faena y pulsé el botón que la activaba con el pulgar—. He aislado su base secundaria y mi pelotón está listo para sacar tajada de ello. —Apareció un mapa de Oong Tem escrupulosamente marcado con los hallazgos que había realizado durante aquellas últimas semanas.

Bhulvadt frunció el ceño y sus cejas blanquecinas se toparon. La tenue luz de la placa bañó sus facciones con una claridad amarillenta. En pocos segundos quedó absorto en las maniobras de bloqueo, y yo ya estaba a punto de alcanzar la libertad que conferían los pasillos del palacio.

Tenía muchas cosas que hacer y, nada más se me presentase la oportunidad, iba a ponerme al día con unos viejos amigos.

La sargento Vernid y sus compañeros de la 2-70 aparecieron tarde en el hangar. Lo bastante tarde como para hacerme entender que no me tenía

miedo, pero no tanto como para que tuviese que darle ejemplo con uno de sus hombres u obligarles a marchar con las manos vacías. Los savlar y yo caminamos sobre una cuerda floja, pero llevamos tanto tiempo haciéndolo que conocemos muy bien su nivel de flexibilidad.

Dicen que los Perros Químicos son conocidos por cumplir con su trabajo sin rechistar. Yo pude comprobar la verdad de aquella afirmación con la primera instrucción que le di a Taupentire. Tienen fama de ser aves de mal agüero, y además reaccionan con suma brusquedad cuando alguien les intenta dar órdenes. Pero partirle el cráneo a la persona indicada puede ser suficiente para enderezarlos a todos.

Recuerdo como si fuese ayer el primer día que me reuní con Vernid y su escuadrón abajo, en la plataforma de mantenimiento. Uno de los mejores. A medio camino hacia la inevitable guerra de mundos que se avecinaba, cogí un martillo de carpintero al mismo tiempo que Yakobsen hacía un comentario grosero sobre el hecho de que los palurdos marinos de Noctai tuviesen permiso para usar armas. Tumbé en el acto a aquel saco de grasa y piel. Un golpe contundente en la sien con la parte plana de la herramienta, con la fuerza suficiente para rajarle el pellejo sin necesidad de llegar a un juicio militar. Hubo un montón de sangre, y también un sinfín de carcajadas por parte del resto del escuadrón cuando el hombre lo embadurnó todo al intentar recuperar el equilibrio.

Tragedia y comedia, todo a la vez. Vernid fue la que más se rio, profiriendo verdaderos ladridos de hiena. Nunca permitió que los grandes bueyes olvidasen que podían ser abatidos por alguien con la mitad de su peso.

La 2-70 dejó de cachondearse de mí después de aquello. Mantenerlos atiborrados de estimulantes fue muy fácil. Todavía cuento con un buen puñado de contactos, y mis antecedentes en el equipo médico son una fuente que nunca se seca. Combinando mi rango con mi influencia en el mercado negro logré tener a los savlar comiendo de mi mano durante años, pero siempre supe que algún día me atacarían solo por mera maldad.

Y, mira por dónde, me dejaron en la estacada justo en el peor momento posible. Hasta su forma de caminar me irritaba, con esa mezcla de indiferencia escurridiza y sumisión rencorosa. Evitaban el contacto visual, no por miedo, sino con la excusa de que cualquier otra cosa era mucho más interesante.

—Aquí estás —exclamó Vernid. Tras emerger de la sombra de un caza Lightning decomisado, se coló dentro del centro de mando abandonado que yo estaba usando para mis encuentros. Como la mayoría de los savlar originales, ella estaba químicamente calva. Lucía la marca con forma de flecha negra de su antigua vida de convicta en una zona destacada de su frente, tenía la nariz rota y también una sonrisa torcida en el rostro. Parecía más delgada que la última vez que la vi, pues nunca antes se había asemejado tanto a un pedazo de cecina seca.

—Aquí estoy —contesté yo, y abrí los brazos como invitándola a que me atacase.

Ella me ignoró. Sus ojos, de un azul grisáceo, recorrieron e inspeccionaron cada rincón de aquella habitación con las paredes cubiertas de cogitadores. Al no encontrar nada más peligroso que el polvo, hizo un gesto al resto de su escuadrón, y Yakobsen, Doile y Groethe dieron un paso al frente con aire desgarbado.

Los ojos de Vernid se fijaron en el arcón médico que había tras de mí. Entonces, aquella sonrisa torcida suya se igualó al mostrar los dientes, cuyo esmalte pasaba de amarillo a marrón podrido, mientras por fin me miraba a los ojos.

—Creíamos que igual habías muerto. —Aspiró entre silbidos por su mascarilla respiratoria personalizada, y luego se inclinó torpemente como muestra de cortesía. De sus fosas nasales salieron unos hilillos químicos residuales, lo que me hizo pensar en un dragón conteniendo su fuego—. Hemos echado de menos tus consejos morales, señoritinga.

—No me llames así, Vernid.

Se encogió de hombros.

—¿Dónde has estado, Vendersen? Tendríamos que habernos reunido contigo hace dos días.

—Pasando inadvertida —respondí—. Son tiempos difíciles.

—No para nosotros —intervino Groethe, que se hurgaba los dientes mientras él y sus compañeros entraban en el habitáculo. Era un especialista en lanzallamas extremadamente alto con la piel marcada por el acné. El hedor a promethium de su ropa manchada era incluso más repugnante que su olor corporal—. Nos han destinado a otro alojamiento con montones de carne fresca que todavía no han entrado en combate, y hemos comido de maravilla. En sentido figurado, claro está. —Sonrió con socarronería y le

lanzó una mirada a Vernid, como compartiendo una broma que solo ellos comprendían.

Yo sacudí la cabeza con incredulidad. Siempre que surgía la oportunidad de recordarme los horrores que habíamos compartido en las montañas de Herodd, Groethe nunca la dejaba escapar.

—Qué lástima lo de la pobre Torne, ¿eh? —comentó Yakobsen, cuyas tripas se bamboleaban jubilosas en silencio—. Supongo que sabrás que la incapacitamos bastante bien por ti.

Junto a aquel hombretón, la sanguijuela de Doile levantó un dedo y fingió que se rajaba la garganta con él. Su protuberante mandíbula y su cortinilla captaron la luz.

—Está muerta —explicó Yakobsen para dejarlo bien claro.

—Por la gracia del Emperador —expresé yo—. Lo de ser sutil no va contigo, ¿verdad, Yakobsen? ¿Quieres otro mazazo?

La sonrisilla del hombretón se esfumó y sus ojos se entornaron, como si el rencor le hubiese amargado el ánimo. Noté una sonrisa taciturna surgiendo con cautela sobre mi rostro, y la dejé ahí.

Yakobsen se llevó una de sus gruesas manos a un lateral de la cabeza y se rascó la cicatriz de la sien distraídamente, sopesando qué decir a continuación.

—No nos has citado aquí para andarnos con sutilezas, señoritinga —repuso Vernid.

Lancé un suspiro.

—¿Me vais a contar qué es lo que ocurrió, por el gran vacío?

—La cosa se complicó —explicó Groethe con los hombros encogidos—. Estaba despierta, y era algo más fuerte de lo que aparentaba. Peleó como una jabata.

—En vano —solté. Aquellas palabras escaparon entre mis labios antes de darme cuenta siquiera.

—¿Qué dices? —preguntó Groethe.

—Nada. Erais seis asesinos profesionales, y yo os facilité el código de acceso para que entraseis por la puerta. ¿Cómo pudisteis meter la pata?

—Estaba sentada al escritorio, trabajando en unos papeles —contó Vernid—. Toda encorvada. Fingió no habernos oído mientras nos colábamos, pero en cuanto estuvimos cerca se movió como una serpiente. También llevaba un abrecartas escondido bajo el brazo.

—Un abrecartas —repetí con el tono más neutro que pude emitir.

—Sí —confirmó Yakobsen—. Pock fue quien dio el primer paso. Ella esquivó el envite y le clavó el cuchillo justo en un lado del cuello con toda tranquilidad. La sangre me entró en los ojos al mismo tiempo que el pequeño Fernas recibía un codazo en la garganta.

—Seguro que entrenasteis los dos con el mismo instructor militar —apostilló Vernid, que me observaba con sus ojos fríos e inquisitivos.

—El mío era mejor. Así que Pock está muerto.

—Pock está muerto —confirmó Yakobsen, que soltó un resoplido a través de sus gruesas mejillas—. Y el pequeño Fernas está más muerto todavía.

—Increíble. ¿Qué le pasó a ese enano inútil?

—Fernas agarró a Torne de la rodilla —prosiguió Vernid—. Ella le arrancó el ojo con una mano mientras con la otra le sacaba la pistola láser de la funda y, entonces, le pegó un tiro por debajo de la mandíbula. Sesos por todas partes. Tendrías que haberlo visto. —Movió su cabeza pelada henchida de admiración.

—Santo Trono —exclamé tras cerrar los ojos del asco—. Y tú te quedaste allí con los brazos cruzados, ¿verdad?

Vernid volvió a encogerse de hombros.

—Cada rango tiene sus privilegios. De eso va todo esto, ¿no?

No mordí el anzuelo.

—¿Y tú qué, Doile? ¿Ayudaste en algo?

Él negó con la cabeza.

—Era astuta y mortífera. De todos modos, nunca me cayó bien Fernas, así que dejé que ella hiciera lo que debía hacer.

A ese malnacido seboso le gusta hacerse el duro, pero sé de buena tinta que hace dibujos al carboncillo de los Adeptus Astartes en su tiempo libre.

—La sangre de ese renacuajo lo manchó todo —reanudó Groethe con un susurro siniestro—. Era como una fuente. No sabía que tuviese todo eso dentro. —Soltó una carcajada breve y cruel antes de volver a toser con aspereza.

—Después de eso ya pudimos controlarla —continuó Vernid—, aunque me gané unas cuantas heridas de guerra nuevas durante el proceso. —Apartó el cuello de su indumentaria para mostrar varios moretones

oscuros y un puñado de arañazos profundos que parecían infectados—. No dejaba de revolverse y gritar. Podría haber despertado hasta a los muertos, pero al final le rompimos los huesos uno por uno. De su cuerpo sobresalieron varios pedazos blanquecinos a izquierda y a derecha, como cuchillitos de porcelana.

—Chas, chas —imitó Yakobsen—. Sonaba igual que la leña húmeda.

—Muy poético —dije yo. Se me revolvió el estómago como si me hubiese bebido un litro de vinagre. Había visto muchos cuerpos destrozados en las trincheras, pero aquello, por alguna razón, era distinto.

Groethe asintió con la cabeza.

—Se volvió loca, igualito que un vástago de la disformidad. Los oídos todavía me pitan por la noche.

Yo dibujé una mueca de dolor.

—Os dije que la amordazarais primero.

—No conseguimos ponerle la mordaza con tanta sangre —justificó Vernid—. Aullaba como un demonio en su momento álgido, mordiéndonos y arañándonos tanto como le era posible. Hacía tanto ruido que tuve que ponerle fin a su sufrimiento con mi bayoneta antes de que apareciese alguien más. —Golpeteó el rifle láser que colgaba de su hombro—. Dejamos algunas manchas de sangre intactas como prueba de lo ocurrido, señoritinga.

—Te he dicho que no me llames así —repliqué con tono hostil.

Vernid se rio.

—No puedes negar que tienes tanto de hombre como de señorita.

Me alejé de ella y me dirigí hacia Yakobsen como si fuese a atacarlo a él. En cuanto el corpulento guardia dio un paso atrás, le propiné una coz a Vernid en la pierna. Ella medio agarró mi bota con las dos manos para evitar que le pateara la rótula. Aprovechando que estaba con la guardia baja, me di la vuelta y le crucé la cara con el revés de la mano.

Yakobsen aplaudió con gran lentitud. Vernid escupió un diente y manchó la cubierta de sangre.

—Tranquila, oficial —dijo ella con una sonrisa impregnada de escarlata—. Tienes mi más profunda amargura, si te sirve de algo. —Se metió otro chute con la máscara respiratoria, volteó el cuello y empezó a dar saltitos como un pugilista—. ¿O prefieres otro asalto?

—Con la amargura me conformo —contesté—. Por ahora. Mi apariencia no es de tu incumbencia. Pero si puedes ahorrarte todos esos vituperios durante cinco minutos, os encargaré un trabajo. Uno que ni siquiera vosotros podréis estropear.

—¿La recompensa de siempre?

—Y todo lo demás. Un 1,8 más de lo habitual, la mitad por adelantado. —Acaricié el arcón médico que había arrastrado hasta el hangar. Me habría encantado verle la espalda al desequilibrado al que se le hubiese ocurrido cargar con él hasta allí.

—Un 1,8 —jadeó Groethe, cuyos ojos llorosos se iluminaron tras los anteojos. Giró la cabeza y aspiró por su propia máscara como anticipo de la plétora de estimulantes que se avecinaba—. Me apunto, sea lo que sea.

—Yo también —contestó Doile, que se acercó para ponerse junto a Groethe.

—¿Qué hay que hacer? —quiso saber Vernid.

—Desaparecer —declaré—. Ocultaros. No hagáis nada por nadie hasta que yo acuda a vosotros.

—¿Eso es todo? —dijo Groethe.

—Eso es todo.

—Por un 1,8, creo que podremos hacerlo —intervino Vernid—. Con ese pico y los estimulantes del último trabajo, tendremos suficiente para evitar que hasta Groethe se meta en líos.

—Más os vale. Ya me arriesgo demasiado reuniéndome con vosotros.

—No te han seguido. Confía en nosotros. Tenemos a las ratas de nuestro lado.

—No lo pongo en duda.

—Gente corriente con intereses corrientes —manifestó Groethe, probando esa chispa campechana que tan útil era para los savlar—. Así es como se consigue hacer bien el trabajo, ¿sabes?

—Ya —solté yo. Noté que mis labios se fruncían displicentemente—. Vosotros marchaos de aquí, y no deis señales de vida hasta que nos retiremos. Si necesitáis enviar alguna misiva, mandad a una de vuestras ratas de cocina. Os buscaré cuando las cosas se calmen.

—Entendido —aceptó Vernid—. ¿Y qué harás tú mientras tanto, señoritinga?

—Conquistar la ciudad —respondí—. Ahora, largaos de aquí.

Lo siguiente que supe de la 2-70 fue a través de Enoch Whitemane, la rata cocinera de nuestro equipo militar. Ese ladronzuelo con cara de memo y yo habíamos tenido nuestras diferencias, pero es un contacto útil, y por el precio razonable te sirve algo más que esa bazofia proteínica asquerosa.

Las cosas se habían calmado bastante tras las líneas. La versión oficial de la muerte de Marisel decía que había sido asesinada por rebeldes del ala dura que querían castigarla por aguarles la fiesta. Una historia bastante aceptable, así que la difundí yo misma a través de la red de agentes informativos de Enoch. Me había asegurado de que quedase patente lo disgustada que aparentaba estar durante la ceremonia fúnebre. No fue muy difícil, teniendo en cuenta que tenía la sensación de que alguien me estuviese observando todo el tiempo. Lo atribuí a la falta de sueño.

Casi todo el mundo se había tragado la falsa historia de su muerte. Convertirse una misma en blanco conocido en una guerra con rebeldes es como pedir que te maten. Otro buen soldado que muere de un modo horrible: bienvenido a la Guardia Imperial.

El Imperio engendra mártires igual que una cloaca engendra alimañas, y los que salen de maravilla en un cartel son los mejores de todos. Tras la muerte de Marisel aumentaron los reclutamientos y, aparte de Bhulvadt y su sabueso Trenard, nadie prestó demasiada atención a las razones y los motivos. Yo sabía que el viejo tirano no había averiguado nada simplemente porque todavía no me había hecho papilla.

Oong Tem fue regresando poco a poco y con mucho esfuerzo al redil de las leyes imperiales. Nos costó una gran cantidad de hombres y mujeres buenos, pero lo hice posible, colonia por colonia. Desarrollé planes dentro de los mismos planes y, en general, salieron bien.

Reorienté algunas órdenes de Marisel lo mejor que pude, ideando movimiento en tenaza e incluso representando batallas ficticias para sacar a los efectivos rebeldes de su escondrijo. Cuando las victorias comenzaron a acumularse, me otorgaron el rango de comandante de campaña suplente y obtuve el control sobre todos los ejércitos noctai de Oong Tem. Cortesía del conocido oportunismo de Bhulvadt, sin duda alguna. Cuando Trenard quiso saber la razón que se escondía tras mi repentina racha de victorias en mi ceremonia de investidura, le dije que lo había logrado tanto por la primera

capitana Torne como por todos los demás, a lo que él me respondió con una mirada extraña.

Quería que la gente me considerase la afligida heroína que no agachaba la cabeza, aunque solo fuese para crear cierta distancia entre mi persona y cualquier acusación de asesinato, pero había otra buena razón tras ello. Distracción. Me uní a los soldados en primera línea de batalla tan a menudo como me era posible, y arrebaté alguna que otra vida cuando los rebeldes se ponían peleones.

No obstante, ni siquiera la sangre de herejes conseguía eliminar lo que fuera que sintiese por Marisel. Tenía una marca en el alma y, cuando no dejaba de darle vueltas al asunto en medio de la noche, parecía que nunca fuese a desaparecer. En mis apacibles ratos de soledad en el strategium, observaba el umbral como esperando a que llamasen a la puerta, apareciesen rostros enfurecidos tras ella y me obligasen a marchar hacia el centro de ejecuciones. En la oscuridad de la noche, cada vez que permanecía en vela sentía que alguien me estaba mirando.

Decir que era incapaz de estar tranquila es quedarse corto.

Una noche, regresé a mis aposentos y me encontré un servocráneo flotando y sujetando una citación de Bhulvadt con sus dientes esmaltados. El corazón me estalló en el pecho, así lo sentí yo. Me preparé para lo peor y me encaminé hacia el palacio del Marinister para afrontar la tormenta.

En la oficina de Bhulvadt había una cola de oficiales esperando fuera. Yo esperé mi turno, como debía ser, aliviada al ver que éramos tantos allí. Por ahora, había escapado a la soga del ahorcado, o a la muerte por azotes, que era la elección más probable.

Cuando me llamaron, aquel tirano medio calvo me entregó mis órdenes de retirada y me despachó con un gesto de la mano, como si fuese tan importante para él como un mosquito de astillero. Empecé a realizar los preparativos para sacar a mis tropas de allí, un proceso tan laborioso que, si os soy sincera, encuentro mucho más complejo que la guerra en sí. Por el Trono, anda si era enrevesado. Una vez me facilitaron los detalles finales de la extracción y subí a bordo de la *Consejo Divino* dos días más tarde, al fin pudo respirar por primera vez en meses. Poco a poco y con cautela,

comencé a pensar que todo aquel asunto ya había terminado. Y, en cierto modo, así fue.

Dicen que el tiempo lo cura todo, pero los viajes por el vacío también sirven. Cuatro meses y siete días después de reunirme con la 2-70, el continuo avance de la *Consejo* a través del Sistema Taupen condujo la nave hasta el punto Mandeville local. Es la zona en la que el capitán puede encender el motor de disformidad sin arriesgarse a que la gravedad de la estrella del sistema desvíe el rumbo de la nave y, por tanto, arroje a todos los que van a bordo a una muerte ardiente y abrasadora entre gritos de pánico. Es una de las formas más limpias de morir en un accidente en la disformidad. He oído otras muchísimo peores.

Las travesías por la disformidad son un mal necesario. Sin ellas, no tendríamos posibilidad alguna de cruzar la galaxia. El Imperio es tan inmenso que el único modo de mantenerlo más o menos conectado es mediante una solución metafísica. Así que nuestras naves se adentraron en el empíreo, esa dimensión de energía pura que se encuentra tras la nuestra, donde mareas y corrientes extrañas pueden transportarte más rápido y más lejos que cualquier mecanismo de propulsión en el espacio real.

Al menos, así lo entiendo yo. Estoy segura de que la verdad es mucho más insólita, inconcebible e irritante. Todos los soldados como yo saben bien que los episodios de psicosis de combate aumentan considerablemente durante el transcurso de un viaje por la disformidad. Esos son los riesgos, pero en el glorioso Guardia Imperial siempre hay reclutas de sobra.

Unos tres días después de realizar la traslación a la disformidad, estaba zampándome la cena en el comedor cuando casi me ahogo con un pedacito de pergamino enrollado. Era de los que las ratas usan como papel de fumar, y lo habían escondido en el fondo de mi puré proteínico. Lo escupí, lo cogí y me lo guardé en la bolsa del cinturón.

Después de aquello regresé a mi cuarto rápidamente, aunque sin prisas. Algunos soldados saludaron al pasar, irguiéndose con las espaldas contra la pared y sacando el pecho, como si estuviesen orgullosos de verme en carne y hueso. Todavía no me había acostumbrado a mi nuevo rango porque su deferencia me sacaba de quicio.

No había nada de lo que estar orgullosa. No había nada que ver, ni nada que saber.

—Volved al trabajo —ordené. Ellos bajaron la mirada y se apresuraron, pero, por alguna razón, no disfruté en absoluto.

Cuando volví a mi camastro, aparté con cuidado la costra que había formado el puré proteínico sobre el diminuto pergamino y lo limpié lo justo y necesario para poder leer el mensaje. No decía mucho, pero era suficiente. En mi habitación hacía un calor horrible, igual que en todas las que se hallaban sobre la cubierta del enginarium, pero el mensaje me dejó helada por dentro.

V noresp 7006

Arrugué el papel, apreté los ojos y cerré los puños.

Vernid no respondía. Y llevaba así por lo menos un día o Enoch no se habría molestado en enviar aquel pergamino, para empezar.

Si estaba muerta, era una mala señal. Era mucho peor que mala. Esa vieja mercenaria ladina era prácticamente la única que mantenía la 2-70 unida. Sin ella para mantenerlos a todos bajo control, terminarían desperdigándose en pocas semanas.

Con el tiempo, la verdad sobre Marisel saldría a la luz. Chantajes, extorsión, incapacidad… El modo no importaba, en realidad. Si eso ocurría, yo iba a terminar colgada de una soga o molida a palos, estaba convencida de ello. Era una persona demasiado conocida como para que su muerte pasase desapercibida. Sin embargo, si lograba entorpecer la investigación hasta llegar a la siguiente zona de guerra, todo aquel asunto terminaría por convertirse en viejos rumores. Solo tenía que ir un paso por delante de Bhulvadt y Trenard.

El número 7006 hacía referencia a un lugar, seguramente a las dependencias de Vernid para la próxima incursión, y lo más probable es que no fuese la que constaba en el registro oficial. Decidí ir allí temprano a la mañana siguiente. Los Perros Químicos de Savlar nunca eran fáciles de encontrar, a no ser que ellos deseasen ser encontrados. Pero Enoch siempre sabe dónde está todo, y la gente no es una excepción.

Intenté dejarlo todo preparado por la noche, trazar un plan de acción sobre un trozo de pergamino, pero me costaba concentrarme. Oía ruidos

extraños sin cesar. Arañazos y golpecitos, como si algo alargado y fino estuviese raspando el lado externo de las paredes del fondo. Salí al pasillo varias veces para comprobar si había alguien, pero no tuve suerte. Estaba vacío en ambos sentidos a una distancia de treinta metros.

Pasaron unas pocas horas y comencé a tener sueño, así que dejé que mis ojos se cerrasen, aunque todavía estuviese sentada sobre la cama. Debía de quedarme dormida, porque poco después tuve el sueño más perturbador que jamás haya tenido.

En él, notaba un dolor agudo justo en medio del pecho, por encima del plexo solar, así que apartaba las sábanas que me cubrían hasta los hombros para examinar la zona. Allí había un bulto extraño, pequeño pero prominente. Me incorporaba de golpe, con el temor de que fuese un carcinoma en estado avanzado oprimiendo mi mente.

Noté que mis ojos se abrían de par en par horrorizados cuando el bulto se movió por debajo de la piel, volviéndose cada vez más puntiagudo, como un cuchillo presionando una lámina de goma. El dolor se agudizaba, resultaba casi paralizante. Entonces, la pálida piel en tensión sobre aquel bulto se rajaba y se abría. Intentaba gritar, pero no podía respirar.

Una uña fina y curva empujaba sin cesar hasta que lograba salir. Era increíblemente larga, y la punta se arqueaba hacia mi boca dibujando una curva poco acentuada. Tras ella, un dedo torcido surgía del agujero del pecho. Parecía el índice de algún cadáver.

La adrenalina desbordaba mi sistema. El dolor que paralizaba mis extremidades había comenzado a amainar, así que decidí agarrar aquel dedo con la intención de partirlo en dos. Pero mi mano lo traspasó.

Me desperté y me encontré tirando de las sábanas. Hice una bola con ellas y las lancé lejos de mí, como si estuviesen infestadas por una plaga de ratas. Temblando, me hice un ovillo, con las rodillas pegadas a la barbilla, llevada por el instinto. A continuación, me volví a estirar y comprobé la zona superior del plexo solar. No había nada, gracias a Terra.

Creedme cuando os digo que no pude pegar ojo después de aquello. Decidí hacer algún ejercicio físico, aunque solo fuese para mantener la mente ocupada.

Me volví a vestir y me preparé para hacerle una visita a Vernid. Era evidente que ardía en deseos de soltarle una buena reprimenda, porque básicamente le pagué para que se escondiera y, por tanto, lo mejor era que

estuviésemos lo más lejos posible la una de la otra. Sin embargo, en aquel momento, me pareció que era mucho mejor que estar sola.

Dado su rango de sargento, Vernid tendría una habitación para ella sola, aunque sería más bien pequeña. Tenía que averiguar, en nombre de Terra, qué diantres estaba pasando. Era arriesgado, pero estaba harta de esperar de brazos cruzados mirando a la nada y mordisqueándome el pelo, así que me preparé para visitar el bloque 7000-7050 lo antes posible.

Dicen que a los noctai les gusta solucionar sus problemas sobre la marcha. Yo tiendo a pensar mejor mientras camino, y no tengo ningún reparo en mover el culo y trabajar duro cuando pienso que puede ser de ayuda. Con la esperanza de evitar la deferencia y atención que me prestaban las tropas, abrí el cofre cerrado herméticamente que guardaba en mi guardarropa y saqué el viejo uniforme de savlar que la 2-70 le había arrebatado a un cadáver para dármelo cuando estuvimos en Taupentire.

Aquel repulsivo traje de combate me había venido muy bien a lo largo de los años. No era de mi talla en absoluto, el tejido me irritaba la piel, la unidad respiratoria hedía a moho, y tenía un agujero justo bajo la axila provocado por un disparo láser. Sin embargo, no era nada llamativo y la mascarilla cubría la parte inferior de la cara. Además, si le añadía un gorro con visera y escondía el pelo recogido en su interior, era prácticamente irreconocible. Un soldado del Militarum con aspecto maltrecho y desaliñado no era nada nuevo. Nadie se fijaba en esa gente. Nosotros sabemos que aparentar pobreza y desaseo significa, en la mayoría de los casos, pasar desapercibido. La gente siempre mira para otro lado por si se te ocurre pedirles algo.

Las menesterosas celdas del bloque 7000-7050 se alineaban en el flanco oeste de la nave *Consejo*. Los habitáculos eran más o menos semejantes, salvo por algunos grafitis que había esparcidos aquí y allá. En una habían garabateado la palabra «chupaletrinas», en otra «cadáver andante». Uno, escrito con algo de color marrón rojizo que no me atreví a inspeccionar, solo decía «No», pero podía imaginarme su origen por el olor.

En estas naves nos mantenían encerrados como prisioneros, como ganado. Seguro que algunas almas terminarían desquiciándose sin que la disformidad infiltrase sus pesadillas por los recovecos de nuestras mentes.

Aminoré el paso en cuanto estuve cerca de la 7006 y esperé a que los tres tipejos de aspecto poco fiable al final del pasillo se marchasen. Una vez

desaparecieron, me paseé arriba y abajo por delante de la puerta mientras sacaba el alargado cortalacres de plastiacero que la 2-70 había cosido en la manga de aquel uniforme falso a cambio de una caja de estimulantes de primera.

La 7006 no eran los aposentos de un sargento, sino los de un comandante de pelotón, por eso la puerta estaba reforzada y contaba con una unidad óptica. Estoy segura de que Vernid se las había apañado para obtener un trato preferente, y eso que le pedí expresamente que pasase desapercibida.

Tras echar una mirada a ambos lados del pasillo, alineé el cortalacres y lo pasé por la ranura de arriba abajo. Aquella maldita puerta no cedió. Vernid ya era mayorcita para saber cómo protegerse de los trucos habituales.

Apoyé la frente en la puerta un momento y pensé. Entonces, sentí que el corazón me salía por la boca. Oí unos pasos procedentes de otro tramo de pasillo.

No tenía más opción. Saqué mi placa identificativa de oficial y estampé el aquila alada metálica de ojos brillantes contra la unidad óptica, a un lado de la puerta. Según Yuki Beta-Dara, mi contacto visioingeniera, en algún lado tras esa placa acrílica rota hay un servidor cariátide, poco más que un globo ocular humano en conserva, que puede escanear cualquier identificación que se le muestre. Los músculos de su iris enviarían una orden al espíritu máquina de la puerta si reconocía el patrón de datos, así que su reacción determinaba si me iba a dejar pasar o no.

Evidentemente, el dispositivo aprobó mi identificación, porque la puerta se abrió acompañada por chasquidos y siseos. Me colé dentro y golpeé la runa de cierre con tanta rapidez que ni siquiera había llegado a abrirse hasta la mitad cuando se deslizó para volver a su lugar.

El hedor del interior era tan intenso que la máscara respiratoria era incapaz de mantenerlo fuera, aun con el filtro funcionando a pleno rendimiento. El fuerte y acre olor a sangre se mezclaba con la insoportable peste a heces humanas y comida podrida. Noté que me lloraban los ojos, aunque desconozco si se debía al olor o al miedo que lo acompañaba. Desde luego mi vejiga también parecía querer derramar algo más que unas gotas, porque allí, sobre el camastro, estaba el cadáver de Vernid, completamente destrozado y retorcido.

Aquella cara marchita me acompañará hasta la tumba. Su sonrisa ladina había desaparecido y la había sustituido un grito desesperado con los labios tensos que dejaba expuestos todos y cada uno de sus dientes podridos y amarillos. Sus ojos estaban abiertos de par en par y tan blancos como huevos, con las pupilas y los iris echados hacia atrás. Le había salido sangre por los dos orificios nasales, pero habían inclinado la cabeza tan hacia atrás que se había derramado por las mejillas hasta llegar a las orejas, como las patillas de un par de gafas. Finalmente, se había acumulado en el camastro de abajo, negra y pegajosa.

Pude ver larvas de mosca carroñera agitándose en los pequeños charcos de sangre. Llevaba muerta unas dieciséis horas, veinte como mucho.

Aquella imagen espantosa ya era perturbadora por sí misma, pero el resto de su cuerpo fue lo que me horrorizó de verdad. Quería apartar la mirada, de veras que sí, pero una parte de mí estaba fascinada. Me dije a mí misma que allí había respuestas que hallar, pero solo encontré preguntas, y encima aterradoras.

Los brazos y las piernas de Vernid estaban quebradas por completo, o, mejor dicho, partidas. Unos trozos de hueso blancos y afilados sobresalían de los antebrazos, y la sangre radiante se había oscurecido hasta tornarse negra alrededor de cada uno de aquellos fragmentos protuberantes.

La piel estaba laxa y desgarrada en los lugares donde los huesos habían emergido, especialmente en la pierna izquierda. Allí, tanto la tibia como el peroné se habían abierto camino a través de la dermis, como un sable y una daga apuntando hacia algún enemigo invisible. Sus extremos, afilados como cuchillas, centelleaban bajo la pálida luz del lumen que había dejado sobre su camastro, tal vez para protegerse de terrores nocturnos.

Aunque tampoco le había servido de mucho.

Arrugué la frente. Nadie había forzado la puerta, y nadie inferior al rango de capitán de campo podría haber invalidado el protocolo de acceso. No había huellas, ni ninguna salpicadura relevante entre los recipientes de aluminio desechados y latas de racionamiento que cubrían el suelo. Tampoco señales de que Vernid hubiese hecho algo que no fuese yacer allí mientras su cuerpo se resquebrajaba y fragmentaba hasta terminar hecho un despojo deforme. Quienquiera que hubiese hecho eso era muy competente, muy sutil y, sin duda alguna, muy decidido.

Los viejos cuentos noctai sobre asesinos con calaveras por rostro que podían atravesar las paredes afloraron a mi mente por delante de cualquier otro pensamiento. En mi regimiento contábamos con una dilatada y orgullosa tradición oral, y siempre intentábamos superarnos los unos a los otros con los horrores de la guerra que nosotros mismos habíamos presenciado. Era un suministro constante de pesadillas, pero el cadáver de Vernid se llevaba la palma. Sentí la imperiosa necesidad de salir de allí.

Pegué la oreja a la puerta para captar el sonido de algún paso en el pasillo exterior. Tres pares, y cerca. Recé por que retrocediesen, pues sentía con gran intensidad la presencia del cadáver a pocos metros tras de mí.

Tenía que salir de allí y borrar todo rastro de mi investigación. Para mantenerme concentrada, saqué una pila láser triple y un pedazo de hilo de cobre fino del bolsillo del muslo y me dispuse a enlazarlos rápidamente para realizar una descarga de energía rápida cuando los dos contactos estuviesen conectados.

Cada segundo que pasaba con aquel cuerpo descompuesto infecto cerca de mí parecía un minuto largo y agonizante. Había visto cosas peores en el campo de batalla, cadáveres despedazados y hecho polvo, pero Vernid se encontraba escondida en una habitación cerrada, donde tendría que haber estado a salvo. Aquello me afectaba a un nivel casi primario. En cierto modo esperaba que aquella cosa empapada de sangre se pusiese en pie lentamente tras de mí, mirándome con esos ojos blancos, gruñendo palabras ininteligibles a través de la sangre coagulada mientras azotaba y arañaba mi espalda desprotegida.

Los pasos desaparecieron al fin. Aún me sentía como si una sombra se hubiese cernido sobre mí, arrebatándome la calma. Intenté tranquilizarme tanto como pude, pulsé la runa de salida de la puerta y me deslicé hacia fuera tras lanzar un último vistazo tras de mí.

Por un momento, creí ver algo en la pared, una sombra vaga que no había estado allí antes. Mis ojos debían de haberme jugado una mala pasada. Entonces, la puerta se cerró tras de mí con un silbido y me saqué aquel pensamiento de la cabeza.

Después de comprobar ambos lados del pasillo, estampé la pila láser conectada contra la placa acrílica de la unidad óptica. El diminuto servidor máquina lanzó un chiflido, zumbó como una avispa dentro de un tubo acrílico y expulsó un hililllo de humo.

Con eso ya iba bien. Regresé por donde había venido obligándome a caminar con el paso decidido y arrogante de los savlar. Tampoco era tan complicado para una noctai nacida y criada en los muelles. Para un simple observador, no era más que otra chica con pocas luces decidida a causar problemas.

Pero, por dentro, no podía parar de temblar.

Aquella tarde, en el comedor, le pasé con disimulo una nota a Enoch Whitemane. Devolví la bandeja de la comida con el plato de fécula del revés para que supiese que tenía que mirar debajo. Procuré que el mensaje fuese lo más breve posible.

270 / 0427 / V2335

Volví a mis dependencias sin hacerles ningún caso a los necios que me saludaban con insistencia al pasar ante ellos. Estaba convencida de que ese puerco ajado de Enoch descifraría el código sin problema. Me debía un favor por hacer la vista gorda ante las transfusiones de sangre que realizaba como actividad secundaria y, dados los múltiples contactos que poseía, podía avisar a la 2-70 sin levantar sospechas.

Una rutina física rápida activó mi cuerpo y apaciguó un poco mi mente. Ya no faltaba mucho para que la 2-70 y yo discutiésemos a fondo qué es lo que le había pasado a Vernid exactamente. Me tomé unas cuantas copas en el comedor, luego me vestí con la ropa de trabajo savlar y preparé para hacerle una visita a Whitemane.

—Nadie se fijará —murmuré para mí misma.

Alguien llamó a la puerta, y estuve a punto de tragarme la lengua.

—¡Un momento!

Me quité a toda prisa el traje de Perro de la Radiación y lo escondí debajo del camastro de una patada antes de abrir la puerta lo justo para mostrarle a mi visitante que iba sin uniforme.

Me topé con los ojos penetrantes de Trenard, que me miraban con una mezcla de recriminación y soberbia desde sus facciones alargadas. Le

encontré parecido con un can de Noctai, una de esas razas cuya cara se asemeja a un montón de capas de cuero de ciervo apiñadas.

—El alto patriarca desea una audiencia —anunció.

—¿Dispongo de tiempo para ponerme algo encima?

—Por supuesto —contestó Trenard, que apartó la mirada—. Pero no tardes, comandante de campaña suplente. Tu destino está muy cerca.

—Extraordinariamente dramático —dije, y cerré la puerta con una sonrisa falsa. Me puse el uniforme de gala sin prisa alguna y examiné mi aspecto en el espejo. Los inocentes no corren, como dice un refrán noctai, y Trenard estaría esperando algo, cualquier cosa, para confirmar sus sospechas sobre mí. Tenía menos de una hora de margen para acudir a mi reunión con la 2-70, pero apresurarse me incriminaba tanto como morder el anzuelo de Trenard.

—Qué bien poder ver al anciano de nuevo —comenté con entusiasmo al salir al pasillo—. Ha pasado demasiado tiempo. ¿Se ha adaptado bien a los viajes por la disformidad?

—Permanece imperturbable, igual que yo —declaró Trenard, que emprendió la marcha mientras hablaba por encima del hombro. Yo apreté los dientes y lo seguí—. Aunque ha estado un poco… distraído últimamente.

Solté un ruidito evasivo.

—No se lo puede culpar, dadas las circunstancias. Hasta yo he estado un poco desanimada.

—Vaya —pronunció Trenard sin un solo atisbo de interrogación en el tono—. No me digas.

Bhulvadt estaba de buen humor. Por su severo ceño fruncido pude adivinar que solo quería matarme en parte.

—Bueno, bueno, bueno —exclamó—. Aquí estás.

—¿Por qué me lo dice tanta gente? —musité.

—Porque eres la mujer del momento, por eso —respondió Bhulvadt, divirtiéndose al ver que yo no parecía comprender lo que decía la gente de mí a mis espaldas. Inclinó la lámpara para iluminar con su resplandor amarillento su inmenso escritorio de roble de Catachán. Todas sus preciadas antigüedades estaban allí en orden, amontonadas sin duda en un espacio

mucho más angosto del que disponían en el palacio del Marinister. Puede que el retraso sufrido para partir de la ciudad de Oong Tem fuese para asegurarse de que todas subían a bordo de la *Consejo* sin un solo rasguño.

—Dejaste huella en la rebelión de Tem, Leana.

—La comandante Torne hizo gran parte del trabajo, alto patriarca —indiqué mirándome las botas con toda la modestia que pude reunir. A los hombres como Bhulvadt les gustaba ver esas cosas.

—Y tanto. Ella se encargó de la peor parte, pero tú, Leana Vendersen, lo llevaste todo a cabo.

—De todos es bien sabido —intervino Trenard, que ocupó su lugar junto a su amo como buen perro que era, y sonrió con disimulo—. Tomaste toda la ciudad.

—Desde luego —declaró Bhulvadt—. Y no sin genio o cabeza. Sin entusiasmo alguno, sino con esa maldita determinación de los noctai. Pregúntale a cualquiera. Todos dirán lo mismo. Oong Tem fue una victoria tan tuya como suya.

—Gracias, alto patriarca. —Sentí de verdad que algo se iluminaba dentro de mí.

—Por eso voy a nombrarte oficialmente comandante de campaña de primera clase.

Tragué saliva. Llevaba tanto tiempo deseando oír esas palabras, y al fin habían llegado.

—Me… me honra, señor.

—Por supuesto. No hagas que me arrepienta, Leana. Por lo menos dispones de unos pocos meses antes de que regresemos al espacio real y nos impliquemos de lleno en el siguiente escenario. Aprovéchalos para aprender tus nuevas funciones.

—Lo haré.

—Sí que lo harás. Quiero que seas una experta en todos y cada uno de sus aspectos, y tampoco estaría mal que pulieses un poco tus modales, comandante de campaña.

—Por supuesto, alto patriarca.

—No debería decirte lo valioso que es el respeto, mujer. Es lo que engrasa los engranajes de nuestra gran maquinaria de guerra.

«Ya estamos otra vez», pensé. El tirano calvorota regodeándose en su propia vanidad una vez más. Casi podía sentir cómo Trenard ponía los ojos

en blanco al fondo de la habitación. Por una vez teníamos algo en común.

—No te pienses que con esto te vas a librar de la vigilancia —advirtió Bhulvadt con una sonrisa amarga. Después de tantos años, aún le encantaba verme sufrir—. Todavía estás bajo la atenta mirada del comisariado, entre otros. No tenemos a ningún culpable que sea el claro responsable de la muerte de la comandante Torne. —Miró de soslayo a Trenard, y sentí un gran placer cuando vi que el ayudante daba un ligero respingo—. Pero descubriremos quién la mató, que no se te olvide.

—He oído que otra persona ha sufrido su mismo destino —me atreví a mencionar—. Una de los savlar. —Era una jugada arriesgada, especialmente con Trenard presente, pero también podía obtener una gran recompensa si salía bien. Y fingir que no sabía nada de aquello no iba a colar, dados mis contactos.

—Tan avizora como siempre —confirmó Bhulvadt—. Sí. Al parecer tenemos a varios dementes en nuestras filas.

Trenard levantó una ceja. Solo fue una milésima de segundo, pero yo comprendí perfectamente su significado.

—Es espantoso —dije yo.

—Debo decir en su favor que, en esta ocasión, han ocultado bien su rastro —manifestó Trenard.

—No te metas en esto, Leana —ordenó Bhulvadt—. Nos encargaremos nosotros. Tú deberías centrarte en el futuro y no en el pasado. Los próximos años pueden ser tu época de mayor esplendor.

—Por supuesto, señor.

—Pásate por aquí la semana que viene a primera hora. Sacaremos un poco de tiempo para jugar al Hexagrammon.

—Será un placer, señor —contesté con total sinceridad. Valdría la pena jugar una larga y dilatada partida solo para ver cómo la cara flácida de Trenard se hundía cuando Bhulvadt lo relegase al rango de antigüedad. Puede que incluso jugase para ganar esta vez.

Al fin y al cabo, parecía que se me daba bastante bien.

El siguiente pergamino que encontré metido en mi pasta proteínica contenía una sola «Y». Enoch había descifrado sin problema el significado de mi mensaje, teniendo en cuenta el contexto. 270 / 0427 / v2335: reúne a la 2-70

para encontrarse conmigo en el camarote 0427, cronosegmento vespertino 23.35. El único misterio era la clase de favor que él consideraría que sería aquello, y si todavía mantenía mi influencia sobre él después de habérselo pedido.

Todos los camarotes inferiores del 0400 eran equestriums de una u otra clase, pero el 0427 no era un establo al uso. Había pertenecido a los infames 76.º Jinetes de la Radiación. Aquellos delincuentes de mirada vil eran graves activos de guerra. Toda la caballería de los savlar montaba una raza de criaturas équidas conocida como bestias químicas, y cuando el impacto explosivo de sus lanzas de caza se unía a la inquebrantable fuerza de sus monturas con garras, las cargas eran verdaderamente devastadoras. Irradiaban cierto esplendor, al menos en el campo de batalla.

En pleno tránsito, andaban tan encorvados como cualquier hijo de Savlar. No albergaba duda alguna de que podría comprar el silencio de cualquiera que fuese testigo de mi pequeño encuentro, pero, aun así, no estaba preparada para correr el riesgo de acudir con mi uniforme noctai. El traje savlar, tan andrajoso y horroroso como siempre, me rozaba de un modo insoportable mientras me dirigía hacia las caballerizas. Tiré de él, lo moví y cambié, pero el maldito era demasiado grande, al igual que la máscara respiratoria que lo acompañaba. Con la mano libre que disponía revisé las correas y comprobé el cierre. Ya me iba bien así.

Cada equestrium cuenta con su propio mozo de cuadra, y yo no estaba de humor para tener por allí otro par de ojos y oídos (más de uno, probablemente) complicándome las cosas. Los de la 2-70 habrían sido los primeros en llegar y habrían despejado el lugar de algún modo, o eso esperaba yo.

Tardé casi veinte minutos en tener una ocasión para entrar sin alertar a la unidad óptica, así que estuve esperando en el pasillo con un canuto de lho en la mano así, como quien no quiere la cosa. Nadie se fija en un Perro Químico que pierde el tiempo por los rincones. Además, cuando bajan del caballo, los soldados de infantería son prácticamente iguales que sus análogos en caballería.

Esperé a que el mozo de cuadra se marchase, un jovenzuelo achaparrado con la cara llena de cicatrices, y luego, al pasar junto a él, lo saludé con una breve inclinación de cabeza, como si fuese la dueña del

lugar. Solo era otra jinete obediente que iba a comprobar cómo se encontraba su bestia química.

Aquellas criaturas siempre conseguían hacerme sentir ligeramente mal. Vi varias decenas, alineadas a lo largo de las paredes de la escotilla, tan aburridas e infelices como todos nosotros. Cuando las bestias se movían, los arreos tintineaban tras ellas; trataban a los équidos como si fuesen carne para granjas de cría intensiva y no como los caballos de guerra a los que habían reemplazado.

Eran larguiruchas y desgarbadas, más altas que cualquier otro corcel clásico usado en caballería, su piel era de un amarillo enfermizo, similar al cuero mal curtido y contaban con púas en las extremidades. En lugar de cascos, las bestias poseían una pesada retahíla de nudillos, y sus colas eran largas y musculosas. Sus cabezas levemente cónicas y alargadas lucían con orgullo unas orejillas planas y una boca rugosa como la de las lampreas, de la que surgían cuatro dientes principales. La criatura que tenía más cerca sacó la lengua como si fuera una serpiente, una lengua blanca azulada con pinchos rodeada por cuatro colmillos protuberantes. Me miró con un ojo rosa maléfico y de un resoplido soltó una lluvia de mucosidad.

Justo al fondo, la 2-70 esperaba rezagada, tan sospechosa como siempre. Vi a Groethe sacar algo de detrás de un fardo de heno amarrado y darle vueltas a toda velocidad. Me di cuenta de que era una bombona de gas cuando un olor dulzón y empalagoso se filtró por mi mascarilla.

Conociendo a la 2-70, debía de ser algún tipo de estupefaciente. Suficiente para zafarse de los mozos de cuadra, al menos, pues sabían bien que era mejor no interrumpir una reunión clandestina de criminales para entretenerse con sus pasatiempos. Y así era, porque tres cadetes más salieron de entre los postes de madera y abandonaron la cámara sin decir una palabra.

Que no se diga que los savlar no saben cómo sacar el mayor partido a sus pasatiempos.

—Bien hecho —exclamé a través de la mascarilla. Aquella cosa distorsionó mi voz hasta convertirla en un chirrido áspero y andrógino, lo cual no me pareció nada mal. Hasta a un fisgón le iba a resultar complicado identificarme.

—Gracias, señoría —contestó Groethe, mirándome con fijación a través de sus anteojos amarillentos.

—No tiene gracia —repliqué—. Dije que pasarais desapercibidos, que no destacaseis.

—Ya, ya —articuló él—. No es momento para bromas.

—No —aseveré—. ¿Qué pasó?

—Ninguno de nosotros lo sabe —intervino Yakobsen—. Pero mataron a la sargento de malas formas. He visto el cadáver.

—Cómo olvidarlo —comenté—. Yo misma le hice una visita.

Yakobsen asintió. Su lenguaje corporal mostraba a un hombre abatido.

—Le dieron una buena —declaró Doile—. Nosotros conseguimos abrir la puerta gracias a este hombretón. Por las heridas, fue por venganza. Seguro que ha sido alguno del equipo de Torne. Después de ver lo que dejaron atrás, se cebaron de lo lindo.

La manera en la que murió Vernid flotaba en el ambiente de un modo tácito.

—Vernid actuaba de un modo extraño antes de ocultarnos —señaló Doile—. No hacía más que repetir que por el rabillo del ojo veía moverse algo.

—Sí —confirmó Groethe—. Doile tiene razón. Decía que era como una sombra. Nosotros nos cachondeamos de ella, diciéndole que debía dormir con una luz encendida si tenía miedo de los fantasmas de la disformidad o que se chupase el dedo un rato.

Doile sonrió con malicia, pero me di cuenta de que no lo hacía de corazón.

—Pueden pasar cosas muy raras durante un salto en la disformidad —argumenté, y crucé los brazos—. Tengo una teoría propia respecto a ese tema. ¿Alguno de vosotros ha oído hablar de ese asesino con cara de calavera del que hablan los chicos de la 3-10 cuando llevan unas copas de más? Ese que dicen que estaba decidido a matar al Magus de Terciopelo en Taupentire.

Fue entonces cuando oí esos extraños ruidos, arañazos y golpeteos, y me giré hacia el mamparo del que pensé que procedía. Creí que había sido mi imaginación hasta que vi a Yakobsen mirando exactamente el mismo lugar.

Detrás de mí, las dos bestias químicas más cercanas empezaron a relinchar y resoplar en sus cubículos. Me di la vuelta para verlos; su aliento

salía con gran rapidez, y sus ojos rosados, pequeños y brillantes nos miraban fijamente alarmados.

—En nombre del Trono, qué… —soltó Yakobsen, también con los ojos como platos, mirando el mamparo—. Un momento. Eso es imposible…

—Solo es una pared, Yakobsen —dijo Doile—. Resulta bastante verosímil.

Yakobsen levantó un dedo, y luego buscó su pistola láser.

—No —articuló con voz entrecortada y en un tono agudo mientras alzaba el arma con su mano temblorosa.

Intervine en seguida y, golpeándola fuertemente con el revés de la mano, lancé la pistola al otro lado de la habitación. Hasta una sola descarga láser podría haber llamado la atención de alguien, algo que nos podría haber mandado a todos ante un tribunal militar acusados de conspiración. Moriríamos en la horca solo porque esa bola de grasa no había controlado bien la dosis que había inhalado para evitar sufrir un episodio de paranoia con las bombonas de Groethe.

—Contrólate, Yakobsen —le reprendí—. O al menos finge ser un profesional.

—No… ¡Aléjate de mí, por favor!

Yakobsen se dio la vuelta, salió corriendo hacia una de las cabinas de las bestias, que habían dejado abierta, y desapareció en su interior.

—Ese gordinflón no sabe aguantar el gas —rio con disimulo Groethe.

—¿Yakobsen? —prorrumpió Doile sin poder creerlo—. Eso no es verdad y lo sabes. Normalmente lo aspira como si nada.

Sonó un arañazo pocos segundos después, estridente e inhumano. Sentí náuseas y angustia en el estómago cuando el ruido se convirtió en un aullido y, poco después, en un grito interrumpido por una serie de chasquidos espantosos.

—Las bestias químicas lo van a matar a coces —aseguró Doile—. Tenemos que ayudarlo.

Nadie se movió.

—Oh, por el amor al Trono —solté. Saqué el cuchillo y corrí hasta el cubículo. Las bestias químicas colocadas a lo largo del establo también empezaron a gritar, y su pánico animal se propagó como un virus.

Dentro, Yakobsen emitía un sonido parecido al de un cerdo moribundo. Noté la crudeza de su agonía como un papel de lija sobre una herida. Entonces oí otro chasquido, húmedo y fibroso, y los gritos cesaron.

Giré de golpe la cabeza para comprobar los laterales de las caballerizas y deshice el movimiento igual de rápido por miedo a que me estampasen un casco en la cara. Yakobsen estaba allí, en el suelo, retorcido, sobre un charco de su propia sangre. Estaba completamente deformado.

Al fondo de la cabina, la bestia química estaba pegada a la pared, resollando con fuerza por el esfuerzo, imagino, y con las ijadas empapadas en sudor. Tenía el cuchillo listo para hundirlo en la cara de la bestia en caso de que viniese a por mí, pero no se movió; solo me observó con aquellos orbes rojos tan extraños y tembló como si se encontrara al aire libre en pleno invierno.

Doile se puso a mi lado, sujetando su pistola bólter de contrabando con ambas manos. Aquella enorme arma era demasiado grande para un hombre de su tamaño.

—Por los dientes del Emperador, míralo. Todavía respira —señaló Doile, soltando el aliento con jadeos rápidos y nerviosos—. No podemos dejarlo así.

En eso tenía razón. Yakobsen se había partido como un muñeco de madera mal hecho, con los brazos y las piernas rotos y en posiciones antinaturales.

—Doile, no hagas nada…

El savlar disparó, y la bala se incrustó en la axila de Yakobsen.

Allí explotó. Todo se volvió blanco. Mis oídos se llenaron de un zumbido sónico y el débil chillido de un insecto que sacudieron los rincones más profundos de mi mente. Después, todo volvió a recobrar la normalidad.

Ojalá no lo hubiera hecho.

Todo estaba cubierto de carne roja. No solo roja, sino de un carmesí carnoso y un rosa veteado, como un chuletón. El cuerpo de Yakobsen estaba abierto en canal, desgarrado y esparcido por todas partes, como la víctima de una granada. En cuestión de segundos, el establo se había convertido en un matadero.

Oí cómo los relinchos de las bestias químicas y los gritos de pánico de los savlar se entremezclaban hasta convertirse en una cacofonía, pero me sentía ajena a todo aquello, como si lo estuviese oyendo desde debajo del

agua. Entonces, aquella algarabía derivó en sonidos contundentes, por lo que sacudí la cabeza para recuperar cierto nivel de control.

—Santa Terra, ¿qué demonios está pasando? —gritó Groethe con un quejido nasal. Se unió a nosotros en un lado del establo, con la cara tan pálida como un pergamino blanqueado.

—La disformidad le ha afectado y ha asustado a una de estas bestias —contesté—. Tenemos que salir de aquí. Ayudadme con lo que queda.

—¿Qué vamos a hacer con… esto? —preguntó Groethe señalando perplejo los restos de lo que una vez fue Yakobsen.

En los cubículos que había a mis espaldas, las bestias químicas más cercanas estaban encabritadas y bufaban con fuerza, y sacaban y metían sus lenguas azules blanquecinas de aquellas bocas arrugadas como si fuesen pistones. Fruncí el ceño en cuanto se me formó una idea en la cabeza.

—Estos bichos comen carne humana, ¿no?

Aquel pirómano larguirucho solo sacudió la cabeza, que provocó que batiese una de sus orejas.

—Hace años que no hago eso…

—¡Tú no, Groethe! Por el Trono, ¡serénate! ¿Estos bichos comen carne humana?

—¡Sí! —respondió—. ¿Por qué?

—Ayúdame con el cadáver.

Me di la vuelta rápidamente y, de una patada, abrí el cierre del cubículo más cercano, en el que había dos bestias químicas. Me escabullí por uno de los costados escamosos de una de aquellas criaturas, cogí un puñado de pienso cárnico de una tolva cercana y regresé junto al cuerpo sin vida de Yakobsen.

—Esto los pondrá en marcha —manifesté mientras esparcía el forraje por todo el suelo y por dentro de la cavidad torácica abierta—. Cuantas menos pruebas haya, mejor. Tenemos que irnos ahora mismo.

En ese mismo momento, la más grande de las bestias químicas se acercó para lamer el pienso cárnico que tenía más cerca y, entonces, metió su morro alargado en las tripas de Yakobsen. Su lengua azulada no paraba de entrar y salir del cadáver.

Doile asentía con desesperación como si estuviese de acuerdo conmigo, pero permanecía inmóvil, con la pistola bólter de contrabando

todavía entre ambas manos. Yo me eché a un lado y dejé a la bestia química entre nosotros antes de dirigirme hacia la puerta.

No venía nadie, gracias al Trono. Lo más probable es que el ruido de los disparos hubiese lanzado el claro mensaje de que nadie se acercase por allí. Violencia pandillera, y esas cosas. Les hice una señal para indicar que todo estaba despejado.

Groethe pasó por delante de mí y salió corriendo con Doile pisándole los talones. A pesar de mi buen instinto, eché un último vistazo antes de marcharme.

Esta vez vi algo extraño en el muro del equestrium. Una sombra. No, algo más que eso, una mancha. Tenía una forma vagamente humana, como hubiesen emparedado a alguien y su cadáver en descomposición supurase fluidos contra el plascemento que lo rodeaba.

Me dije a mí misma que solo era moho, o alguna especie de decoloración. Hasta podría haber sido orina de bestia química, quién sabe.

Sacudí la cabeza y aquella visión desapareció. Eso tenía menos sentido todavía. Por un momento me quedé observando la zona, confundida. «Céntrate, Leana».

—¡Vendersen! —susurró Groethe mientras salía junto a Doile—. ¡Vámonos!

Me di la vuelta y me marché, mientras intentaba ahogar la desesperante sensación de terror que poco a poco se iba derramando desde algún lugar de mi mente.

Aquella noche no pude pegar ojo. Las imágenes no hacían más que brotar entre mis pensamientos, marcados a fuego en la parte interna de mis párpados. Los ojos vacíos e inmóviles de Vernid. Las extremidades rotas de Yakobsen, con fragmentos de hueso sobresaliendo entre la carne. La bala de Doile explotando en la axila de aquel gordinflón, y la enorme cavidad que dejó tras de sí. Las costillas reventadas y abiertas alrededor de un núcleo carmesí oscuro. Los ojos en blanco de la bestia química alfa, con su lengua azul blanquecina hurgando entre las tripas de Yakobsen como si se estuviese deleitando con sus jugosas vísceras.

Pero, sobre todo, pensaba en aquella maldita mancha que vi en la pared. No podía quitármela de la cabeza. A veces me parecía ver una

sombra similar sobre el plascemento, en un rincón de la habitación, como aquellas imágenes de almas muertas pulverizadas durante los incendios del Exterminatus, que destruyen mundos enteros.

Venía precedida por los golpeteos y aquellos horribles arañazos. Me decía a mí misma que debían de ser los sistemas internos de la *Consejo*. Era una nave vieja, incluso para la Armada Imperial, y los visioingenieros tampoco podían hacer mucho.

Puede que Yakobsen hubiese sido atacado por alguna clase de asesino esotérico al servicio de la familia Torne. Puede que hasta pudiese ser un psíquico el que hubiese proyectado el terror dentro de su mente para volverlo loco. Y pensar que nunca creí de verdad en los cuentos de asesinos que podían atravesar las paredes que contaban los veteranos de Noctai. Ahora todo tenía mucho sentido, al menos eso quedaba de manifiesto.

A lo mejor el asesino había sido enviado por Bhulvadt y este fingía no saber nada. O tal vez todo aquello lo hubiese orquestado ese canalla de Trenard como una especie de broma cruel. ¿Y a quién podía acudir yo para poder hablar de ello y compartir mi carga? A un par de adictos a los estimulantes de Savlar, a una rata maleante y a un cíborg impasible. ¿Cómo era aquel dicho? «Con amigos como estos…».

Aquello era casi suficiente para que yo faltase a mi juramento de no buscar nunca consuelo en el Culto Imperial. Casi suficiente para empujarme a buscar al sacerdote del Ministorum del equipo militar, Gethsame. Pero no lo bastante.

Las horas insomnes fueron pasando. Empecé a ver aquella sombra o mancha en los montones de ropa colgada, en decoloraciones sobre el espejo, incluso en las arrugas que formaba la tela de mi trinchera. Aquellos horribles golpeteos y arañazos se burlaban de mis nervios a flor de piel cada vez que creía que habían parado, y tenía el presentimiento de que su frecuencia no haría más que aumentar. No me atreví a calcularlo, por si estaba en lo cierto.

Privada de sueño y cada vez más desesperada, hundí la cabeza bajo la almohada, me acurruqué en posición fetal con todas mis fuerzas y me obligué a imaginarme paseando por una playa, cálida y con su arena dorada bajo mis pies. Evoqué las olas rompiéndose en la orilla y las gaviotas emitiendo sus graznidos en el pequeño pueblo costero en el que crecí, y el promontorio por el que solía pasear cuando necesitaba un respiro de la

rutina diaria, que consistía en correr por los callejones y vender mercancías. Encontré cierto consuelo en aquellos recuerdos, imaginándome la sensación que producía la arena entre los dedos de los pies, y revisando los recuerdos que guardaba de las extrañas conchas que recogía en mi juventud. Gracias al Emperador, poco a poco fui conciliando el sueño.

Entonces, llegaron los sueños.

Digo sueños, pero, para seros sincera, no estoy muy segura de si eran fantasías a medio dormir o engaños con los que mi mente corrompida había decidido jugar conmigo. Parecían muy reales, muy malévolas. Cada vez que el antebrazo o el pie salían de debajo de las sábanas, notaba como si alguien lo estuviese observando, muy de cerca. Casi podía percibir su aliento en mi piel.

Entonces escondía la extremidad de nuevo bajo las sábanas, sintiéndome un poco estúpida al comportarme como una niñita asustada. Era comandante de campaña en el Guardia Imperial, por el amor al Trono. Volvería a mi playa, me dejaría llevar un poco por el sueño y, luego, dormiría. Cuando desperté, efectivamente, había vuelto a sacar un antebrazo o una pierna de debajo de las sábanas.

Sintiéndome sola y confundida, hubo un momento en el que llegué a taparme por completo. Unos minutos después, me desperté y volvió a ocurrir lo mismo. Pero esta vez había sacado las cuatro extremidades, estaba tumbada de espaldas con los brazos y las piernas extendidas.

Aquello me había dejado helada. Volví a meter los brazos y las piernas debajo de las sábanas, como una tortuga pintada protegiéndose de un depredador del desierto. Pero, Emperador misericordioso, ahí abajo hacía mucho calor; mi corazón latía desenfrenado y sudaba como si hubiese dado tres vueltas al asalto de Noctai. Me mordí la parte posterior del pulgar y levanté las sábanas tan solo un poco para poder respirar. Una de las piernas sufría un fuerte acceso de hormigueos, pero no podía estirarla. Simplemente no podía.

Tras unos minutos de resuellos y malos pensamientos, saqué un brazo y agarré la trinchera (la había descolgado de un tirón y la había lanzado al suelo cuando me asustó su sombra) para echarla sobre las sábanas y crear así una capa extra más pesada. Apretujada allí abajo, me sentí un poco más segura. De algún modo, no estaba muy convencida de que apenas un centímetro de lana fuese a protegerme de la espantosa tecnología etérea que

el asesino de Vernid estaba utilizando, fuera cual fuera, pero ¿sabéis qué? Me sentía mucho más segura ahí abajo. Supongo que se trata de un rasgo primitivo. Después de eso, pude dormir unas pocas horas y me desperté con el ciclo de luz del lumen.

La cama estaba empapada. Empapada con mi propia sangre, que se aferraba a mis extremidades con su color carmesí visceral. Impregnada por completo.

Grité, me incorporé de golpe y agarré la manta y la trinchera que cubrían mis brazos y piernas como una mortaja. Me di cuenta entonces de que lo que empapaba la cama era mi propio sudor, y que estaba ilesa. Era un manojo de nervios apestoso y enmarañado, pero estaba ilesa.

Vi un conjunto de cuatro arañazos poco profundos en el músculo de la pantorrilla, alargados y de un rojo muy vivo, y me percaté de que no estaba tan ilesa como había creído. Ardían bajo el aire frío.

Me levanté temblando de miedo, y también del frío repentino que me invadió cuando cayeron las sábanas, y me acerqué al palanganero tambaleándome, con el corazón en la boca.

Desesperada por algo de compañía humana, me pasé por la herrería de Yuki, aparentemente por asuntos oficiales. Al fin y al cabo, no había nada malo en que una oficial superior le hiciese una visita a la visioingeniera de su equipo militar.

Daba gusto ir sin aquel espantoso uniforme de savlar y poder ver a Yuki, disfrutar de la ausencia absoluta de reprobaciones y críticas moralizantes que la convertían en tan buena compañía durante una crisis. Ella no tenía nada que ver con la política ni con la sed de poder de las altas esferas de Noctai, y a mí no me importaba. Además, era prácticamente la única persona con la que podía hablar de las alucinaciones que provocaba la disformidad y de intentos de asesinato sin convertirlo en una espiral sin fin de cotilleos.

Cuando llegué a la herrería de la visioingeniera, la encontré reparando una unidad óptica destrozada que me resultó muy familiar. Dada a pulcritud de sus mesas de trabajo, mi sabotaje a la puerta de Vernid bien podría haber sido la cosa más interesante que le había pasado en semanas. No suele haber mucho trabajo para una humilde visioingeniera durante un viaje por

la disformidad. Tuve la sensación de que estaba aburrida, y que agradecería cualquier fuente de nuevos conocimientos que pudiese encontrar.

Miré por encima de su hombro con aire despreocupado mientras trabajaba, como si estuviese pasando el tiempo.

—¿Qué es eso, Yuki?

—Es una unidad óptica de clase cariátide perteneciente a la puerta del camarote 7006. Fue requisada ayer de las dependencias de una tal Locia Vernid.

—¿Crees que alguien forzó la entrada?

—Inconcluyente. —Alguna parte de su cuerpo emitió un ruidito similar al de un reloj—. La estoy examinando por orden del comandante de pelotón suplente Rojo Krodden, de la 2-70 de Perros Químicos de Savlar. Ha insistido mucho, y utilizó términos desagradables para referirse a la magnitud de mis elementos cibernéticos. —Yuki levantó la cabeza y me miró, con su ojo biónico telescópico zumbando con suavidad mientras se reenfocaba—. Al parecer, era defectuoso, y se trata de un dispositivo relativamente complejo, así que lo he traído aquí para realizar un análisis deconstructivo.

—¿Es un servidor monotarea?

—Básicamente sí.

Se frotó la nuca con una mano de pistones y pinzas de plata, un movimiento raudo y curiosamente canino. Siempre con picores, la querida Yuki. Su bata de trabajo con engranajes bordados estaba hecha de arpillera teñida de sanguinaria y, en una ocasión, con una botella de aguardiente de pistón, me había confiado que le irritaba de mala manera las zonas de piel que le quedaban.

—Guarda registro de los que entran y salen, ¿verdad?

—En teoría, sí —contestó la ingeniera mientras abría el dispositivo. El acre olor de los químicos alcalinos se dispersó por el taller—. Aunque este ha sido alterado. El globo ocular se ha visto comprometido por una corriente eléctrica. El componente orgánico ha saltado por aquí detrás.

Uno de sus grises dedos metalizados se partió en dos y se transformó en una pinza con la que extrajo una lámina de materia blanca de la parte superior del globo ocular.

De repente, la imagen de los ojos en blanco de Vernid me vino a la mente.

Respiré hondo, y recuperé cierta compostura.

—Ese dispositivo ¿todavía guarda el registro de cuántas personas usaron la puerta en los últimos días? ¿O de quiénes la usaron?

—A la primera pregunta, sí —respondió Yuki, rascándose el antebrazo —. Los datos de los accesos seguirán ahí. La segunda, probablemente no. Vamos a verlo.

Esperé, esforzándome por aparentar que solo estaba un poco interesada y, cuando me dio la impresión de que observaba con demasiada atención, me puse a juguetear con el uniforme.

—Parece que la puerta fue abierta dos veces en el transcurso de ese ciclo diurno, pero la información sobre quién la abrió no está disponible.

Esa había sido yo. Y, en teoría, la persona que había encontrado el cadáver de Vernid oficialmente.

—¿Y antes de eso?

—Nada. Según su ábaco interno, la última vez que se abrió fue cuatro días antes.

Sentí que se me cerraba la garganta y que perdía el color en las mejillas. Ese marco temporal no tenía sentido. Vernid había muerto hacía dos noches, me habría apostado mi vieja insignia médica.

—¿Estás segura de eso, Yuki?

—Esa parte del dispositivo óptico es analógica —explicó con seguridad.

—Cierto. Solo lo pregunto porque la sargento Vernid era amiga mía. No quiero que la gente piense que estoy traspasando mi jurisdicción en este asunto.

—Eso es irrelevante en mi investigación. Yo solo quiero reparar y volver a instalar este dispositivo. Nunca comento con nadie nuestras conversaciones. Seguramente a cualquier otro le parecerían un motivo de distracción y, por tanto, contraproducentes.

—¿Yuki?

—¿Sí, Leana Vendersen?

—No habrás oído rumores sobre la presencia de un Asesinorum en este grupo militar, ¿verdad?

—No sé nada. —Entrecerró los ojos un instante y los cables de datos que llevaba en la espalda emitieron un zumbido agudo. Un momento

después se encogió de hombros—. Lo que me temía. Los registros disponibles para el rango de visioingeniero no dicen nada sobre ese asunto.

Le di las gracias con un asentimiento y ella inclinó la cabeza, apenas, en un gesto de complicidad muy humano.

Que el Emperador te bendiga, Yuki Beta-Dara. Que tus finos dedos de metal nunca estén ociosos.

Más tarde aquel día, me decidí a ponerme de nuevo mi uniforme savlar para hablar con los de la 2-70. Ellos eran los únicos que podían llegar a comprender por lo que yo estaba pasando y que podían darme cierta perspectiva para saber si, en realidad, me encontraba bajo alguna especie de maldición que convertía las horas de mi ciclo nocturno en una pesadilla.

Tendría que abordar el tema cuidadosamente si quería mantener la sensación de ser el depredador alfa en esa manada de cabrones. Pero habría ciertos signos en el caso de que yo no fuera la única que estuviera viviendo aquello. Si mi propio reflejo servía como ejemplo, esos signos serían bastante obvios, empezando por las enormes ojeras negruzcas. En ese momento, tenía el aspecto de haber sido golpeada en la cara varias veces por un certero campeón de boxeo. La pantorrilla aún me dolía; debí de habérmela rascado con ganas durante la noche, tal vez al intentar ahuyentar a mi asaltante imaginario. Llevaba el pelo apelmazado y enmarañado, pero no tenía tiempo para peinármelo como era debido. Ya me ocuparía de eso cuando todo acabase. Ahora mismo tenía asuntos más apremiantes que atender.

Como tratar de descubrir qué puñetas quería asesinar a los de la 2-70.

Esa noche iba a reunirme con Bhulvadt y no tenía intención de llegar tarde, pero aún me quedaba tiempo para visitar al menos a uno de los savlar. De los dos mercenarios que quedaban del escuadrón que envié a por Torne, elegí a Doile. Lo más seguro es que Groethe estuviese por ahí pegándole fuego a algo, mientras que Doile era el más sumiso de todos y, al ser bastante introvertido, estaría casi con toda seguridad en su camarote. Aunque podía luchar como un lobo acorralado si tenía la necesidad, siempre me pareció un poco torpe y, con las lisonjas adecuadas, me contaría todo lo que necesitaba saber. Me encaminé hacia el cuarto de Doile con el poco garbo de un savlar sin prisa justo antes del servicio nocturno.

Al ser comandante de campaña, no se esperaba de mí que asistiera a las pequeñas reuniones moralizantes del padre Gethsame, que se realizaban de manera gratuita para asegurar que el lavado cerebral que llevaba a cabo la Eclesiarquía con las ovejas imperiales siguiera surtiendo efecto. Las tropas de los savlar no destacaban por cumplir las órdenes, ni tampoco les importaba mucho la glorificación del Culto Imperial. Era muy probable, pues, que Doile estuviera solo, entreteniéndose de alguna manera mientras los soldados más devotos cantaban alabanzas al Emperador en los niveles inferiores.

Esta vez no tuve que hacer nada con las ópticas cariátides. Colpius Doile tenía el rango de soldado raso y, tal y como os diría cualquier veterano del Militarum, los soldados rasos no tienen ni pizca de intimidad. Las puertas de su cuarto eran bastante sólidas (al fin y al cabo, esto era una nave espacial), pero carecían de cerradura. Siempre y cuando se llamara primero, cualquiera podía abrir la puerta y entrar cuando quisiera.

Así pues, llamé a la puerta de Doile con decisión. No contestó nadie. Había un raro aroma en el aire, como si algo se hubiera quemado.

Volví a llamar y, entonces, entré.

Aquel extraño olor se intensificó, empalagoso y nítido. Noté cómo la bilis me subía por la garganta, me armé de valor y tiré del pomo antes de deslizar la puerta con fuerza hacia la derecha.

La estampa que presencié me llenó la boca de vómito. Tragándome la bilis caliente, entré tambaleándome y cerré la puerta detrás de mí. Desenvainé mi rifle láser y saqué la bayoneta de su ranura en el cañón para calzar la puerta y así evitar que alguien la volviera a abrir. Tenía otra pesadilla a la que enfrentarme y no quería a nadie mirando por encima de mi hombro.

Doile estaba allí, hincado de rodillas en mitad del camarote sobre un charco de sangre y materia rosada. Le faltaba la parte superior del cráneo, parecía un huevo desconchado por arriba. Había salpicaduras de sangre y de materia gris en los azulejos porosos del falso techo. Cuando alcé la vista, una gota se elongó y cayó al suelo produciendo un leve plip. La barbilla del soldado raso estaba apoyada sobre el extremo de su propio rifle láser, que sostenía los destrozados restos de la cabeza y lo mantenía erguido, como si estuviera rezando. Todavía tenía el dedo en el gatillo, aunque estaba retorcido de una forma extraña.

El olor de la carne quemada con el láser impregnaba la estancia. Era tan denso que me subió otra bocanada de vómito por la garganta, pero me lo volví a tragar, quedándome con el regusto amargo. Se lo había hecho él solo, y hacía poco tiempo. Le toqué el dorso de la mano con un dedo y confirmé mi sospecha; el cadáver aún estaba caliente y no había señales de rigidez cadavérica.

Miré en derredor por el cuarto buscando alguna pista que indicase que alguien más había estado allí. Tal vez lo habían matado y habían hecho que pareciera un suicidio. Estaba todo desordenado, había ropa sucia desperdigada por el suelo, pero nada hacía sospechar que hubiera habido un forcejeo.

Lo que sí encontré, y en gran cantidad, fueron dibujos al carboncillo colgados en las paredes. Algunos no eran nada malos; representaciones de Marines Espaciales posando en actitud heroica o abatiendo a desafortunados mutantes con cuernos en la cabeza. Otros eran chicas de calendario cursis que reducían la madurez sexual de Doile a la de un chiquillo de doce años. Incluso había un dibujo mío, representado con la suficiente fidelidad como para captar la similitud de la onda del pelo negro y la mandíbula fuerte. Estaba sentada al sol sobre un túmulo de piedras y tenía los brazos y las piernas desnudos cubiertos de arañazos. No supe qué pensar de eso, y sigo sin saberlo.

Pero algunos dibujos, pegados a la pared con trozos de resina de lho detrás de más dibujos, representaban algo horrible. Cuando lo asimilé todo, los pelos de los brazos y de la nuca se me erizaron como si algo acabase de soplarme por detrás.

En ellos aparecía una figura demacrada, con los brazos y las piernas totalmente destrozados, con esquirlas de hueso sobresaliendo de las extremidades. La criatura estaba desnuda y flotaba, suspendida en el aire. Una cascada de cabello liso le cubría el rostro y unas uñas desproporcionadamente largas surgían de sus esbeltos y delicados dedos, tanto de manos como de pies, y se curvaban en forma de hoz.

Habría en total unos cincuenta dibujos de este tipo. Unos eran bocetos rápidos en carboncillo hechos sobre retales de trapos de limpieza, de formas rectas y un estilo impresionista. Otros estaban dibujados sobre la parte trasera de pergaminos oficiales hechos con detalles realistas. En algunos, la figura emergía de la oscuridad; en otros, tenía un halo de luz.

Cogí uno de los mejores, no sé por qué, y lo embutí en mi traje de faena. Supongo que pensé que podría resultar útil, si en algún momento quería enseñarle a alguien lo que en el nombre del Trono quería decir si tenía que describir lo que había obsesionado al soldado raso Colpius Doile antes de su muerte. Me convencí a mí misma de que era la representación de un asesino a sueldo enviado para acabar con los de la 2-70, que confirmaba mis sospechas sobre algún exótico subtipo de asesino, pero algo en mi interior me dijo que sabía perfectamente lo que era y que no tenía nada que ver con el Oficio Asesinorum ni con los insurgentes que habíamos dejado atrás.

Al apartarme de los dibujos de pesadilla, pisé algo blando y húmedo. Retrocedí, con una mueca dibujada en la cara, y sacudí el pie para que se soltara de la suela de la bota. Salió volando una cosa gris y trémula que acabó bajo el catre y estoy convencida de que era un trozo del cerebro de Doile.

Con eso tuve bastante. Dejar huellas de pisadas de buena calidad en la escena de un suicidio era como pedir una visita de Trenard y un par de los pesos pesados de la guardia del vacío de Bhulvadt. Limpié la grasienta huella del suelo con un retal robado y me lo guardé en el traje de faena tras asear también la bota, después escuché pegada a la puerta durante un momento para comprobar si el pasillo estaba vacío. No había nadie, gracias a las estrellas.

Esta vez me fui a toda prisa. Ya no me quedaba ni un ápice de chulería.

Me quedé fuera del despacho de Bhulvadt con el bólter en alto, justo como él quería que hiciera. Ese maldito calvorota tenía la costumbre de hacerme esperar fuera de sus dependencias hasta la hora especificada si me presentaba unos pocos minutos antes, incluso aunque no estuviera haciendo nada en particular, como yo bien sabía. Por el contrario, si yo me retrasaba, aunque solo fuera un minuto, se quedaba afónico tras reprenderme a gritos que le hiciera perder el tiempo.

Sentí una ola de odio recorriéndome el pecho, y mi uniforme de gala noctai de repente me apretaba con fuerza el torso. Por un momento me descubrí imaginando a Bhulvadt completamente destrozado, con sangre embadurnándole esa estúpida cabeza brillante, y aparté la imagen con una mueca. No era bueno extenderse en ese asunto. Para nada. Esta noche debía ser para escapar de los horrores de los últimos días y para fortalecer una delicada posición política de forma que perdurara.

La puerta del despacho de Bhulvadt se abrió de golpe y el rostro curtido de Trenard (viejo antes de tiempo y enteramente desprovisto de calidez) se asomó por ella.

—Vendersen —dijo—, está preparado para recibirte.

Lo saludé entrechocando con fuerza los talones, por una parte para colocarme en el estado mental adecuado y, por otra, para demostrar cierta obediencia.

—Gracias, adjunto primero Trenard —repliqué—. Y te recuerdo que es comandante de campaña Vendersen.

Entré en la habitación y me encontré a Bhulvadt sentado en la mesa del strategium, con el tablero de Hexagrammon en un lugar destacado. Yo siempre había codiciado ese trasto. Un mosaico hexagonal perfecto de granito iaxiano, jade cálthico y madreperla talassariana, grabado con líneas de oro rojo. Las piezas eran igual de suntuosas.

El juego valía una fortuna, pero, más que el valor monetario, yo lo quería por lo que representaba. Legitimidad. Privilegio. La liberación de los mundos desesperados de callejones empedrados, la extensión de una colmena superpoblada y el campo de entrenamiento manchado de sudor. Poseer tales artefactos era pertenecer a otro nivel de la existencia.

—Toma asiento, comandante de campaña —dijo Bhulvadt señalando una silla hecha de caoba truskana.

Siempre me he preguntado si era un insulto calculado que, entre todas las antigüedades que Bhulvadt había coleccionado a lo largo de su extensa carrera, ninguna procediera de mi oscuro y salobre mundo natal, Noctas. Enviaba un claro mensaje. Ese mundo no tenía ningún valor real y los noctai no teníamos nada por lo que estar orgullosos.

—¿Estás preparado para una derrota aplastante? —le pregunté aportando a mi tono de voz la cantidad adecuada de frivolidad.

—Estoy preparado para no dar cuartel —me contestó entrecerrando los ojos—. No tendrás objeción a que Trenard nos acompañe, supongo. —Con un gesto desestimó la pregunta retórica antes de que yo pudiera contestar—. Aspira a darte algún día una sonada paliza.

Sentí cómo se me retorcía el alma por dentro, pero no repliqué. Al menos Trenard tuvo la decencia de apartar la mirada; pude sentir que su penetrante mirada encontraba otra cosa que examinar.

—¿Empezamos? —sugerí moviendo mi primer disco en una apertura estándar.

—Debes permitirme unas cuantas bromas mientras hacemos que corra la sangre —comentó Bhulvadt respondiendo del mismo modo—. Ha pasado mucho tiempo. No parece que estés durmiendo muy bien, Leana.

—Bueno, he pasado unas noches difíciles.

Atrapé a uno de los líderes del tirano pelado abriéndome en tenaza, lo que le dio la oportunidad de coger a uno de los míos y hacerse con una cálida sensación de venganza.

—Es de esperar, dado que estamos en pleno tránsito empíreo —repuso Bhulvadt—. Cuando llegues a mi edad, tendrás el sueño más profundo. Aunque las cosas se pongan difíciles.

Ay, cómo deseé que tuviera razón.

—No hay nada que te preocupe, ¿verdad, comandante de campaña? —intervino Trenard inocentemente.

—Tal vez —concedí, haciendo oscilar la cabeza de un lado a otro como si lo sopesara. Moví una pieza al centro, formando una media guardia hex—. Puede que sea el tránsito. O la presión del nuevo rango. Marisel Torne ha dejado el listón muy alto.

—Nos causó una gran impresión a todos nosotros —dijo el asistente—. Estoy seguro de que piensas a menudo en ella.

Asentí distraídamente, pero lo dejé pasar fingiendo que me concentraba en la partida. Por alguna razón, tuve plena conciencia de los arañazos en la pantorrilla, que palpitaban con un dolor sordo. Tal vez se habían infectado, después de todo.

Bhulvadt había desarrollado bien su partida, pero yo veía tres buenas jugadas más allá. Sus tácticas tan poco refinadas de siempre. Defensivas, incluso predecibles.

Me pregunté cómo jugaría Trenard. Como una comadreja sin escrúpulos, sin duda.

—¿Estás satisfecho con mi comienzo hasta ahora? —quise saber.

—Francamente no —resopló Bhulvadt mientras cogía mi pieza líder.

Noté la tensión oprimiéndome la garganta.

—¿No, alto patriarca?

—Esta mañana encontramos otro savlar, y sus sesos decoraban el techo. Tres muertos, sin contar a Torne. Y todo en cuestión de días.

—¿Cómo murió? —pregunté, y mis cejas formaron una línea de preocupación. No fue difícil hacer que pareciera auténtica, especialmente cuando me vino a la memoria ese cráneo destrozado y la sangre en el techo.

—Se pegó un tiro una hora antes del falso amanecer —contestó Trenard—. Locura de la disformidad, dicen.

—Es espantoso —repliqué.

—¡Lo es cuando sucede durante tu guardia! —me gritó Bhulvadt, quien de repente se levantó y se cernió sobre mí de forma que casi me escupe en la cara. Derribó varias piezas del Hexagrammon, que rodaron sobre el tablero; una se cayó, pero Trenard estiró un brazo para atraparla—. ¡Tres muertos en sesenta horas! —bramó Bhulvadt, demasiado furioso para percatarse—. ¡Es un porcentaje inaceptable para una nave de esta magnitud! ¿Y todos de la misma unidad? En nombre del Emperador, ¿qué está ocurriendo, mujer?

—Será una matanza entre bandas —dije, tratando de mantener la calma mientras recomponía el tablero lo mejor que podía. Trenard colocó la pieza caída de nuevo en su hexo y orientación correctos, pero sus ojos no dejaban de mirarme—. Son savlar —indiqué, como si eso lo explicara todo —. A menudo disputan *vendettas* por sus vidas anteriores.

—No me digas —comentó Bhulvadt, su voz era fría como la losa de una tumba.

Se volvió a sentar, pero su lenguaje corporal aún era como el de un hiperfelino a punto de saltar.

—Son todos unos criminales, graduados por la Guardia Imperial para engrosar las filas —argumentó—. Incluso con el Gran Perdón están destinados a causar problemas. Especialmente cuando no existe un enemigo al que saquear.

—En su defensa diré, alto patriarca, no es la primera vez que ocurre algo semejante —apuntó Trenard.

—¿En su defensa? —exclamó Bhulvadt, su tono de voz destilaba ácida incredulidad—. En su acusación, estos son los mismos savlar con los que la comandante de campaña Vendersen se asoció en Taupentire. Tú mismo me lo contaste, Trenard.

—Sí, alto patriarca, y ella sigue siendo mi principal sospechosa.

—Estoy aquí, ayudante primero —dije yo.

Trenard me lanzó una mirada de soslayo, afilada como una cuchilla.

—¿Y estabas «jugando al Hexagrammon con Vix Denstadt» a la hora en que se produjeron los asesinatos de esos savlar, comandante de campaña Vendersen?

—No, alto patriarca —contesté—. Cuando ocurrió el suicidio, estaba en mi camarote, señor, durmiendo después de unas rondas de amasec a las que recurrí para conciliar el sueño. Y si también estás vinculando el incidente del equestrium con todo esto, a esa hora yo estaba en una conferencia con uno de mis asociados, Enoch Whitemane.

—Una sabandija —espetó Bhulvadt—. Vaya compañías frecuentas.

Sacudió la calva, pero noté que su ira se aquietaba como una nube de tormenta que pasa de largo. La mentira sobre Whitemane era otra jugada de alto riesgo, pero si podía hablar con el enano inmundo antes que Trenard, cabía la posibilidad de conseguir una coartada comprada y pagada.

—Ya veremos —exclamó Bhulvadt.

—¿Esto significa algo para ti? —preguntó Trenard mientras me colocaba un trozo de pergamino a dos palmos de la nariz. Era uno de los crudos dibujos al carboncillo de Doile. La mujer demacrada, rota y horrible, con aquellas largas y espantosas uñas.

Hice un esfuerzo supremo para no gritar.

—Encantadora —conseguí decir. Aparté el dibujo con un gesto—. Tu estilo está mejorando, Trenard, pero tu modelo de estudio parece un poco enfermo.

Trenard levantó una ceja y volvió a guardarse el dibujo.

—Lo cogí del cuarto del suicida, un tal Colpius Doile. Uno de entre las docenas de dibujos similares que tenía entre sus bocetos. Era un individuo perturbado.

Eso era verdad. Tenía una de esas pequeñas obras de arte embutida en la camiseta interior, y en ese momento me incomodaba y me picaba más que nunca.

—El tránsito por la disformidad, como tú dices —comenté encogiéndome de hombros—. El aburrimiento no dura mucho.

—Ja —exclamó Bhulvadt, pero no había rastro de calidez ni de humor en su voz.

—¿Y este?

Trenard sacó otro pergamino y lo desdobló. Sentí la boca seca como una lagartija en el desierto cuando me percaté de que era el esbozo que había hecho de mí sentada al sol sobre un túmulo de piedras.

—Me siento halagada —dije al fin—. ¿Del mismo artista?

Trenard me miraba con dureza.

—Sí.

—Debió de ser uno de los jóvenes con los que serví en las montañas de Herodd. Allí dejamos multitud de túmulos.

—Eso debió de ser —repitió Bhulvadt asintiendo con los ojos entornados—. Muy bien. Dices que no sabes nada de esto y, aunque no te creo ni por un instante, tengo pocas pruebas. Pero, al próximo descuido, si sucede otro incidente como estos, te degradaré antes de que se inicie tu primera campaña al mando. ¿Me has comprendido, comandante de campaña Vendersen?

—Completamente —contesté, sintiéndome como si acabaran de darme un puñetazo en el pecho—. ¿Me disculpáis? No tenía conocimiento de este suicidio y tengo que hacer unas pesquisas para asegurarme de que no ocurren más incidentes durante este tránsito.

—«¿Me disculpáis?», dice —se burló Bhulvadt, suspirando como si yo fuera una niña agresiva—. Vete a seguir con tus asuntos, Vendersen. Pero ándate con cuidado. Marisel Torne era muy apreciada entre mi personal y su muerte está relacionada con el fallecimiento de estos pordioseros savlar. Estoy seguro.

En este punto me pareció ver algo en la pared que se alzaba detrás de él, aunque solo por un instante. Un extraño contorno en el muro, una mancha que se agrandaba lentamente, sin origen aparente, con lo que parecía un brazo larguirucho extendido hacia un lado. Aparté la mirada, pues un terror frío me atenazó las extremidades.

Bhulvadt se inclinó hacia adelante, había notado que mi atención se había distraído.

—Pareces incómoda. Si encuentro la más ínfima de las pruebas que te vincule a estos asesinatos, no me quedará más remedio que hacer que te golpeen hasta que escupas la verdad.

—Desde luego, alto patriarca —repliqué—. Te prometo que mi conducta a partir de ahora será ejemplar.

Saludé, entrechoqué los talones de nuevo y me dispuse a irme. Trenard me abrió la puerta, siempre tan caballeroso.

—Buena suerte, comandante de campaña Vendersen —me dijo cuando pasé por su lado—. Tengo la sensación de que la vas a necesitar.

Enfilé la galería a paso ligero, la ira que sentía me daba alas, aunque mi cuerpo estaba a punto de derrumbarse debido al agotamiento mental y físico. Bhulvadt y Trenard me tenían en su punto de mira. Si no conseguía hablar antes con Enoch para preparar mi coartada, podía darme por muerta. Más que nada, estaba enfadada conmigo misma por haber permitido que su primitiva táctica de interrogatorio me hubiera puesto tan nerviosa como para darles una coartada falsa.

Aunque mi encuentro con Enoch transcurriera sin complicaciones, quedaban aún tres días para terminar el tránsito. Estaba convencida de que me ejecutarían antes de que saliéramos al espacio real, si es que no me mataba antes una aterradora cosa asesina durante la noche. De momento, mi carrera como comandante de campaña estaba yendo a las mil maravillas.

Olí la cocina de la nave antes de verla. El hedor a col podrida se mezclaba con el penetrante olor a carbón de animal quemado. No era buena señal. Enoch no consentiría la pérdida de una sola loncha de carne de grox. Las ratas serían como fueran, pero eran unos excelentes cocineros. Así que, o bien no estaba allí o estaba muy ocupado.

Emperador, por favor, que esté.

Llegué a la compuerta oval que daba a la cocina y llamé tres veces sobre la jamba. Desde el interior llegaban ruidos de diferente índole: voces elevadas, golpes metálicos sobre ollas y el ocasional siseo de vapor de una máquina de autoprocesado.

Se me ocurrió que una oficial noctai con uniforme de gala a aquella hora tan avanzada del turno no sería recibida con los brazos abiertos, especialmente dado lo reservado que era Enoch con su trabajo secundario. Sinceramente, a esas alturas ya me daba igual.

—¡Inspección sorpresa! —grité, más por el bien del que me estuviera siguiendo que por el de los de dentro.

Cerré los ojos por un momento. Otra jugada arriesgada; ningún oficial veterano era lo bastante estúpido como para realizar una inspección en la cocina. No si querían comer algo que no fueran gachas condimentadas con orina durante el resto del viaje.

Me aventuré a entrar. Había unos seis cocineros preparando los desayunos de los oficiales y congelándolos para que aguantaran toda la noche. Amonestándolos con feroz pasión estaba Enoch Whitemane, una rata pendenciera de poco más de un metro de estatura y pelo desgreñado. Hacía tiempo que ya no se podía llamar blanca a aquella melena suya. Tras cuarenta y tres años trabajando en las cocinas grasientas y humeantes de los grupos militares, había adquirido el color de los pulmones de un adicto al lho.

Entré e hice notar mi presencia golpeando el borde de un banco de cocina de acero. La rata no me miró; estaba demasiado ocupado maldiciendo a uno de sus subordinados. A pesar de sacarle mucha estatura a su jefe, el cocinero estaba pálido de miedo.

Whitemane notó que yo lo observaba y miró en mi dirección. Cuchicheó algo en tono severo, y el joven y los demás cocineros desaparecieron por la puerta trasera sin mirar atrás.

—Comandante de campaña Vendersen —dijo, su voz áspera era curiosamente profunda para alguien tan bajito—. ¿A qué debo el placer? Es casi medianoche.

—Necesito respuestas y un favor.

—Otro favor.

—Sí. Si alguien te pregunta, ayer por la noche estuvimos reunidos tú y yo.

—Ah, no, no lo estuvimos —replicó arrugando la nariz rojiza—. Yo estuve aquí, como estoy cada noche, rodeado de muchas personas que podrán jurarlo. Ya lo sabes.

—Entonces, yo también. Leyendo placas de datos en el almacén, tal vez, buscando un momento de paz sin que llamen constantemente a mi puerta. —Agité la cabeza. ¿Por qué me lo ponía tan difícil?—. Haz que funcione, Whitemane, y estaremos en paz por lo de la redada.

—Ya te devolví ese favor —repuso. Cogió un papel de fumar de un estante y lo sacudió en el aire—. ¿Y todas las notitas? Además, había cinco personas más trabajando conmigo anoche. ¿Tienes bastantes favores para comprarlos a todos?

Tenía razón. Cuanto más reflexionaba, menos sólida parecía la coartada. Pero el suyo era el nombre que yo había soltado ante Bhulvadt y Trenard y ya no podía remediarlo.

—Mira, Enoch, tengo problemas. Son serios. Necesito tu ayuda.

—Ah, sí —admitió—. La necesitas. —Se acercó a un autoprocesador y manipuló un par de botones. Por los conductos laterales salió un vapor siseante—. Estoy al tanto de las últimas noticias. Parece ser que muchos de tus antiguos amigos savlar tienen problemas últimamente. Problemas letales. ¿Tienes idea de por qué?

—No son accidentes, es todo lo que sé. Algo extraño está sucediendo, incluso para estar en tránsito. ¿Has sabido algo de la presencia de algún Oficio Asesinorum en el grupo militar?

Se le crispó la cara.

—¿Por qué no me lo preguntas directamente?

—No estoy de humor para andarme con rodeos —repuse—. No tengo tiempo para tonterías y tú tienes más información que nadie sobre lo que ocurre en esta nave. Así pues, ¿te has enterado de alguna cosa extraña? ¿Algo que pueda moverse a través de objetos sólidos?

—No, Leana —respondió frotándose los ojos con los puños nudosos y llenos de cicatrices—. No he oído nada parecido. ¿Un miembro del Asesinorum? ¿En nuestro pequeño grupo militar? —Levantó una ceja peluda—. Dicen que los noctai sabéis más que la mayoría, pero os percatáis de menos. No creo que los Altos Señores de Terra consideren una gran amenaza a nuestros amigos savlar de dedos ligeros.

—¿Un contrato privado, entonces?

Noté el tono de súplica en mi voz y no me gustó nada. Se oía un golpeteo continuo proveniente de la parte trasera de la cocina y, aunque

sabía que debía de tratarse de una máquina de cocinar o algo por el estilo, me estaba poniendo de los nervios.

—El Asesinorum no tiene nada que ver —confirmó Whitemane—. Pero estamos en tránsito, en la disformidad, y suceden cosas extrañas. Siento que te estén ocurriendo a ti y a los tuyos, por si te sirve de algo. Y tienes razón.

—¿Sobre qué?

—Se te acaba el tiempo.

Vi unas largas sombras cuando la puerta que conectaba la cocina con el almacén se abrió de golpe.

Entraron tres Perros Químicos savlar completamente pertrechados para el combate. Retrocedí hacia el pasillo, pero otros tres se acercaban por ese camino. El que estaba en el centro del segundo grupo era enorme. Tenía el físico de un capataz Goliath, con implantes augméticos en los músculos generados artificialmente, y parecía ser tan cibernético como humano. Su traje de faena savlar lo envolvía en lugar de vestirlo; una mezcolanza de varios conjuntos con las mangas atadas en tiras alrededor de los bíceps y los muslos.

—Buenas noches —dijo con tranquilidad.

—Enoch, mierdecilla traicionera.

Le escupí una flema a la rata y le di en la solapa. De repente me di cuenta de que venir directamente de una reunión formal en la cámara de guerra de Bhulvadt sin haber pasado a coger mi pistola había sido muy mala idea.

—Lo siento, Vendersen —expresó la rata de cocinas—. Lo tuyo está muy candente y eso es malo para el negocio.

—Peor que malo —añadió el Perro Químico gigante—. ¿Sabes cuántos de mis hombres han muerto ya?

—Ya eran mayorcitos y eran delincuentes habituales —repliqué—. Tomaron sus propias decisiones.

—Lo peor que hicieron en su vida fue trabajar contigo.

—Tú debes de ser Krodden —adiviné al fijarme en los galones de sargento que llevaba tatuados en la frente—. Dicen que provocaste un gran impacto en Armageddon.

—Sargento Rojo Krodden, comandante suplente del pelotón de la 2-70 —recitó. Resoplaba como un toro, y el horroroso hocico respirador que

tenía encima de la boca chorreaba saliva y mocos—. Ha llegado la hora de que aprendas a guardar respeto.

Noté un par de manos cogiéndome por la espalda y lancé con fuerza la cabeza hacia detrás. Di en el blanco, la sensación de huesos y dientes rotos me hizo sonreír cuando un fuerte alarido de dolor sonó cerca de mi oreja. Un instante después, pisoteé con ganas el empeine de una bota que vi por el rabillo del ojo, esquivé un brazo corpulento y me enderecé en diagonal para golpear con mi hombro el estómago de mi siguiente atacante. En esta ocasión me vi recompensada con un resuello de dolor y vi a un hombre con una barba desgreñada escupir sangre.

Al ver brillar un par de gafas a mi izquierda, lancé el codo hacia atrás y acerté en la garganta del siguiente, arrancándole el respirador , que expulsó un chorro de estimulantes atomizados. Después, el gigante se abalanzó sobre mí, arrogante y confiado, como suelen ser esos tipos musculosos. Le golpeé con la bota justo debajo de la rótula con la fuerza suficiente para dislocársela e incrustársela en el muslo. Trastabilló y cayó berreando por el dolor, pero pudo coger un cuchillo de carnicero de una tabla de cortar que tenía a su lado.

—¡Vale! —gritó—. Cambio de planes. ¡Sentencia de muerte!

Me alejé un par de pasos, pero ese tal sargento Krodden sabía de qué iba el asunto. El cuchillo de carnicero dibujó un arco veloz y, con el mango, me acertó en la sien. Todo se oscureció.

Volví en mí poco después, rodeada por seis de los mejores savlar. Me tenían agarrada con una doble llave de brazo y me obligaban a avanzar, empujándome y pegándome patadas en los talones, con lo cual tropecé contra la máquina de la parte trasera de la cocina.

El autoprocesador cárnico, así lo llamaban. El personal de cocina lo llamaba sencillamente la máquina de hacer carne. Metes una carcasa por un extremo, la muele a la perfección y, por el otro extremo de la máquina, extraes carne picada durante días. Había oído rumores de que Enoch la utilizaba para intimidar a más de un idiota que no podía pagar las facturas.

—Está volviendo en sí, Rojo —señaló uno de los Perros Químicos—. Se revolverá con fuerza. Cuidado con las rodillas.

Se oyeron unas risas apagadas. Después oí un puñetazo, un sonoro crujido y a alguien cayendo al suelo detrás de mí. Las tiras de luces del

techo parpadearon, creando unas extrañas formas que me provocaron mareos.

—Duerme hasta que aprendas a guardar respeto, chico —espetó Krodden—, o tú también acabarás en la picadora.

En ese momento me revolví, claro. Propiné golpes, mordí y grité hasta que una mano se cerró sobre mi mandíbula. También la mordí. Noté que me levantaban en el aire, di patadas y puñetazos hasta que me liberé, metí dos dedos en un ojo inyectado en sangre, me pegaron en un lado de la cabeza y me volvieron a levantar, aunque esta vez el agarre fue tan firme que no pude zafarme de él.

—Es el momento de devolverle algo a las tropas, comandante de campaña —se mofó Rojo—. Como en Herodd.

Podía ver las cuadradas fauces de la máquina de hacer carne, las cuchillas interiores parecían la embocadura de una picadora de piedras de Goliath. Con un rugido gutural se puso en marcha y las cuchillas circulares empezaron a girar, escupiendo en el proceso chispas y jirones de carne. Las tiras de luz del techo volvieron a parpadear, oscuridad, luz, oscuridad. Y entonces se apagaron por completo.

Caí, y entonces comenzaron los alaridos.

Parpadeos de luz, efectos estroboscópicos, destellos; las luces lo convertían todo en un primitivo vídeo de uno de los antiguos zoótropos de Bhulvadt. Vi cómo el idiota de Krodden se elevaba en el aire empujado por una fuerza invisible que lo golpeó contra el techo hasta que, con un espantoso chasquido, se le partió el cuello. Rostros horriblemente rajados, como si cuatro cuchillos se hubieran clavado en ellos y luego hubieran sido salvajemente cortados hacia un lado con una fuerza demencial; sangre y dientes se esparcían por todas partes. Gargantas con heridas abiertas tan profundas que la espina dorsal podía verse desde el agujero pulsante. Una y otra vez, grandes marcas de cortes aparecían en la pálida carne savlar como si aquellas personas fueran arañadas por alguna bestia monstruosa e invisible.

Más imágenes súbitas, una serie de cuadros de luz estroboscópica. Me sentía como si me retuviera una espantosa parálisis. Lo único que podía hacer era contemplar aquello boquiabierta, tendida en el suelo y apoyada sobre los codos.

Destello.

Trajes de faena desgarrados, costillas arrancadas de cuajo de torsos abiertos.

Destello.

Bocas sin lengua llenas de sangre.

Destello.

Globos oculares explotando y rociando fluidos, arrancados de una máscara roja.

Destello.

Un cuerpo decapitado sacudiéndose con fútil desesperación hasta colisionar con una estantería repleta de enseres y desparramando ollas por doquier con gran estrépito.

Destello.

Arterias arrojando borbotones negros.

Una mano tatuada se estiró hacia mí desde arriba. Por instinto, la aparté de mí de un golpe y volvió a internarse en la oscuridad. Un momento después, vi el antebrazo brillando con fuerza, pero esta vez la mano había sido arrancada y había dejado un muñón chorreante. La sangre, caliente y apestosa, me salpicó la cara.

Sentí que algo me arañaba el hombro, cuatro franjas ardientes aparecieron bajo mi traje de faena y aullaron como un perro asustado. Después oí un chirrido por encima de mí. Sonaba como un estertor de la muerte y la voz de una mujer, cuyo tono destilaba tanto odio que mis huesos se tornaron agua.

«Mía».

Me revolví hacia atrás hasta que vi la débil luz que provenía de la entrada de la cocina. Guiada únicamente por el instinto animal, me arrastré a través de la melé y me golpeé la cabeza con el duro pilar de plástico de una mesa de cocina en mi desesperado intento por escapar de allí. Las luces de la cocina se habían apagado por completo, pero los gritos aún resonaban en mis oídos.

Dejé varias manchas de la sangre de los demás en el pasillo al alejarme gateando, conmocionada y torpe como una bestia de rebaño recién nacida. Al final conseguí ponerme en pie y corrí hasta que me derrumbé.

Durante las siguientes horas, deambulé apartándome de cualquier señal de movimiento sin importarme lo leve que fuera. No estaba en mis cabales y la cabeza me palpitaba a punto de estallar. Reboté contra paredes y puertas como un marinero borracho atrapado en las fauces de una tempestad. En algún lugar recóndito de mi mente sabía que iba dejando manchas de sangre tras de mí y que alguien del calibre de Trenard podría seguirlas muy fácilmente. Pero yo solo obedecía al más simple de los instintos animales.

Aléjate.

Por fin volví a sentirme entera en la sentina de la nave, abajo, junto a los calabozos, donde todo estaba tranquilo y en silencio. La cubierta disciplinaria era el último lugar adonde iba la gente y, ya que era una mujer buscada, me pareció sensato escaparme hasta allí. Creo que los savlar temían aquel lugar por superstición.

La masacre en la cocina había arruinado mi teoría sobre un asesino imperial que me persiguiera a mí y a los míos. Yo era la única de esa cocina que estaba relacionada con la muerte de Torne y, aparte de unos arañazos, había resultado ilesa. Aquí estaba pasando otra cosa. Dice mucho de los Perros Químicos que yo hubiera preferido arriesgarme con algún extraño fenómeno de la disformidad que ser encontrada por un puñado de savlar vengativos.

Tener a gente a mi lado tampoco habría ayudado, tratándose de apariciones. En cualquier caso, a mí se me había perdonado la vida. En aquella cocina, aquella terrorífica fuerza me había librado de convertirme en carne picada.

Temblaba de frío y de hambre. Un repentino vacío en las entrañas me recordó que hacía dos días que apenas había comido algo. Allí abajo no había comida, excepto tal vez alguna cucaracha o alguna rata polizón. No estaba segura de estar tan desesperada.

Vi mi reflejo en una pila de cobre bruñido, que formaba parte de la infraestructura de la nave. Aún llevaba el uniforme noctai de gala, todo sucio y manchado de sangre. Esa imagen mía me hizo volver un poco en mí; me hizo pensar como una persona inteligente en lugar de como un animal asustado.

Tenía que actuar, buscar la forma de devolver el golpe. ¿Y qué hacían los noctai cuando las cosas se ponían feas? Movían el culo y provocaban el cambio.

Me levanté temblando y dejé escapar un largo y entrecortado suspiro. No todo estaba perdido. Lo sucedido en la cocina podía deberse a un psíquico sin autorización entre los matones de Krodden, su mente podría haberse vuelto loca ante la perspectiva de una matanza en los confines cerrados de la disformidad. Los psíquicos salvajes eran malas noticias, todo el mundo lo sabía. Aunque solo se corrompiera uno de ellos, lo único que podía salvarte era el mismísimo Emperador.

Tal vez esa fuese la respuesta, pensé. Si se trataba de una amenaza sobrenatural (y los sucesos de la cocina habían dejado extremadamente claro que así era), debía buscarme algún tipo de defensa espiritual. No es que yo tuviese mucha fe, pero cuando uno se encuentra en las fauces de la tempestad, cualquier puerto es aceptable. A mi pesar, me encontré rezando por lo bajo. Tal vez eso fuera suficiente.

Consulté el reloj, el segundo de los dos cronocogitadores *vintage* que Bhulvadt nos dio a Torne y a mí en un extraño arrebato de generosidad. Faltaban dieciséis minutos para que terminara el servicio vespertino. Aún podía llegar a tiempo a la cubierta del Ministorum. Dadas mis broncas sobre la naturaleza de la religión imperial a lo largo de los años, a Trenard no se le ocurriría buscarme allí y los savlar evitaban el Culto Imperial como si los quemara.

Me estiré el uniforme lo mejor que pude, utilicé el dedo gordo lleno de saliva para limpiar las manchas de sangre más evidentes y me dirigí al trote hacia la cubierta del Ministorum.

Michail Gethsame era un cincuentón fofo y de ojos llorosos con una fea joroba y un caso severo de temblores. Llevaba sobrio tres meses, según la escapada noctai, y desde entonces tenía un humor de perros. Todos los años intentaba dejar la bebida, pero nunca lo conseguía. En seguida volvía a colgarse del aguardiente. Si te lo topabas el día menos apropiado, era una pesadilla por la resaca.

El caso era que el padre Gethsame, cuando tenía veinte años, se había roto la espalda en una refriega con un rebelde allí, en el golfo de Damocles. Hay quien dice que la cosa no acabó ahí. Él, ciertamente, nunca lo había contado, daba igual cuántos vasos de licor se hubiera bebido. La herida de guerra había hecho dos cosas: arrastrarlo a la bebida y que lo declararan no

apto para el servicio activo. Canalizó décadas de ira contenida y un régimen diario de dolor hacia la fe: la seguridad ferviente y agresiva de que los heréticos, los mutantes y los alienígenas debían ser castigados siempre que fuera posible.

Me acerqué a él después del oficio vespertino, asegurándome de mantener la cara oculta mientras los fieles salían.

—Saludos en nombre del Dios-Emperador, padre Gethsame —dije con suavidad a la vez que hacía una genuflexión ante el altar de Terrestine coronado con un trono.

El aroma del incienso me inundaba la nariz, resinoso pero tranquilizador de alguna manera, como el olor de la pipa favorita de un abuelo ante un fuego crepitante.

—Leana Vendersen —exclamó con una amplia sonrisa—. Qué alegría me da verte.

Creo que yo le recordaba a alguien a quien había conocido. De no ser así, no sé si habría sido tan amable conmigo.

—Lo mismo digo —repliqué, apenas sonriendo con la comisura de la boca.

—¿Me das un momento? —preguntó—. Tengo que despedir a unos fieles.

—Desde luego.

Se dirigió al otro extremo del templo e intercambió unas palabras con los últimos fieles de la congregación que merodeaban por la entrada. Cuando todos se fueron, cerró las puertas detrás de ellos y se acercó en mi dirección.

—Debes de estar con el agua al cuello para venir a presentar tus respetos al altar del Todopoderoso Emperador. Creía que vosotros dos no os llevabais bien.

—Es cierto que en el pasado tuvimos nuestras diferencias.

—Bueno, ahora estás aquí. ¿Cómo está yendo el tránsito?

Sacudí la cabeza y temblé, muy a mi pesar.

—Terrible.

—¿Tan mal? —se interesó, y frunció el ceño con genuina preocupación—. Eso que tienes en la chaqueta no será sangre, ¿verdad?

—¿Esto? —repuse—. No, es una mancha de cuando estuve en la ciudad de Oong Tem. No he tenido la ocasión de limpiarla todavía.

—Me han dicho que te has superado. ¿Tengo que llamarte comandante de campaña a partir de ahora?

Reí sin pizca de humor.

—Seguramente será por un día o dos. Si es que aguanto viva tanto tiempo.

—¿Qué quieres decir?

—Yo… Bueno…

—Puedes contármelo, vástago de la guerra.

En su rostro se había instalado una amable y comprensiva sonrisa cuando estiró hacia mí una mano regordeta. Temblaba perceptiblemente, y lucía unas feas manchas marrones de algún fallo hepático que destacaban sobre la piel surcada de venas.

—Creo que me persiguen, padre Gethsame.

De repente, su expresión se tornó sombría y grave.

—Te persiguen —repitió—. ¿Qué te persigue?

—No lo sé, pero… tengo la sensación de que no es cosa de la disformidad.

Se relajó, aunque solo un poco.

—Explícate.

—Es más personal que eso. Creo que puede ser alguien a quien maté en acto de servicio en Oong Tem. ¿Eso es posible?

—Podría ser, sí —me confirmó—. Especialmente si esa persona era un psíquico. En su alma puede que hubiera sentimientos que han permanecido tras su muerte.

—Eso, padre, no me consuela mucho.

En el rostro le asomó un gesto comprensivo.

—Entiendo que buscas respuestas sinceras. No te preocupes en exceso, Vendersen. Sea lo que sea ese fenómeno, te quitará el sueño durante unas noches, en especial durante el tránsito por la disformidad, pero dudo que pueda causarte mayor daño.

Me vinieron a la memoria imágenes de huesos rotos atravesando la piel, uñas invisibles abriendo gargantas en cuatro puntos a la vez y la gruesa nuca de Krodden partiéndose cuando estamparon su cabeza con fuerza contra el techo de la cocina.

—Bien —conseguí pronunciar al fin—. Pero ¿y si pudiera? ¿Un ritual de fe podría funcionar contra ello? ¿O el agua bendita?

—Quizá —concedió Gethsame.

Me evaluó con una dilatada mirada y, a cada segundo que pasaba, se mostraba más preocupado. Yo tenía la reputación de ser imperturbable, incluso entre los noctai. Verme tan visiblemente agitada era señal de que estaba diciendo la verdad y de que algo muy malo estaba sucediendo.

—¿Qué crees que te persigue, Leana?

—No sabría decirlo —contesté, con voz temblorosa—. No sabría decirlo.

Gethsame frunció los labios. Si había algo sobrenatural suelto por la nave, tenía implicaciones para todos nosotros. Aunque pudiéramos hacerle frente con fe y fuego, si se abría una investigación oficial, las autoridades podrían tenernos años en cuarentena. Incluso podrían borrarnos la mente a todos en masa y devolvernos a nuestras tareas como simples reclutas.

Tuve una súbita visión de Bhulvadt, de mí misma, de Groethe, del padre Gethsame y de Trenard, en la que permanecíamos de pie, hombro con hombro, en alguna zanja de cadáveres olvidada de la mano del Emperador, reducidos a simplones con apenas conocimiento para empuñar las pistolas láser de manera correcta mientras las bombas de artillería caían alrededor de nosotros y el enemigo cargaba vociferando para matarnos.

Y esa era una de las mejores alternativas.

—Mira, padre, necesito algo. Aquí estoy en peligro. Sea lo que sea lo que me persigue, y me quiere a mí en particular, necesito algo que pueda usar contra ello.

—¿Tiene aspecto… inhumano? —se aventuró a preguntar. Su lenguaje corporal clamaba a gritos: «Por favor, di que no».

—Es humano, más o menos. Con uñas largas. Muy largas. Creo que… puede que… flote.

Metí la mano en mi túnica, saqué el boceto de Doile y lo alisé encima del altar. No soportaba mirarlo.

—Bien —dijo, asintiendo—. Vale. Vaya, nunca había visto ni oído nada semejante.

—Pareces aliviado —comenté.

—En el empíreo hay cosas peores que los fantasmas de la disformidad —afirmó, y por su tono de voz se notaba que lo creía de verdad.

—No sé si te sigo.

—La disformidad —repitió. Miró a su alrededor para asegurarse de que no hubiera nadie más allí, a pesar de haber cerrado las puertas él mismo apenas hacía unos minutos—. No es como el espacio real. En mi orden, hay quien piensa que sus mareas y sus corrientes, su mismísima esencia, es un reflejo de nuestras emociones. A modo de metáfora, dicen, pero yo no estoy muy seguro. Cuando se agrupan emociones lo bastante fuertes, estas pueden… bueno, pueden fusionarse.

—¿Crees que esa cosa, ese fantasma de la disformidad, es el resultado de la fusión de las emociones?

—Espero que no, la verdad —respondió—. Podría ser el residuo de un alma atormentada, especialmente si esa alma ha sido tocada por la disformidad. Pero creo que su origen es humano. Existen otras entidades…, pero su forma es mucho más extraña que esta. Son formas que dañan la mente. —Una mano se desvió hacia un lado para coger algo que no existía, pero en seguida se percató del movimiento y la introdujo en las mangas—. Confía en mí, podría ser mucho peor.

—Fantástico —dije—. Es realmente fantástico.

—Puedo darte mi bendición, querida, si eso te ayuda.

—Bien. ¿Por qué no? Pero ¿cuáles son las oportunidades que tengo de salir de aquí con algo que pueda utilizar de verdad?

—Escasas —me confesó—. No puedo darte agua bendita ni por asomo. El mandato eclesiárquico deja muy claro que no se puede dispensar entre el rebaño, ni siquiera entre los oficiales. —Rebuscó una vez más debajo del altar, palmeó algo y después alzó ambas manos en un gesto de consagración—. Ahora, vamos con la bendición.

Levantando una ceja, extendí mis propias manos para recibirla. Y mira tú por dónde, la recibí.

Cuando Gethsame puso sus zarpas temblorosas y de piel floja sobre las mías, me deslizó un envase de cristal no mayor que un frasco de perfume y un objeto dorado con forma de maza diminuta. Un vial bendito y un hisopo, según creía recordar de mis estudios de alto gótico. Me llevé las manos al pecho, guardé los objetos en el bolsillo interior de la chaqueta e incliné la cabeza.

—De verdad me siento bendecida, padre —confesé—. Bendecida por tener una persona amable que cuida de mí.

—Solo tenías que pedirlo —dijo, mientras se levantaba para arreglar la tela del altar—. Saldremos del tránsito al espacio real en dos o tres días, según los últimos informes. Espero que puedas soportar tu carga hasta entonces. Cuando abandonemos la disformidad, estoy seguro de que todo eso acabará.

—Ojalá tengas razón.

Junté los pulgares por delante del pecho y abrí los dedos en abanico según la versión noctai del aquila imperial. La palma de la mano derecha frotó el vial de agua bendita que llevaba junto al corazón. Por primera vez en semanas, sentí algo parecido a la esperanza.

—Ah, padre Gethsame —exclamé cuando me giré para irme—. ¿Podrías prestarme un par de mantas de la sacristía?

Me miró con el ceño fruncido.

—De noche, mi cuarto se queda helado —articulé débilmente—. Helado como el maldito vacío.

Aquella noche me preparé un catre en los calabozos. Deduje que me meterían en una celda en cuanto Trenard me atrapara, así que ya podía ir acostumbrándome. Dormir en mi camarote quedaba totalmente descartado. Seguro que había un servocráneo vigilando o algún informante merodeando por allí con órdenes de contárselo todo a Trenard. Y también estarían vigilados mis asociados conocidos. Yuki, por ejemplo, habría recibido instrucciones estrictas de comunicarle a Bhulvadt si yo pasaba por allí, y ella era una fanática de las órdenes directas. Vix Denstadt me vendría bien durante un tiempo, pero incluso ella se doblegaría si la presionaban lo suficiente.

Mi aquila enjoyada me permitió el acceso a los pasillos interiores. Las ganas que sentía de tener un poco de espacio para pensar me inclinaron a escoger una celda construida para retener a un ogrete. Los zoquetes seudohumanos siempre eran visitantes frecuentes de los calabozos y los constructores de la *Consejo* habían aprovisionado la nave para que se pudiera encerrar a todo un escuadrón de esos zoquetes. Parecía un buen lugar en el que usar los pequeños regalos que me había dado el padre Gethsame sin que nadie me molestara.

Ya habría corrido el rumor sobre la masacre de la cocina y seguramente habría equipos buscándome. Pero la *Consejo Divino* era una nave grande, como mínimo de mil años de antigüedad, y contaba con muchos sitios donde esconderse. Tampoco había ogretes a bordo, así que no había posibilidades de que encontrasen por casualidad mi improvisado catre, aunque alguna infracción obligara a los guardias del vacío a bajar allí para arrojar a algún simio savlar a los calabozos.

Así pues, allí estaba yo, escondiéndome como un polizón cualquiera. Si podía resistir hasta que completáramos el tránsito, pensé, las cosas mejorarían mucho.

No obstante, con el tiempo, cuando el frío se me metió bajo la piel y las luces empezaron a disminuir para el ciclo nocturno, me dio por pensar que tal vez debía volver a subir al caos y dar la cara. Empecé a imaginarme que las sombras de la pared se estiraban para formar aquel horrible contorno de extremidades rotas, y cada leve soplo de aire o el zumbido de un insecto se transformaban en mis oídos en aquellos golpeteos y arañazos. Cerré los ojos con fuerza, sacudí la cabeza y me preparé para traicionar la convicción de toda una vida de que el Culto Imperial hacía más daño que bien.

Con los dientes apretados, cogí la hebilla de mi cinturón con el canto por delante y, con cuidado, desatornillé la gran litera de hierro de la pared. Estaba tan castigada de soportar el peso de algún transgresor ogrete de antaño que salió sin problemas haciendo un poco de palanca. Arrastré el pesado armatoste de muelles de hierro hasta el centro de la estancia, justo debajo del anillo de lumen que mantenía la celda con un mínimo de iluminación. Después saqué el vial de agua bendita y vertí una tercera parte, más o menos, en el hisopo con forma de maza.

Vamos allá, pensé.

Hojeé la sección de letanías del manoseado librito eclesiarcal que Gethsame me había dejado, encontré el ritual protector que recordaba de niña y lo recité lo mejor que pude. Mientras hablaba, fui lanzando gotas de la diminuta maza sobre el frío suelo de piedra. El líquido lo salpicaba todo, así que me arrodillé y lo utilicé para trazar un círculo de gotas alrededor de mi cama. Me costó casi cuarenta minutos conseguir envolver el enorme catre con un anillo completo, pero me pareció un tiempo bien empleado.

Una vez terminé el círculo, me senté con las piernas cruzadas sobre el catre, me envolví con las mantas y sostuve el librito eclesiarcal en un pequeño rodal de luz para entretenerme leyendo. Pasó otra hora; después, otra más. A veces leía el mismo párrafo tres veces, pero cuando llegué a un pasaje particularmente bueno de fuego y azufre, me distrajo un rato de pensar en otras cosas. Excepto por el ocasional rugido de aburrimiento o desesperación proveniente de las celdas normales del fondo del pasillo, y el leve rasgueo de una rata haciendo su ronda, nada me molestó, y a cada minuto que pasaba, estaba un poco más cerca de salir del tránsito al espacio real.

Tras dos horas más de esfuerzos por concentrarme en «alabad su nombre, blablablá» y «danos las fuerzas para pagar por otros mil años de opresión, blablablá», sentí que se me cerraban los párpados. Me tiré las dos mantas por encima y me tumbé, aunque seguí sujetando el libro para continuar leyendo y así evitar que mi mente divagara. Si yacía despierta, volvería a vivir la carnicería estroboscópica de la cocina o vería cómo se rompían ante mí las extremidades de Yakobsen. Después de intentar leer seis párrafos más, largos y en lenguaje arcaico, me quedé dormida.

Al menos, espero que así fuera.

En una duermevela, lentamente me percaté de que una de las sombras de un rincón temblaba y sobresalía hasta formar el contorno de un cuerpo caminando. Tenía unas uñas largas y finas, y las extremidades estaban rotas, con los huesos sobresaliendo de ellas. Espantosas protuberancias blancas emergían en ángulos que me hacían querer gritar.

La cosa se despegó de la pared y se solidificó de la nada cuando se acercó a mí. Mi mente aterrada recordó historias del regimiento sobre metamorfos aeldari, criaturas hechas de pura sombra que te secuestraban para llevarte al purgatorio infinito.

Y allí vino el espectro, erguido y espantoso, caminando de frente sobre las largas y curvadas uñas de los pies, que no deberían soportar su peso. Llevaba el rostro oculto, cubierto por un pelo negro lacio, sucio y lleno de tierra, como si acabara de arrastrarse fuera de su tumba.

La aparición hedía, emitía una rancia mezcolanza de descomposición y humo denso y resinoso que llenaba la celda y me provocaba arcadas. Una pierna se le descompuso y emitió chasquidos mientras se tambaleaba en mi

dirección; el hueso roto le sobresalía del muslo de donde salía un chorro de sangre podrida que salpicaba el suelo.

Yo temblaba de miedo, pero, aparte de eso, sentí mis extremidades inmóviles, clavadas donde estaban. Hablando apresuradamente, articulé con desatino una parte de la oración aegis y miré el círculo de agua bendita del suelo.

Una parte de mí esperaba que hiciera retroceder a la criatura. Otra quería que me matara rápido para que el dulce y negro olvido de la muerte se me llevara, para así no tener que volver a ver nunca esa cosa horrorosa.

La aparición saltó hacia delante. Una de las surrealistas uñas del pie tocó el círculo de agua bendita al estirarse hacia mí con sus garras curvadas y de aspecto frágil. Un halo de fuego blanco se materializó sobre su cabeza negra. No gritó, no retrocedió, no se pulverizó en una nube de ectoplasma. En lugar de eso, se enderezó en toda su altura y juntó las manos como si rezara. Aquel parpadeante halo le coronaba la negra cabellera y hacía que pareciera la retorcida y demente representación de un mártir. Después se desvaneció, una ilusión disipada por la luz de la razón.

Recuperé la total consciencia con un intenso sofoco, desesperada por hacer pis. Miré a mi alrededor, respirando con fuerza, pero no había señal alguna del visitante. La celda estaba vacía, gracias al Trono. Todas las sombras eran rectas, predecibles y estaban en su lugar. Pero el recuerdo perduraba y en el fondo de la garganta tenía un regusto a humo y tierra, como si me hubiera tragado un montón de hojas medio quemadas.

Creo que emití un extraño sonido lastimero y, después, uno más primario, de puro miedo. Me mordí el pulgar mientras me balanceaba atrás y adelante con las mantas arrebujadas hasta el cuello. La vejiga me iba a estallar, pero de ninguna manera iba a salir del catre para usar la palangana que había en una esquina de la celda. No antes del amanecer.

Por lo menos aquella cosa se había ido. El mal trago había pasado. Me convencí de que había sufrido una pesadilla de la disformidad, y una muy vívida, pero nada más.

Después vi unas pequeñas manchas negras en el suelo, justo donde la pierna de aquella cosa había salpicado sangre podrida de cadáver.

Lloré un poco entonces, pues el más puro terror había acabado con mi endeble autocontrol. Vosotros habríais hecho lo mismo si hubierais vivido la misma terrible experiencia. Trono, si supierais la mitad de las cosas que

me pasaron por la mente… Si esa cosa era lo bastante real como para dejar manchas de sangre negra, también lo era para hacerme daño. Para matarme. Romperme las extremidades, partírmelas una a una, en cuanto bajase la guardia. Dejar que me desangrara mientras me ahogaba en un mar de locura y dolor.

Debí de quedarme mirando las negras manchas de sangre durante una hora entera, yaciendo en un charco de mi propio sudor generado por el estrés, con la vejiga poniendo el grito en el cielo, sollozando y meciéndome como una lunática. Tenía los ojos tan abiertos como los de Vernid; no me atrevía a cerrarlos ni por un instante.

El sueño no vendría a mi encuentro. Ahora no. Ni nunca.

El falso amanecer llegó al fin y los lúmenes del pasillo brillaron con más intensidad para confirmar que el ciclo diurno había comenzado. Hora de ponerse a trabajar, decían. Hora de comer, hora de entrenar. A no ser que te estuvieras escondiendo en los calabozos, claro está. A no ser que fueras una fugitiva.

Me despegué del catre y usé la palangana de la esquina como letrina, momento en el que mi cuerpo me envió una ola de alivio desde la vejiga hacia arriba. Después me vestí y caminé con paso vacilante hacia la puerta.

Se me ocurrió algo justo cuando iba a salir. Saqué el pergamino y el plumín que había cogido del santuario de Gethsame, me dirigí trastabillando hacia la pared opuesta y empecé a escribir.

Puede que tan solo me quedara una oportunidad y no iba a dejar que pasara otra noche sin aprovecharla.

Era media mañana y los pasillos estaban silenciosos. Los que no estaban entrenando estarían seguramente en alguno de los oficios himnarios recomendados durante el tránsito por la disformidad, o quizá yaciendo en sus catres, durmiendo sumidos en la confusión que creaban las pastillas para el tránsito que compraban en el mercado negro de Enoch.

Tenía buenas probabilidades de cumplir con los objetivos que me había fijado y regresar después a los calabozos sin que me descubrieran. Una parte de mí, una voz interior, no paraba de decirme que lo que estaba haciendo era una locura. Tal vez tuviera razón, dadas las pesadillas del ciclo

nocturno. Puede que en mi interior quisiera que me atraparan y que acabaran con mi miseria.

Los noctai somos maestros del sigilo, especialmente aquellos de nosotros que hemos crecido en los muelles. Dejé mis botas en el calabozo, guardadas bajo el catre, para poder moverme en silencio mientras me desplazaba por la nave. Saber cómo ir a hurtadillas puede marcar la diferencia entre prosperar en la banda y recibir una puñalada del miembro de una banda rival en la nuca cuando te crees que estás siendo silencioso como una serpiente.

También ejercitas el oído. Lo bastante como para oír unas pisadas de botas militares acercándose por el pasillo de al lado a tiempo para escapar y tomar una ruta alternativa. En los diez minutos anteriores tuve que hacer esto mismo tres veces y, con la cantidad de desvíos que había tomado, apenas había podido recorrer un kilómetro de la nave. Pero en mi situación, tenía pocas alternativas.

Al final conseguí llegar al pequeño vestíbulo que llevaba a los pasillos de los oficiales y al territorio familiar que se extendía más allá. Gracias a las estrellas, la puerta todavía estaba abierta. Saqué con rapidez la cabeza por la jamba, eché un vistazo y la escondí de nuevo.

Tal como me temía, en el exterior de mi alcoba había dos guardias del vacío armados. Sin duda, Trenard ya había entrado en él y había examinado todas mis pertenencias. Seguramente había encontrado mi uniforme savlar y todas las pequeñas comodidades que había mangado o que Enoch me había suministrado a lo largo de los años.

Cómo añoraba ahora un buen baño con agua caliente y una muda de ropa limpia. Olía mal, y no solo de la noche pasada. Estaba convencida de que, llegado el caso, yo sola podría con los dos centinelas, pero no había forma de entrar sin hacer saltar las alarmas. El baño podía esperar.

Me encaminé de vuelta hacia las profundidades de la nave, maldiciéndome por mi estupidez al querer ir a mi cuarto. Debía hacerlo mejor. Debía pensar, dejar que la antigua Leana saliera a la superficie y me sacara de la trampa infernal que se estaba cerrando a mi alrededor.

No me costó mucho encontrar un servocráneo, una de las refinadas calaveras con cableado cibernético que se construían para hacer de servidores a partir de los restos de los leales sirvientes imperiales. Era una cosa de aspecto extraño que zumbaba según avanzaba por el pasillo para

cumplir con el recado que le habían encomendado, como si un cráneo flotante fuese la cosa más normal del mundo. Nunca los hubo en Noctas o, si existían, había estado demasiado abajo en el escalafón como para ver una de esas horribles cosas.

Sostenida a la altura de los hombros por primitivos motores antigravedad, el servocráneo poseía un largo implante articulado de metal, similar a una extremidad, y una pistola de jeringa suspendida con varios cartuchos intercambiables. En una de sus cuencas oculares vacías había una óptica telescópica que zumbó y emitió unos chasquidos cuando se centró en mí. Al registrar los galones de mi rango sobre el apestoso uniforme que llevaba, se inclinó en un gesto automático de respeto.

Fue entonces cuando le propiné un puñetazo a aquella cosa flotante. Rebotó contra la pared y encadené una fuerte patada que la envió hasta el mamparo contrario, donde chocó con un fuerte crujido. El cráneo emitió un agudo chirrido de protesta cuando lo cogí con las manos, el lumen rojo de su ojo telescópico resplandecía. La jeringa entraba y salía con frenética agilidad, recordándome a los escorpiones de color pardo de Noctas a los que obligábamos a clavarse a sí mismos el aguijón cuando los atrapábamos en un anillo de fuego.

La calavera emitió un sonoro zumbido mecánico y se sumió en el silencio. Por extraño que parezca, su sistema antigravedad seguía funcionando bien y, cuando la solté, se quedó colgada en el aire, como una macabra boya a la deriva en un mar invisible.

Perfecto. Saqué el pergamino enrollado, me incliné bajo el cráneo y lo introduje a través su cavidad bucal hacia el interior del cerebro. Coloqué el pequeño cilindro bien adentro, en la parte de la calavera donde no había cables ni circuitos antigravitatorios.

En ese momento, oí dos juegos de pisadas que provenían del otro extremo del pasillo. Volví descalza por donde había venido, tan silenciosa y sutil que ni siquiera las cucarachas con las que me crucé se espantaron, pues apenas movieron las antenas cuando pasé por delante de ellas, y me escondí al girar la esquina.

—Oye —me llegó una voz desde el pasillo—. Dorghen, mira este pequeño flotante. Parece estar roto. ¿Crees que deberíamos decírselo a una de esas cabezas cogitadoras?

—Supongo que sí —fue la respuesta—. Si los distraes con esto, veré si puedo hacerme con algún botín.

Había esperanza, pues. Había esperanza.

Transcurrieron ocho horas antes de recibir una respuesta. Ocho horas encerrada en ese maldito calabozo con la única compañía del librito eclesiarcal y el rugido de mi estómago, que se quejaba de la poca comida que le había dado últimamente. Empecé a leer el librito en voz alta solo para escuchar una voz humana. Probé con el tono profundo de Gethsame, después con el deje refinado de Trenard, más tarde con el gemido sibilino y tosco de Groethe. De joven se me daba muy bien la imitación y se ve que no había perdido la habilidad. Me mantuvo entretenida un rato. Y no pensar demasiado en los sucesos de la noche anterior me ayudó a evitar escurrirme de mi propia piel por la ansiedad y el miedo.

Sobre la hora de comer me dediqué a la pesada tarea de rehacer el círculo ritual alrededor del catre, tratando de no pensar en la espantosa cosa con halo que había venido a por mí mientras lo hacía. El agua bendita había funcionado, creo. Es decir, debía de haber funcionado. Todavía seguía viva y aquella cosa de pesadilla se había desvanecido al entrar en contacto con el círculo. Así que, hasta cierto punto, había sido efectiva. Y si Yuki hacía lo que fuera necesario por mí, lo que tenía en mente para esa noche seguramente funcionaría aún mejor.

Después de que transcurriera buena parte del día, oí un débil chirrido apenas audible que poco a poco fue aumentando de volumen. Un cráneo bruñido apareció flotando, ante cuya visión me asusté un poco al principio, a pesar de que, en cierto modo, esperaba que llegara. Poseía dos brazos maniobrables con pinzas que sostenían un paquete envuelto en papel marrón.

Me levanté del catre. La lente del ojo de la calavera chirrió cuando se centró en mi figura, la comprobó siguiendo alguna orden programada y, a continuación, se acercó a mí para ofrecerme el paquete. Me acerqué y lo cogí, esperando que contuviera como mínimo una pistola.

Con sumo cuidado, desenganché el paquete de las pinzas del servocráneo (el monstruito no parecía querer separarse de él al principio) y

lo abrí para encontrarme una muda de traje de faena savlar, dos litros de agua clara en petacas selladas y una ración de rebanadas de proteínas.

—Gracias, Yuki —dije.

Me deshice de mi uniforme sucio y apestoso empapado en sudor y, acto seguido, me puse la ropa limpia y me bebí el agua de un trago. Las proteínas tampoco me duraron mucho. Me comí hasta la última migaja, incluso las que se me habían caído en el frío y duro suelo. Me supieron más a cenizas que a carne, pero en aquel momento me parecieron deliciosas. Después de esto, me sentí algo más humana. El dolor que sentía en el estómago remitió un poco.

Estiré las extremidades e hice un poco de ejercicio. Me percaté de cierta ondulación en uno de los bolsillos del pecho del uniforme. Rebusqué en él y encontré un pergamino escrito en una letra diminuta, aunque increíblemente nítida.

INICIO DEL MENSAJE

Egrond Groethe, especialista en armamento, visto en subsección Omeg-11-4 Enginarium – reticente al encuentro propuesto / Signos de evidente disfunción cerebral / Solicitud secundaria en consideración.

FIN DEL MENSAJE

—Solicitud secundaria en consideración —repetí, y cerré los ojos un momento.

Cuatro sencillas palabras que seguramente suponían la diferencia entre la vida y la muerte. ¿Qué otra elección tenía?

Metí la copia del librito en el cinturón y me dirigí al exterior.

Se estaba haciendo tarde cuando por fin encontré a Groethe, la única persona en todo el grupo militar que posiblemente podía entender lo que me estaba pasando. Más que eso, lo más probable es que fuese el único que me diera la bienvenida con algo que no fuera el ridículo o la desaprobación fatal.

Lo encontré en el enginarium, sentado en un oscuro rincón, vestido solo con una faja. Estaba mordiendo algo largo, rojo y fibroso, algún tipo de

carne recuperada, por el aspecto que tenía. Varios tatuajes de serpientes y arañas, todas envueltas con llamas estilizadas, le cubrían todo el cuerpo, le envolvían las extremidades y formaban patrones elegantes por el torso.

A lo largo del pasillo del otro extremo de la sala, unos servidores de ojos blancos transportaban cubos metálicos llenos de bloques de incienso y varillas de combustible a las cámaras principales de propulsión. Los muy estúpidos ni siquiera me miraron, sino que siguieron con lo suyo. Tal vez por eso Groethe había fijado su residencia aquí. Escondido a plena vista.

—Leana Vendersen —articuló el savlar con la boca llena de sangre y huesos. Se limpió la sangre de los labios, profirió una risita chillona y después se golpeó el lateral de la cabeza con la palma de la mano—. ¡Es Leana Vendersen!

—Sí, soy yo —confirmé—. He venido a sacarnos de esta.

—Yo también tengo un plan —me confió. Con los nudillos golpeó un tanque de promethium que había a su derecha, en el que había apoyado un rudimentario lanzallamas—. ¡Que arda la bruja!

Se rio de nuevo, un sonido impregnado de locura y desesperación.

—No creo que sea muy buena idea aquí abajo —dije.

—Cuanto más fuego haya, más probabilidades tendré de acabar con ella. Este lugar explotará, que no te quepa duda.

—Y tú arderás con él.

—No le tengo miedo al fuego. Él me limpiará. —Los ojos le brillaron de forma extraña en la penumbra—. Las llamas me limpiarán.

—Las llamas te matarán, Groethe —repliqué—. Y si alcanzan los motores, podrían matarnos a todos los demás.

Se encogió de hombros y abrió los ojos de par en par, como diciendo «¿qué más me da?».

—Tiene que haber otra manera —razoné—. Mira, conozco un lugar donde podemos escondernos. Es incluso más seguro que este. Allí hay… Hice un círculo con agua bendita alrededor de mi catre, como un círculo ritual. Creo que eso la mantiene a raya.

—No existe nada que la mantenga a raya.

—Confía en mí. Vino a por mí anoche. Y sigo aquí, ¿verdad?

—Entonces no era la misma cosa.

Metí la mano en mi uniforme, saqué el dibujo de Doile y se lo enseñé. Se revolvió hacia detrás, su rostro había perdido el color.

—Apártalo de mí —dijo medio suplicando—. No quiero verlo.

Doblé el boceto al carboncillo una vez más y lo guardé. Eso pareció tranquilizar un poco a Groethe.

—Te está dejando para el final —sentenció. Sonrió de una forma horrible, con los pequeños dientes afilados aún manchados de sangre—. Por eso sigues viva todavía.

Entonces sentí un cosquilleo en la columna vertebral. Unos dedos de gélido terror subieron jugueteando por mis vértebras hasta llegar a la nuca. Tenía razón, y una parte de mí lo sabía.

—Las balas no sirven de nada —afirmó—. Las espadas no sirven de nada. Ni siquiera esa agua bendita tuya, no, señoritinga, tampoco servirá. No existe nada que pueda con ella. Pero el fuego… —Volvió a golpear el tanque—. El fuego siempre sirve. La devolveré a la disformidad envuelta en llamas.

Hice una mueca. Una parte de mí quería creer lo que decía sobre el fuego. Las Adepta Sororitas utilizaban los lanzallamas como parte de la santa trinidad de armas y se enfrentaban a las amenazas más diabólicas del Imperio. Puede que tuviera algo de razón.

—Vale, bien. —Le tendí una mano—. Combatiremos la gélida tumba con los fuegos de la guerra. Requisaré un lanzallamas o lo robaré, no lo sé. Espalda contra espalda nos cubriremos entre nosotros y mantendremos a raya todo lo que se mueva.

—Sí, ahora ya lo vas entendiendo —dijo—. El fuego lo arregla todo.

Su sonrisa era como una herida abierta. Me tomó la mano y permitió que lo ayudara a levantarse.

Entonces abrió los ojos como platos y el antebrazo se le rompió justo ante mis ojos con un chasquido gelatinoso. Un fragmento de hueso cubierto de rojo sobresalió apenas a diez centímetros de mi barbilla. Retrocedí con rapidez y él me chilló a la cara.

—No —conseguí articular. Lo cogí por el hombro y tiré de él, arrastrándolo tras de mí—. ¡Retrocede! ¡Corre!

Se alejó revolviéndose, después se echó a un lado apretándose el brazo roto contra el pecho. Levantó el lanzallamas, le quitó el pestillo de seguridad y arrojó una llamarada de ardiente fuego de promethium hacia algo que yo no podía ver.

Demasiado cerca. Sentí que el fuego me besaba la piel. El inconfundible olor a pelo chamuscado me llenó la nariz mientras me tambaleaba hacia atrás.

—¡Arde! —gritó Groethe, mirando fijamente el aire mientras proyectaba otra ensordecedora llamarada—. ¡Arde, abominación infernal!

Las llamas lamieron las paredes, cambiando del azul al naranja a medida que ascendían. El calor era insoportable. Los cláxones rugían desde todos los rincones de la estancia y los servidores se movían atropelladamente con recipientes llenos de agua sucia, siguiendo los protocolos de emergencia antiincendios.

Volví a mirar a Groethe, que gritaba y esgrimía el lanzallamas a su alrededor formando un arco abrasador. Caí al suelo, y las llamas formaron grandes cascadas por encima de mi cabeza. Groethe trastabilló y cayó hacia atrás, desesperado por atrapar a aquella aparición invisible con sus llamas. Deslizándome de espaldas lo mejor que pude, vi cómo caía de lado como si un bullgryn lo hubiese embestido. Se estrelló contra una de las paredes que estaban ardiendo y la llama líquida se extendió por su hombro y su nuca. Se le quemó la carne, sobre la que se formaron ampollas y costras chamuscadas, y la bodega se llenó del olor de carne humana quemada. No era la primera vez que la olía, y al hacerlo las entrañas se me revolvieron con una potente mezcla de hambre y repulsión.

Groethe gritaba y levantaba el brazo herido intentando repeler algo. Los dedos se le retorcieron en distintas direcciones, crujiendo como leña al fuego. Uno, dos, tres dedos sobresalieron y se doblaron dos veces sobre sí mismos, rompiéndose con una horrible serie de chasquidos hasta formar pequeñas espirales inacabadas. Los gritos del hombre incrementaron su intensidad. La sangre empezó a gotear de las puntas protuberantes del radio y el cúbito.

Me estremecí entera, me tambaleé hacia atrás, pero no pude dejar de mirar. Groethe estaba siendo levantado del suelo por una fuerza invisible. La pierna izquierda se le dobló hacia un lado, sacudiéndose con movimientos espasmódicos como si estuviera atrapada entre las fauces de un cocodrilo. Después se partió por el muslo con un crujido similar a la réplica de un rifle. Dos mástiles abruptos de hueso atravesaron su uniforme, cada uno rodeado de sangre roja y brillante. El olor que emanaba se filtró a

través de mi reinhalador y se mezcló con el hedor del promethium y la carne quemada, lo cual me provocó arcadas de horror y repugnancia.

La otra pierna de Groethe se dobló repentinamente contra el pecho, como si hubiese dado una patada muy alta. Luego se giró hacia un lado y se partió por la mitad, la rótula y el cartílago reventaron y la parte inferior de la pierna quedó colgando, sujeta solo por un pedazo de piel tatuada. Un momento después, el brazo indemne, con el dedo todavía apretado contra el gatillo del lanzallamas, se partió como una rama seca, el hueso le sobresalió por la parte trasera del codo y le abrió un profundo tajo en la mejilla.

El fuego rugía a mi alrededor, las llamas resplandecientes ocultaban a Groethe de mi vista mientras él seguía gritando sin parar. Mis pies, todavía descalzos en pro del sigilo, sintieron los lametazos de una lengua de fuego. Salté hacia atrás soltando un aullido, pero aun así no pude evitar seguir mirando al savlar que estaba siendo despedazado ante mí.

Sentí cómo el aire caliente me llenaba los pulmones. De pronto, se rompió el hechizo. El enginarium estaba en llamas, de un color naranja titilante similar a una primitiva idea de purgatorio. El hedor de la carne humana quemada era sofocante. Si no salía de ahí, moriría asfixiada… o, si el cilindro de promethium de Groethe me alcanzaba, la explosión me destrozaría.

Me puse de pie de un salto y regresé corriendo por donde había venido, esquivando de un salto un charco de fuego líquido antes de agazaparme detrás de la carga de un servidor y chocar después con la pared que se alzaba tras él. Me controlaba un terror primario, y con los pies descalzos pisaba el basto metal de las rejillas de la cubierta de motores. Las plantas se me estaban despellejando, pero yo no sentía nada. Cada fibra de mi ser me gritaba que me alejara de allí.

Los gritos de Groethe aún sonaban con fuerza a mi espalda mientras se quemaba vivo, demasiado roto para escapar de sus propias llamas.

Recorrí el camino de regreso a mi gran celda sin que me viera nadie. Supongo que las tropas estaban ocupadas siguiendo los protocolos de incendio durante el tránsito. Dado que los cláxones habían cesado, seguramente los tecnosacerdotes habían acudido para reforzar a los servidores y juntos habían controlado el fuego.

Con los pies en tan mal estado, lo más probable es que hubiese ido dejando huellas sangrientas en dirección al calabozo. En aquel punto, me sentía insensible ante la idea de que los guardias del vacío vinieran a por mí. Casi me vendría bien la compañía. Tras los últimos enfrentamientos, morir a palos me parecía preferible a lo que me esperaba.

Pero era demasiado obstinada para rendirme. Siempre lo he sido. Así es como ascendí en el escalafón militar, aunque tuviera que trepar por encima de los cadáveres de quienes había traicionado para llegar allí.

Cuando oí el golpeteo de unas pisadas aproximándose desde el final del pasillo, rítmico y metódico, me palpitó el corazón con un feroz entusiasmo. Demasiado lento y pesado para ser hombres del vacío.

—Sí —dije—. Sí. Ahora vas a ver lo que es bueno. Ahora lo verás.

—¿Me hablas a mí, Leana Vendersen, comandante de campaña de primera clase?

—¡Yuki! Eres tú, gracias al Emperador.

Me atreví a salir de la celda con cierto alivio. Allí estaba mi pequeña visioingeniera con su túnica de tecnosacerdote rojo oscuro. Iba flanqueada por cuatro pesados servidores. Les habían extirpado quirúrgicamente los brazos izquierdos y los habían reemplazado por enormes bólters pesados. Juntos tenían la suficiente potencia de fuego para exterminar a una horda de grox en estampida.

—¡Los has traído!

—Solo con el acuerdo de que podré grabar la captura de un fantasma de la disformidad de clase alfa en las próximas dieciséis horas.

—¡Ah, tendrás tu grabación! —le confirmé—. Coloca a cada servidor en uno de los puntos cardinales de este círculo, por favor.

No me preguntó por qué. Sencillamente lo hizo. Por el Trono, cómo quería a esa mujer.

Los servidores de armamento se acomodaron en sus puestos siguiendo las órdenes electrónicas de Yuki. Sus expresiones boquiabiertas me recordaron a las víctimas comatosas de una conmoción por proyectil, pero tenían los ojos biónicos en constante movimiento, chirriando y recalibrando según cubrían su respectivo cuadrante de la celda. Yuki estuvo calculando su orientación exacta, cantando himnos de electroajuste mientras hacía los retoques finales.

—Cuadrantes cubiertos con un tres coma cinco por ciento de solapamiento —confirmó—. Por precaución, en caso de turbulencias.

—¿Y la munición? —pregunté, sentándome en el catre y doblando las piernas por debajo de mí—. ¿La tienes?

—Sí —contestó.

Abrió un hondo bolsillo de su túnica hessiana, sacó un estuche de munición y, con sumo cuidado, colocó dos docenas de proyectiles de bólter a los pies del catre. Cada uno tenía el grosor de mi antebrazo, un pequeño proyectil de artillería con una inscripción de letras diminutas. Cogí uno. El texto había sido grabado con gran meticulosidad por los hábiles dedos de Yuki: sanctus imperiales dominatus. La visioingeniera emitió un zumbido de desaprobación, y lo volví a dejar en su sitio. Lo movió ligeramente a la izquierda y continuó con su trabajo.

Mientras colocaba los proyectiles de bólter, saqué el hisopo y vertí un poco de agua bendita sobre la punta de cada uno. El líquido fluyó como diminutos arroyos hasta rellenar las palabras de fe que Yuki había grabado en ellos.

—Vi esto una vez en Herodd —comenté—. En aquella época me pareció ridículo. Ahora no estoy tan segura.

—Hay que respetar los rituales —explicó Yuki como lo haría a un bobalicón—. Si no, ¿cómo se iban a calmar los espíritus máquina?

—Es cierto —concedí.

Nunca había comprendido en realidad el sacerdocio de Marte. Sus servidores indiferentes y de ojos muertos siempre me habían intimidado, con su incuestionable obediencia y su carne fofa y pálida. Sin embargo, mientras los tecnosacerdotes mantuvieran la amplia máquina de guerra en buen funcionamiento y su devoción a su extraño culto nos diera una fiable potencia de fuego, ninguno de los noctai nos preocupábamos mucho por cómo lo hacían.

—Estas cosas pueden ver en varios espectros diferentes, ¿vale? Sus ojos se parecen mucho a los tuyos. Han sido actualizados para percibir los espectros infrarrojo y electromagnético, así como las perturbaciones autopsíquicas, dado que su conexión neural no está cortada. Es una extrapolación de mi propio soporte biológico con implantes augméticos.

Asentí sabiamente como si hubiese comprendido cada palabra.

—Te recuerdo la importancia de que este hecho sea extraoficial —me informó Yuki—. Esta biónica tan avanzada no es un asunto estándar para el rango de visioingeniero, ni siquiera para sus servidores.

—Por supuesto —dije—. Solo lo mencionaba porque ella… porque la entidad de la disformidad puede no ser percibida por las longitudes de onda estándares. Tendrás que escanear a través de los filtros para encontrar la perla.

—Yo no estaré presente durante la investigación.

—Ah, ¿no?

—No, comandante de campaña. No deseo convertirme en el sujeto de un borrado mental en el caso de sufrir un fenómeno empírico a gran escala. Eso afectaría de manera negativa a mis probabilidades de progresar en el Culto Mechanicus.

—Borrado mental. Estupendo.

—En el extremadamente poco probable caso de que sobrevivas a una manifestación de la disformidad, y por ello seas modificada para convertirte en servidor, haré todo cuanto pueda para que seas aceitada con regularidad.

Asentí sintiéndome como si el corazón se me hubiera caído de repente al regazo.

—Bien. Gracias, Yuki.

—Las unidades Gamma-Ferenth, Beta-Nonagon, Mu-ZendaTrenn y Octoss-VII-Endi te harán compañía. —Metió uno a uno los proyectiles bendecidos en los cargadores de los bólters pesados de los servidores—. Los he programado según tus patrones vocales durante el transcurso de nuestra conversación de los últimos doce coma dos minutos y te he dado autoridad para marcar el objetivo, pero no para reposicionarlo. No tengo duda de que serán unos conversadores animados. Incluso te cantarán a cuatro voces. Fin de la falacia.

Así era ella, mi vieja amiga detrás de su fachada de hiperacero. Nadie es tan inexpresivo como un tecnosacerdote contando un chiste.

—Gracias por todo, Yuki. No sé expresarte lo mucho que significa para mí.

—Todo conocimiento es poder —explicó—. Si puedo añadir datos importantes sobre la crisis de la disformidad a los informes de mi orden, mi contribución no pasará desapercibida.

Me miró fijamente con su ojo verde, el único que aún se reconocía como humano, y se acercó a mí.

—Además, me caes bien.

Sacó un traje ambiental plegado de dentro de su pesada túnica, lo dejó sobre el catre y me indicó que extendiera las manos. Hice lo que me pedía y, acto seguido, me colocó con cuidado un par de tapones de cera en las palmas de las manos. Eran del tipo que usaban los visioingenieros en las instalaciones de prueba de armamento. Puso encima el pictógrafo del personal plegado que yo había solicitado y dejó una petaca sellada con líquido sobre el catre.

Después, hizo la señal del engranaje sagrado, se dio la vuelta y se fue sin decir nada más.

Transcurrieron dos horas más con gran desgana. Desenrosqué la tapa de la petaca que Yuki me había dado, esperando que fuera más agua, y descubrí algo mejor, licor noctai de aroma dulce. Si conseguía sobrevivir a esta noche y de alguna manera superaba todo aquello, se lo devolvería por triplicado.

Los bultos antinaturales de los servidores de combate me parecían sobrecogedores después de haber pasado tanto tiempo sola en la celda. Me inquietaban, sobre todo cuando miraba con atención la carne inflamada y arrugada que rodeaba sus implantes biónicos. Me alegraba que mirasen hacia el exterior, para ser sincera, porque encontrarme con sus miradas me habría puesto realmente incómoda. Vaya destino, convertirse en una de esas cosas, siempre al servicio del Adeptus Mechanicus que te había transformado en una de ellas. Me ayudaba un poco considerarlos armas, como mis armas para la batalla.

Con el paso del tiempo me acostumbré a ellos. La pesada musculatura de los servidores y el olor a armas recién aceitadas me proporcionaba, al menos, cierta sensación de seguridad. Cualquier cosa que viniera a por mí sería recibida por un estruendoso bombardeo de explosivos, salvas explosivas bañadas en agua bendita. Sabía que existía la posibilidad de que la combinación de bendiciones sagradas y potencia de fuego de combate no funcionase contra esa aparición maldita del Emperador. Pero, a esas alturas, era lo mejor que podía esperar.

Me vestí con el traje de ambiente hostil que Yuki me había dejado, preguntándome qué razón podría ella tener para entregarme algo así hasta que me di cuenta de que el torso estaba cosido con tejido antiaéreo. Estaba preparado para protegerme contra la metralla de mi propio fuego más que para servir de escudo contra cualquier otra cosa.

Me envolví con las mantas, más por ritual que por otra razón, y esperé. Los arañazos que tenía en la pantorrilla y el hombro me abrasaban. Vertí un poco de agua bendita sobre ellos y la sensación remitió.

Poco después oí unos sonidos en el pasillo. Tap, tap, tap, ras. Tap, tap, tap, ras.

Traté de sacármelos de la mente, concentrándome en los versos del librito eclesiarcal que me parecían más apropiados para un exorcismo improvisado, pero no aminoraron mucho. Solo lo justo para hacerme creer que se habían detenido, y que después volverían a avanzar. Fui poniéndome de los nervios poco a poco, hasta el punto de hacer una estupidez.

—¡Sal ya! —grité—. ¡Sal y veremos lo lista que eres!

Escuché con atención. Esta vez oí el sonido de unas pisadas. Muchas, moviéndose a toda prisa. Invadida por una repentina sensación de miedo, reconocí las pisadas de los guardias del vacío, acompañadas por los chasquidos de los tacones propios de los uniformes de gala.

—Descansad —dije con calma.

Mis cíborgs guardianes se desplomaron y apuntaron los bólters en diagonal hacia abajo con un chirrido de sus servomotores. Yo estaba sentada en el catre con mi bólter en alto y el librito eclesiarcal en la mano, y me puse a leer como si no tuviera nada de lo que preocuparme.

Uno de los guardias se acercó a un lado de mi celda. Le lancé una mirada. Era un almidonado impertinente uniformado con un mostacho blanco y un arma láser con grabados de latón que apuntaba directamente hacia mí.

—La he encontrado, primer ayudante —anunció, con el acento impecable de un ser nacido y criado en la marina.

Otros dos guardias del vacío aparecieron detrás de él. Uno era un hombre alto con gafas de infrarrojos, y el otro era una mujer con la cabeza afeitada y labio leporino.

—En el nombre del Trono, ¿qué son esas cosas? —me preguntó.

—Servidores de armamento, guardia del vacío Xandt —contesté. Lo sorprendió que supiera su nombre, aunque lo llevaba escrito en su elegante hombrera trenzada de oro—. Me los han prestado los tecnosacerdotes y, hasta que este caos judicial concluya de forma satisfactoria para mí, se quedarán donde están.

Mi tono, combinado con los cuatro pesados servidores de combate, le quitó de golpe la fanfarronería a Xandt. Miró de lado a alguien que estaba en el pasillo, y después caminó hasta situarse delante de la celda, con sus compañeros tras él.

Trenard tomó su puesto poco después con su impecable uniforme, excepto por dos medias lunas oscuras bajo los brazos. También cargaba con un arma láser ornamentada. La bajó solo un poco cuando vio que mis servidores estaban inactivos y que yo no tenía nada peligroso en las manos, solo una petaca de agua y un libro.

—Cuentas con muchos recursos, comandante de campaña Vendersen —me dijo.

—¡No la llames así! —fue el rugido atronador que llegó desde el pasillo. Era una voz colmada de un regocijo depredador que ciertos hombres asumen para desfogar su ira. Yo la conocía demasiado bien.

Bhulvadt apareció por la esquina, con su hinchada y calva cabeza roja desde la barbilla hasta la coronilla.

—Ella no forma parte de la Guardia Imperial, Trenard. Ya no.

—Yo no sé nada de eso —repliqué—. Creo que, al menos, tengo hasta el falso anochecer.

—Te presentarás ante una corte marcial antes de que acabe la noche —sentenció Bhulvadt, con los ojos abiertos en aquella jadeante y sudorosa cara—. Idearé un castigo adecuado por el asesinato de Torne y esos savlar, puedes estar segura.

Bostecé.

—Te vendría bien pasar menos tiempo pensando en castigos y más haciendo ejercicio —repuse—. Yo no he asesinado a nadie, excepto a unos cuantos cientos de enemigos del Imperio. Aun así, estoy convencida de que has encontrado pruebas suficientes para saciar tu sed de sangre.

—Las huellas que llegaban hasta aquí desde el enginarium bastarían —intervino Trenard—. Pero tengo preparado un dosier por si hacen falta más.

—El soldado raso Groethe está muerto, y sabemos que fuiste tú —dijo Bhulvadt—. El mismo *modus operandi* que Torne, Vernid y Yakobsen, ¿eh? Eres más fuerte de lo que pareces, escoria hereje.

—En el nombre de Terra, ¿de qué estás hablando?

—Te vieron cerca del equestrium la noche en que Yakobsen murió —explicó Trenard—, y junto a la litera de Doile la mañana de su suicidio.

—Sabía lo que le ibas a hacer —aventuró Bhulvadt—. Eligió la salida cobarde en lugar de permitir que lo torturaras.

—Qué sarta de tonterías. Estaba asustado. Conmocionado por la disformidad, tal vez. No tuve nada que ver con eso.

—Varios pinches de cocina te sitúan en las cocinas justo antes de la masacre —siguió afirmando Trenard sin tener en cuenta mi comentario—. Enoch Whitemane confirmó que tu coartada era una invención.

—¿Ese pequeño cabrón sigue vivo?

—Sí, a pesar de todos tus esfuerzos —me contestó Bhulvadt—. No estás tan versada en los entresijos del Laberinto del Mentiroso como pensabas, ¿eh?

Ah, por el amor de la Santa Terra. Esperaba que aquello no fuera por aquella vez que le gané al Hexagrammon. No podía ser que Bhulvadt fuese tan espantosamente egocéntrico.

—Y estos, ¿para qué son? —preguntó Trenard, señalando a los servidores con un dedo larguirucho. Parecía receloso e impresionado a la vez, como un hombre observando a una manada de excelentes perros de pelea—. Me temo que es un uso no autorizado de los recursos del Mechanicus. Estoy seguro de que a los superiores de la visioingeniera Beta-Dara les interesará mucho saber de esto.

—Son mis nuevos amigos. Espero una visita esta noche.

Trenard hizo una exagerada expresión de confusión.

—¿Esta noche? Creo que no lo entiendes. Te vienes con nosotros.

—No, no lo entiendo en absoluto. Objetivo cerca.

Los servidores cobraron vida, sus miradas de ojos muertos y mandíbulas flojas se volvieron para enfocar a Bhulvadt y a su cuadrilla. Los pesados bólters emitieron un golpeteo mecánico al unísono.

Entonces sonreí, muy a mi pesar. Notaba que en mis ojos se traslucía mi paranoia, pero me daba igual.

—Debes venir con nosotros, Leana —dijo Trenard con un suspiro—. Depón tu actitud o será peor para ti.

Hizo un gesto hacia la guardia del vacío de cabeza afeitada y ella dio un paso al frente, con las esposas de plastiacero en la mano.

—¿Puedo terminar antes de leer este capítulo? —Les enseñé el librito eclesiarcal—. «Bendito aquel que medita sobre la palabra de los textos sagrados». Es curioso que siempre digan «aquel», en masculino, ¿no os parece?

Bhulvadt enseñó los dientes con una mueca que seguramente consideraría como un gruñido de triunfo.

—Si crees que vas a escabullirte de lo que te espera con una endeble conversión a la fe imperial, estás muy equivocada. Cuando lleguemos a la siguiente zona de guerra, serás ejecutada por orden oficial. Mientras tanto, estarás encadenada y se te azotará públicamente en cada amanecer y anochecer falsos. Me aseguraré de ser yo mismo quien empuñe el látigo.

—En estos últimos días —dije, saboreando el dulce licor noctai que Yuki me había dado—, he visto cosas que hacen que vosotros no me resultéis intimidantes, sino más bien ridículos. Eres un muchachito enfadado jugando a ser militar, engalanado con el uniforme de su célebre padre. No te queda tan bien como te crees.

—¡Ya basta! —rugió Bhulvadt—. ¡Arrestadla ahora mismo!

Los tres guardias del vacío avanzaron, pero dudaron cuando los bólters de los servidores les apuntaron al pecho. Me puse los tapones para los oídos de Yuki, uno tras otro.

—¡Por el Trono! —bramó Bhulvadt.

Cogió la ornamentada arma láser de Trenard arrancándosela de la cartuchera y me apuntó con ella. Se la apuntaló en el hombro mientras avanzaba hacia mí.

—Fuego —ordené.

Después, el mundo explotó en una salva de truenos y muerte.

Unos segundos más tarde, yo era la única persona viva en los calabozos de la *Consejo*.

Bueno, en el sentido estricto no era cierto, pero yo no contaba a los servidores como seres vivos. Aquellos pobres desgraciados no estaban

vivos en un sentido que importase, no más que un servocráneo o que un bólter clásico. Pero os diré una cosa, funcionan muy bien.

Todos los del grupo de arresto de Bhulvadt habían quedado reducidos a polvo en solo cuatro segundos. No soy una persona aprensiva, pero apenas me atrevía a echar breves vistazos a la estancia exterior de mi celda. Parecía que una bola de demolición hubiera caído sobre un matadero. Cabezas arrancadas y manos cortadas esparcidas sobre charcos de sangre y montones de órganos bañados por un rojo brillante. Los jirones de piel se mezclaban con retales sangrientos de tela en un amasijo casi indistinguible. Aquí y allá emergían los extremos protuberantes de las armas láser o de piezas de equipo de campaña, pero el resto era una ruina orgánica. Apestaba a pocilga.

Trono, tenían razón los que decían que los bólters pesados pueden provocar un buen desastre. Los oídos aún me zumbaban, incluso con los tapones de nivel Mechanicus. Los guardias del vacío no habían tenido ni una oportunidad. Consiguieron pegar unos cuantos tiros; dos servidores tenían agujeros rojos en los torsos y uno había recibido un impacto en el muslo, pero ninguno se había movido. Ni siquiera se habían quejado, ahora que lo pienso. Se limitaron a hacer su trabajo, arrojando proyectiles explosivos en una tormenta de fuego despiadada y homicida hasta que nada dentro de su rango de alcance se volvió a mover. Después, sin articular palabra, recuperaron sus posiciones originales y siguieron su muda vigilancia.

Aparte de levantar el librito eclesiarcal para proteger mi cara de la metralla, yo no me había movido ni un ápice. Algunos trozos de hueso y de carne me salpicaron cuando uno de los guardias del vacío se acercó, pero el traje de emergencia había evitado que la metralla orgánica lograra algo más que picarme un poco. Estaba ilesa, al menos físicamente. El hedor de la carnicería empezó a molestarme, así que me saqué los tapones de los oídos y, con gran delicadeza, me los metí en la nariz. Mucho mejor.

No era esto lo que Yuki tenía en mente, o eso creo, cuando me prestó a sus amigos cíborgs, pero a estas alturas yo ya era insensible a los horrores de los últimos días. De hecho, lo único que sentía era una feroz euforia. La notaba burbujeando dentro de mí, amenazando con explotar en una vertiginosa risa que no acabaría jamás.

Me percaté de que el cadáver de uno de los guardias del vacío, la chica con la cabeza afeitada, tenía los ojos fijos en mi dirección. Estaban abiertos en una expresión de profunda sorpresa. Me vi a mí misma en ella, y eso me despejó.

Oh, qué calamidad. Eran ellos o yo.

Le di la espalda a esa horripilante escena, me obligué a concentrarme en mi libro de oraciones y esperé a que llegara la verdadera amenaza.

Pasó bastante tiempo hasta que el fantasma de Marisel Torne vino a por mí.

Después de otra concienzuda repetición del ritual del agua bendita, me subí de nuevo al catre y murmuré la Letanía de los Perdidos varias veces, solo por si acaso. Estaba tan exhausta por los sucesos acontecidos en los últimos días que me preocupaba quedarme dormida, pero tenía los nervios tan desquiciados que me sentía más despierta que nunca en mi vida. De ninguna manera iba a dormirme para despertarme con esa cosa cernida sobre mí como una bruja del averno sobre la cuna de un recién nacido.

Desplegué el pictógrafo de personal que Yuki me había dado junto con los tapones. La foto oficial de Marisel Torne, la que habían utilizado en su entierro. En esa imagen granulosa, ella estaba de pie completamente erguida, dada su menuda complexión. Llevaba el uniforme impecable y se distinguían rastros de idealismo en el porte de su mandíbula. Parecía muy joven en esa imagen. Mirarla me hizo sentir mal, tuve una sensación de indisposición en el estómago. Los arañazos me volvieron a escocer, así que me puse un poco más de agua bendita y me esforcé por controlar la respiración. Solo me quedaban unas gotas.

Los minutos se convirtieron en horas. El sudor provocado por el estrés me empapaba la espalda y las axilas. El traje ambiental me resultaba sofocante y tuve que aflojarme el cuello y los guantes para evitar cocerme dentro de él.

Un rato después, saqué el boceto en carboncillo que había cogido del cuarto de Doile y lo comparé con la fotocélula. Me obligué a mirar el dibujo para acostumbrarme a él. Bien sabía el Emperador que esa imagen ya estaba bien grabada en mi mente.

Quitando las extremidades espantosamente quebradas, el boceto se ajustaba bastante a la foto oficial. Doile tenía mucho talento. Incluso había

plasmado con precisión la curva de aquellas horribles uñas, largas y de un amarillo sucio. Me vino a la mente con sorprendente nitidez la imagen de una de esas garras reptándome por el pecho en dirección a mis labios. Me acordé de una clase sobre cadáveres en mi formación médica, cuando se me pusieron los pelos de punta al enterarme de que, aunque una persona ya haya muerto, las uñas y el pelo siguen creciendo y se vuelven cada vez más largos dentro del ataúd, curvándose sobre sí mismos.

Era ella, sí, la del dibujo. Marisel Torne. Y ahora que Groethe se había quemado vivo, venía a por mí.

Repasé mentalmente todos los escenarios posibles por lo menos cien veces. En muchos de ellos, los guardias del vacío volvían a entrar en los calabozos, encontraban el desastre que se esparcía por el pasillo y, después, me arrastraban a lo que ellos pensaban que era un sitio seguro, condenándome en el proceso. En algunas de mis ensoñaciones, Yuki venía, pistola en mano, para anular a los servidores de combate a través del comunicador, y yo tenía que enfrentarme a media docena de asesinos bien armados solo con un libro para defenderme.

En realidad, esos eran los mejores escenarios. Algunos terminaban con los cadáveres de los guardias del vacío volviendo a la vida, con los ojos en blanco y llenos de odio. En una figuración especialmente vívida, Trenard y Bhulvadt conseguían recomponerse de alguna manera y se acercaban a mí tambaleándose como gólems hechos de retales para arrancarme las extremidades una a una.

Los peores de todos empezaban con ella, saliendo de las sombras de la pared de la celda y pasando intacta entre mis defensas. A veces se levantaba directamente de la sombra del catre, con la cabellera sucia y llena de tierra asomándose por el borde del somier y levantándose a continuación para enseñarme la putrefacción de su cuerpo. Algunos de ellos terminaban conmigo partida en doce trozos diferentes antes de enviar mi vociferante alma a la disformidad. En un escenario, ella abría unas fauces de dientes serrados y empezaba a comer.

El único escenario que me negué a considerar fue el que sucedió.

Transcurrida ya la mitad de la noche, me encontraba tumbada de costado tratando de evocar imágenes de arenas doradas y objetos encontrados solo para dar un respiro a mi febril mente de los horrores que había vivido. Entonces la oí venir, o eso creí.

Tap, tap, tap, chirriiido.

Me incorporé de un salto y miré con atención todas las paredes a mi alrededor. Allí había sombras, pero ninguna se movía. Los servidores seguían en modo centinela, pero ninguno de ellos había emitido ningún sonido.

El ruido volvió, esta vez detrás de mí. Tap, tap, tap, chirriiido.

Esperando notar las uñas cadavéricas arañándome la nuca, me giré de repente, pero no había nada.

Tap, tap, tap, chirriiido.

No era el sonido de unas uñas arañando la madera astillada. Se asemejaba al de las uñas de los pies chocando contra el suelo de piedra, y después se oyeron otras que se arrastraban. Un fantasma con las extremidades rotas.

—*«Leaaana…».*

Apreté el librito eclesiarcal con tanta fuerza que se dobló dentro de mi mano y miré con atención por todas partes, pero no divisé nada a lo que dirigir mi potencia de fuego. Las sombras permanecían rectas e inmóviles y el círculo de agua bendita seguía intacto.

Entonces, siguiendo un instinto indescriptible, miré arriba.

Estaba atravesando el techo. El lacio pelo negro rodeaba el rostro de un cadáver medio podrido. La criatura emergió con espantosa lentitud de una sombra untuosa, y yo quedé paralizada por el terror. Vi una frente blanca arrugada, unos ojos hundidos y blancos, inyectados en sangre por los extremos y manchados con unas diminutas pupilas macilentas que miraban con intenso odio en el interior de mi alma. Tenía la boca de un demonio necrófago, con los dientes tan rotos que algunos de ellos se le clavaban en los labios, secos como un pergamino.

Sus largos y blancos brazos colgaban hacia mí. Cada errático movimiento era más nauseabundo que el anterior, pues las extremidades rotas se doblaban por sitios insólitos al balancearse adelante y atrás, chasqueando y rechinando de una forma imposible. Su sangre negra y

podrida me salpicó el rostro y las manos, el goteo provenía de cada uno de los puntos por donde le sobresalían los huesos de la carne.

Balbuceé de forma ininteligible, paralizada por el terror, cuando diez uñas exageradamente largas descendieron para acunarme la cara. Una pierna destrozada emergió de la sombra del techo a medida que salía arrastrándose de la nada, con la piel del muslo desnudo cetrina y pecosa.

—¡Fuego! —espeté—. ¡Fuego total!

Los servidores de armamento, ajenos a lo que estaba ocurriendo, continuaban mirando las paredes asignadas. Carentes de objetivo, no hicieron nada.

En ese momento se despegó de las sombras del techo, emergió de él como un horrible insecto de su crisálida y se dejó caer sobre mí.

Vi su rostro putrefacto a pocos centímetros del mío, oí un borboteo apagado cuando el peso del cadáver presionó mi cuerpo. Las uñas con mugre incrustada me rasgaron el traje ambiental (aunque parecían frágiles, eran sólidas como cuchillos de titanio) y se me clavaron con fuerza en la carne. Traté de gritar, pero no me salió la voz.

Me convulsioné, echando espuma por la boca de puro pánico. Me rastrilló las costillas y me rajó los músculos de los brazos y los hombros. La piel, como pergamino blanco, se dobló sobre un marco de huesos rotos cuando retrocedió, con los brazos astillados girando de un modo sobrenatural, y me pasó las garras a lo largo de las piernas.

Líneas de fuego me ardían por todo el cuerpo. El dolor se estaba volviendo indescriptible, como si por todas partes se me estuvieran abriendo fisuras colmadas de llamaradas y ácido. No podía moverme. Cada vez cortaba más rápido, como apaleándome, arañándome con un sonido espantoso semejante al de un cadáver exhalando su último aliento. Se giró de nuevo y el lacio pelo húmedo me abofeteó el rostro. Las uñas me rajaron los dos lados del cuello, con sus ojos muertos clavados en los míos todo el tiempo. No vi nada en ellos, aparte de odio y locura.

El dolor se intensificó en un *crescendo* interminable. Esas negras pupilas brillantes se expandieron hasta llenar todo mi mundo, y entonces me desvanecí.

Desperté al falso amanecer de un salto, trastabillé al caerme del catre y reboté contra la espalda de un servidor de combate, que se dio la vuelta y quiso apuntarme con el bólter pesado.

—¡No! —exclamé, levantando las manos—. Alto el fuego. ¡Alto el fuego!

El servidor emitió un zumbido y se giró hacia la pared.

—Oh, Terra —resollé—. Oh, santo Trono del cielo. Dios-Emperador. Gracias por salvarme la vida.

Me agarré el corazón, sintiendo que estaba a punto de morir de una conmoción allí mismo, cuando me vinieron a la mente los sucesos de las últimas veinticuatro horas.

Me comprobé el cuerpo buscando las largas y profundas marcas de uñas que me habían hecho pedazos de la cabeza a los pies. Gracias a todo lo que es sagrado, no encontré más que las que tenía en la pantorrilla y en el hombro. Incluso esas se estaban desvaneciendo.

Seguía intacta. Seguía viva, a pesar de los terrores vividos aquella noche. Era más de lo que podía decir de los que habían venido a visitarme de verdad.

Observé la espantosa y hedionda pila de restos humanos del pasillo y sentí náuseas. Las moscas de la sentina ya se estaban congregando. Necesitaba un plan, y rápido.

Caminé de arriba abajo desesperada por hacer pis, pero sin querer utilizar la palangana para aliviarme delante de los servidores. La idea de que aquellos ojos muertos me mirasen me daba escalofríos, incluso después de lo que había pasado. No estaba segura de que alguien más pequeño que Rojo Krodden pudiera usar el retrete extragrande que había en una esquina de la celda sin caerse dentro.

Y allí apareció. Un plan, o los inicios de uno, se desplegó en mi mente.

—Te encontré, mierdecilla.

Enoch Whitemane estaba fuera de la sala de gimnasia escribiendo algo en un diminuto pergamino que había enganchado en la pared. Cuando se volvió, apunté mi arma láser (bueno, el arma láser de Trenard) directo a su

rostro petulante enmarcado con aquellas patillas anchas. Me había tomado la libertad de acoplarle la bayoneta.

—Comandante de campaña Vendersen, buenas tardes. Me preguntaba cuándo volvería a verte. —El cerdo no vaciló, ni siquiera reculó al ver la hoja de acero de medio metro rozándole la frente entre los ojos—. Veo que has adoptado mi hábito de andar descalza.

—Por el momento sí —confirmé—. Me he estado moviendo por la nave lenta y silenciosamente. Como una aparición, se podría decir.

Noté su leve estremecimiento. Eso me bastó.

—No te quedaste mucho tiempo cuando esos savlar amigos tuyos recibieron su merecido, allí en la cocina.

—Soy una rata —dijo, abriendo a lo ancho los brazos rechonchos—. Sabemos cuándo hay que correr.

—¿Cómo fue la limpieza?

—Bastante productiva. Me han hecho muchos cumplidos por el pastel de carne.

Sonrió de un modo desagradable, esperando a ver si yo mordía el cebo.

—Me sorprende que consiguieras meter a ese patán seboso de Krodden en la máquina sin romperla.

Se encogió de hombros. Fue un gesto breve, pero era justo el que yo esperaba.

—A no ser que su cuerpo siga en la picadora, claro. Es una lástima desperdiciar esos componentes biónicos tan caros, ¿verdad?

—Algo así —concedió.

Nos miramos durante un largo rato.

—Dicen que te has aficionado a mutilar cuerpos savlar —comentó Enoch.

—Te sorprenderá saber que fue Krodden —repliqué.

—¿Podrías explicarte? —preguntó frunciendo el ceño.

—¿Crees que se me puede echar la culpa de todo esto? ¿Parezco la clase de persona que puede partir la extremidad de un hombre como si fuera una ramita? Ni siquiera puedo tumbar a seis de los peores luchadores savlar en la oscuridad.

Enoch inclinó la cabeza y apartó a un lado la punta de la bayoneta.

—Te sorprendería saber lo que se cree la gente. Hasta las mayores mentiras, si se repiten lo suficiente…

—Me sigue oliendo a cortina de humo —interrumpí, volviendo a colocar la bayoneta entre sus ojos—. Y yo tengo preparada una mentira mucho más creíble.

—Eso de Krodden —repuso—. ¿No será un poco irrelevante cuando Bhulvadt te encuentre?

—Bhulvadt y Trenard están muertos —dije.

—¿Qué? No.

—Oh, sí. Igual que los tres guardias del vacío que vinieron con ellos a modo de árbitros militares. Si quieres hacer uso de ellos, te hará falta una pala y un cubo.

La nave se sacudió ligeramente y en un extremo del pasillo empezaron a sonar unas alarmas. La *Consejo* estaba a solo tres horas de salir del tránsito.

Me costó mucho no saltar de alegría.

—Maldición —profirió Enoch—. Eso lo cambia todo.

—Me temo que sí.

Dio un silbido largo y en tono bajo.

—Eso te convierte en la oficial de mayor rango.

—Así es —dije con una leve sonrisa—. Ahora trabajas para mí, Enoch. Y puedes empezar por difundir la cruda verdad que estamos a punto de inventarnos.

—Entendido, comandante de campaña —aceptó, y se limpió las manos en las caderas—. Sin ningún problema.

—Bien —expresé—. Ahora escucha con atención. Tú y yo tenemos trabajo.

Nos costó un gran esfuerzo, además de la apropiación improvisada de un carrito de transporte, pero Whitemane y yo sacamos el cuerpo de Krodden de la picadora de carne de la cocina y lo bajamos al gran calabozo sin que nos vieran. La mayoría de los miembros de la tripulación estaba refugiada en sus cuartos preparándose para el fin del tránsito, así que no tuvimos muchos entrometidos a los que evitar.

Pasamos por el arsenal y recogimos también un par de bólters pesados, para proporcionarle a Krodden un arma capaz de matar a Bhulvadt y a su cuadrilla cuando Yuki hubiera retirado a los servidores de la escena del crimen. Para cuando el tránsito hubo finalizado y se nos autorizó oficialmente a salir de los camarotes, el gran savlar se había descongelado lo suficiente y su cadáver seguía en buen estado.

El congelador de la rata de cocina había evitado que el cadáver de Krodden se descompusiera desde la noche de la masacre. Cuando llegamos al calabozo, le hice un agujero en el pecho con una de las armas láser de los guardias y dispuse alrededor de su cuello los bólters pesados colgados de las enormes cinchas. Esa farsa no engañaría a un investigador resuelto, pero, como Trenard ya no estaba, dudaba que nadie se preocupase lo suficiente como para cuestionar la historia que estábamos escenificando. Él parecía más un asesino de masas que yo, después de todo.

Los timoneles de la nave siempre conceden una hora de margen después de un tránsito principal por la disformidad, así que Whitemane y yo tuvimos tiempo de volver a nuestros camarotes. Salimos del tránsito en las siguientes cinco horas. Me alegro de que sucediera durante el ciclo diurno. Aparte de una severa migraña, todo fue bien.

Después de eso ya estábamos preparados. Whitemane y yo elaboramos un colorido cuento en el que Krodden era un asesino en serie. El Emperador sabía que su aspecto era lo bastante monstruoso como para representar bien ese papel. Cuando las capturas de imagen de la carnicería desarrollada en el calabozo se pusieron en circulación por el mercado negro, todos estaban tan distraídos con el baño de sangre que nadie puso en duda nuestra historia.

Me aseguré de que la versión oficial fuese que Krodden había sido el que había mutilado y asesinado a los de la 2-70 como venganza por haberle fallado en la ciudad de Oong Tem. Fue él quien acabó con el alto patriarca Bhulvadt y su intrépida escolta después de que Macaval Trenard encontrase su escondite. El savlar gigante murió durante el combate en los calabozos, pero les cobró un alto precio a los que enviaron a por él. Yuki manipuló el registro de un servocráneo para que lo corroborara, sosteniendo que había sido testigo de todo.

Con Yuki aportando los detalles logísticos de nuestra historia, con mi permiso para alterar y autorizar el informe oficial y con Whitemane para difundir la historia por todos los niveles del grupo militar, la cruda verdad

se había afianzado antes de que pasara un día. Nos tomamos ciertas libertades con los detalles en el informe oficial. En la titánica batalla de los calabozos, los heroicos guardias del vacío abatían a Krodden muriendo en el intento. El primer ayudante Trenard luchó bien, pero Leonid Bhulvadt se escondió durante la refriega chillando de miedo. Murió sin desenfundar la pistola. Estaba muy orgullosa de este último detalle; entre los grupos de combate Tem, a los cobardes se les dice que están «jugando a ser Bhulvadt». Me pareció un legado legítimo para un hombre que estaba más interesado en enfrentarse a sus propios subordinados que en combatir a los verdaderos enemigos de la humanidad.

La historia se propagó como la sífilis en un burdel. Al principio solo se comentaba entre susurros, pero pronto se empezó a hablar de ella libremente, y después se convirtió en canciones satíricas entre los soldados de todos los regimientos. De vez en cuando me sorprendía a mí misma silbando la más pegadiza. «El Rompehuesos ha muerto, larga vida a la reina».

Seguí teniendo dificultades para descansar. Enoch me había dado sedantes de calidad cuando estábamos a punto de terminar el tránsito, pero yo preferí recurrir a estimulantes. Desde entonces me ha proporcionado un suministro regular. Hacía meses que no conseguía dormir, a pesar de haber dejado atrás la disformidad. A pesar de que, desde el tránsito, ella había quedado relegada a ser un recuerdo aterrador.

A veces creo que la falta de sueño me repercutirá a largo plazo, y que poco a poco me iré volviendo loca. Aun así, mantengo bien el mando. Ninguno de esos cabrones está a mi altura en el Laberinto del Mentiroso. Yo cubro el centro, y Whitemane y Yuki me cubren las bandas, y entre los tres tenemos todos los cabos atados.

Llegué a Silencio hace menos de una semana. Todavía tengo el librito eclesiarcal de Gethsame, más doblado y manoseado que antes, y me sé de memoria algunas de sus lecciones. Así que representaré bien mi papel, la devota heroína que conduce al rebaño cumpliendo con su obligación, hasta que llegue el siguiente paso a dar. Pondré flores en alguna tumba, pronunciaré unas palabras. Y cuando por fin me nombren oficialmente alta matriarca, realizaré todos los juramentos que el Emperador quiera que haga.

¿Quién sabe? Puede que esta vez incluso los jure de corazón.

Silencio

PARTE 3

—Y eso es todo —finalizó Vendersen, y se frotó los brazos—. Esa es mi historia.

Marrikus tosió.

—Entiendo tus dudas.

—Y tú me llamabas loco —dijo Valemar con malicia.

Vendersen se dio la vuelta.

—Haré más que eso, Valemar.

—Comisario —la corrigió él.

Dio un paso hacia ella, pero Marrikus se interpuso.

—Tranquilizaos los dos, por favor —pidió el misionero con suavidad.

Valemar lo miró sorprendido. ¿Eran azules los ojos del hombrecito? Por un instante le pareció que brillaban. Sacudió la cabeza. Marrikus seguía hablando.

—Tenemos público. Sería prudente mostrar un poco más de decoro.

Valemar se dio la vuelta y divisó el contorno bamboleante de un servidor mortuorio acechando entre las tumbas. ¿Era su imaginación o los estaba circundando? La máscara mortuoria se volvió hacia él, con los ojos rojos relucientes, y sintió que la cabeza le iba a estallar. El dolor estaba empeorando. Se frotó una ceja y notó algo húmedo. Condensación, tal vez. Al comprobar los dedos creyó por un instante que estaban teñidos de rojo.

Parpadeó y vio que se había equivocado. Los otros lo estaban observando y se preguntó si ellos habrían visto algo.

—¿Qué? —gruñó.

—Nada —contestó Marrikus con premura. Estiró de la túnica y se rascó como si estuviera incómodo con ella. Una vez más, Valemar tuvo la sensación de que algo se movía por debajo de las vestiduras del misionero. Y casi le parecía oír… ¿voces? Sacudió la cabeza de nuevo para intentar aclararla. Solo era una jugarreta del dolor, que le hacía oír y ver cosas.

—Bueno —dijo Vendersen—. Ambos hemos contado nuestras historias. Es tu turno, sacerdote.

—¿Ya? —Marrikus se estremeció ligeramente, como si le doliese algo—. Muy bien. Aunque de momento no veo ningún punto en común. —Miró a Valemar con ojos casi suplicantes—. ¿Qué opinas tú, comisario? ¿Ves alguna relación?

Valemar alternó su peso entre una pierna y otra. De repente se sentía incómodo.

—No, todavía no.

—Puede que esto no fuera… una buena idea, después de todo. Tal vez… tal vez deberíamos intentar irnos.

Marrikus echó un vistazo a su alrededor. Incapaz de evitarlo, Valemar lo imitó. Los servidores mortuorios volvían a observarlos, y esta vez estaban más cerca, a pocos féretros de distancia. ¿Cómo habían podido acercarse tanto sin que se dieran cuenta? La cabeza le iba a estallar. Quizá ese era el motivo por el que no los había visto.

—Ya he intentado marcharme —declaró Marrikus—. ¿Os lo había dicho ya?

—Sí —confirmó Vendersen.

—No me lo permitieron. ¿Por qué no nos dejan marcharnos? —Su voz contenía tanta curiosidad como miedo—. No deberían… no deberían molestarse por nosotros.

—Pero lo hacen —repuso Valemar.

Marrikus lo miró.

—Por un instante me pareció que estabas sangrando. —Se señaló un punto entre los ojos y miró a Vendersen—. Y tú…

—¿Yo qué? —exigió saber.

Marrikus sacudió la cabeza.

—Es mi turno, ¿verdad? Eso me has dicho. Sí. —Tragó saliva—. Es hora de contar mi historia…

La fe y la carne

DAVID ANNANDALE

Me pregunto qué habríais hecho vosotros. Si hubierais visto lo que yo, si hubierais sabido lo que yo, ¿habríais tomado un camino distinto? ¿Lo habríais hecho mejor? Yo no lo creo. No lo digo por orgullo. No busco elevarme a una talla heroica ni tampoco pretendo despreciaros. Sencillamente creo que esa es la verdad. Hice lo que tenía que hacer.

¿Cuál es la decisión más difícil que habéis tenido que tomar? Si tenéis que pensarlo es porque todavía no os habéis enfrentado a ella. La decisión más difícil os marcará para siempre. Su sombra se proyectará a lo largo de todos los días que sigan. Apenas reconoceréis quiénes erais antes de tal decisión. Así de importante es esa decisión. Cualquier bifurcación del camino a la que hayáis llegado antes parecerá pueril en retrospectiva. Os preguntaréis cómo es que llegasteis a dudar al tomar aquellas decisiones. La única que de verdad importaba era esta.

No obstante, hasta estar frente a tal dilema, podéis pensar que ya os habéis topado con la decisión más difícil. Yo sí que lo hice. Cuando llegué a la Ligur, pensé que estaba enfrentándome a la decisión que definiría mi vida. O, para ser sincero, a la decisión que arruinaría mi vida. No veía el camino adecuado hacia delante. Y esa carencia de una opción buena es una de las características que definen la decisión más difícil de tomar. Aunque no es la única característica. El riesgo también debe ser alto. Yo pensaba que lo era. Pensaba que era el más alto que había.

Me equivocaba. Fui un ingenuo. Pero no voy a censurarme. Todos nosotros somos ingenuos hasta que llega el momento. Vosotros lo sois, si aún no os habéis enfrentado a la decisión más difícil, y no lo digo como un insulto. Por eso no censuro a mi antiguo yo por equivocarse. No había forma de saber lo que se avecinaba.

Me llamo Oswick Marrikus. No habréis oído hablar de mí. Aunque podríais haber oído hablar de mi familia, si sois del subsector Meror. Nuestro linaje ha tenido un número de cardenales mayor de lo que sería apropiado. Yo no soy uno de ellos y nunca existió la posibilidad de que lo fuera. Pero fui el primogénito de mis padres y eso significaba que estaba

destinado a la Eclesiarquía. Las cuestiones de carácter, capacidad y arraigo de la fe eran irrelevantes. Los primogénitos Marrikus entraban en el Adeptus Ministorum porque así lo habían hecho sus predecesores, igual que lo seguirían haciendo sus sucesores. Siendo justos, parece que en nuestra sangre hay una predisposición para la vida religiosa. Algunos de los eclesiarcas más devotos del subsector son hombres de la familia Marrikus. También lo son algunos de los más ricos y poderosos.

Yo no iba a ser uno de ellos. Lo supe desde muy tierna edad. En cuanto fui lo bastante mayor para comprender en lo que debía convertirme, también supe que no estaba hecho para esa vida. Mis esperanzas, a las que me aferré con fuerza hasta el momento en que se evaporaron ante la realidad, recaían en que me nombraran decano. Yo no era ambicioso. Un puesto discreto, oculto en la maraña administrativa de la Eclesiarquía, que me proporcionara una existencia tranquila, predecible y estable en un mundo colmena, me habría venido muy bien. Por el contrario, mis superiores, en su sabiduría, declararon que debía hacerme misionero y me enviaron al Sistema Tromos.

En Tromos Primero estaban en guerra. Era mi obligación inspirar a los hombres y a las mujeres de la Guardia de Tromos mientras sofocaban la insurrección en el continente más meridional del planeta. Costó un año terminar con las batallas. No sé cómo empezó la guerra. No sé por qué los rebeldes se levantaron contra el gobierno del Emperador. Pero sí sé que tenían que ser destruidos. Sé que cualquier violación del Credo Imperial debe ser aplastada sin piedad. Eso lo sé.

Aun así, lo que vi durante ese año… Tuve suerte porque evité lo más cruento del combate, pero vi sus consecuencias. Cuando vi los campos embarrados, las ciudades destruidas y los miles de cadáveres de ambos bandos del conflicto desparramados por el paisaje como si fueran carne en mal estado, me resultó difícil imaginar que todo aquello pudiese llegar a merecer la pena.

No obstante, todavía no me había enfrentado a ninguna decisión difícil. Eso había sido improbable. No había puesto mucho empeño en la guerra, más allá de seguir con vida.

No me malinterpretéis. Mi obligación era inspirar a las tropas para que mataran y murieran por el Emperador, y cumplí con mi obligación. Incluso lo hice bien, y eso tampoco es fanfarronería. Tengo un don para escribir

sermones motivadores. Esto no es algo de lo que me enorgullezca. ¿Lo acabo de llamar don? Creo que debería haber dicho una carga. Por favor, imaginad lo que es ver cómo los demás se inspiran por las palabras que uno mismo recita de memoria. Yo los inflamaba con la fe. Ojalá pudiera hacerlo conmigo mismo.

Pero la guerra terminó y mi misión en el Sistema Tromos no. Viajé a Tromos Primero y a otras regiones deshabitadas del sistema para reforzar el Credo Imperial. Una de las consecuencias de mis viajes hizo de ese año el más feliz de mi vida adulta, y esa misma consecuencia hizo que la perspectiva de abandonar Tromos fuera insoportable.

Era inevitable que un día yo me fuera. Era misionero. Mi destino era ir de un sistema a otro, de un conflicto a otro. Aquel año después de la guerra en Tromos generó una ilusión de estabilidad. Sabía que no duraría eternamente, pero me permití creer que así podía ser. Así pues, cuando recibí la orden de partir, el dolor que sentí fue, o así me lo pareció, insoportable.

Y así llegué de nuevo a la estación de desguace Ligur, convencido de que me hallaba ante la decisión más difícil de mi vida y desesperado por encontrar el camino a seguir que no implicara el abandono de toda dicha.

Llegué a bordo del *Impávido*, un transbordador de tamaño medio que hacía su ruta regular por el sistema exterior. Y con regular me refiero a anual. Seguía su ruta hacia el cinturón de asteroides llevando provisiones a las estaciones mineras, penales y de desguace que salpicaban esa región de planetoides antes de dirigirse hacia el punto Mandeville de Tromos para comerciar dentro de la galaxia.

Supongo que nunca habréis estado en un desguace. Pocos lo han hecho. Son puestos fronterizos duros y solitarios, aislados de cualquier zona civilizada de su sistema. Esto es por diseño y por necesidad. El trabajo que se realiza en esas instalaciones es extremadamente peligroso, y no solo para el personal. Las naves con las que trabajan están, naturalmente, más allá de cualquier reparación y son, por tanto, trampas mortales inestables. Siempre existe el riesgo de sufrir un accidente catastrófico. El mayor peligro es la rotura de un motor de plasma. No hay la más mínima posibilidad de que la tripulación de un desguace sobreviva a una explosión semejante, pero si el complejo estuviera en órbita alrededor de un mundo habitado, el estallido podría arrasar la atmósfera y acabar con la vida en la superficie. Por eso, se

anclan provisionalmente sobre asteroides lo bastante alejados de cualquier otra remota instalación para que incluso el peor desastre solo llegue a destruir la propia estación.

La estructura de la Ligur se parecía a la de una flor transformada por la sucia mano de la industria. El tallo era la largo y flexible, un ancla de hierro y plastiacero que se extendía desde el centro de la instalación hasta la superficie del asteroide, donde las pinzas accionadas mediante pistones penetraban la roca y se aferraban a ella. El receptáculo albergaba el centro de control y las dependencias de la tripulación. En la base estaban los cuatro rechonchos motores de la Ligur. El complejo era una bestia enorme, torpe y lenta, inadecuada para realizar viajes ni de la más mínima distancia. En lugar de eso, se desplazaba por el sistema abandonando un asteroide para alcanzar el siguiente.

Los cuatro pétalos que rodeaban el receptáculo parecían enormes tumores hinchados. Estos eran los hangares de faena. Estaban separados entre sí, aunque se podían conectar mediante pasillos provisionales a modo de filamentos. Sus puntos de acceso principales provenían desde el centro de mando. Eran lo bastante grandes como para permitir el paso de una nave pequeña o de una sección cortada de una nave grande, el dique seco final de una nave espacial muerta. Para las naves más grandes, que comprendían la mayor parte del trabajo de la estación, el procedimiento era diferente. Unas pinzas aún mayores que las que mantenían la Ligur sujeta al asteroide aferraban el casco de la nave y lo sostenían contra el hangar de faena. Unas mangueras que salían de aquellas pinzas rociaban espuma sellante para clausurar el motor de vacío. Y, entonces, las puertas exteriores del hangar se abrían con el diámetro más apropiado según el tamaño de la nave.

Un hangar albergaba solo unos pocos restos del esqueleto, mientras que el hangar que se hallaba en el lado opuesto del centro tenía acoplada una nave de una antigua colonia que parecía intacta. Supuse que era una que había llegado recientemente. Las naves que estaban acopladas a los otros dos hangares llevaban allí más tiempo y ya estaban perdiendo su forma. Una de ellas, un elevador, apenas pude reconocerla. La otra era un transbordador mayor que el que me había traído allí. Era enorme y, aunque ya no poseía la superestructura, la gran mole del casco se abombaba desafiante, y su oscuridad bloqueaba las estrellas. En la proa, realizado con runas de bronce de quince metros de altura, aún se veía el nombre,

Cardenal Vezayne. En el casco había tantos agujeros que parecía un hueso mordisqueado. Cada uno de esos grandes agujeros indicaba el lugar donde las pinzas habían sostenido al *Vezayne* en algún momento dado. Una sección de la nave había sido vaciada por los servidores y después sellada para preservar la atmósfera en el siguiente sector de faena.

A medida que las naves iban siendo desmanteladas, los restos se lanzaban hacia abajo hasta que, atrapados por la gravedad del planetoide, caían sobre la superficie, manteniendo las proximidades de la estación libres de residuos.

El *Impávido* se acercó a la Ligur por la parte superior, como para evitar el agarre letal de las plataformas de faena. Había un muelle de atraque en el extremo opuesto del centro desde el brazo de la plataforma gravitatoria. El transbordador sincronizó su rotación con la de la Ligur y se acopló a la estación. Las grandes cámaras estancas se abrieron y yo bajé por una rampa que giraba rápidamente con el objetivo de reorientarme para la gravedad de la estación. Los servidores motorizados iban por delante de mí, transportando carros de provisiones dotados con levitación magnética que después eran llevados por los mismos servidores de la tripulación de la estación.

Vel Heusen me esperaba al final de la rampa. El jefe de la Ligur era achaparrado, su cabeza apenas me llegaba al pecho. Daba la impresión de que su rostro había vivido ya mucho. Tenía las mejillas descolgadas, lo cual acentuaba las bolsas bajo los ojos, y la nariz era gruesa y caída. Llevaba más de cincuenta años dirigiendo la estación. Era un oficial competente e imperturbable. Carecía de imaginación, lo cual lo hacía perfecto para un puesto aislado y, a pesar de los riesgos, de un gran aburrimiento y repetición. Sonrió cuando me acerqué a él.

—Me alegro de verte, misionero —expresó.

Usó mi título como si fuera un apodo, uno que no se tomaba del todo en serio. No pude culparlo por eso.

—Y yo a ti, Vel —repliqué, y traté de no retorcerme de dolor cuando me dio una palmada en la espalda. Según los estándares de la Ligur, yo era un invitado habitual.

—Has venido hasta aquí para verme, ¿no? —me preguntó Heusen, tal como había hecho las últimas cinco veces que había ido. Alguno de esos viajes había sido caro. Tuve que pagar un buen precio a los comerciantes para que se desviaran tanto de sus rutas habituales.

—Ya sabes que sí —le confirmé dándole la flagrante mentira que él esperaba.

Heusen rio como si fuera la primera vez que hubiéramos hecho ese intercambio de saludos. Creo que aún se reía más porque era ya la quinta vez.

Recorrimos el pasillo en dirección al núcleo del complejo. Las paredes poseían un tono negro férreo sucio. Los techos eran de bóveda escarpada, con lo cual los pasillos parecían incluso más estrechos de lo que eran. Íbamos por uno de los pasillos principales de la estación, en el que disponíamos del espacio suficiente para caminar Heusen y yo codo con codo al mismo tiempo que los servidores pasaban por nuestro lado afanándose en sus tareas. Pero cuando lo miré en perspectiva, con las tiras de lúmenes generando apenas la luz de un ocaso plomizo, el efecto era como mirar dentro de un sarcófago cuyas profundidades cayeran en la sombra.

—Estarás deseando verla, supongo —comentó Heusen en tono de burla.

—Debería, sí —contesté con falsa despreocupación.

Quería cumplir con las formalidades de nuestra cháchara, pero mi corazón no estaba en eso. En lo único que podía pensar era en que aquella podía ser la última vez que estuviera en la Ligur.

—Pues claro que sí, claro que sí —constató Heusen—. La encontrarás en el hangar delta.

—Gracias. Me dirigiré hacia allí.

—¿Va a convencerte esta vez de que te quedes con nosotros?

—Espero que lo consiga.

Él estaba bromeando. Yo no.

Llegamos al núcleo y él se detuvo un momento antes de encaminarse hacia sus dominios en el centro de mando.

—Hay algo que quiero pedirte —me dijo con un tono más serio del que tenía por costumbre.

—Lo que sea.

—¿Querrías hacer un servicio? —La jocosidad se desvaneció para dar paso al hombre devoto que había debajo. —Hace mucho tiempo que en la capilla no hay un auténtico eclesiarca dirigiendo la oración.

Parpadeé con gesto de duda. La devoción de Heusen me hizo avergonzarme de mi malestar con mi vocación.

—Desde luego —le contesté tratando de mostrar más entusiasmo del que sentía.

—Gracias, misionero. —Parecía muy feliz—. Eso nos hará a todos mucho bien. Necesitamos que nos recuerden que, en realidad, no estamos solos aquí.

Me dio un apretón en el brazo como señal de gratitud y se marchó.

Yo proseguí por el pasillo de circunvalación hasta llegar a las puertas del hangar delta. Eran gigantescas, de tres metros de altura por seis de anchura. Había dos juegos y, en ese momento, ambos estaban levantados, pero también tenía compartimentos estancos que se podían cerrar instantáneamente en caso de emergencia por brecha. Potencialmente, así se salvaría el resto de la estación, pero supondría la perdición para el personal que estuviera en el hangar. Así eran las cosas. El trabajo que hacía la Ligur era necesario, pero ella y su tripulación eran prescindibles. El diseño de la estación y su funcionamiento se basaban en esa prescindibilidad. Gobernaban la Ligur solo cuatro oficiales que dirigían el trabajo de un ejército de servidores. En caso de ocurrir un desastre, las pérdidas serían aceptablemente pequeñas. Si algo salía mal, estaban ellos cuatro solos. Sería demasiado arriesgado enviar una nave de rescate, y menos costoso reemplazar el complejo destruido que tratar de salvarlo.

Entré en el colosal habitáculo del hangar delta y en seguida me rodeó el estrépito resonante de la demolición. La nariz de un elevador sobresalía por las puertas exteriores del hangar. Un andamiaje lo circundaba y un enjambre de servidores monotarea trepaban por la nave, sajando el casco con los cortadores de plasma que tenían en lugar de manos, haciendo trozos más pequeños y abriendo el acceso a módulos que todavía podían resultar de utilidad. Otros servidores, convertidos en carros mecanizados, transportaban los objetos rescatados. Otro grupo se hacía cargo de los residuos y los arrastraba hasta la pared derecha, donde eran arrojados a las fauces del sistema de eliminación. Este mecanismo ocupaba casi una tercera parte de la longitud de la pared y tenía casi seis metros de altura. Estaba al

final de una suave pendiente, casi horizontal. Las mandíbulas se abrían para recibir los desechos y, después, la maquinaria de machacado interior transportaba los restos hacia abajo para arrojarlos sobre la superficie del asteroide.

Me interné en el clamor agachándome aquí y allá entre pequeños grupos de servidores que cortaban fragmentos de casco y tajadas de metal hasta que la vi. Ligeia Rowne estaba sobre una plataforma baja a medio camino entre el sistema de eliminación de residuos y el final de la nariz de la nave. Un nido de mecadendritos estiraba los brazos desde esa misma plataforma. A las órdenes de Ligeia, los brazos se insertaban en la columna vertebral de servidores a la espera y les cambiaban la programación para realizar la siguiente tarea.

Rowne era la oficial de labores de la Ligur. El proceso de demolición al completo estaba bajo su supervisión. Y ella era la razón por la que no podía soportar la idea de abandonar el Sistema Tromos.

Me vio cuando me acercaba. Me saludó con la mano y levantó dos dedos. Yo asentí y esperé mientras terminaba de reacomodar a otro grupo de servidores. Después giró sobre sí misma para evaluar los trabajos en el hangar y asintió satisfecha. Bajó de la plataforma y echó a andar para reunirse conmigo.

—Eso debería mantener operativo a ese lote durante un rato —indicó, y sonrió—. Me alegro de verte, Oswick.

—Yo también me alegro de verte.

Un reencuentro muy poco romántico. Pero los rostros inexpresivos de los servidores y los ensordecedores golpes metálicos y siseos de los trabajos no invitaban a la intimidad. Además, ya conocía a Rowne cuando estaba trabajando y me abstuve de hacer cualquier cosa relacionada con el reino de los sentimientos. Ella no lo habría apreciado.

Tenía cinco años más que yo, pero por su aspecto parecía llevarme más de una década de experiencia. Y en muchos sentidos así era. Trabajar en un recinto como la Ligur templaba a cualquiera con gran rapidez. Ella y sus compañeros de tripulación también habían servido en la Guardia de Tromos en su regreso al planeta natal para luchar en la guerra. Allí fue donde nos conocimos, cuando le di un sermón a su unidad de infantería mecanizada. Entre la guerra y su trabajo, ella había ganado una fuerza de la que yo carecía, y la envidiaba por eso.

Siempre me han dicho que tengo un rostro apropiado para mi vocación. El pelo negro, las cejas pronunciadas, la barbilla partida y la nariz afilada aparentemente expresan severidad. Supongo que es verdad. Cuando doy un sermón, contemplo el efecto deseado en mis oyentes. Pero, cuando me miro al espejo, solo veo un ceño perpetuamente fruncido, siempre en guardia ante las acusaciones internas de debilidad.

Rowne era más alta y más enjuta que yo, su carne se apretaba contra los huesos como si apenas estuviera cubriendo un armazón de pistones. Llevaba la cabeza afeitada, como todos los tripulantes de la Ligur. Comparado con todos ellos, mi pelo y mi barba, aunque fueran de longitud modesta, parecían una pomposa afectación. La cara de Rowne, que había acumulado unas cuantas cicatrices de quemaduras desde la última vez que la vi hacía dos meses, era angulosa, afilada y curiosa. Los ojos negros evaluaban todo aquello que pasaba ante ellos, sopesando su utilidad y su valor y, desde nuestra primera conversación, mi mayor objetivo se había convertido en que esos ojos no me hallaran deficiente.

Me sonrió. Habría sido capaz de conquistar la galaxia por esa sonrisa. Por suerte, ella no me lo había pedido. Pero desde luego valía la pena. Verla en ese momento me dio las fuerzas necesarias para confiar en que hubiese una salida a la decisión a la que me enfrentaba. También sentí un repentino vuelco en el corazón, porque sabía que esa esperanza era infundada.

—Llegas en buen momento —me dijo Rowne—. Acabo de terminar la ronda. El trabajo en los hangares alfa y beta va bien encaminado, y la demolición en gamma casi ha terminado.

—Entonces, ¿tienes un momento?

Asintió.

—Vamos a mi despacho.

Caminamos de regreso al núcleo. Los aposentos de la tripulación estaban dispuestos en círculo alrededor del centro de control, con los despachos conectados tanto con el puente como con las zonas privadas. Las habitaciones de Rowne estaban en la parte opuesta de la estación desde el hangar delta, así que atravesamos el puente para llegar a ellas. El corazón de la Ligur era un espacio circular en cuyo centro se alzaba el trono de control de Heusen. Las comunicaciones principales y las consolas de mando se encontraban al alcance de su silla rotatoria. Entre las puertas que daban

paso a los despachos, largas ventanas de visualización ofrecían una perspectiva panorámica de los cuatro hangares.

Heusen asintió con la cabeza a Rowne cuando pasamos por su lado.

—Noticias de Kren —comentó. Ariadne Kren era la oficial de recuperación de objetos—. Parece que ha encontrado algo interesante.

—Dile que gamma estará listo para recibirlo cuando llegue.

El despacho de Rowne no era muy espacioso. Apenas había sitio para un sencillo escritorio de hierro. No era más que una plancha de metal sujeta a la pared situada a la izquierda de la entrada. La habitación ya estaba abarrotada con solo nosotros dos de pie junto al escritorio, tal y como nos gustaba. Rowne me pasó los brazos por la nuca, tiró de mí hacia ella y nos besamos. La abracé aferrándome a su fuerza como si ella pudiera mantenerme firme ante los tiempos que se avecinaban. La calidez y la dulzura de sus labios eclipsaron el mundo que nos rodeaba. Al principio, nuestras lenguas juguetearon con suavidad, pero después ganaron insistencia al explorar los dientes y el interior de la boca, redescubriendo aquello que nos era tan familiar y que tanto habíamos echado de menos.

Nos besamos con la tierna ferocidad del anhelo de sentirnos completos al estar el uno con el otro. Cuando nos separamos, fue lo único que pude hacer para no sucumbir ante ella. Habría sido muy fácil. Eso era lo único que yo quería hacer, abrazarla y que me abrazara, sentir cómo se diluían las exigencias del futuro ante la suspensión del tiempo por la presente alegría. Ceder a esta tentación no habría sido justo. Eso sería pensar solo en mis propias necesidades. Eso habría reducido mi amor por ella a una frivolidad, ¿no creéis? Y no lo era.

Aun así, Rowne me miró a los ojos y vio que estaba preocupado. Se colocó en la cara opuesta del escritorio, no para poner distancia entre los dos, sino para darme el espacio que yo necesitaba para respirar y para decir lo que pensaba. No se sentó. Se apoyó contra la pared, cruzó los brazos y sonrió. Sonrió con amabilidad, alentándome. También había en su sonrisa un punto de tristeza, como si ya supiera lo que iba a decirle y se hubiera preparado para escucharme.

—Tienes noticias —señaló— y creo que no son buenas.

—Me han reasignado —anuncié—. Una expedición parte de Aighe Mortis para luchar con los t’au. Debería formar parte de ella.

—¿Cuándo te vas?

Observé que no había usado el condicional. Me estremecí.

—Se supone que me voy en menos de un mes.

Apenas me habían dado tiempo para viajar a la Ligur y volver a Tromos Primero. De esta forma, me habían obligado a gastar casi todos los créditos que poseía en conseguir que el carguero *Fuego Disciplinario* se desviara de su ruta para recogerme en su vuelo de regreso al sistema. Yo debería llegar allí en diez días.

—«Debería formar parte, se supone que me voy» —repitió Rowne—. ¿Por qué te estás expresando de esa manera?

—Ya sabes por qué.

—Explícamelo.

—No quiero irme.

Su sonrisa se desvaneció dejando solo tristeza.

—Yo tampoco quiero que te vayas.

—Dime que no me vaya.

En su risa también había dolor.

—¿Cómo podría? ¿Qué crees que te pasaría si te negaras?

—Lo sé, lo sé. —Sacudí la cabeza—. Pero no soy el más adecuado, Ligeia. No soy misionero. Siempre lo he sabido y ahora lo tengo más claro que nunca. No puedo dejarte.

—Tienes que hacerlo —me replicó con suavidad—. Es tu obligación.

—Mi obligación —repetí. El amargo sabor de aquella palabra me crispó el rostro—. Soy una mentira. Me han colocado en un puesto en el que, a largo plazo, haré más mal que bien.

—Pero ¿qué estás diciendo? Tus sermones son impresionantes.

—Eso me han dicho —resoplé—. Vel incluso me ha pedido que os dé un sermón aquí.

—Eso sería maravilloso.

—Sería una farsa. Soy bueno con las palabras, pero eso no me hace auténtico. Eso no me convierte en buen misionero. No cuando mi espíritu no se refleja en mis actos.

Rowne no me contestó en seguida. Frunció el ceño y recapacitó sobre lo que le acababa de decir.

—¿Tienes dudas? —me preguntó en voz baja.

—Sí —contesté con el mismo tono.

—¿Son muy profundas las raíces de esas dudas?

Su voz se había convertido en un susurro, una mirada de horror esperaba para empañarle la superficie de los ojos.

Sacudí la cabeza.

—No me refería a eso —repliqué un poco demasiado de prisa.

—¿A qué te referías?

—Creo que… —comencé, pero después se me apagó la voz. No estaba seguro. ¿Me refería a que dudaba de mí mismo? Pero eso ya lo había dicho. No podía obligarme a admitir la peor duda de la que ella ahora sospechaba. Ni siquiera ante ella—… no soy apto —confesé.

Pero no era suficiente. Traté de encontrar las palabras adecuadas. Para mí, ese era un problema muy poco habitual. Antes de encontrarlas, sonó un claxon.

—Kren ha vuelto —anunció Rowne—. Deberíamos ir a ver esa maravilla que ha traído consigo.

Salimos del hangar. Caminé a su lado, nuestros hombros casi se podían tocar.

¿Que si pienso alguna vez en lo que podría haber pasado y lo que no podría haber pasado si no hubiera ido a la Ligur? ¿Si hubiera aceptado mi destino con resignación y hubiera hecho lo que me pedían? Sí, pienso en ello.

No tengo ninguna buena respuesta.

Regresamos al puente. Barnabas Macer estaba allí también. Era el jefe de mantenimiento de la estación, la única persona a bordo de la Ligur cuya tarea era recomponer las cosas en lugar de descomponerlas. Era un hombre grande, de piel morena y barbudo, con los dedos de las manos sorprendentemente largos y gráciles. Yo lo había visto tocar conductos rotos con la ternura de un padre que consuela a su hijo. Me dio una palmada en el hombro cuando nos acercamos a él junto al trono de Heusen.

La voz de Kren sonaba por el vox.

—*Es una nave de combate* —estaba explicando en ese momento—. *Es lo único que sé*.

—¿De qué tipo? —quiso saber Macer.

—*Si lo supiera, os lo habría dicho. No me ando con evasivas*.

—Entonces no está intacta —dijo Heusen decepcionado.

—*Lo siento* —se disculpó Kren—. *Es solo una sección del casco. Pero creo que aun así resulta muy interesante*.

—Ahora sí andas con evasivas —intervino Macer.

—*Tal vez*.

—¿Dónde la has encontrado? —preguntó Rowne.

—*Ella me encontró a mí. Estaba a punto de partir hacia el Sistema Anteris para recoger el yate del gobernador, que van a desmantelar, y esta llegó a través del punto Mandeville antes de que yo pudiera dar el salto*.

—Parece cosa del destino —apuntó Heusen.

—*Eso será* —concedió Kren alegre.

Ya se encontraba más cerca, y el remolcador y la carga que transportaba se hicieron visibles a través de las ventanas. Los restos tendrían quizá unos noventa metros de longitud y alrededor de la mitad en su punto más ancho. Tenía una forma irregular, con aspecto de haber sido arrancado de algo mucho mayor mediante una explosión. Entendí por qué Kren no podía identificar la nave. Yo no soy experto en naves de vacío, pero estaba con tres especialistas en recuperación de objetos y ellos estaban tan perplejos como yo. Los restos ni siquiera procedían de la parte exterior de un casco, lo que habría ayudado a identificarlo de alguna forma. Parecía ser una porción del interior de una nave. Se apreciaban los estratos de las cubiertas, aunque se hallaban retorcidos, como si un ente monstruoso hubiera aplastado la nave. Aquel despojo estaba cubierto por el negro hollín de un incendio. A primera vista, no vi nada que me indicara por qué se había molestado en capturarlo en lugar de proseguir su viaje para recuperar el yate. Con aquella nave, ella y sus compañeros de tripulación habrían adquirido con total garantía un material de incontable valor. Lo que transportaba parecía no ser más que un fragmento metálico cuyo fin más útil habría sido enviarlo en una trayectoria hacia el sol del sistema.

—*No parece gran cosa, pero estoy obteniendo lecturas del interior* —dijo Kren.

—¿Sigue operativo? —preguntó Macer abriendo mucho los ojos.

—*Hay algo que sigue generando potencia y hay otra cosa que la recibe. Es cuanto sé*.

—A mí ya me basta —confirmó Heusen.

La gran mayoría de las naves que desmantelaba la Ligur eran civiles. Las naves militares eran muy escasas, pero, cuando llegaban, les

proporcionaban material recuperado del más alto valor.

—*Eso pensé yo* —comentó Kren—. *La llevo al hangar gamma*.

Observamos cómo maniobraba su captura para dirigirla hacia el extremo del hangar. La línea de amarre del remolcador alternó entre rígida y flexible durante la lenta danza de grandes masas, y Kren acercó los restos al hangar con eficiente elegancia. Heusen accionó los controles de amarre y las enormes pinzas se estiraron con majestuosidad hacia los desechos. En cuanto se hicieron con ellos, Kren desamarró la línea y se dirigió a su plataforma, un bloque que sobresalía del centro entre los hangares gamma y delta.

En cuanto Heusen fijó los restos al hangar y accionó el proceso de sellado, salimos del puente para reunirnos con Kren.

Ella nos esperaba en las puertas del gamma. Era una persona pequeña y compacta, de la misma estatura que Heusen, pero de complexión más densa, bien adaptada a los confines de su remolcador. Tenía una amplia sonrisa que en ese momento nos dedicó a todos.

—Pareces muy satisfecha de ti misma —soltó Rowne.

—Eso es porque lo estoy.

Junto a las puertas había una pantalla de pictógrafo. En ella se veía una transmisión del interior del hangar, además de las lecturas de las condiciones atmosféricas y de radiación. Los cinco la observamos con atención en busca de picos artificiales. La entrada del hangar a prueba de vacío estaba abierta de par en par, dando el más alto rango de acceso posible al interior de los desechos. Los servidores se habían congregado en el umbral exterior y estaban inmóviles, inexpresivos, esperando órdenes.

Las condiciones del hangar se mantuvieron estables.

—¿Y bien? —preguntó Kren.

—Creo que necesitamos algo más que unos minutos para estar seguros —dijo Heusen con precaución.

—¿Acaso estamos seguros alguna vez? —intervino Macer.

Heusen se encogió de hombros, dándole la razón.

—Muy bien —exclamó—. Podemos empezar con el sondeo inicial.

—De manera remota —añadió Rowne.

—Sí —coincidió Heusen—. De manera remota. Prepara a los servidores, Ligeia. Los demás, tened un poco de paciencia.

No había ninguna razón de peso para que esperáramos junto a las puertas, pero eso hicimos. Rowne regresó al puente, donde había una terminal que la vinculaba con algunos de los servidores. Desde allí, podía controlar los procedimientos más básicos del hangar. Poco tiempo después de que se fuera, un grupo de servidores se puso en movimiento y avanzó hacia los restos. La pantalla del pictógrafo se actualizó con rapidez y nos permitió ver los resplandores de los cortadores de plasma cuando comenzaron los trabajos para abrir una entrada en aquella masa retorcida, quemada y fundida.

El proceso era lento. Los servidores iban pelando delgadas capas de metal y se producía una pequeña pausa cada vez que hacían un progreso, mientras Heusen monitorizaba las condiciones del hangar. Estas se mantenían estables y no había explosiones por fugas de gas o por roturas en depósitos de plasma. Tras un par de horas, Rowne se volvió a reunir con nosotros y Heusen abrió las puertas del hangar gamma.

Entramos. Rowne se dirigió a la plataforma de control y activó un mayor contingente de servidores. Kren y Macer instalaron un anillo de sensores delante del túnel que los servidores estaban excavando en los restos. Macer trajo un auspex. Heusen cerró las puertas de nuevo y regresó al puente, pero yo me quedé junto a la plataforma de Rowne observando los trabajos, agradecido de tener la mente ocupada en otra cosa que no fuera mi futuro.

—Contiene mucha aleación de adamantium —señaló Rowne—. Eso no se rompe fácilmente.

—¿Y si de verdad sigue habiendo potencia en el interior?

—Entonces tampoco será rápido.

Y no lo fue. Rowne concentró los esfuerzos de los servidores en abrir un único punto de acceso. Macer siguió a los servidores a través del túnel y fue indicando los cambios de dirección a medida que el auspex tomaba lecturas más nítidas. Durante el transcurso de las diez horas siguientes, el túnel se convirtió en una madriguera que ascendía en diagonal a través de un amasijo de revestimiento roto. Macer y Kren se turnaron para seguir a los servidores con el auspex. Tras las primeras horas tuvieron que llevarse también una unidad vox para enviar los informes. Cuanto más se internaban en el túnel, más se reconocía la forma de una nave. En la décima hora, los servidores recortaron otro enorme derrumbamiento y entraron en una

cubierta intacta. Una vez eliminada la interferencia de las paredes derruidas, las lecturas del auspex se hicieron más claras.

—*El camino está despejado* —informó Kren por el vox—. *Parece que, no mucho más adelante, hay un campo de estasis*.

Lo más seguro habría sido que Heusen los hubiese hecho regresar a todos y que un oficial hubiese ido a confirmar la lectura de energía. Pero si cualquiera de los miembros de la tripulación de la Ligur hubiera estado preocupado por la seguridad, ninguno habría estado en la estación. Así pues, entramos todos. Por derecho de descubrimiento, Kren iba al frente.

—Aquí dentro no estamos más cerca de identificarla de lo que estábamos en el exterior —replicó Macer.

El fuego había barrido las cubiertas con tal furia que había derretido las superficies y chamuscado todas las marcas.

—Me pregunto qué sucedió aquí —dije.

—Una guerra —repuso Rowne. Ella había sido testigo de todo aquello en mayor medida que yo, y de un modo mucho más directo—. Lo que sucedió fue una guerra. —Señaló un fragmento de mármol que revestía una pared—. Fuera cual fuera esta nave, no era una cualquiera.

—Nos acercamos al campo de estasis —dijo Kren con los ojos fijos en el auspex.

Ralentizamos el paso y caminamos en silencio por un estrecho pasillo. Después, giramos a la derecha a través de una puerta abovedada y allí encontramos al ángel.

La sala parecía espaciosa comparada con el túnel y los pasillos destrozados. También había sido arrasada por el fuego. A decir verdad, estaba siendo arrasada. Era cuadrada, de unos cinco metros de lado por unos seis metros de altura. Al otro lado del umbral, el aire crepitaba y Rowne me puso una mano en el hombro para retenerme. La sala estaba mantenida en estasis. Había metralla suspendida en el aire, desechos congelados en el momento de explotar y, en el centro de la habitación, había un Space Marine.

¿Habéis visto alguna vez a un ángel del Emperador? Yo no, hasta aquel momento. Para mí siempre habían sido mitos vivientes. Sabía que existían. Conocía sus hazañas. Pero eran meras leyendas que contar, cosas ante las que maravillarse. Eran héroes tan alejados y tan por encima de los

mortales comunes que, aunque podía creer en ellos, no lograba concebirlos. No del todo. Hasta ese momento.

La armadura del Space Marine estaba destrozada. Debió de suceder antes de que se activara el campo de estasis, porque los trozos rotos y quemados de ceramita y plastiacero se amontonaban a los pies del Space Marine. Había quedado congelado mientras se alzaba de puntillas con los brazos levantados y extendidos hacia los lados, con la boca abierta y los ojos cerrados, en una postura que de inmediato reconocí como éxtasis de fervor religioso. Tenía el pelo dorado y, aunque sus rasgos y su cuerpo estaban cubiertos de quemaduras y cicatrices, era la perfección personificada. Sus heridas eran insignias de honor, cada una de ellas era un paso hacia el arrebatamiento que ahora yo contemplaba.

Había un montón de escombros pedregosos a cierta distancia del Space Marine. Al igual que su armadura, estaban demasiado despedazados para reconstruirlos, pero había alguna pieza de mayor tamaño que sugería lo que habían sido antes. Eran curvilíneos, y estaban demasiado ornamentados para tener alguna aplicación práctica. Además, su ubicación dentro de la sala con respecto al ángel, cerca de la pared y de cara a él, me indicó lo que habían sido aquellos escombros.

—Esto era un altar —dije. Mi voz fue un chasquido.

Me quedé mirando al Space Marine, con mis sentimientos golpeando las rocas del sobrecogimiento y de la vergüenza. Él era un ideal y también era un reproche. Era el sueño de la fe miliciana hecho carne y mi pesadilla, porque él era más de lo que yo jamás llegaría a ser. En aquel arrebatamiento inmóvil vi lo que yo nunca había querido, aunque debiera haberlo hecho.

Me alejé del umbral tambaleándome. Quería taparme los ojos, pero no podía. La visión de aquel ángel me abrasó hasta lo más profundo del alma. Incluso me robó las fuerzas para gritar cuando contemplé el desolado páramo de mi existencia patética y egoísta.

¿Sabéis lo que es querer gritar, necesitar gritar, y ser incapaz de hacerlo? Tal vez lo sepáis. Creo que podríamos tener eso en común. Ya sabéis lo que sentí entonces.

Sí, tenéis razón. Me volvería a ocurrir en los días siguientes. Más de una vez.

Sí, seguía siendo un ingenuo, eso también es cierto. Pensaba que eso era lo peor que me podía ocurrir. Pensaba que aquel era el peor dolor que

podía experimentar.

Por el Trono, qué equivocado estaba.

—¿Cómo que no vas a liberarlo de la estasis? —espeté.

Heusen levantó la mano para apaciguarme.

—Es una situación complicada —me dijo.

Estábamos en la cantina de la Ligur, una sala fuera del puente que poseía una mesa lo bastante grande para acomodar a los cuatro oficiales. Rowne y Macer se encontraban en el hangar gamma. Heusen y Kren comían raciones precocinadas consistentes en una sopa gris y una tajada gris de proteína. Yo me había ido a buscar a Heusen después de lo que me había dicho Macer. Había conseguido acceder a los conductos de energía que alimentaban el campo de estasis y, aunque la actual fuente de potencia seguía enterrada en algún punto de la nave, Macer tenía algún tipo de control sobre él.

—¿Vas a apagarlo? —le había preguntado yo.

—No, lo estoy estabilizando —me había contestado Macer y, cuando me puse a gritar, redirigió mi ira hacia Heusen. Macer actuaba siguiendo sus órdenes.

—¿Cómo que complicada? —espeté—. La situación no podría ser más sencilla. ¡Es uno de los ángeles del Emperador! ¡Nuestra obligación es liberarlo!

—¿Ah, sí? —replicó Kren.

—¿Cómo no iba a serlo?

—¿Qué sabes tú de la fisiología de los Marines Espaciales? —preguntó Heusen.

—Nada. ¿Por qué?

—Porque yo tampoco sé nada. ¿Y por qué crees tú que está en estasis?

—No lo sé —admití.

—No lo sabes —afirmó Heusen—. Ninguno lo sabemos.

—Esto no es una cámara de estasis —intervino Kren.

Heusen asintió.

—Lo que complica aún más las cosas. ¿Fue colocado ahí deliberadamente, por sí mismo o por otra persona? ¿Y es esta situación accidental, resultado del daño que sufrió la nave? ¿Qué le pasará a él si

apagamos el campo? ¿Y si está al borde de la muerte? Oswick, no tengo respuestas para estas preguntas. ¿Quieres asumir la responsabilidad de su muerte si tomamos una decisión equivocada?

Dudé, y después respiré hondo.

—Si es lo que debo hacer, entonces…

Heusen levantó una mano para cortarme.

—Era una pregunta retórica. No tienes esa responsabilidad porque no tienes autoridad. Yo sí. Así que yo digo que esta situación es demasiado complicada.

Me volví hacia Kren con una muda súplica de ayuda. ella se comió otra cucharada de gélida proteína y negó con la cabeza.

—Entonces, ¿qué? —exigí a Heusen—. ¿Vas a dejarlo así de manera indefinida?

—He enviado informes de lo que hemos encontrado. Esperaremos órdenes y no haremos nada hasta que lleguen.

Resoplé. No había astrópatas en la Ligur. El mensaje de Heusen tardaría días en llegar a Tromos Primero y no había capítulos de los Marines Espaciales en el sistema. Desde Tromos Primero habría que enviar un mensaje astropático, y aún quedaba la cuestión de si alguien sabría adónde y a quién habría que enviarlo. Y después habría que esperar la respuesta, si es que la había. Las comunicaciones con las instalaciones del desguace eran lentas e inseguras. Estaba diseñado para ser autosuficiente con una mínima necesidad de comunicaciones excepto con las naves que se encontraban cerca. Pasarían semanas antes de que nos dijeran algo.

—¿Y, hasta entonces, no haremos nada? —inquirí.

—No —contestó Heusen—. Hasta entonces, trabajaremos. —Me lanzó una mirada afilada—. Los demás tenemos aquí muchas ocupaciones.

Me hallaba en el cuarto de Rowne, sentado a su lado sobre el catre. El turno había terminado, un ciclo de la estación completo había pasado desde el descubrimiento del ángel. Era la primera ocasión que teníamos de estar unas horas juntos desde mi llegada. Ella había apagado la mayor parte de las tiras lumínicas y la luz que se filtraba desde su despacho bañaba el cuarto como un tenue anochecer.

Rowne me colocó una mano en la mejilla y yo me incliné hacia su contacto. Lo hice con tal dolorosa necesidad que ella se dio cuenta. Retrocedió y colocó su mano sobre la mía.

—Estás afligido —me dijo.

No era la forma de pasión más atractiva.

—Lo siento —respondí—. No puedo dejar de pensar que puede que sea la última vez que siento tus caricias.

—Es posible —afirmó—. Entonces, nuestro último recuerdo ¿debe ser uno triste?

—No es mi intención que lo sea. Pero veo un futuro sin ti y no puedo evitar entristecerme.

—Miras demasiado al futuro. Te olvidas de que lo que en realidad posees es el presente.

—Eso no me basta —suspiré.

—Así debe ser. Has sido reasignado para salir del sistema.

—Hablas como si te hubieses resignado a dejarme partir.

—No tenemos elección, Oswick.

Sabía que tenía razón, pero me negué a aceptar que la tuviera.

—Quiero luchar por lo nuestro —confesé—. Ojalá tú también quisieras.

—Claro que sí. —Me apretó la mano—. Estoy luchando mucho por ello. Tú eres el que se quiere marchar.

—Me estoy regodeando en mi propia miseria, ¿no es así? Cuando debería disfrutar del momento.

—Sí —dijo ella en voz baja.

Le brillaban los ojos en la oscuridad, y por la crispación de su mano sabía que le había hecho daño.

Mi rostro se arrugó en un rictus y me quedé mirando el suelo.

—Vamos a suponer —dijo Rowne hablando en voz baja, el cálido y fluido tono que yo ya estaba echando de menos—. Vamos a suponer que utilizas tus contactos familiares para abandonar la misión sin ser encarcelado. Vamos a suponer que es posible.

Hizo una pausa para dejarme contemplar la enorme inverosimilitud de lo que acababa de decir.

—Vamos a suponer que puedes quedarte en Tromos. Y ¿por qué no? Vamos a suponer también que puedes venir a la Ligur hasta una vez al mes.

Eso también era muy poco probable. El esfuerzo y el coste de romper constantemente el aislamiento de una estación diseñada para estar lo más aislada posible serían ingentes. La fantasía que ella estaba urdiendo sonaba cada vez más ridícula, aunque en realidad lo único que estaba haciendo era expresar con palabras las esperanzas a las que yo me aferraba con letal frenesí.

—Te entiendo —expresé cansado.

—Todavía no he terminado, y esto es importante. ¿Estás suponiendo todas estas cosas?

—Sí, lo estoy —asentí, dejándome llevar.

—Bien. Escúchame. El presente sigue siendo lo único que tenemos. No habrá futuro. ¿Cuánto tiempo crees que viviré, haciendo lo que hago?

El aliento se me quedó atascado en la garganta. Esa era una pregunta que no soportaba contestar. Esa pregunta, jamás.

Rodeó mi mano con las suyas.

—Tengo que vivir el ahora —prosiguió—. No puedo permitirme el lujo del mañana.

Había una decisión que tomar, y ella me pedía que me enfrentara a ella y eligiera el camino correcto. Me estaba indicando la dirección que debía escoger. Lo único que tenía que hacer era seguirla.

Ahora lo sé. Y, aunque sigo reviviendo aquel momento, por todo lo que derivó de él, no consigo decidir si también lo supe entonces. No me acuerdo. Me gustaría volver a mi antiguo yo y preguntarle: «¿Lo sabías? ¿Acaso lo sabías?».

También me alegro de no poder hacer tal cosa.

Da igual si sabía lo que hacía o no, me negué a andar por donde ella me indicaba.

—Vivir el momento no es suficiente para mí —me obstiné—. Ojalá tú lucharas por el mañana. Ojalá creyeras que lo nuestro merece el esfuerzo.

Me soltó la mano y apretó los puños en señal de frustración.

—¿Qué quieres, Oswick? ¿Que nos tachen de herejes será lo único que te satisfaga? ¿Vas a tirar por la borda el presente y también el futuro?

—No seríamos herejes.

—¿Cómo, por el Trono, puedes decir eso? Sería desobediencia hacia la voluntad del Emperador. Sobre todo, tú.

—No sabemos cuál es su voluntad.

Se quedó un momento en silencio.

—¿Has olvidado por completo quién eres? —me preguntó por fin, con una voz que apenas pude oír.

—No. Desearía saber cuál es su voluntad, pero no lo sé. Creo que sería peor fingir que lo sé. ¿Por qué no puede ser su voluntad que tú y yo estemos juntos? Nuestro encuentro era improbable.

Rowne se levantó.

—Ni siquiera piensas lo que dices. Antes te he preguntado lo profundas que eran tus dudas y no me has contestado.

Seguí sin darle una respuesta.

—He dicho que ojalá supiera cuál es la voluntad del Emperador. ¡Ojalá! Quisiera saberlo. —Me detuve, mis pensamientos se concentraron en el hangar gamma—. Igual que lo sabe él.

—¿Quién?

—El Space Marine.

Me sonrió.

—Te gustaría hablar con él, ¿verdad?

—Sí.

Su sonrisa se desvaneció.

—Oh. Lo dices en serio.

—Sí. Pero Heusen no lo va a liberar del estado de estasis.

—Por un buen motivo. Debemos esperar indicaciones.

—Esa respuesta no llegará hasta mucho después de que me haya ido —señalé.

—Entonces, si acaso, lo que el Space Marine tenga que decir no es para ti. Tu destino está en otro sitio.

—Eso es trivial, Ligeia.

—No lo es. Es cierto. —Ahora estaba enfadada—. No puedes tenerlo todo *ipso facto* —replicó.

—No espero tal cosa.

—¿De verdad? Tú lo quieres todo en los términos que a ti más te convienen.

En ese momento me puse en pie, respondiendo a su enfado con el mío propio para defenderme, devolviendo el golpe, porque sabía que tenía razón.

—Puede que sí —solté—. Tal vez no sea lo correcto. Pero ¿qué me dices de ti? ¿Tú no tienes ningún término? ¿Aceptas todo lo que sucede sin tener ningún pensamiento? «Oh, mira, he perdido otro brazo. No hay nada que hacer, es lo que tenía que pasar».

Rowne me miró fijamente.

—Vete —dijo.

Debí haberme disculpado. Por el Trono, debí intentarlo. Pero en vez de eso salí de su cuarto como una exhalación.

Las raciones en la Ligur no eran motivadoras, sino suficientes para seguir viviendo. No obstante, había otras provisiones que velaban por la moral en lugar de la simple subsistencia física. Uno de los cargamentos más cruciales en cualquier nave de abastecimiento era el amasec. Yo había traído también mi propia reserva sabiendo que Rowne y yo querríamos compartirlo. Ya lo habíamos hecho, aunque sus efectos me habían puesto de mal humor y discutidor. Cuando salí del cuarto de Rowne, me pasé por la cantina y cogí otra botella.

Me tomé unos generosos tragos directamente de la botella mientras caminaba. Hundido en mi dolor, convencido de la injusticia de la galaxia, quería emborracharme para tener una excusa para ir a donde ya me estaba dirigiendo. Aunque me di un tiempo para recapacitar. Primero fui a la capilla. Era una cámara situada junto al puente, mucho más grande de lo necesario para el número de tripulantes que había allí, y era el único lugar en toda la estación con algo de ornamentación artística. Incluso tenía oro con incrustaciones en bronce. Miré hacia el altar, hacia las cuencas vacías de la calavera alada. Me alegré de que Heusen no me hubiera insistido en dirigir la oración de la tripulación. No tenía nada que decir.

Allí no encontré consuelo.

Tampoco recibí calidez alguna del amasec. Abandoné la botella junto al altar y salí de la capilla.

Caminé hasta el hangar gamma. Allí, los servidores transportaban los restos que habían sido extraídos del túnel y los arrojaban al sistema de eliminación de residuos. Otros trabajaban en partes de la nave que habían sido cortadas del cuerpo principal. Se estaban eliminando las capas exteriores. Pasé de largo junto a ellos, serpenteando entre islas de trabajo

donde los servidores cortaban metódicamente los grandes huesos metálicos de la nave. Me tambaleé una vez, cuando calculé mal la velocidad de un servidor, y casi colisioné con él. Durante un instante estuvimos cara a cara, sus vacíos y muertos ojos mirando a través de mí, antes de apartarme de un salto de su camino. Después, entré en el túnel y caminé como si tuviera un propósito creíble.

Creo que sí tenía uno, pero era demasiado ambiguo para utilizarlo como guía.

Había servidores fuera de la sala de estasis. Uno de ellos no se movía, un mecadendrito lo conectaba al control de estasis de Macer, manteniéndolo preparado para actuar si las condiciones cambiaban de manera inesperada. El otro se llevaba más restos a rastras. Pude oír a más servidores en las cercanías. No estaban agrandando el túnel mientras la tripulación dormía, sino que reforzaban el camino que ya habían abierto en aquel objeto recuperado.

Rocé al servidor inmóvil al pasar junto a él y me detuve en el umbral, intimidado por el campo de estasis. Observé al Space Marine, la subyugación de la fe absoluta. Él no podía hablarme, pero yo le hablé a él.

—¿Qué sabes tú sobre las dudas? —pregunté—. ¿Sabes siquiera que existe algo así? Yo sé la verdad sobre el Dios-Emperador —le conté al ángel—. Yo creo en ella. Ligeia me preguntó la profundidad de mis dudas. No son tan profundas para cometer herejía. Dudo de mí mismo, no del Credo Imperial. Creo en el Credo. Yo…

El rostro inmóvil y estático me provocó dolor, pero no aparté la mirada.

—Creo que sí —admití. Apenas fue un susurro. Esas tres palabras me horrorizaron en cuanto pasaron por mis labios. Me ardió el rostro por la vergüenza. Al mismo tiempo, me cosquilleó la piel por la emoción de expresar esa terrible verdad.

Ese momento quedó atrás al seguir contemplando aquel rostro, y empecé a reír aliviado. Hablar sobre la posibilidad de sentir dudas las había exorcizado. No había manera de permanecer escéptico cuando me encontraba con la prueba de la Verdad del Emperador ante mí.

—Yo creo —confesé, y esas palabras sonaron auténticas en aquel momento. Desterrar las dudas es fácil cuando uno se enfrenta a un milagro

—. Pero no siento la Verdad tal y como debería. ¿Cómo puedo predicarla cuando no la siento? ¿No soy, en el fondo, un hipócrita?

El Space Marine me contestó con su arrebatamiento silencioso.

—Estas palabras no tienen sentido para ti, ¿verdad? Tú no puedes dudar siendo un ángel. Tu existencia es la prueba de la divinidad del Dios-Emperador. En ti no hay espacio para la hipocresía.

El Space Marine contemplaba la fuente de su éxtasis. Seguí la dirección de su mirada, pero allí no había nada.

—Tú sientes la Verdad. Tú eres la Verdad. ¿No me podrías enseñar? Si yo pudiera sentir lo que tú sientes, sabría cuál es mi camino. Aceptaría mi destino…

Me detuve al ahogarme con mi propia mentira.

—No —aseveré—. Ambos sabemos que eso no es cierto. Yo no estoy hecho para esto. Y no lo entiendo. No entiendo cómo el Credo Imperial puede ser la Verdad, aun pareciéndome una mentira.

En cierto modo esperaba que el servidor inerte cobrase vida y me derribara. El éxtasis helado de la cámara me condenaba, y mi resentimiento se revolvió.

—No quiero este destino. Yo no lo pedí. ¿De qué me sirve la Verdad cuando lo único que me da es dolor? Y si me marcho, ¿de qué serviré si odio todos los instantes de mi existencia? Al menospreciar mi obligación, sin duda haré más mal que bien. Sería mejor liberarme. —Hice una pausa —. Ambos deberíamos ser libres —murmuré.

Me enderecé. Traté de sentirme como si estuviera manteniéndome firme.

—¡Si no vas a enseñarme, tampoco me juzgues! —grité apuntando al Space Marine con un dedo. Mi voz vaciló en mi fingida seguridad cuando intenté intimidar con la mirada aquel rostro que contemplaba la divinidad. Mi ira permaneció firme—. Qué fácil lo tienes tú. Estás fuera del tiempo. Las dudas no podrán alcanzarte. —Tomé aliento—. Tu presente es eterno. —Escupí esa frase con toda mi amargura. Pensé que, si escupía sobre el suelo, la piedra se disolvería. Quería apuntar con el dedo al Space Marine y preguntarle a Rowne si era así como ella quería aferrarse al presente—. ¡No hay nada a lo que aferrarse! —le grité a la mujer ausente y al Space Marine sordo—. El presente acaba cuando llega. Si no hay un futuro, ¿de qué sirve el presente?

Sin respuesta, siempre y para siempre sin respuesta, solo ese arrobamiento acusador, egoísta, despreocupado e interminable.

Mi mente vagaba entre la ira y el odio hacia mí mismo.

—Me pregunto si tu alegría resistiría al tiempo —murmuré—. Me pregunto si, en ese caso, serías tan santo.

Estaba proyectando mi dolor y mis dudas sobre el Space Marine. Ya entonces supe lo que hacía. El dolor que sentía, no obstante, era demasiado intenso para remitirlo con la razón.

Lo que hice a continuación fue debido al dolor. La galaxia estaba decidida a demostrarme lo injusta que era. ¿Quién no habría atacado? Solo soy un ser humano.

No fue la peor decisión que tomé. Tampoco resultó difícil. Tal vez debería haberlo sido, pero no lo fue. Y, en realidad, no creo que vosotros lo hubierais hecho mejor. No en mis circunstancias.

—Tú también deberías enfrentarte al tiempo —le dije al Space Marine.

Me giré para observar la unidad de control de Macer. Al principio me pareció complicada, porque soy totalmente ignorante en cuanto a maquinaria se refiere. Había numerosos medidores, y sus runas iluminadas no significaban nada para mí. Tras examinar el voluminoso dispositivo, decidí que las lecturas no eran importantes en cuanto a mí me concernía. Monitorizaban la estabilidad del campo de estasis y el flujo de energía. Dos grandes sondas sobresalían de la parte trasera de la máquina y se introducían en el conducto que los servidores habían dejado al descubierto al abrir la pared junto a la entrada.

—Me dais igual tú, tú y tú —señalé mirando los puertos de los mecadendritos y el racimo de esferas que, según mis suposiciones, daban órdenes al servidor cuando eran necesarias. Al final, lo más importante era la pesada palanca que había en un lateral. Macer había necesitado usar algo para iniciar el funcionamiento de la máquina. Si ese control no era lo que él había utilizado, claramente era lo bastante importante como para hacer algo valioso.

Lo que aquello iba a hacer, pensé, iba a tener mucho valor para mí.

Tiré de ella antes de darme la ocasión de recapacitar.

Los medidores emitieron unos resplandores rojizos. Comenzaron a sonar cláxones, lanzando un aviso de pánico. El servidor se revolvió cuando

una fuerte sacudida lo atravesó. Los mecadendritos se soltaron y el servidor, que se puso a andar hacia adelante, chocó con el campo de estasis. Siguió tratando de caminar en esa misma dirección, pero la pared invisible le impedía avanzar. El servidor se movía sin objetivo ni misión alguna.

Del conducto de energía manó una potente luz azul. La energía se propagó en arcos por la sala y yo me aparté de su camino de un salto, encogiéndome de miedo en la entrada cuando la sala se llenó de luces estroboscópicas. La cámara del ángel se sacudió, los niveles de energía ascendían y remitían constantemente. Después, explotó el conducto. Una manguera se desprendió por sí sola de la pared y se agitó como una serpiente furiosa. Colisionó contra la unidad de control de Macer, en la otra parte del túnel. Liberó un ensordecedor rayo de energía que surgió de la cubierta en ruinas en dirección al hangar y, luego, murió en el pasillo sin completar su recorrido.

En la cámara, el campo de estasis resplandeció una vez y, luego, se evaporó. La explosión que había contenido siguió su camino. La metralla se incrustó en las paredes y pasó silbando sobre mi cabeza. El altar del Space Marine cayó hecho trizas al suelo. Y el Space Marine completó su acto de adoración.

Abrió aún más los ojos. Arqueó la espalda. Llevó los brazos atrás como si quisiera abrazar el infinito.

—*¡Salve!* —gritó. Su voz era atronadora, majestuosa y extrañamente desafinada.

Pude oír el éxtasis que antes solo había visto, y condujo aquel arrebatamiento más allá del éxtasis hasta alcanzar una perfecta agonía.

—*¡Salve!* —volvió a gritar y, aunque me tapé los oídos, no pude evitar que me taladrara ese terrible alarido. Se me nubló la mente y tuve que soportar una ciega confusión. Temer al Dios-Emperador era correcto, pero nunca me había imaginado que experimentar la divinidad fuera una tortura semejante.

Los ojos del Space Marine estaban repletos de locura. Di gracias por que aquello que él había visto estuviese más allá de mi visión y de mi concepción. Volvió a gritar, y su voz no era la correcta. En lo más profundo de mi alma supe que no era la voz correcta.

—*¡Salve!* —aulló—. *¡Salve, salve, salve, El que Transforma las Cosas!*

Y, en ese instante, el ángel se transformó.

El Space Marine creció. Sus miembros, ya grandes de por sí, se engrosaron hasta parecer tan anchos como pilares. Se encorvó hacia delante gritando su oración y una fila de pinchos sobresalieron por la piel de su espalda. Sangre y negro icor los empapaban conforme emergían de la espina dorsal. Se curvaron y se retorcieron en todas direcciones, y fueron apareciendo más cuando el torso creció. Unos parecían dagas. Otros eran el doble de largos que mi brazo. Una brutal sacudida hizo presa del Space Marine, tan potente como para hacer temblar el suelo. Comenzó en la base de la nuca y descendió a lo largo de la espina dorsal, obligándolo a encorvarse todavía más, haciéndolo casi caer. Cuando el temblor llegó al final de la espina dorsal, la parte baja de la espalda hizo erupción y emergió una cola que se desenroscó entre un chorro de carne licuada. Estaba segmentada como el cuerpo de un insecto y cubierta por todas partes de retahílas de pinchos hasta culminar en un racimo de arpones. Un líquido verde goteaba desde la punta y, allí donde caía, el suelo siseaba y formaba filamentos que se retorcían y parecían formar runas profanas.

La cabeza del Space Marine creció con el resto del cuerpo. El cráneo se ensanchó a lo alto y a lo largo. Los ojos se le alargaron, similares a los de las serpientes, sus pupilas se multiplicaron como una enfermedad, y los párpados se derritieron en la carne que se estiraba y mutaba, se estiraba y mutaba.

—*¡Salve, salve, salve, El que Transforma las Cosas!*

El cántico aumentó de volumen y las paredes de la cámara temblaron. Yo no sabía cómo podía cantar aquel monstruo, cómo pronunciaba las palabras, porque su boca ya no era humana. Aulló y sonaron dos voces al unísono: el rugido de una bestia demente y la oración de un devoto insensato. Las mandíbulas se abrieron a medida que crecían y se separaron. Una sangre negra lo salpicó todo desde los músculos y la carne destrozados. Las fauces se retiraron dividiéndose en cuatro segmentos, cada uno de ellos largo y sobresaliente, con dientes y escamas de reptil, pero unidos como si fueran mandíbulas. Desde el interior de la boca de aquella cosa salió una lengua. Estaba curtida y revestida de una espesa y viscosa capa de babas. Era bífida, y los dos extremos se movían independientemente. Y en el

centro de la bifurcación, había otra boca. Estaba abierta y revelaba unos dientes humanos, en la que, al mismo tiempo que las fauces grandes rugían, la lengua salmodiaba.

Golpeado por el doble sonido de la furia envuelta en adoración, retrocedí tambaleándome. Abrí y cerré la boca sin cesar. Intenté aferrarme a algo, lo que fuera, pero no encontré nada. Mientras el ángel se convertía en una abominación, un engendro de pesadilla, yo pedí socorro, pero nadie vino en mi ayuda.

El cambio aún no se había completado. Los miembros superiores brotaron de los hombros del monstruo. Eran totalmente insectoides, con al menos doce uniones cada uno. Tenían un alcance de más de cuatro metros y terminaban en unas pinzas con aspecto de poder partir a un taurox. La piel del monstruo se oscureció y formó sombras de color carmesí oscuro y negro. Dejó de rasgarse y se endureció hasta convertirse en un exoesqueleto. Sin embargo, aunque ahora parecía sólida como el hierro, seguía ondeándose, como si las fuerzas de su transformación aún la mecieran.

—*¡Salve, salve, salve, El que Transforma las Cosas!*

Como el campo de estasis ya no existía, el servidor entró en la habitación y se colocó en el camino del monstruo. Aquella cosa volvió sus ojos elongados hacia la figura, estiró un brazo y cerró la pinza alrededor de la cintura del servidor, alzándolo en el aire.

El servidor no reaccionó. Seguía moviendo las piernas como si caminara. El monstruo esperó un momento, como si esperara algún peligro. Al comprobar que no llegaba ninguno, cerró la pinza con un chasquido y partió al servidor por la mitad.

El servidor no mostró dolor ni miedo cuando le partió el cuerpo en dos. No podía. Aun así, cuando el hueso se rompió, la sangre manó y sus intestinos cayeron con fuerza sobre el suelo, yo me enfrenté al hecho de que eso había sido un ser humano y de que no había nada que me distinguiera a mí de esas tajadas de carne sacrificada si el monstruo me agarraba a mí.

Desde la entrada de la cámara observé la transformación y el asesinato del servidor embargado por una parálisis física y espiritual. Me parecía estar flotando junto a mi cuerpo. Estaba entumecido por el miedo y el horror. Todo rastro de razón había abandonado la galaxia y yo no podía reaccionar. No comprendía lo que estaba viendo. No había nada en mi entrenamiento ni

en mis estudios que permitiera esta realidad. Todo cuanto yo creía, todo cuanto consideraba verdadero, se hizo añicos ante la existencia de ese monstruo.

Había creído que el Space Marine era la prueba de la divinidad. Por el contrario, el monstruo era su refutación.

Esa fue la demoledora sensación que se acumuló en mí durante el eterno instante de la transformación y el agarre del servidor. Pero, en cuanto cayó al suelo el cuerpo mutilado, me percaté de otra cosa y empecé a recuperar el control sobre mis pensamientos y mis extremidades. Ese monstruo era la prueba de lo sobrenatural. Era una abominación que contradecía la Verdad del Emperador y, al hacerlo, confirmaba esa Verdad. Yo había pedido el fin de mis dudas. Y ahí estaba, delante de mí.

Y yo era misionero del Adeptus Ministorum. Yo era la voz que difundía la palabra del Emperador. Aquí, ahora, en ese terrible punto crítico, yo representaba al Emperador. A través de mí, él desterraría a aquella abominación de la existencia. Mi obligación era actuar.

Aquel no fue el momento decisivo, pues no había ninguna decisión que tomar.

Eché mano al cinturón, guiado por un instinto que había creído no poseer. Agarré el símbolo del Emperador, una calavera alada sobre una vara de hierro, y lo alcé ante mí. Las palabras acudieron a mis labios, palabras que hasta ese momento habían sonado vacías, porque fue entonces cuando vi lo que esas palabras debían combatir.

—En nombre del Emperador de la Humanidad, nuestro padre, nuestro guardián y nuestro dios, vete, bestia inmunda.

El monstruo inclinó la cabeza. Sus ojos profanos me miraron y parpadearon con curiosidad. Abrió y cerró las pinzas dando chasquidos en el aire. La boca que había en la lengua dejó de salmodiar por un momento y se quedó abierta, recubierta de babas, esperando a que yo terminara.

Di un paso adelante y estiré el brazo hacia el monstruo. Sujetaba el icono con fuerza. Estaba resbaladizo por el sudor.

—Regresa a la inmunda cloaca de la que has surgido —le ordené—. Reniego de ti, te destierro. ¡Yo te expulso! ¡Que ningún ojo humano te vea, que ninguno te oiga, que ningún corazón humano vuelva a sentir tu presencia nunca más! ¡Vete, abominación! ¡Vete!

A pesar de lo aterrorizado que estaba, sentí una ráfaga de orgullo por haber sido capaz de encontrar las fuerzas necesarias para mantenerme firme. Y también sentí los primeros síntomas del auténtico éxtasis religioso. El arrobamiento que había visto en el Space Marine ahora sería mío, porque sentiría la mano del Emperador. Sentiría su voluntad actuando a través de mí. Conocería la gracia y la ira del Emperador cuando barriera entre llamas al monstruo de la existencia.

No ocurrió nada.

El monstruo salió de la cámara hacia mí, con los pinchos erizados y chasqueando las pinzas en el aire. Alargó una de sus enormes zarpas hacia el suelo y recogió la mitad superior del servidor, le arrancó la cabeza y tiró el resto del cadáver. Envolvió la cabeza con la lengua, revistiéndola de baba viscosa, y la carne resbaló del cráneo, convertida en una masa densa y rosada. El monstruo alzó el cráneo ante sí, copiándome y burlándose de mí. La lengua se retiró a las profundidades de las fauces y, después, volvió a salir serpenteando. En medio de un triunfante rugido, llegó otra vez el cántico.

—*¡Salve, salve, salve, El que Transforma las Cosas!*

El Emperador me había fallado. Y el monstruo cargó. Lanzó el cráneo del servidor, que se estrelló contra la pared por encima de mi hombro. Abandonado y despojado de todo, corrí.

Eché la mirada atrás cuando alcancé el principio del pasaje que cruzaba la zona más densa de los restos. Aquella cosa, sin ninguna prisa, atravesó el pasillo a zancadas. Iba encorvado hacia delante, su deforme cabeza rozaba el techo. Los pinchos arañaban las paredes a ambos lados.

Adelanté a un servidor mientras recorría de nuevo el camino por donde había venido. Este, incapaz de desviarse de su tarea programada, se dirigió directamente hacia el monstruo. Escuché un crujido y un chapoteo cuando colisionó con la abominación. No volví a mirar atrás.

El túnel parecía interminable, un zigzag irregular en la oscuridad. Choqué contra las esquinas y reboté contra las paredes mientras corría. Mis vestiduras se rasgaron con varias protuberancias. Mi túnica sagrada, la insignia de un oficio inútil. Iba dejando jirones de ropa a mi paso cuando,

por fin, vi las luces del hangar gamma delante de mí. Me zambullí en ellas, pues el hangar me brindaba seguridad.

Todavía no había acabado de hacerme ilusiones.

Detrás de mí, las pisadas pesadas de la bestia retumbaban, como el sonido de un tambor al ritmo de los chillidos ululantes de «*¡Salve! ¡Salve! ¡Salve!*». Cuando salté de los escombros hacia el hangar, las dos bocas del monstruo aullaron al unísono.

—*¡TZEEEEEEEEEEENTCH!*

Como el hangar me había prometido luz, yo lo consideré un lugar seguro. Ahora solo era un espacio aún más grande que yo debía atravesar. Las puertas abiertas estaban a un mundo de distancia. Los cláxones aquí eran ensordecedores, su lamento reverberaba contra las paredes, y el ejército de servidores los ignoraban, bloqueados en sus tareas asignadas, por lo que seguían cortando piezas metálicas y transportando restos hasta el sistema de eliminación de residuos. En aquella zona se apilaban los desechos de la nave muerta, un laberinto de huesos industriales del que yo tenía que salir para llegar a las puertas.

Corrí dando vueltas como un loco por la zona de demolición, y el suelo vibró con nuevos golpes cuando el monstruo entró en el hangar.

Deseé tener un cortador de plasma cuando adelanté con rapidez a los servidores, los pulmones me dolían por el esfuerzo. No sabía si un cortador le haría algo al monstruo. Solo quería tener algo que me diera una pizca de esperanza. Estaba rodeado de seres cuyas herramientas podían ser utilizadas como armas contra el monstruo, pero ellos nunca atacarían por voluntad propia.

Había recorrido menos de un cuarto del camino, demasiado aterrorizado para mirar atrás y ver lo cerca que se encontraba mi final, cuando rodeé un montículo de desechos sobre el cual los servidores trabajaban como arañas en una colina, y descubrí que ya no estaba solo. Había un camino recto por delante de mí a través de los restos desmantelados que se extendía hasta casi llegar a las puertas, y Heusen corría hacia mí.

Miró por encima de mi hombro y se le abrieron los ojos. En ese mismo momento, se oyó un tremendo crujido metálico.

—*¡El que Transforma las Coooooosas!*

La estúpida oración resonó por todo el hangar, ahogando los sonidos que producían los servidores mientras trabajaban.

—¡Mátalo! —grité. Fue un grito inútil, un aullido de debilidad y miedo. Creo que también poseía algo de culpa.

Pero ¿cómo podía yo saber lo que iba a liberar?

Me di la vuelta cuando algo grande colisionó detrás de mí. El monstruo golpeó un trozo de casco rodeado de andamios con una fuerza tal que todo el conjunto se precipitó hacia nosotros como una piedra rodante. Los servidores cayeron bajo su peso, sus cuerpos destrozados mancharon el metal. Me lancé hacia un lado con tanta energía derivada del pánico que tropecé y caí. Sollozando, me arrastré por el suelo arañándolo, moviéndome con la desesperante y torpe lentitud de las pesadillas.

Los restos colisionaron a menos de un metro de mis piernas y chocaron con otra plataforma de trabajo. Las estructuras de soporte se vinieron abajo y se desplomaron las inmensas costillas del casco. Un bosque de hierro y aleaciones de adamantium se estrelló contra el suelo, haciéndolo temblar y pulverizando a servidores bajo él. Los cortadores de plasma seccionaron sin control acompañados por la agonía de la muerte de los que los empuñaban. Un haz de luz quemó el aire por encima de mi cabeza.

El monstruo avanzó sobre las ruinas que había creado cantando su oración y dando latigazos. Las pinzas iban agarrando servidores por acto reflejo. La abominación ni siquiera los miraba mientras les aplastaba las cabezas y les cortaba las piernas. Con las zarpas cogía cualquier cosa que estuviera a su alcance y lanzaba metal y carne por todo el hangar. Un servidor salió volando hacia delante y chocó con la pared que había encima del sistema de eliminación de residuos. El impacto le pulverizó los huesos y cayó, un mullido saco de carne, en las fauces abiertas del sistema.

Heusen me puso en pie de un tirón.

—¡No te quedes parado! —me gritó, y señaló en la dirección donde estaban las puertas.

Me tambaleé hacia delante, mis pies se esforzaban por volver a aprender a correr. Un servidor oruga se interpuso entre nosotros rodando hacia el derrumbe. Llevaba el cortador de plasma accionado y preparado para abrirse paso entre los restos. Me quedé quieto mirando el cortador mientras pasaba por mi lado. Si hubiera una forma de utilizarlo…

—¡¿A qué estás esperando?! —aulló Heusen—. ¡Corre, idiota!

El monstruo hundió su mandíbula de cuatro puntas en el pecho de un servidor y le arrancó el corazón. El servidor murió sin emitir sonido alguno y la criatura rugió furiosa por la ausencia de respuesta a su acto sangriento. Se volvió para mirarnos.

—*¡Las cooooooooosas* —chillaron la boca y la lengua cuando el monstruo vino a por nosotros.

Sus largos y serpentinos ojos capturaron los míos.

No podía moverme. Su mirada era totalmente demente, aunque ardía con una horrible sabiduría. El monstruo se asomó a las profundidades de mi alma. Prometió entregarme las verdades que harían que me uniera a él en su demencia.

—¡Corre! —volvió a gritarme Heusen.

No podía moverme.

El monstruo vino a por nosotros. Heusen profirió una maldición y saltó sobre la espalda del servidor oruga. Agarró el brazo herramienta y obligó al cortador de plasma a enfrentarse al horror. El haz de luz rebanó el hombro de la criatura y le cortó el brazo derecho. De la herida surgió un chorro de icor negro que se derramó sobre el servidor. El monstruo gritó por la quemadura del cortador y retrocedió. El servidor convulsionó, le estaban fallando los nervios porque, al tacto del icor, la piel se empezó a derretir.

Unas salpicaduras de aquel inmundo líquido cayeron sobre Heusen. Le salió humo del brazo y empezó a chillar, pero aun así consiguió impulsarse hacia delante y volver a esgrimir el cortador de plasma, esta vez cortando en diagonal el torso del monstruo. De la herida emergieron unos tentáculos que se retorcían sobre sí mismos. En el hombro, una marea de ojos emergió de la herida hasta formar un grueso montón de carne rosada protuberante, con un único gran ojo en la cima. Siguió creciendo como si fuera una estalagmita tumefacta. Una hendidura vertical se formó en la carne y se abrió para convertirse en una boca repleta de cientos de dientes afilados como agujas, tan largos como mi mano.

Ahora el monstruo poseía una nueva voz.

—*¡Salve, salve, salve, El que Transforma las Cosas!*

La pinza del otro brazo se arrojó hacia delante, evitó al servidor y agarró a Heusen por el pecho. Lo levantó con un chasquido. El monstruo lo sostuvo en el aire durante un momento. Giró la cabeza igual que un pájaro,

dándole el privilegio de contemplar la entera longitud de uno de sus ojos. La lengua culebreó alrededor de la parte superior del pecho. Los chillidos quedaron amortiguados cuando le rodeó la cabeza.

—*¡Ahhhhhh!* —suspiró el monstruo, como si hubiera estado buscándolo.

Retiró la lengua de Heusen, dejándolo cubierto de una gruesa capa de saliva corrosiva. Él gritó y se retorció mientras el monstruo lo acercaba a las fauces que tenía en el hombro. Las hileras de dientes se abrieron y se cerraron al atrapar en su interior el pecho y el rostro de Heusen. Estiró los brazos con rigidez en un rictus de agonía explosiva. Oí los chasquidos que emitió cuando el monstruo le mordió la mitad delantera del cráneo, y entonces los brazos de Heusen se quedaron flojos.

La bestia lo devoró. Más bien debería decir que lo consumió. Tras los dos primeros mordiscos, la boca se puso a masticar y sorber. El monstruo parecía estar succionando a Heusen hacia el interior de sus fauces. El cuerpo comenzó a agitarse, completamente flácido. Los brazos se le doblaban sin resistencia. Se habían vuelto flexibles de una forma poco natural, como si los huesos del interior se hubiesen convertido en cuerdas. Su cuerpo quedó aplastado. Por él surcaban pequeñas ondas mientras el monstruo se bebía su carne. Entonces lo presionó contra el montículo del hombro y la piel de Heusen se mezcló con el exoesqueleto de la criatura.

Heusen se volvió difuso. Cuanto más masticaba y tragaba el monstruo, más se convertía Heusen en parte de su grotesco cuerpo.

Empecé a moverme de nuevo, trastabillando mientras me alejaba de aquel horror, pero no podía dejar de mirar. Quería correr. No quería echar a perder el sacrificio de Heusen. Pero su mirada me retenía.

Vosotros pensáis que habríais corrido. Yo creo que os equivocáis. Lo que vi fue la pesadilla más sacrílega posible hecha realidad. Puedo contaros lo que vi. Puedo describirlo. Pero no puedo transmitiros la experiencia de haber sido testigo. Si vuestra fe es fuerte, aguantará las implicaciones de lo que vi en el hangar. No las aceptaréis, porque aceptarlas sacudiría vuestra fe. Podéis asegurar que os creéis lo que os estoy contando. Y puede que así sea. Pero a un nivel más profundo no lo creéis. No podéis. Si hubierais estado allí, lo comprenderíais, porque también os habríais quedado congelados.

Heusen reaccionó. Sí, él sí. No era eclesiarca. No comprendía en su totalidad lo que estaba viendo.

El monstruo terminó de consumir a Heusen. Absorbió su cuerpo por completo, pero un rastro de él permaneció. En el ondeante exoesqueleto del pecho del monstruo, bajo el hombro derecho, pude ver el rostro de Heusen. Era una sombra, un esbozo de sus rasgos. Tenía la boca abierta en un rictus de dolor, y los ojos repletos de horror. El rostro se movía. Era la imagen de su alma atrapada dentro del ser de la abominación.

—*¡Alabaaaaaad! ¡Transformaaaaaaos!* —gritaron las tres voces del monstruo.

Por fin el hechizo se rompió y pude correr.

—*¡Alabaaaaaad! ¡Transformaaaaaaos!* —rugió de nuevo el monstruo.

Yo también grité tratando de alejar de mí el sonido de esa oración profana. La criatura ululó, bramó y produjo un sonido líquido burbujeante que se me antojó una risa. Oí cómo avanzaba de nuevo dando trompicones, pero yo ahora corría a toda velocidad sorteando las islas de los andamios. Antes, mi desesperación me había vuelto torpe. Ahora me daba alas. Aunque oí otra colisión detrás de mí, el camino hacia las puertas estaba despejado.

Macer estaba a un lado del umbral, con la mano sobre el control de la pared, preparado para cerrar las puertas y sellarlas. Me hizo un gesto para que me apresurara. Después, miró detrás de mí con horror, y el golpeteo de las pesadas pisadas se acercó. Dejé de gritar. Hice unas profundas e irregulares inspiraciones buscando hasta la última pizca de fuerza que me quedara para escapar de mi perseguidor. Macer me gritó algo, pero no podía escucharlo debido al martilleo de la sangre en mis oídos y los golpes sordos de las pisadas del monstruo.

Al acercarme, Macer golpeó un perno con la mano. Yo me lancé hacia delante. El primer juego de puertas se cerró a pocos centímetros detrás de mí. Caí y rodé por debajo del segundo juego. Por un instante vislumbré un muro de metal que caía sobre mí y, después, conseguí pasar. Yací boqueando en el suelo y sentí que las vibraciones del cierre de seguridad se desvanecían.

El monstruo se estrelló contra las barreras. Contuve el aliento, esperando que sus garras atravesaran primero una puerta y después la otra.

No ocurrió así. El sonido del golpeteo permaneció amortiguado y ya apenas podía oír la vociferante oración por encima del gemido de los cláxones.

Rowne y Kren corrían por el pasillo para acudir a nuestro encuentro. Solo habían pasado unos minutos desde que se habían activado las alarmas.

—¿Qué es esa criatura? —preguntó Macer con la voz rota.

—Mentiras —susurré—. Esa cosa está hecha de mentiras.

Tenía que decirme eso a mí mismo. Era la única manera de evitar seguir gritando eternamente.

—Se ha llevado a Heusen —dijo Macer con la voz plomiza.

—¿Existe la posibilidad…? —comenzó a decir Rowne.

—No —la interrumpí. Tragué saliva—. Me ha salvado la vida.

Macer y Kren me miraron con desprecio.

Los cuatro giramos el rostro hacia la puerta mientras escuchábamos los golpes amortiguados y las tres voces entremezcladas. No podíamos entender las palabras. Aunque su solo sonido ya era espantoso, perturbaba a un nivel espiritual.

—¿Qué es esa cosa? —quiso saber Rowne.

La respuesta que le había dado a Macer no era suficiente. Era una evasiva cobarde y la abandoné.

—No lo sé con exactitud —confesé—. Era el Space Marine.

—¿Ha cambiado en estasis? —exclamó Kren incrédula.

—No —dije yo.

Me aparté de sus miradas. Observé mis manos. Estaban temblando. Casi podía ver cómo las empapaba la sangre de Heusen.

—¿Qué has hecho? —inquirió Rowne.

—Lo que creía que era correcto. Me he equivocado.

Levanté la mirada hacia ella. Me encontré frialdad y condena. Me tragué el dolor. «Emperador, —pensé—, otórgame la ocasión de redimirme».

No esperé una respuesta.

La pantalla del pictógrafo junto a la puerta mostraba una imagen congelada del monstruo. Kren se quedó mirándola.

—¿Es alguna clase de mutación? —preguntó.

Podría haber asentido. Podría no haber dicho nada. Esa respuesta habría bastado. Pero no podía soportar que el peso de la verdad fuese solo mío.

—No —contesté—. Es algo peor que eso.

Para mi alivio, Macer asintió. Lo había visto y oído, así que sabía más de lo que le habría gustado saber.

—He oído su oración —comentó.

—¿Esa cosa reza? —expresó Kren con los ojos como platos.

—No le reza al Emperador. Le reza a otra cosa.

—Pronunció un nombre —intervine—. Era algo parecido a Tzeentch.

—¿Qué significa eso? —quiso saber Rowne.

—No lo sé.

—¿No surgió nunca durante tu entrenamiento religioso?

—No. Pero, sea lo que sea, parece que responde a las oraciones.

Se oía un bum, bum, bum desde el otro lado de la puerta. Implacable, infatigable.

—¿Crees que las puertas aguantarán? —le preguntó Rowne a Macer.

—Me gustaría decir que sí —respondió con una mueca.

—¿Son lo bastante sólidas para confiarles nuestras vidas? —inquirió Kren.

—Yo no lo creo —reconocí.

—Pues reforcémoslas —propuso Rowne—. Hay suficientes desechos en el hangar delta para abarrotar este pasillo por completo.

—Tenemos que destruirlo —dije.

—Sí, claro —espetó Rowne—. ¿Sabemos cómo hacerlo?

Negué con la cabeza.

—Entonces concentrémonos en evitar que nos coja.

Los demás estuvieron de acuerdo y se lanzaron todos a la tarea. El trabajo progresaba con rapidez. Rowne reprogramó a los servidores del hangar delta y su ejército arrastró toneladas del elevador desmantelado hasta el pasillo que llevaba hasta gamma. Una vez el proceso ya estuvo en marcha y una corriente de servidores oruga transportaba el material, ella redirigió a los demás para que empezaran a construir una barricada. Macer y Kren supervisaron el ensamblaje, y yo observé cómo se levantaba un denso muro de metal delante de la puerta.

No había nada que yo pudiera hacer para ayudar. Merodeaba por allí, inútil, luchando contra la vergüenza y tratando de sofocar mi terror. Le eché un vistazo a la pantalla que había junto a la puerta. Las imágenes sucesivas mostraron al monstruo intentando abrirse camino a golpes. Agradecí que el ruido de la construcción ahogara los golpes y las oraciones de la criatura. No me gustaba mirar aquellas imágenes. La figura obscena del monstruo me carcomía. No había sitio para tales cosas en el concepto que yo albergaba del Credo Imperial. Su presencia era un tumor que sobresalía de la realidad. Cuando apartaba la vista de la pantalla, podía fingir por unos breves instantes que el monstruo no estaba allí. Esta simulación era un inútil ejercicio de debilidad. Pero debía hacerlo así. Si no lo hacía, se me olvidaba respirar.

La tripulación y los servidores trabajaron hasta que la barricada se extendió del suelo al techo y abarcó la mitad de la longitud del pasillo. Su naturaleza amalgamada era evidente y estaba recubierta de protuberancias. Al mismo tiempo, los restos estaban tan densamente colocados que yo no habría podido insertar un dedo entre las uniones de metal soldado. No me podía imaginar que el hangar gamma pudiera volver a ser accesible.

Cuando terminó el trabajo, Rowne cambió de nuevo los programas de los servidores. Dos líneas de ellos formaron un semicírculo alrededor de la barricada con los cortadores de plasma inertes, pero preparados para ponerlos en funcionamiento en el instante en que algo emergiera del hangar.

—¿Se le puede hacer daño a esa cosa? —quiso saber Kren.

—Heusen la hirió —expliqué—. Se recuperó con rapidez, pero gritó cuando los cortadores de plasma la quemaron.

—Al menos ya es algo —concedió Rowne.

Me di la vuelta para observar las filas de servidores inmóviles.

—¿De verdad pueden luchar? —le pregunté a Rowne.

—Ellos no luchan. Sencillamente intentarán cortar un desecho en movimiento, que es la forma en que percibirán a la criatura.

Los trabajos habían terminado. Aún podíamos oír los golpes contra las puertas, incluso a través del gigantesco muro de la barricada.

—Esto no bastará —dije yo.

—Es un comienzo —repuso Rowne.

Abandonamos el pasillo de circunvalación que daba a los hangares y nos trasladamos al puente. Allí había más pantallas de pictógrafo, alimentadas por más cámaras, que nos daban una mejor impresión de la situación en el hangar gamma. Al menos estábamos lo suficientemente lejos como para no oír a la criatura. La estación parecía segura; sus muros y sus puertas, sólidos. Liberado de aquellos gritos que erosionaban el alma, me sentí más fuerte, como si nos hubiéramos retirado a una fortaleza y ahora pudiéramos preparar un contraataque. También vi cómo se afianzaba la determinación en los demás. Lo que nos diferenciaba era que yo no confiaba en mi bravuconería.

—Oswick tiene razón —econoció Rowne mientras observaba las imágenes del monstruo—. La contención no es suficiente. Debemos destruir esa cosa.

—¿Estamos seguros de poder hacerlo? —pregunté.

Era una cuestión que debía ponerse sobre la mesa. No me preocupaba cómo me veían los demás. El daño ya estaba hecho.

—Si se le puede hacer daño, se puede matar —afirmó Macer.

—Tal vez —acepté—, pero ¿nosotros? ¿No sería mejor abandonar la Ligur y esperar una solución militar?

Sabía que no podíamos esperar a bordo. No había forma de saber cuántas semanas o meses pasarían antes de que llegase alguien.

—Abandonar —repitió Rowne. Puso los ojos en blanco. Los otros dos se rieron desalentados—. ¿Cómo propones que hagamos eso?

—¿No podemos usar el remolcador?

—Es una nave para una sola persona —contestó Kren.

—La cápsula de escape, pues.

Estaba enclavada en una vesícula en la parte exterior del casco junto al muelle de atraque del remolcador.

Hubo más risas amargas.

—Creía que entendías la naturaleza de estas instalaciones —comentó Rowne.

—¿A qué te refieres?

—El diseño de la estación es más antiguo que su uso actual —expuso —. La cápsula vital es una reliquia de cuando los desguaces aún estaban en órbita alrededor de mundos habitados. Sirve para llegar a la superficie. No

hay control de dirección ni propulsión después del lanzamiento inicial. Hay provisiones para dos días con toda la tripulación a bordo.

—Pues las racionamos cuanto sea necesario. El *Fuego Disciplinario* vendrá a recogerme en ocho días.

—¿Y cómo piensas racionar el oxígeno?

—Oh —pronuncié. Empecé a comprender, a un nivel visceral, lo que significaba en realidad ser prescindible. Esto era diferente al campo de batalla. Aquí, la tripulación de la Ligur eran los primeros en ser desechados —. ¿Hemos pedido ayuda?

—Voy a hacerlo ahora —dijo Kren, que se volvió hacia los controles del sistema de comunicación—. Pero no cuentes con un rescate. Un aviso de ayuda de un desguace es la señal para que todos los demás se alejen de él lo máximo posible.

—¿Y la nave colonia?

Intentaba aferrarme a cualquier cosa, a lo que fuera. Quería salir de la estación.

—La *Vientos de Fe* apenas era digna del vacío cuando llegó —respondió Rowne—. Hemos trabajado en ella, pero me sorprendería que pudiéramos volver a ponerla en marcha.

—Pero ¿podrías conseguirlo?

Ella y Macer intercambiaron una mirada.

—Si no hubiera otra opción… —comenzó a decir Rowne.

—¿Por qué estamos hablando de abandonar la estación? —quiso saber Kren—. Si podemos destruir esa cosa, deberíamos hacerlo.

—¿Cómo? —inquirí—. ¿Podemos hacer que los servidores entren en el hangar y la ataquen?

—No sin reprogramarlos —manifestó Rowne—. Y no puedo hacer tal cosa sin tener acceso a ellos.

—Lo que significa que debes estar en el hangar.

—Exactamente.

—Entonces —concluyó Macer—, tenemos que matarla sin levantar la cuarentena.

—Ventilemos el hangar —dijo Kren.

Macer asintió y empezó a accionar conmutadores. Runas de alerta destellaron en la consola a medida que avanzaba por las filas.

«Que sea sencillo, —recé—. Emperador, que sea sencillo. Que las consecuencias de mi error terminen aquí».

Tenía las manos manchadas con la sangre de Heusen. Lo habría dado todo con tal de alejar el terror y cargar únicamente con esa culpa.

Antes de liberar los restos, Macer abrió la puerta exterior. Los cláxones sonaron enfadados por el riesgo que estaba corriendo. Apagó todas las sobrecargas de seguridad, y después accionó el conmutador que liberaba las pinzas. Era una enorme palanca de hierro, y tuvo que usar ambas manos para moverla, la confirmación final de una orden irrevocable.

La estación tembló cuando se rompió el sello de vacío y las pinzas soltaron los restos. Me aparté de las pantallas del pictógrafo para verlo por la ventana. La nave del Space Marine se alejó gradualmente del hangar gamma. Una nube de vapor de agua congelado emergió del hangar, envolviendo las pinzas en un halo mientras estas se retraían. En el silencio, y desde la distancia, la escena no parecía violenta, solo la gradual separación de los bailarines al final de una pieza. Pero los cláxones aullaban y el suelo vibraba debido al esfuerzo. Entonces vi que la violencia había llegado al hangar gamma. Los escombros siguieron la trayectoria del vapor y, con ellos, también las diminutas figuras de los servidores. Cientos de ellos, retorciéndose por última vez al intentar respirar en el vacío. Una ráfaga de aire de fuga los empujó contra los restos y también alrededor de ellos. La distancia entre la nave y la Ligur aumentó con la lenta rotación de la estación. Yo seguía aguantando la respiración, medio esperando que la nave cobrase vida, revirtiera su rumbo y colisionara con la estación. Pero no había ningún loco a bordo. No había nada a bordo. Ahora solo era una cosa muerta que flotaba cada vez más lejos y desaparecía en la oscuridad eterna al situarse más allá de las luces de la instalación.

Mis miedos eran infundados, aunque también mis esperanzas. No había visto la figura del monstruo entre los servidores.

—No se ha movido —dijo Kren. Su voz sonó tan impresionada como asustada.

Volví a mirar las pantallas del pictógrafo. Las imágenes se sucedían y mostraban el hangar vacío de servidores y de los restos más ligeros. En todas las imágenes que iban sucediéndose, el monstruo se mantenía en el mismo sitio. Salió despedido contra una isla de trabajo cuando comenzó la

descompresión y se había aferrado a los andamios. El viento lo empujaba hacia delante.

—¿Es más grande que antes? —me preguntó Macer.

—Parece como hinchado —le contesté.

La espalda del monstruo se había convertido en una cúpula erizada de pinchos.

El vendaval amainó, luego cesó. El vacío reclamó el hangar. En las pantallas fueron apareciendo una imagen tras otra, y el monstruo nunca se movía.

—¿Hay alguna posibilidad de que haya muerto? —inquirió Kren.

—Se mantiene firme —indicó Rowne—. Creo que deberíamos asumir que sigue vivo.

Las manos de Macer se movieron a gran velocidad sobre los controles.

—No quiero dejar la puerta exterior abierta —comentó—. Siempre existe el riesgo de que haya otra brecha.

Rowne asintió.

—Abierta o cerrada, no creo que ahora haya diferencia, ¿verdad?

—No la hay. —Macer accionó unos cuantos conmutadores y la puerta se cerró—. Voy a apagar el oxígeno.

—¿Y ahora qué? —preguntó Kren—. ¿Cómo lo expulsamos?

—Amputación —declaró Rowne suavemente.

Los ojos de Macer se abrieron como platos.

—¿Quieres deshacerte de parte del complejo?

—¿Es posible?

—No estoy seguro. —Macer se acercó a una mesa pictógrafo que había en el centro del puente. Sacó un mapa hololítico de la estación. Nos colocamos alrededor de la mesa y esperamos mientras comprobaba las líneas—. No soy tecnosacerdote —dijo al fin—. Al no conocer los rituales adecuados, nos estaremos arriesgando demasiado.

—Pero… —lo animó Rowne a continuar.

—Pero el soporte vital está concentrado en el núcleo. La ventilación y la energía alimentan los hangares desde el centro y hay poca circulación entre ellos. —Movió un dedo alrededor del hangar gamma. Una línea roja apareció siguiendo su gesto y aisló el hangar—. Lo que vamos a hacer es extirpar el hangar. No tenemos que redirigir nada. Ya hemos acabado con el

oxígeno. Haré lo mismo con la energía cuando ya no necesitemos ver lo que ocurre ahí dentro.

—Debemos tener cuidado con el corte hasta entonces, pero podemos conseguirlo —añadió Rowne.

—Hacéis que suene bastante sencillo —confesé yo.

—No lo es —replicó Kren.

—Es lo que hacemos —manifestó Rowne—. Desguazamos naves. Solo que esta vez desguazaremos la nuestra.

—¿Y si ese trozo colisiona con el resto?

Mis miedos anteriores parecían más plausibles ahora.

—Cargas explosivas. —Rowne se inclinó todavía más sobre el diagrama haciendo cálculos—. Si las colocamos en los lugares adecuados, le darán al hangar la suficiente fuerza motriz para alejarse con seguridad.

—Yo calcularé las trayectorias —dijo Kren.

Rowne volvió a mirar las pantallas del pictógrafo del hangar.

—La bestia aún no se ha movido —informó—. No la hemos matado, pero puede que el vacío la haya inmovilizado. Tenemos una posibilidad. Usémosla.

Kren y Macer se turnaron en los cogitadores para calcular los vectores sobre los que se rompería la Ligur. Rowne se dirigió a la puerta del puente. Tenía que preparar a las hordas de servidores en los otros hangares.

—¿Qué puedo hacer yo? —le pregunté.

Ella hizo una pausa. Me miró sin expresión alguna en el rostro.

—Monitoriza al enemigo —contestó—. Avísanos si se mueve.

—Si hay cualquier otra cosa que… —empecé a decir.

—Ya has hecho bastante —me interrumpió, y salió del puente.

El trabajo empezó. Hice lo que me dijeron que hiciera, y nada más. No había nada más para mí. Era más inútil que un servidor. Ni siquiera podía predicar a la tripulación. No podía alentar su valor. No pensé que quisieran escuchar lo que tenía que decir, y no porque su fe fuera insuficiente. No escucharían a un idiota y un hipócrita.

Rowne, Macer y Kren comenzaron con el proceso sistemático de desensamblar una porción de la estación. Trabajaron con la misma concentración que con los restos que recogían. Al final había muy poca

diferencia entre el trabajo que hacían para vivir y el trabajo que ahora hacían para sobrevivir. En ambos casos, un error conllevaría el desastre. Quería que se dieran prisa y no quería morir, así que no dije nada, confiando en sus habilidades, y me guardé mis exhortaciones para mí. Una de las primeras cosas que hizo Macer fue quitar varios cortadores de plasma a unos servidores. Las herramientas se encontraban ahora en el puente, como armas de último recurso. No creía que pudieran matar al monstruo, aunque podían hacerle daño. De eso estaba razonablemente seguro. Su presencia me daba una pizca de consuelo.

Me quité de en medio durante los trabajos y observé las pantallas. Pasaron una hora tras otra y el monstruo no se movió. Especulé con la teoría de que hubiera almacenado oxígeno en la espalda hinchada, aunque no podía imaginar cómo ni adivinar cuánto le duraría esa reserva. Especular, al igual que todo lo que yo hacía, era inútil.

También recé. Recé mientras observaba al monstruo. Recé durante mis breves períodos de descanso, cuando alguno me relevaba. Recé pidiendo guía, fuerza, redención. Y recé por recibir una señal, cualquier señal, de que el Emperador no me había dado la espalda.

O algo peor. Mi mayor miedo, que estuviera dirigiendo mis oraciones a la nada, amenazó con convertirse en algo más terrible: una convicción. No quería que tal cosa ocurriera. Me dije que era mi propia debilidad la que me estaba llevando por ese camino.

Me dejaban solo con mis pensamientos demasiado tiempo. Los envidiaba. Ellos tenían una tarea con la que mantenerse ocupados. Sus pensamientos se centraban en la urgencia de su trabajo. No disponían de espacio para dudar y no tenían sentimiento de culpa.

Las pocas conversaciones que sostuve fueron breves y no me dieron ningún consuelo. Eran poco más que preguntas sobre la situación del monstruo y mi respuesta era siempre la misma. No se había movido. Una vez, cuando se acercó Macer a comprobarlo, traté de iniciar una conversación más larga.

—Hemos puesto una barricada resistente en las puertas del hangar gamma —le dije—. Pero ¿y las paredes? ¿Crees que son bastante fuertes?

—Si no lo son, pronto lo averiguaremos.

—¿Hay algo más que deberíamos hacer?

—Ya lo estamos haciendo. No podrá atravesar las paredes si no está en la estación.

No estaba siendo sarcástico. Aun así, noté la reprimenda. En lo que se refería a la realidad física de nuestra situación, no había nada que yo pudiera sugerir que los demás no hubieran considerado ya. Estos eran sus dominios, no los míos. Mi dominio habría sido una amenaza espiritual y, en ese sentido, ya había abdicado de mi puesto.

Rowne, Kren y Macer trabajaban arduamente, pues la empresa que tenían entre manos era descomunal. Les llevó tiempo, y también necesitaban descansar. Cuando ya tenían cortada casi la mitad del grosor del casco, Kren me sustituyó en el puente y Rowne pasó por mi lado tambaleándose en dirección a su cuarto para dormir. La seguí. Si me hubieran preguntado lo que pretendía con ello, no habría sabido contestar. No habíamos intercambiado más que unas pocas palabras desde que yo había liberado al monstruo y no podía dejar que las cosas siguieran así entre nosotros. No tenía una idea clara sobre cómo mejorar las cosas, pero me guiaba la inmadura y urgente necesidad de redención. Ella podía dármela. Una señal de ella me resultaría igual que una bendición del Emperador.

Rowne se había desplomado sobre el catre cuando llegué a su puerta. Gimió cuando me vio.

—Vete, Oswick. Déjame dormir.

—Solo quería preguntarte otra vez si hay algo más que pueda hacer. Cualquier cosa.

—Ya has hecho bastante. Heusen ha muerto por tu culpa.

Su sentencia era definitiva. Asentí y me volví para marcharme. Pero antes de poder hacerlo, ella se incorporó.

—Espera —me ordenó—. Tengo que saberlo. ¿Por qué lo hiciste?

—Pensé que era lo correcto.

—¿De verdad?

—Sí —contesté a la defensiva.

—¿Y por qué pensabas que era lo correcto?

—Yo… Él era un ángel del Emperador. Estaba mal mantenerlo congelado. Nosotros… Es decir… Yo necesitaba… —Me debatí buscando una respuesta que me proporcionara la absolución ante ella.

No había nada que hallar. Estaba desesperado por cualquier cosa que yo pudiera creer que fuera la verdad, algo distinto a la verdad a la que no

podía enfrentarme. Mis esfuerzos sonaron patéticos a mis propios oídos y en sus ojos vi crecer la frialdad.

Rowne me enfrentó a la verdad que yo quería evitar.

—¿Lo hiciste porque estabas enfadado conmigo? —quiso saber ella—. ¿Te comportaste como un incauto frívolo?

Esperaba que yo la contradijera, que le demostrara que me guiaba algo más que mis sentimientos heridos.

Al principio me quedé callado. No podía mirarla. Mantenía la vista fija en el suelo bajo el catre.

—Sí —reconocí al fin—. Pero no fue solo por eso.

Eso también era cierto. Eran las dudas las que me habían llevado a querer escaparme con ella en primer lugar.

—El Space Marine tenía certeza religiosa. Y yo necesitaba algo así.

—¿Y la conseguiste? —me preguntó, aunque parecía más una acusación.

—Ese monstruo reza —dije con suavidad—. Está seguro de su dios. Ha sido bendecido por su dios.

—¿Qué estás diciendo? —inquirió Rowne horrorizada.

—No lo sé. Solo lo que he presenciado. —Hice una profunda y dolorosa inspiración que me sacudió todo el cuerpo—. Me enfrenté a la criatura con el símbolo del Emperador. Traté de desterrarla en su nombre. Fracasé. El símbolo no hizo nada.

—Entonces, tal vez sea una mutación —sugirió—. Solo eso.

—No lo es. Sabes que no es eso.

No me contradijo.

—Entonces es que tu fe es demasiado débil.

—Sí —coincidí. Era la más reconfortante de las respuestas. La alternativa me carcomía el corazón como un cáncer—. Y es la prueba de lo que te he estado diciendo todo el tiempo. No soy apto. Me han puesto a prueba y he fracasado. En todas las formas posibles.

—¿Qué quieres de mí?

—Lo que te he dicho. Ayudar. Necesito hallar el camino de vuelta, Ligeia. Necesito expiación.

Suspiró.

—Tus necesidades no están ahora mismo en mi lista de prioridades.

Un breve toque de claxon me salvó de tener que dar una réplica. Era una señal de alarma de Kren. Rowne saltó como un resorte de la cama, pasó por mi lado, cruzó el umbral y salió del cuarto antes de que yo diera dos pasos. Me apresuré para alcanzarla y conseguí llegar al puente justo antes que Macer.

—¿Qué pasa? —preguntó Rowne.

Kren señaló el monitor.

—Se ha ido.

Nos congregamos alrededor de la pantalla. La zona del hangar que se veía en ella estaba vacía.

—¿Has visto hacia dónde ha ido? —demandó Macer.

—No. Ha desaparecido entre imágenes.

—¿A qué velocidad puede moverse? —inquirió Rowne. Entre cada captura de imagen apenas pasaban unos segundos.

—Entonces, ¿dónde está? —intervino Macer.

Se desplazó de una pantalla a otra. Entre todas ellas se veía el hangar gamma al completo. No había rastro de la criatura.

Un silencio impotente cayó sobre nosotros. Permanecimos como estatuas, cada uno esperando que otro tomase la iniciativa, que otro hallase la solución, que nos dijera lo que debíamos hacer. Nos habíamos apoyado en que la criatura empezara a golpear otra vez las puertas. No teníamos un plan alternativo en el caso de que se abriera paso, pero habíamos seguido adelante con nuestro plan. Habíamos tenido fe en que disponíamos de tiempo suficiente para llevarlo a cabo. Habíamos estado esperando a que el horror empezara a moverse de nuevo. No estábamos preparados para su ausencia.

—¿Cuánto falta para que podamos extirpar el hangar gamma? —pregunté.

—¿Qué importa eso? —repuso Kren—. Si se ha ido, ¿de qué servirá soltar el hangar?

—¿Y si todavía sigue ahí escondido, entre los restos?

—¿Por qué iba a hacer algo así?

—Para engañarnos. Tal vez sepa lo que estamos intentando hacer.

—Si aún sigue ahí, lo encontraremos —anunció Macer. Se puso a manejar los controles, congeló una serie de imágenes sucesivas y extrajo las

imágenes anteriores—. No puede haberse escondido sin mover los restos. Buscad diferencias entre estas imágenes y las actuales.

Estudiamos las pantallas. La tarea se había vuelto más difícil debido al desorden que había producido la descarga de aire. Los restos más pesados no habían sido lanzados al vacío, pero casi todo el andamiaje de las islas de trabajo había caído y el suelo estaba cubierto de trozos desplazados. Teníamos que examinar cada centímetro cuadrado del hangar. Pero Macer tenía razón. Si había algún cambio, resultaría obvio una vez que lo descubriéramos.

No había nada.

—No ha salido por la puerta —recapacitó Macer lleno de rabia—. No ha atravesado las paredes. Entonces, ¿dónde está?

Me dirigí hacia el primer monitor, seleccioné la última imagen donde salía el monstruo y, a continuación, la primera que evidenciaba su ausencia. Quería ver algo en la forma que tenía el monstruo de encogerse, algo que hubiéramos pasado por alto antes. No había nada. Estaba allí y después no estaba, como si se hubiera desvanecido. Fui alternando las dos imágenes sin querer aceptar lo imposible. Entonces, lo vi.

—¿Qué es esto? —señalé.

En la primera imagen que aparecía el espacio vacío donde el monstruo acababa de estar había una pieza rectangular de metal sobre el suelo. Su superficie estaba compuesta por una gruesa malla, y no estaba ahí en las imágenes anteriores.

Macer miró por encima de mi hombro.

—Es una de las rejillas de ventilación.

—Por el Trono —exclamó Rowne—. ¡Está en los conductos de aire!

—¿Cómo? —objetó Macer—. Uno de nosotros apenas cabe ahí dentro. Y esa cosa es mil veces más grande.

—No sé cómo —admitió Rowne—, pero ahí es donde está.

Volvimos a quedarnos callados. Miramos a nuestro alrededor, al hierro negro de las paredes y a la bóveda acanalada y baja del techo, como si la criatura fuera a revelarse repentinamente. Los chasquidos, resoplidos y gemidos de la maquinaria del complejo adquirieron un nuevo significado. Ya nada era normal. Cualquier sonido lo producía la bestia al aproximarse.

Me di la vuelta poco a poco, sintiéndome completamente expuesto.

—¿Qué hacemos? —pregunté.

Deseaba con tanta desesperación que me concedieran la certeza de realizar alguna acción o de encontrar un refugio como antes había necesitado la certeza de la fe.

Nadie respondió. Cogimos los cortadores de plasma, y su consuelo de repente me resultó insuficiente. Sostuve la enorme herramienta con las dos manos. Tenía la garganta seca.

«Si tengo que disparar —pensé—, estoy perdido».

—¿Qué hacemos? —volví a preguntar, poniéndome frenético.

—Cállate —siseó Kren.

Obedecí. Me giré una y otra vez con los oídos pendientes de los crujidos metálicos que serían los precursores de mi perdición. Cada segundo que pasaba sin que nada se acercara cimentaba la ilusión de que el siguiente segundo también permanecería en silencio. Me sumí en una profunda irracionalidad de esperanza. Pensé que, tal vez, si escuchaba con la suficiente atención, nunca oiría lo que más miedo me daba oír.

—Ahí —susurró Rowne—. Ahí.

Unas voces se escurrieron por las rejillas de ventilación. Estaban lejos. Aunque la distancia no las hacía menos terribles. La abominable oración del monstruo venía a por nosotros.

—*¡Salve, salve, salve, El que Transforma las Cosas!*

Los bordes metálicos de los conductos reverberaban con los ecos, invadiendo el puente del sonido de un distante y estúpido coro. Los gritos se fueron tornando más fuertes y nítidos. Ahora había más de tres voces, muchas más. Seguía oyéndose el profundo y atronador gruñido, que englobaba una miríada de trinos agudos que penetraban en mis oídos como si fueran ácido. Tuve una visión de un ejército de filamentos enroscándose en el conducto de ventilación, chillando una alabanza a su dios pútrido.

—¿De dónde viene? —inquirió Macer.

El cántico era tan estridente que parecía surgir de todas las rejillas a la vez. El metal gruñía bajo el peso de un bulto, aunque apenas llegaba a oírse por debajo de los chillidos rítmicos. El monstruo estaba casi sobre nosotros y todavía no sabíamos hacia dónde teníamos que salir corriendo.

—No podemos quedarnos aquí —dijo Rowne, y se la jugó. Tomó la salida que llevaba al pasillo de circunvalación.

Me dispuse a seguirla y, entonces, el techo se rompió. La rejilla que estaba en el centro de la bóveda chocó contra el suelo. El metal se abrió

cual pétalos ennegrecidos y el monstruo saltó en el centro del puente. Golpeó el suelo con tanta fuerza que todo el puente se estremeció y nos hizo perder el equilibrio. El monstruo alcanzó su estatura total al erguirse y gritó con cientos de voces.

—*¡EL QUE TRANSFORMA LAS COOOOOOOOSAS!*

La criatura se había transformado. Aunque había venido a por nosotros a través de estrechos conductos, había crecido. Cuando se enderezó, debía de medir casi cinco metros. La mayor parte de los rasgos humanos habían desaparecido de su actual forma. El exoesqueleto ondulante había sido reemplazado por carne gomosa cubierta de babas que lanzaba destellos iridiscentes de azul noche y rosa carnoso. Ocupando el lugar de las dos piernas musculadas, el torso de la bestia terminaba en una cola larga, gruesa y con forma de babosa, bordeada por cientos de piernas insectoides escamosas. Tenía los brazos más largos y más flexibles que antes, y parecían lo bastante gélidos y fuertes como para reventar un cráneo. El brazo con pinza chasqueaba en el aire como si fuese un látigo. Varias hileras de resplandecientes dientes de marfil centellearon sobre las mandíbulas de la pinza. Eran humanos, pero en varios puntos estaban limados, rotos y serrados. El montículo del hombro se había alargado, al igual que la nuca del monstruo, y ambos se habían abrazado entre sí para formar una hélice muscular tensa, flexible y purulenta. La cabeza se había convertido en un racimo de mandíbulas reptilianas, serpentinas, que daban chasquidos y babeaban a ambos lados. Sus brotes, lenguas con múltiples bifurcaciones, rociaban un icor siseante y vibraban con tal rapidez que generaban un zumbido, una canción que dañaba los oídos.

El cuerpo estaba cubierto de tentáculos. Unos tenían la longitud de un dedo humano. Otros eran tan largos como brazos. Parecía que se habían extendido por toda la criatura, como una enfermedad que supuraba por la herida en el pecho que Heusen le había infligido. Se contaban por veintenas y todos poseían una boca en el extremo. Los tentáculos eran el coro. Eran gargantas a la par que brazos. Sus mandíbulas circulares se abrían y cerraban, frunciendo unos labios arrugados y supurantes, y abriéndolos para liberar aire y chillidos al entonar su parte del estribillo.

Los ojos también se habían propagado. Los largos se habían desplazado hacia abajo desde lo que antes había sido la cabeza. Envolvían la garganta por debajo de las mandíbulas, una enfermiza hilera amarilla de

una veintena de pupilas sin párpados. Más ojos parpadeaban a lo largo de los tentáculos y los otros miembros. Estaban esparcidos por el torso y por toda la cola. Incluso observaban desde las partes superior e inferior de las mandíbulas. El monstruo miraba a todas partes al mismo tiempo y arrojaba su oración a todo lo que veía.

Desplazándose por el cuerpo, como la visión de un hombre atrapado bajo el hielo, estaba Heusen. Su agonía parecía burlarse de mí, como si me dijera: «¡Aquí! ¡Aquí! ¡Aquí está la certeza religiosa que necesitas!». No quería creer que estuviera viendo su alma, atrapada por toda la eternidad en ese cuerpo monstruoso, gritando mientras buscaba una forma de escapar de tal tormento. Una salida que jamás encontraría.

Recuerdo el aspecto del monstruo y los detalles de su forma como si hubiera tenido el lujo de contemplar una estatua. La verdad es que el horror que me provocaba la criatura era tan grande que se me quedaron grabados al instante todos sus espantosos detalles. Cayó a través del techo y se enderezó. Me quedé sin aliento por el horror. Después, salí corriendo.

Macer y Kren se encontraban al alcance de la abominación. Macer saltó por encima de la bancada de pantallas y cayó al otro lado. Kren estaba más cerca de la criatura y el impacto provocó que se tambaleara. Tropezó y disparó el cortador de plasma al mismo tiempo. El rayo cortó el cuello del monstruo y rasgó una de sus mandíbulas. La carne se abrió entre siseos y se cerró en seguida, como si le hubiera disparado al agua.

—*¡Alaaaaaaaabad!* —rugió el monstruo con cien voces.

Se lanzó hacia delante y cogió la cabeza de Kren con una garra que le servía de mano. Los dedos se cerraron sobre ella como una jaula. Mientras tanto, el rostro de Heusen surgió de repente en la palma, emitiendo alaridos sofocados por un sufrimiento más allá de mi comprensión. Abrió la boca desmesuradamente y la cerró de un chasquido sobre la cara de Kren. El amortiguado grito que dio ella sonó como si se estuviese ahogando. La carne siseó, y lo último que vi de Kren fue cómo se le abría la cabeza, de la que fluyeron el cráneo y la carne hacia la mano de la bestia.

Ella todavía gritaba.

Macer volvió a ponerse en pie y corrió. Los tres abandonamos juntos el puente. Los sonidos líquidos, los chasquidos y los estertores de Kren siendo absorbida nos persiguieron. Corrimos a toda velocidad hacia el

pasillo de circunvalación. Delante de mí, Rowne se detuvo un instante y giró a la izquierda.

—¿Adónde? —dijo Macer con la voz entrecortada.

—Cápsula de escape —contestó Rowne.

«Bien», pensé. No me importaba que los motivos para no utilizar la cápsula no se hubieran resuelto. Lo único que importaba era abandonar la Ligur de inmediato.

La muerte de Kren nos había concedido cierta ventaja en la huida, pero era muy pequeña. Cuando rebasamos la entrada al hangar beta, escuché las canciones de la bestia por el pasillo. Nos estaba siguiendo.

A medio camino entre alfa y beta, Rowne giró hacia un estrecho túnel de acceso. Ascendía por una pendiente empinada, el techo discurría en paralelo y terminaba en una pared anodina. Rowne abrió un panel en ella, tiró de una palanca hacia abajo y la pared se elevó hasta el techo, revelando un pequeño compartimento estanco y la escotilla de la cápsula de escape. Rowne giró la rueda de la escotilla, las abrazaderas se soltaron y abrió la puerta. Seguí a Macer al interior de la cápsula. Antes de que Rowne se uniera a nosotros, volvió a accionar la palanca y la pared se deslizó hacia abajo mientras cerraba la escotilla.

Con un golpe sordo, el metal nos aisló del resto del complejo. El sonido del monstruo que nos perseguía se tornó casi inaudible. Un profundo suspiro de alivio me estremeció el cuerpo. Apenas el ancho de un cabello lo diferenció de un sollozo.

El interior de la cápsula era estrecho. La sala era circular y el techo era tan bajo que no podías permanecer de pie sin encorvarte. Había cuatro asientos con amarres antigravedad unos frente a otros a lo largo del perímetro de la zona. Los controles estaban en el centro, fácilmente alcanzables desde los asientos, y no dejaban mucho sitio para estar de pie. Teníamos que sentarnos, quisiéramos o no. Rowne y Macer observaban la escotilla con los hombros encogidos por la tensión. Macer y yo habíamos soltado los cortadores de plasma, pero Rowne aún llevaba el suyo. Apuntó con él hacia la escotilla. Un minuto después, tal vez recordando lo poco que había importado que Kren llevara un arma, la bajó de nuevo. Aunque no apartó los ojos de la escotilla en ningún momento.

Los ruidos que emitía el monstruo mientras avanzaba dando bandazos por el pasillo de circunvalación eran menos apagados que antes. Yo volví a

contener el aliento. Ni Rowne ni Macer miraron los controles de la cápsula.

—¿A qué esperamos? —susurré—. ¿Por qué no nos vamos?

—Es inútil —me contestó Rowne—. Ya te lo hemos explicado.

—¡Pero debemos marcharnos! —exclamé en voz baja, esforzándome por no gritar.

—No podemos.

—Entonces ¿nos quedaremos esperando a que nos encuentre? No tenemos escapatoria.

—El suministro de oxígeno de la cápsula es independiente —explicó Macer tratando de mantener la calma—. No hay puntos de conexión entre la cápsula y la estación excepto esa escotilla.

Empecé a comprender. El monstruo no podía alcanzarnos por los conductos de ventilación. Si no sabía que estábamos ahí, estaríamos a salvo durante un rato. Ya tenía el refugio por el que había rezado. Y no me gustaba. A pesar de todo, quería que alguien liberara la cápsula. Pensé que sería mejor arriesgarnos en el vacío. Mejor acabar de esa manera que por la muerte que la abominación tenía reservada para nosotros.

Los pensamientos debieron de notárseme en la cara.

—No estoy preparada para morir —admitió Rowne—. Todavía no.

Apreté la mandíbula y asentí.

Nadie dijo nada más. Los movimientos rastreros, resbaladizos y rasposos del monstruo se aproximaron.

—*¡Salve!* —cantó aquel horror—. *¡Salve! ¡Salve, salve, salve! ¡Transformaos, transformaos, transformaos para el Señor del Destino! ¡Saaaaaaaalve!*

Quise cerrar los ojos y taparme los oídos. Todos mis instintos me urgían a que huyera de aquellos sonidos y oraciones profanos. Me eché para atrás hasta que topé con la pared trasera de la cápsula. Los latidos de mi corazón eran ensordecedores. Sonaba demasiado fuerte. El monstruo me oiría respirar. Oiría mi miedo. Me encontraría.

Estaba más cerca. Daba la impresión de que la escotilla era fina como una telaraña. La bestia era enorme. Debe de llenar las salas que hay más allá, pensé. Ahora era el dueño de la Ligur. Estábamos acorralados, atrapados en una madriguera sin salida.

Me quedé mirando la escotilla y esperé a que las garras rasgaran el metal.

—*¡Aceptad la vorágine del constante cambio!* —gritó el monstruo con un juego de voces. Otra docena de gargantas débiles y agudas aullaron —. *¡Salve, salve, salve, El que Transforma las Cosas!*

El primer juego inició un diálogo solapado.

—*¡Aceptad al Señor del Destino!*

—*¡Recibid su contacto!*

—*¡Recibod su regalo!*

La colosal mole del monstruo se arrastraba y chapoteaba cada vez más cerca. Se detuvo un momento, y comprendí que se encontraba en la entrada del túnel de acceso. Entonces, empezó a moverse de nuevo. Las canciones se fueron desvaneciendo gradualmente.

Mis rodillas cedieron y me desplomé sobre el asiento más cercano. Acepté el breve indulto con gratitud. Vi que los hombros de mis dos compañeros se relajaban, aunque solo un poco.

—Eso nos da algo de tiempo —habló Macer.

—Y hemos aprendido algo en nuestro beneficio —añadió Rowne.

—¿Qué? —pregunté incrédulo.

—No razona bien, si es que razona. No ha subido por la rampa. Vio un pasillo vacío y una pared y siguió adelante.

—Eso ya es algo —afirmó Macer—. Sabemos que podemos escondernos. Aunque no sé durante cuánto tiempo. Debemos destruirlo.

—¿Cómo? —inquirí—. Los cortadores de plasma ya no le hacen ningún daño. ¿Qué tenemos que pueda matarlo?

—Nada —contestó Rowne—. Así que nuestra situación sigue sin cambios. Debemos abandonar la estación.

—Si tenemos suerte y sabemos dónde está, yo podría ventilar ese sector —propuso Macer—. Pero eso no nos sirvió de nada antes, así que a no ser que se os ocurra alguna forma de que vuelva al hangar gamma…

—No tiene por qué ser el hangar gamma —replicó Rowne. Se le estrecharon los ojos a medida que una idea cobraba forma en su cabeza—. Lo que tenemos que hacer es atraerlo hacia el interior de uno de los restos y, después, soltarlo.

—Eso es más sencillo que romper la estación —coincidió Macer—. ¿Qué restos?

—El transbordador —sugerí—. Por si tuviéramos que utilizar la nave colonia.

—Nunca hemos dicho que pudiéramos usarla —replicó Rowne.

—Dijiste que no era imposible.

Ella hizo una mueca, pero Macer asintió.

—Tiene razón —dijo—. Deberíamos mantener varias opciones.

—Muy bien —concedió Rowne—. El *Cardenal Vezayne*, pues. Está en beta. Cerca de aquí.

—¿Cómo vamos a hacerlo? —pregunté.

—Yo tengo que llegar hasta el puente —indicó Macer.

—Pero no puedes hasta que no estemos seguros de que la criatura no te persigue —repuso Rowne—. Así pues, quédate aquí hasta que empiece a perseguirme a mí. Deberías poder oírla.

Me aclaré la garganta.

—A perseguirnos —expresé, con la voz quebrada.

Rowne me miró.

—¿Estás seguro?

Por supuesto que lo estaba. Y por supuesto que no lo estaba. Sabía con toda seguridad que no estaba capacitado para eso. No era apto para el camino que había tomado mi vida. Nunca debería haber estado en el campo de batalla. Nunca debería haber salido del laberinto administrativo, rodeado de escribas y amasijos de pergaminos burocráticos. Pero sobreviví al campo de batalla y conseguí que no cayera la deshonra sobre mí, aunque sufriera por la hipocresía de mis sermones. Estuve donde no debería volver a estar y ya había hecho lo suficiente para sentir vergüenza el resto de mi vida. Desde que liberara el horror, me había comportado con cobardía, incapaz de ayudar, confiando en los demás para salvar mi ridículo pellejo. Ya era momento de parar.

Ya sé lo que estáis pensando, y tenéis razón. No fue el honor lo que me condujo a ese momento. Fue el dolor que sentía cada vez que Rowne me miraba. Yo la quería. No podía soportar pensar que ella ya no me correspondía. Tenía que hacer desaparecer la gelidez de su mirada. Quería que volviera a mirarme como solía hacerlo. Antes, ella creía demasiado en mí y en mi compromiso con mis obligaciones. Ahora, no creía en mí en absoluto.

No había mucho que yo pudiera hacer para combatir al monstruo, pero creía saber cómo hacer que Rowne me mirase de otro modo. Podía

recuperar su amor. Esa sería mi redención. Era, sospecho, la única redención que me importaba.

Sé cómo suena esto. Sé que pensáis que soy ridículo. Os parece que no era el momento para un estúpido gesto romántico. Tal vez. Puede que mi comportamiento estuviera basado en las fantasías que tenía sobre quiénes éramos Rowne y yo en lugar de en los hechos reales. Pero ¿no es eso el amor? ¿No se basa en la idealización? ¿No se supone que vemos la perfección en el ser amado y después, para resultar dignos, no nos esforzamos por convertirnos nosotros mismos en un ideal de perfección?

Hay muy poca luz en la galaxia, debemos luchar con toda el alma para aferrarnos a los tenues rayos que se cruzan en nuestro camino. Pensaréis que soy un necio. Yo pienso que sois unos cínicos. Pienso que nunca habéis amado, no de corazón. De lo contrario, comprenderíais mi necesidad de salvarme salvando a Rowne.

Sí, salvando a Rowne. A eso aspiraba yo. Confiaba en estar dando el primer paso en esa dirección. No me avergüenzo de ello. Es más, me enorgullezco.

—Siendo dos seremos un objetivo más convincente —sugerí—. La bestia no tendrá motivos para no seguirnos y los dos juntos tenemos más oportunidades de sobrevivir.

—Muy cierto —confirmó Macer.

Rowne parecía dudar, pero asintió.

—Entiendo cómo podemos atraerla al interior de la nave —dije—. ¿Cómo volvemos a salir nosotros y la mantenemos allí dentro el tiempo suficiente para que Macer libere el *Vezayne*?

—Cargas explosivas —respondió Rowne—. Entramos, volvemos sobre nuestros pasos y echamos abajo el camino detrás de nosotros. No tenemos que aguantar mucho tiempo.

—En cuanto os vea salir —intervino Macer—, cerraré la puerta exterior.

—Usaremos algunas de las cargas que habíamos preparado para soltar el hangar gamma. Sabemos dónde están.

—Bien —confirmó Macer—. Pues ya todos sabemos lo que vamos a hacer, ¿no?

Rowne ladró una especie de risa.

—No sé tú, pero yo sé lo que vamos a intentar.

—Correr mucho —dije yo—. Eso puedo hacerlo.

Fue mi intento de humor negro. Incluso a mí me pareció soso.

Rowne abrió la escotilla. Pegó la oreja contra la pared cerrada y, después, levantó la palanca que había a nuestro lado. Cuando la pared se levantó, sonó un chirrido, como si hubiéramos hecho sonar un claxon para que la bestia viniera a consumirnos.

—Ahora vendrá hacia aquí corriendo —comenté.

Rowne no me respondió. Avanzamos y Macer cerró la pared y la escotilla tras nosotros. Bajamos por la rampa hasta la intersección con el pasillo de circunvalación, donde nos detuvimos para escuchar. No había nada.

—¿En el otro extremo de la estación? —susurré.

—O justo sobre nuestras cabezas —observó Rowne con gravedad.

Giró a la izquierda. Tan silenciosamente como pudimos, avanzamos poco a poco, atentos a cualquier signo del enloquecedor coro. Dejamos atrás el hangar beta y seguimos adelante hasta llegar a una de las zonas donde Rowne y los demás habían estado trabajando para soltar el hangar gamma de la Ligur. Los servidores, ahora inertes, habían abierto una profunda trinchera en el suelo y a lo largo del muro del pasillo que daba al vacío. Los conductos y los cables habían sido cortados y sellados. La tripulación había llegado a desconectar todos los soportes vitales del hangar antes de que el monstruo escapara. Aún quedaba energía suficiente para la iluminación. Si no, el hangar gamma se habría convertido en un sector congelado y yermo. Me pregunté qué habría pasado si el monstruo hubiera esperado un poco más. Si hubiéramos tenido unas horas más, tal vez el plan habría funcionado. Pero, de nuevo, quizá la bestia había tenido desde siempre la intención de escaparse en el momento en que lo hizo. Es posible que nuestro plan nunca hubiera tenido una oportunidad de éxito.

Deseé que el nuevo plan sí la tuviera.

Rowne se arrodilló junto a la trinchera. Se inclinó hacia abajo y desprendió una carga explosiva del interior, quitándole el cable de detonación remota. Avanzó por el corredor y extrajo otra. Después me pasó uno de los dispositivos. Era un denso prisma metálico de casi un metro de largo. En un lateral había un conmutador y tres botones por debajo de él: rojo, verde y negro.

—¿Has utilizado una de estas en alguna ocasión?

—No.

—El verde activa el explosivo. —Señaló los botones—. El negro cancela. El rojo lo activa con un retraso de diez segundos.

—Comprendido. —La carga de demolición era pesada. Tuve que inclinarme un poco para contrarrestar su peso—. Correr cargando con esto no será fácil —dije.

—Lo sé. Si debemos deshacernos de ellas, lo haremos. Pero mejor no.

—Podríamos colocarlas junto a la entrada del *Vezayne*. Las activamos cuando salgamos.

—Muy bien —aceptó—. Dejaremos la tuya ahí. —Ella era más fuerte que yo y no se lo discutí—. La otra nos la guardaremos para colocarla más hacia el interior de la nave, si podemos.

Asentí.

—Ahora ya solo queda encontrarlo.

Se me había quedado la boca seca. La idea de buscar al monstruo deliberadamente me aterrorizaba.

—Podría estar en cualquier parte.

—Si continúa avanzando por este pasillo, al final volverá a pasar por aquí.

—Si es que lo hace —puntualicé—. Hasta ahora no hemos predicho muy bien sus acciones.

—No —admitió. Miró a ambos lados del pasillo.

—Si da la vuelta, nos cortaría el paso a beta —razoné. Después tendríamos que circunnavegar la Ligur. En un trayecto de esa distancia nuestras oportunidades se reducían a cero.

—Lo atraeremos hacia nosotros. —Rowne se puso en marcha para desandar lo andado—. Lo traeremos hasta donde queremos que llegue. Lo atraeremos con ruido.

«Si es que no lo hemos hecho ya», pensé. Escogí creer que todavía no. Excepto cuando había estado inmóvil en el hangar gamma, el monstruo nunca había dejado de salmodiar. Su himno anunciaba su llegada, el sonido de una flauta espantosa.

Cargados con las bombas de demolición, avanzamos mucho más despacio, aunque también más en silencio. La curva gradual del pasillo parecía infinita, los mamparos que hacían la función de vértebras delimitaban nuestros pasos hacia un camino de hierro que se desvanecía en

la oscuridad. Me esforcé por escuchar la canción del monstruo. Los gruñidos y los chirridos de fondo de la estación me oprimían. Jugaban en nuestra contra, nos ocultaban la proximidad de la criatura. Los trabajos de demolición incompletos alrededor del hangar gamma habían comprometido la integridad de la estación y, cada vez que el casco crujía, yo me imaginaba que eran las pisadas del monstruo.

El pasillo se extendía trazando una eterna curva, por lo que la distancia hasta nuestra meta parecía aumentar a cada paso que dábamos.

«Nos está esperando en algún lugar —pensé—. Nos está siguiendo por las paredes. Nos atacará justo antes de que estemos preparados, porque es una maldición. Es mi castigo. Es la mano del dios oscuro y está aquí para demostrarme, cuando me enfrente a mi perdición, que este dios, al menos, es real».

La desesperanza me perseguía, me echaba el aliento en la nuca. Mantuve los ojos centrados en Rowne. Ella era la razón por la que yo estaba aquí. Por ella yo aún seguía luchando.

«Si sobrevives a esto, cualquier cosa es posible. Gánate su amor de nuevo y todo será posible».

Alcanzar la puerta del hangar beta me supo a victoria. Sin detenerse ni un instante, Rowne abrió el hangar. El chirriante rugido de la puerta en movimiento fue monstruosamente fuerte. Corrimos hacia el interior en dirección al agujero que había en el casco del *Cardenal Vezayne*. Pasamos junto a varias hileras de servidores inmóviles. Rowne había anulado todas las demás tareas durante el intento de extirpar el hangar gamma. Su panel de control estaba a poca distancia del casco, así que se paró un momento junto a él. Los mecadendritos conectaban el panel a una docena de servidores.

—Vigila —me ordenó Rowne, que a continuación dejó el explosivo en el suelo y trepó hasta los controles. Unos momentos después los servidores se pusieron en marcha. Los mecadendritos se replegaron y los servidores convergieron sobre un montículo cercano de desechos. Los taladros y los cortadores de plasma atacaron el metal. Fragmentos de la nave desahuciada cayeron con estrépito al suelo. El escándalo de esa tarea inútil era tremendo.

Rowne descendió del panel de control, recogió la carga de demolición y ambos avanzamos hacia la puerta exterior del hangar beta. Al contrario que con la nave del Space Marine, la apertura de la puerta estaba en el

mayor diámetro del iris. Observamos el umbral que desembocaba en el hangar, dándole la espalda a las enormes y oscuras fauces del *Vezayne*. Tuve la sensación de estar al borde de una inmensa caverna. Si tropezaba hacia atrás, caería a un vacío sin estrellas.

El metal chocó contra el suelo. Los taladros chirriaron. Me latía tan fuerte el corazón que parecía estar compitiendo con el alboroto que armaban los servidores. Rowne dijo algo que no escuché.

—¡Ojalá tuviéramos un comunicador! —repitió.

Asentí. ¿Seguía Macer en la cápsula? ¿Había oído pasar al monstruo? ¿Estaba en el puente? Eso esperaba. Rowne confiaba en su buen juicio. Yo también. Teniendo en cuenta a qué nos enfrentábamos, eso era poca cosa.

Mucho dependía de la suerte. Si Macer tardaba apenas unos segundos más en alcanzar el puente, estábamos condenados. Y no teníamos forma de hacerle saber qué debía hacer.

No oímos la canción del monstruo. El ruido que Rowne había producido para atraerlo era demasiado estridente. Llegó de repente, atravesando a toda prisa el umbral con unos bandazos sinuosos. Nos vio y se estiró hacia atrás mientras sus bocas gritaban «*¡Salve!*» al unísono. Entonces reemprendió su avance en nuestra dirección. Su gélido cuerpo iba aplastando servidores y hacía restallar los brazos en el aire como una tormenta de látigos. Rowne me agarró del hombro para refrenarme hasta que la bestia se decidiera del todo a cargar.

—Ahora —siseó, y ambos nos dimos la vuelta y corrimos.

Una amplia pasarela nos llevó al interior del casco del *Cardenal Vezayne*. Contaba con múltiples bifurcaciones, pues se trataba de una telaraña de hierro que se extendía a lo largo de las cavernas de la colosal nave. Unas cuantas tiras de lúmenes iluminaban los corredores, pero poco más. Estábamos rodeados de señales que indicaban su inmensidad. La nave tenía casi cinco kilómetros de largo. Parecía aún más grande. Pasarelas, escaleras y cables que brillaban débilmente se extendían hacia los fantasmas de los muelles de carga y los rastros de las cubiertas. Era un gigantesco panal de estancias. Las paredes de algunas cavernas estaban intactas. Otras estaban a medio desmantelar. El interior del *Cardenal Vezayne* era un hueco entretejido, una sección del vacío.

Rowne lideró la marcha por la pasarela principal. La carga de demolición me golpeaba la pierna mientras corría con torpeza, como un

insecto suspendido en el espacio negro. Desde detrás nos llegó el rugido del monstruo.

—¡*SALVE, EL QUE TRANSFORMA LAS COSAS!*

Todas las voces estaban en concordancia, cien mandíbulas y tentáculos chillando en éxtasis. El grito resonó por las cavernas del *Vezayne*. Los ecos rebotaban en todas las cavidades. Mitades oscilantes de paredes reverberaron con el alarido. La nave misma pareció unirse a la oración, pues había sido transformada y ahora, con sus formas difusas, podría muy bien ser la catedral de un dios del cambio. La divinidad rugió en el *Cardenal Vezayne* y hundió sus colmillos en mi fe.

La enorme mole de la bestia sacudió la pasarela. Las gargantas profundas ulularon debido a las ansias de la persecución.

Rowne se detuvo en una intersección.

—Deja aquí la bomba —me indicó.

La dejé caer donde me señalaba, sobre otro pasillo estrecho un poco más allá de la intersección.

Miré atrás. A menos de cincuenta metros se distinguía la forma enorme y oscura del monstruo, y se iba acercando. Cuando avanzó por delante de una tira de lumen, le brilló la carne con colores rosados y azulados.

Echamos de nuevo a correr. Liberado del impedimento de la bomba, recobré las energías y gané velocidad. Rowne seguía delante de mí, cargando con el explosivo, y tuve que aminorar el ritmo para no chocar con ella.

El sonido sinuoso se acercaba. La pasarela temblaba con mayor violencia. Rebotaba bajo nuestros pies. La barandilla era un sencillo cable que se enlazaba a unos postes separados diez metros entre sí. Era fácil resbalar, caer entre los postes y hundirse en la oscuridad.

Rowne giró a la derecha en el siguiente cruce. Tuve que agarrarme al cable cuando trepamos hacia la embocadura de un cilindro de unos cuatrocientos metros de diámetro. En la parte superior, unos muros de adamantium dividían el espacio elevándose hasta un techo que ya no estaba allí. Rowne se introdujo con rapidez por la parte derecha, cerca de la curvatura de la pared del cilindro. Yo no sabía qué clase de sala podía haber sido antes. Ahora era una abstracción, una colección de formas metálicas sin sentido, de un único tamaño, que delimitaba el espacio sin un objetivo

definido. Me estaba desorientando, me costaba recordar hacia dónde nos dirigíamos.

Corrimos en línea recta varias decenas de metros y empezamos a cansarnos. El horror nos ganaba terreno. Entonces, Rowne volvió a girar a la derecha a través de un hueco en el cilindro y enfiló otra oscilante pasarela de vuelta hacia el camino principal. Cuando alcanzamos la primera pasarela, ella se detuvo.

—Sigue adelante —me ordenó—. Aquí es donde le impediremos el paso.

Di unos pocos pasos y dudé. Ella se había agachado y había accionado la carga. El monstruo estaba a mitad de camino de la intersección.

—¡Vete! —me gritó.

Yo obedecí. Me dirigí a la salida, pero seguí echando miradas a mi espalda. Ella esperó unos segundos más, y después accionó el detonador. Cuando se levantó para correr, el horror dio un salto hacia delante, apresurándose para atraparla. Todavía en la pasarela secundaria, lanzó un tentáculo y la agarró por el tobillo derecho. La hizo caer. Rowne gritó y se aferró rápidamente a un poste con ambas manos.

Empezó la cuenta atrás de diez segundos.

Me detuve horrorizado.

Estaba demasiado lejos para ayudarla. De veras lo estaba. Si hubiera regresado corriendo, habría llegado justo a tiempo para la explosión.

—*¡Transfórmate!* —gritó el monstruo.

Llegó a la intersección. Todavía no estaba lo bastante cerca de Rowne para agarrarla con las garras. Otro tentáculo se extendió hacia ella.

Habían pasado tres segundos.

La pernera del pantalón de Rowne se disolvió y la carne empezó a chisporrotear. Ella gritó de dolor y de rabia, y tiró del pie con violenta desesperación.

Cinco segundos.

Rowne se arrastró hacia delante con los brazos mientras tiraba con fuerza. El tentáculo se desprendió del pie, llevándose consigo pedazos de carne y la bota de trabajo licuada. Rowne se despellejó el pie y el tentáculo se desplomó sin soltar la piel arrancada.

Siete segundos.

Rowne se levantó, el pie había quedado reducido a un amasijo carmesí. Corrió. Los tentáculos se abalanzaron sobre ella y fallaron.

Nueve segundos.

Las fauces del monstruo parlotearon en confusión, pues su presa había rechazado su regalo. Con un coro de rugidos, se lanzó en persecución de Rowne.

La carga de demolición explotó.

El resplandor iluminó el interior del *Vezayne* con un cegador color naranja. Envolvió al monstruo y desintegró secciones de ambas pasarelas. El monstruo se hundió en las profundidades de la nave. La oscuridad lo engulló, y cantó mientras caía y se perdía de vista, una oración a gritos mientras rebotaba y colisionaba con el esqueleto roto de la nave. Se oyó un impacto más fuerte, en la lejanía, y después nada más. El repiqueteo metálico al caer se desvaneció, pero la canción del monstruo continuó. Los ecos se distorsionaron por la distancia y por el fragmentado interior de la nave, aunque las voces trepaban por las paredes y se retorcían a lo largo de la hueca oscuridad.

La explosión convirtió la pasarela en un látigo metálico. El suelo donde me encontraba, osciló arriba y abajo con gran violencia. Caí contra el cable y me aferré a él para salvar la vida. Rowne se había alejado lo suficiente para salir de la zona de explosión, pero no para llegar a una zona segura. La pasarela se abombó y la lanzó por el aire. Cayó con fuerza, volvió a rebotar y se deslizó hacia atrás cuando la pasarela rota se dobló. El cable se soltó de un puñado de postes y el camino se hundió todavía más. Ella se revolvió en busca de algo a lo que sujetarse. Mientras se veía arrojada al vacío, consiguió aferrarse al extremo de un cable y se quedó allí colgada, oscilando, mientras la mano se iba deslizando por él.

Me afané en llegar hasta ella. Cada paso que daba hacía rebotar y oscilar la pasarela, amenazando con dejarla caer, y yo apenas podía mantenerme en pie.

—¡Aguanta! —le grité, como si ella pudiera decidir no hacerlo—. ¡Ya voy! ¡Te subiré!

Tuve que ir más despacio a medida que se descolgaba la pasarela, hasta que al final me vi obligado a arrastrarme para asegurar cada agarre antes de hacer el siguiente movimiento. Mi avance era lento. La canción

interminable del monstruo se burlaba de mí mientras yo avanzaba centímetro a centímetro por la oscuridad hacia mi esperanza de redención.

Rowne intentó ascender por el cable, pero seguía resbalando y sus movimientos empeoraban las sacudidas.

Llegué al final de la pasarela.

—¡Aquí estoy! —exclamé.

No sabía cómo ayudarla a subir. Mi propia situación era precaria. La pendiente era muy pronunciada, tenía que sujetarme a un poste con ambas manos para evitar resbalarme. No veía la forma de tirar del cable y de Rowne sin caer yo también. Se encontraba más o menos a un metro por debajo de mí y fuera de mi alcance, irremediablemente.

Me miró. No dijo nada.

—Yo… —dije—. Solo… deja que pruebe…

Buscaba en vano.

Rowne hizo una mueca. Realizó otro desesperado intento por trepar por el cable.

Envolví el poste con ambos brazos cuando la pasarela restalló arriba y abajo. Se agitó hacia arriba y le arrancó el cable de las manos.

Cayó en silencio.

—No, no, no, no, no, nooo —gemí.

Oteé la oscuridad. En la parte inferior no había tiras de lumen. Solo había penumbra.

—¡Ligeia! —grité.

«Ligeia, geia, eia», me contestó mi propia voz.

Escuché con atención por si había respuesta. Lo único que se oía era el himno distante del monstruo.

—*¡Salve, salve, salve, El que Transforma las Cosas!*

Voces pequeñas y grandes se solapaban unas sobre otras, ahora al unísono, ahora en contrapunto, ahora en total cacofonía. Creaban el mosaico de una oración que se elevaba de las profundidades. No sabía si estaba trepando o quieto.

—¡Ligeia! —volví a llamarla y escuché de nuevo, pero no recibí respuesta. El demente himno me envolvía. Colgaba del poste inmóvil e inútil, y al final grité—: ¡¿Dónde estás?!

Le grité a Rowne con desesperación, al monstruo con terror y al Emperador en agonía.

—¡¿Dónde estás?!

La desesperación, el terror y la agonía me habían dejado vacío. Me convertí en una cáscara carente de esperanza y de objetivo.

—¡¿Dónde estás?!

Si no recibía una respuesta, me quedaría donde estaba hasta que la oscuridad se me llevara también.

Solo el monstruo me contestó, y su respuesta fue la misma burla, la canción que provenía de todas partes y de ninguna.

—¡¿Dónde estás?!

«Nunca obtendré respuesta», pensé.

Entonces comprendí que el silencio era la respuesta. ¿Dónde estás? En ningún sitio.

No había nadie.

Nunca lo había habido.

Y entonces, desde la negrura y la profundidad, llegó el gruñido del esfuerzo de un ser humano.

—¡Ligeia! —volví a gritar, sintiendo un súbito rayo de esperanza.

—Necesito luz —exclamó.

Luz. Miré atrás siguiendo la pendiente ascendente de la pasarela. Luz. Eso podía dárselo.

—Voy a traer luz —grité a la negrura.

Trepé por la pasarela tan despacio como había bajado. En cuanto llegué a la sección nivelada, me puse de pie. La rudimentaria barandilla no era de fiar, pues el cable se había cortado en un extremo. Caminé con cuidado, tratando de mantener el balanceo al mínimo. La canción del monstruo me persiguió. Me dije a mí mismo que no parecía aumentar de volumen, que no parecía acercarse. Si pensaba otra cosa, perdería la esperanza.

Volví al hangar beta y eché a correr. Examiné las áreas de construcción y los servidores buscando algún tipo de luz que pudiera llevarme conmigo. Las tiras de lumen estaban todas fijadas a las paredes. Pensé en un cortador de plasma, pero dudaba de que aquel rayo extremadamente concentrado le sirviera de mucho a Rowne. Por fin, en el panel de control encontré una linterna sobre un estante de herramientas. La cogí y me apresuré de vuelta al *Cardenal Vezayne*.

El cántico del monstruo se oía más y más fuerte. Me quedé congelado un instante, y después me obligué a seguir avanzando. Los crujidos de la pasarela doblada eran más terroríficos que la primera vez, pero lo conseguí.

Creo que eso cuenta para algo.

Enganché el brazo a modo de garfio alrededor del último poste. Utilicé la linterna para examinarlo detenidamente antes de confiarle todo mi peso. Aún seguía asido con firmeza a la superficie de la pasarela. A continuación, dirigí el haz de luz a la oscuridad. Pasó casi todo un minuto antes de que el rayo diese con Rowne. Había aterrizado sobre una viga unos cinco metros más abajo. La viga tenía más de un metro de anchura, una losa monolítica de metal, pero era un refugio muy pequeño. Si la pasarela se hubiera balanceado ligeramente a derecha o izquierda cuando había caído, no se habría topado con la viga y se habría hundido en la negrura que se extendía más allá del alcance del rayo de luz de la linterna.

Estaba sentada. Alrededor de la pierna había un charco de sangre procedente del pie.

—¿Estás bien? —le pregunté—. ¿Tienes algo roto?

—No estoy segura —me contestó. Movió las extremidades con precaución para comprobarlo—. Puede que una costilla. Me duele todo.

—¿Puedes moverte?

—Creo que sí.

—¿Puedes trepar?

—Qué remedio.

No había nada que yo pudiera hacer desde donde estaba. No podía bajar hasta ella. Y aunque pudiera, no serviría de nada.

—Mueve la luz a mi alrededor —pidió Rowne—. Tengo que ver por dónde debo ir.

Dirigí el haz de luz hacia el punto donde la viga sobresalía de un grupo de más vigas que emergían de un mamparo parcialmente desmantelado. La parte superior de esa aglomeración escalable estaba a un metro y medio de la pasarela.

Rowne miró lo que se extendía ante ella.

—Creo que puedo llegar a esa altura —afirmó.

—¿Y después?

Quedaría justo debajo de la pasarela, y la distancia era demasiado alta para superarla de un salto.

—Usa el cable —me dijo—. Pero espera a que me acerque más.

Sujeté la linterna con firmeza, mientras ella empezaba a trepar. Tenía que atravesar una maraña de metal afilado y la luz no era la adecuada para esa tarea. Las sombras envolvían las ruinas, y ella buscaba los reflejos y las formas que estas sugerían. Se movía con lentitud, embargada por el dolor. El pie izquierdo estaba empapado de sangre. Pero, cogiéndose de un asidero a otro, fue subiendo.

Durante todo el proceso oí el espantoso himno y esperé captar los sonidos del enorme cuerpo en movimiento.

Rowne llegó por fin hasta donde pudo. No estaba lejos de la zona segura. Se encontraba de pie sobre la forma redondeada que señalaba la parte superior del mamparo. Ahora dependía de mí.

La dejé otra vez sumida en la oscuridad mientras me peleaba con el cable. Tiré de él para sacarlo de los postes hasta que reuní unos buenos dos metros. Más que suficiente. Se lo tiré y enfoqué la linterna en su dirección. Mientras se agarraba al cable vi, más abajo, en el extremo del haz, cómo un tentáculo se aferraba a una viga.

—¡De prisa! —grité—. ¡Está subiendo!

Trepó. La pasarela empezó a oscilar de nuevo igual que antes, cuando la había hecho caer. Pero esta vez tenía menos distancia que cubrir.

Abajo, las colosales fauces del monstruo entraron en el haz de luz.

A Rowne se le resbalaron las manos una vez. No podía utilizar los pies para impulsarse, pero se aferraba al cable con una fuerza inusitada y no se cayó. Logró alcanzar la pasarela.

El monstruo canturreaba y trepaba, los tentáculos y los brazos se aferraban al metal y lo propulsaban hacia arriba con rapidez.

Rowne se puso en pie tambaleándose y dio un renqueante paso hacia delante. Le ofrecí mi hombro, le pasé un brazo por la cintura y ambos avanzamos con dificultad por la pasarela corcoveante, mientras el cántico del monstruo se oía cada vez más cerca. Un último tramo; una línea recta hasta la salida y el fin de nuestra prueba.

Estábamos a menos de cuatro metros de la puerta exterior del hangar cuando oímos un rugido, y la pasarela se inclinó hacia abajo con violencia. El monstruo había subido. Las bocas de los tentáculos gorjeaban una canción de bienvenida y las enormes fauces rugían.

—*¡Adorad la transformación! ¡Adorad la transformación! ¡Adorad la transformación!*

—¡Corre! —gritó Rowne.

Se soltó de mí y me empujó.

La salida estaba muy cerca. Corrí a toda velocidad por la pasarela sin pensar en el riesgo. Solo unos pasos más, unos pasos más. Miré atrás. Rowne corría con el rostro retorcido en una mueca de dolor. Detrás de ella se aproximaba el monstruo, tirando del pasamanos con sus extremidades. Su cuerpo seguía nuestro camino como un horrible motor. Las cuatro bocas que tenía al final del largo cuello miraban en nuestra dirección. En pocos segundos nos alcanzaría.

Y no sabíamos si Macer había llegado al puente.

Llegué a la entrada y salté al exterior. Rowne venía justo detrás de mí. Los tentáculos y los brazos del monstruo se estiraban por delante de él, intentando atrapar algo con las garras mientras las bocas circulares de los tentáculos chasqueaban de hambre.

En cuanto Rowne cruzó el umbral, el iris de la puerta se contrajo. El monstruo aulló. La penumbra del *Vezayne* hirvió con el ímpetu de aquella abominación.

—*¡TZEEEEEEENTCH!* —gimió.

Esta vez su oración no fue atendida. La puerta se cerró en el último segundo. Rebanó el extremo de un tentáculo encolerizado. Los ojos que poseía en su longitud parpadearon una vez como respuesta a la conmoción que produjo que la bestia hubiese fracasado. La boca se abrió y, después, el muñón cayó retorciéndose por la rampa que llevaba a la puerta.

Oímos el profundo y pesado rechinar de las pinzas del hangar liberando el *Cardenal Vezayne*. El hangar tembló una vez, después se quedó quieto. El transbordador estaba siendo desamarrado de la Ligur.

Habíamos desterrado el horror en su interior.

Aún quedaba una última cosa que hacer. Había un montón de trozos de metal junto a la rampa. Cogí dos pequeñas láminas metálicas de la parte superior. Atrapé el tentáculo entre las láminas. Con los brazos extendidos crucé el hangar con aquel pedazo hasta el sistema de eliminación de residuos. Una débil burla surgió del tentáculo, un último estribillo del himno del monstruo. Arrojé las láminas y el tentáculo por la abertura. Serían eyectados fuera de la estación hacia el planetoide que había debajo.

Estaba hecho. Había purgado la Ligur de mi pecado.

Los tres nos reunimos en el puente para observar el final. Rowne iba dejando un rastro de sangre tras de sí, pero se negó a ir al centro médico hasta que todo hubiera terminado. Ella y Macer se abrazaron temblando de alivio.

—Has estado muy oportuno —le dijo Rowne.

—Como siempre —sonrió Macer.

—Gracias.

Rowne le apretó el hombro.

Me quedé a unos pasos de distancia, pues yo era un mero forastero frente a años de camaradería.

Nos acercamos a las consolas y Macer apuntó las cámaras exteriores hacia el *Cardenal Vezayne* que partía a la deriva. La pantalla principal alternaba de cámara a cámara conforme la estación rotaba, y el transbordador se iba alejando gradualmente. También lo observamos desde las ventanas de visualización, una figura enorme, sin luz, una colosal tumba hueca.

Macer había mantenido el foco de las cámaras centrado en el agujero que lo había conectado a la Ligur. Se veía al monstruo en las imágenes, una figura granulada de ira congelada. Al principio siguió en la misma posición mientras las imágenes se iban sucediendo, igual de inmóvil que cuando Macer había ventilado el hangar gamma. Después, su cuerpo fue menguando de una imagen a otra.

—Se está desmoronando —dije.

En una imagen se pudo apreciar cómo se le soltaba un tentáculo. En otra, una de las garras. Las cámaras captaron el proceso de desintegración. Fue gradual al principio, pero al final fue acelerándose. El enorme cuerpo permaneció en el umbral de la brecha, y a cada imagen había menos de él que ver. Era una cáscara.

—A ti también te han abandonado —murmuré para mí—. Tu dios te ha abandonado.

Al final no quedó nada. El *Cardenal Vezayne* había sido el fin del monstruo, pero el cadáver había desaparecido.

Macer se recostó en su asiento y lanzó un largo suspiro de alivio. Rowne por fin accedió a ir al centro médico. Era una sala pequeña, apenas mayor que un puesto de primeros auxilios. La naturaleza del trabajo en la

Ligur era tan peligrosa que las heridas podían ser meras minucias o llegar a ser fatales. No había mucho que yo pudiera hacer por Rowne. Le vendé el pie y un ungüento coagulante detuvo la hemorragia.

—Alguien competente tiene que verte esto —indiqué.

—¿Cuántos días faltan para que el *Fuego Disciplinario* venga a por ti?

—Seis.

—Ya veremos si puedo superar la infección hasta entonces. En cualquier caso lo más probable es que pierda el pie.

—¿Hasta entonces? —pregunté—. Te vienes conmigo.

—Sí —me confirmó.

Cuando regresamos al puente, Macer estuvo de acuerdo con su decisión.

—He estado examinando los daños que hemos causado —comentó—. La Ligur es poco sólida. Debemos abandonarla. De todos modos, no podemos continuar con los trabajos, no siendo solo dos.

—¿Ha llegado alguna respuesta a nuestros mensajes? —preguntó Rowne.

—No. No obstante, he enviado otro, informando de lo que ha ocurrido.

No parecía muy contento.

—¿Con cuánto detalle?

—Con todos los detalles que me parecieron necesarios.

—Pero no más —añadí.

—Correcto.

Rowne suspiró.

—Habrá repercusiones.

«Y una investigación», pensé. Y procederían de cuarteles que no serían famosos por su clemencia.

Rowne estaba apoyada sobre el respaldo del asiento de Macer. El esfuerzo que hacía por mantenerse en pie le dejaba blancos los nudillos.

—Tienes que descansar —le aconsejé.

Con el rostro sombrío, me permitió ayudarla a llegar a su cuarto. Cayó sobre la cama con un gruñido.

—Duerme un poco —la animé.

—No sé si despertaré.

—¿Tanto te duele?

—Intento no pensar en ello. —Me cogió de la mano—. Gracias por quedarte allí conmigo —me dijo.

Le apreté los dedos con gentileza. Me dolía el pecho por la intensa felicidad. Ya me había redimido.

—Quédate un momento —me pidió.

Me senté en el catre a su lado.

—Por supuesto.

—Entonces —comentó—, ¿qué vas a hacer ahora?

—Lo que me dijeron, como hacemos todos.

Aunque lo que había dicho era una verdad que la satisfacía, sentí una punzada de culpabilidad por la evasiva. Me alivió que no me preguntara si iría a Aighe Mortis o si aceptaría mi nuevo puesto. Dependiendo del resultado de las investigaciones, podría encontrarme deseando que así fuera. Pero esas preocupaciones parecían abstractas. Solo me interesaba el corto plazo. Nos iríamos juntos de la Ligur. Ese resultado era mejor que cualquier cosa que yo me hubiese atrevido a esperar cuando llegué.

—¿Y qué hay de tus dudas? —preguntó—. ¿Han sido disipadas?

Pensé bien antes de decir nada.

—Puede que sí —contesté—. Lo que ha pasado me ha parecido… —vacilé al intentar hallar la palabra adecuada, y la encontré—. Definitivo.

—Aceptas tu vocación, entonces.

—Sí.

Esta vez la respuesta me salió con rapidez. Era una mentira.

¿Por qué le mentí? Porque esa respuesta era la que ella quería oír. En su estado de agotamiento y dolor, ¿por qué habría de infligirle más pesar? Yo la quería. ¿Por qué no darle todo el consuelo que pudiera?

No os gusta esta respuesta. Creéis que es insuficiente. Tal vez tengáis razón. Estamos siendo honestos, ¿no? Como mínimo debería ser honesto conmigo mismo.

Muy bien, pues. Le mentí y le di ese consuelo, porque no quería que siguiera mirándome como lo había hecho desde que liberé al monstruo. Si le decía en ese momento que sabía, más que nunca, lo inadecuado que era como misionero, habría deshecho todo el bien que había conseguido hacer en el *Cardenal Vezayne*. No estaba seguro de que me hubiera perdonado por mis errores y por las muertes que había provocado. En ese momento, lo que más fresco tenía en el recuerdo era cómo habíamos luchado juntos en el

Vezayne. Cuando estuviera menos agotada, puede que no me considerara con tanta amabilidad. Si estaba en mis manos el poder para recuperar su afecto, pensaba utilizarlo.

La quería. Os lo he dicho. No me importaba nada más. La verdad era valiosa solo si me la devolvía.

—Me alegro —me dijo—. El Emperador te ha dado un regalo. Debes aprovecharlo al máximo.

Los sermones. No podía imaginarme escribiéndolos de nuevo. Antes ya sonaban falsos a mis oídos, hábiles ejercicios basados en una débil convicción o en una ausencia total de ella. Que eran eficaces empeorando las cosas. No me enorgullecía de mis habilidades. Solo me habían convertido en un charlatán con talento.

Pensaba que no volvería a enfrentarme a ese problema. Lo que había visto en la Ligur había consumido mi capacidad de fingir. Intenté imaginarme cómo empezaría un sermón por los muertos en el complejo. Las únicas palabras que me vinieron a la mente fueron los fragmentos de la oración del monstruo.

Me guardé mis pensamientos y tranquilicé a Rowne.

—Si me ofrecen la oportunidad —declaré—, aprovecharé mi don al máximo. Predicaré la palabra de la gloria del Emperador.

—Bien —respondió—. Bien.

Sonrió y cerró los ojos. Se durmió antes de que yo saliera de su cuarto.

—¿Cómo está? —me preguntó Macer cuando volví al puente.

—Descansando. Es fuerte.

—Sí que lo es. Y descansar es lo que todos deberíamos hacer.

—¿La estación no se vendrá abajo mientras dormimos?

—Si lo hace, preferiría que lo hiciera mientras no estoy presente. Pero no, creo que aguantará. No vamos a ponerla más en tensión hasta que llegue el *Fuego Disciplinario*.

—Bien. ¿Puedo hacer algo?

Negó con la cabeza. No parecía arisco, pero no pensé que fuera a apartarse de sus quehaceres para ayudarme a sentirme útil. Se puso en pie.

—Yo me voy a descansar. Tú también deberías.

—Iré en un momento.

Macer salió del puente. Yo me quedé un rato más. Recorrí el círculo de ventanas de visualización y me detuve para observar el *Cardenal*

Vezayne. Ya había vagado a la deriva lo suficiente como para que apenas se distinguiera. Era una sombra más oscura en el vacío.

Salí a caminar por el pasillo de circunvalación con la intención de prepararme para dormir. Estaba agitado por el tacto de la mano de Rowne. Mi mente era un animal nervioso que iba saltando de la alegría al horror, la ansiedad, la culpa y de nuevo otra vez al principio. Traté de no pensar en nada y, cuando eso no funcionó, traté de concentrarme en el rostro de Rowne mirándome con una expresión que yo quería creer que era afecto y perdón.

Nada me funcionaba. Cuando pasé por las fisuras cortadas en el suelo y las paredes junto al hangar gamma y me acerqué a la barricada, el estribillo del monstruo se fue haciendo dueño de mis pensamientos gradualmente. «*¡Salve, salve, salve, El que Transforma las Cosas!*». Esas palabras invadieron mi mente. No podía expulsarlas de ningún modo. Me descubrí a mí mismo siguiendo el ritmo al caminar. «*Salve*» (paso), «*salve*» (paso), «*salve*» (paso), «*El que Transforma las Cosas*» (pausa, luego paso).

—¡Ya basta! —exclamé en voz alta, Y dejé de caminar—. No más.

Decidí quedarme donde estaba hasta sacarme esa canción de la cabeza.

«*¡Salve, salve, salve, El que Transforma las Cosas!*»

—Estás muerto y a la deriva —le dije al monstruo—. Cállate.

Sacudí la cabeza para despejarla.

Entonces me di cuenta de que las palabras no estaban solo en mi cabeza. Las estaba oyendo.

—No —susurré.

Debía de estar equivocado. Era imposible. Petrificado, sin respirar, escuché.

—*¡Salve, salve, salve, El que Transforma las Cosas!*

La oración salía en susurros de todas las rejillas de ventilación. Era muy débil, como si llegase desde una gran distancia. Sentí como si mi aliento helado explotara en el fondo de la garganta y se me erizó la piel.

Hasta las puntas de los dedos me hormiguearon con la conmoción. En el rato en que estuve ahí, paralizado y escuchando con atención, las voces fueron aumentando de volumen. El coro parecía mayor que antes. Había cientos de voces, grandes y pequeñas, alabando a su dios oscuro.

La estación entera se sacudió. El suelo se inclinó primero a un lado y luego, al otro. Perdí el equilibrio cuando el sistema gravitacional de la Ligur

se reajustó tras los repentinos cambios de orientación con respecto al planetoide. La estabilidad regresó y los suelos parecieron horizontales de nuevo.

Sabía que la normalidad era una ilusión. Gimoteé a la espera del siguiente golpe. Volví a toda prisa al puente, las voces sonaban más fuertes. Ahora podía oírlas con claridad.

Macer ya había regresado a su puesto cuando llegué al puente. Rowne entró trastabillando poco después.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber.

—Nos han cortado el ancla —contestó Macer—. Nos alejamos del planetoide a la deriva.

—¿Cómo? —inquirió.

—¡No lo sé! Intento averiguarlo.

—¿No lo oís? —le dije.

—¿Oír qué? —espetó Macer. Entonces se detuvo.

—Oh —soltó Rowne.

—¡No es posible! —exclamó Macer—. ¡Lo vimos morir!

—Eso no importa —repuse—. Está aquí.

Su cántico me golpeó con fuerzas renovadas. El dios del monstruo era muy poderoso si podía convocarlo desde el olvido. Mi fe en el Credo Imperial eran brasas candentes. Me pregunté cuánto tiempo me resistiría a la verdad que esa criatura me ofrecía.

Macer reorientó las cámaras del exterior de la estación dándoles la vuelta para mirar la Ligur. Las pantallas del pictógrafo mostraban la longitud del largo cable del ancla que descendía hasta el planetoide.

—¿Cómo has vuelto a entrar? —Macer profirió un insulto en voz baja —. ¿Cómo has vuelto a entrar?

—¿Qué es eso? —pregunté señalando un conducto junto al agujero de retracción del ancla.

—La desembocadura del sistema de eliminación de residuos.

—¿Qué le pasa? Parece irregular.

Macer frunció el ceño. Amplió la imagen, también las que fueron apareciendo a continuación, y la centró en el agujero. De cerca parecía más que irregular. Su forma cambiaba de una imagen a otra. En una de ellas era más o menos cilíndrica, en otra se asemejaba a unas alas abiertas desgarradas, y después, un racimo de zarcillos oscilantes.

—Eso no es metal —afirmó Rowne—. Eso es carne.

—No lo entiendo —dijo Macer, con la voz más frágil que nunca.

—Arrojé un trozo de tentáculo al sistema de eliminación de residuos —declaré cpn suavidad—. Un trozo pequeño.

Y eso había bastado. Traté de imaginarme cómo ese pequeño trozo de carne se había convertido en lo que estábamos viendo. Me vino a la mente cómo se había disecado y desmoronado el cuerpo del monstruo en el *Cardenal Vezayne*. Recordé cómo había disfrutado al ver al monstruo abandonado por su dios, igual que yo lo había sido por el mío. Me había equivocado. La esencia de la bestia había perdurado. Tal vez su alma, o lo que tuviera en lugar de ella, había salido del cuerpo expulsado y había sido transferida a la porción de tentáculo. Puede que esa carne que se retorcía hubiese bastado para generar un cuerpo nuevo. Desconocía qué proceso había conservado aquel horror. Solo sabía que así había sido. Esto, en verdad, era la obra de un dios. ¿Cómo podía nadie enfrentarse a lo divino?

Simplemente no podía.

Pero yo no quería morir.

—Mirad —nos llamó la atención Rowne—. Se está extendiendo.

Surgieron tentáculos cada vez mayores en círculos concéntricos alrededor del agujero de los desechos.

Nos quedamos unos segundos mirando en silencio mientras las imágenes documentaban lo imposible, aunque innegable.

—Esa cosa está transformando la estación —dijo Rowne.

—O consumiéndola —añadí.

Pensé en cómo Heusen y Kren habían sido absorbidos por el cuerpo del monstruo.

Este proceso parecía ser otra cosa. Mientras Macer se peleaba para extraer más detalles de las imágenes, la naturaleza del peligro que nos acechaba se volvió más clara. No había diferencia entre la estructura de la estación y el cuerpo del monstruo. Eran uno. La Ligur se estaba convirtiendo en parte de la abominación.

Esta vez no habría sitio donde esconderse.

—¿Puedes quemarlo? —preguntó Rowne.

—Eso quiero —replicó Macer—. Pero no creo que pueda.

Los tubos de escape de los motores estaban muy por debajo de las zonas infectadas de la instalación.

—El calor podría resultar efectivo —comentó Rowne.

Nos quedamos mirando las pantallas del pictógrafo y Macer se trasladó al trono de mando. Observamos a la espera del súbito y feroz resplandor de la ignición. No llegó.

—¿Por qué tarda tanto? —inquirí.

—No lo sé —contestó Macer—. Los motores deberían estar en marcha.

—Miradlos —expresó Rowne con la voz saturada de desesperación—. Por el Trono, miradlos.

También estaban infectados. Al principio era difícil de ver. Creo que la monstruosa carne en expansión acababa de llegar a los motores cuando Macer trató de arrancarlos. Ahora se podían ver numerosos tentáculos emergiendo de los tubos. Y después, esos mismos tubos empezaron a cambiar. Se doblaron sobre sí mismos. Para cuando aparté la vista, las imágenes mostraban unas garras enormes en los extremos.

El cántico aumentó de volumen, parecía vibrar en cada pared. Un fuerte temblor recorrió la Ligur. Miré por las ventanas de visualización.

—Debemos marcharnos —advertí—. ¡Debemos marcharnos ya!

El monstruo se desplazaba desde la parte inferior hacia la parte superior de la estación. Su carne provenía de todas partes. De nuestro fracaso en matar a la criatura había surgido algo mucho más poderoso. Ya no tenía forma. Era una amorfa y creciente concatenación de pólipos y ojos, de tentáculos y garras. Tenía todas las extremidades y todos los órganos, y todos fluían juntos, cambiando de una forma a otra en cuestión de segundos. Ojos y bocas eran uno y lo mismo. Las fauces observaban las ventanas de visualización. Los ojos devoraban el metal de la estación convirtiéndolo en carne. Una gigantesca mano agarró el muelle de atraque del remolcador. La estructura colapsó y se disolvió formando músculos. El remolcador comenzó a alejarse a la deriva, pero un pólipo se extendió desde la parte superior de la mano y tiró de él para incorporarlo a la mole mayor.

La Ligur pronto dejaría de existir, y la criatura que la estaba reemplazando nos devoraría.

—Faltan seis días para el rescate —recordó Rowne—. No podemos coger la cápsula.

—La nave colonia, entonces.

La nave colonia y el hangar alfa seguían intactos.

Gamma desaparecía con rapidez. La completa extensión del hangar se retorcía sin cesar. Por todas partes los magullados tonos de rosa y azul se expandían como una mancha de aceite.

Rowne y Macer intercambiaron una mirada.

—Ni siquiera sé si podemos ponerla en marcha —confesó ella.

—¿Qué otra elección tenemos? —indicó él.

—Ninguna —coincidió.

Abandonamos el puente. Los temblores se tornaban más y más violentos, toda la estación estaba siendo sacudida entre las fauces de una bestia gigantesca. Nos dirigimos hacia la desolada esperanza de la *Vientos de Fe*. Rowne se apoyaba en mí. No podía cargar peso sobre el pie izquierdo sin gemir y tambalearse por el dolor. Macer cogió un cortador de plasma por el camino. Lo llevaba como un símbolo, como mi icono del Emperador. Y sería, pensaba yo, igual de inútil.

Los gritos de la bestia atronaban el lugar cuando enfilamos el pasillo de circunvalación hacia el hangar alfa. Ahora era un coro de miles de voces, saludando el cambio, alabando el cambio, dándonos la bienvenida a las glorias del cambio.

—*¡Aceptadlo!* —gritaban las voces en éxtasis—. *¡Aceptadlo! ¡Aceptadlo! ¡ACEPTAAAAADLO!*

Acabábamos de dejar atrás la puerta del hangar beta cuando las paredes empezaron a mutar. La oscura suciedad del hierro dio paso al azul y el rosa del músculo. Las paredes ondearon como cortinas y unas figuras se movieron por detrás de la tensa superficie. Intenté no mirarlas por temor a lo que podría ver. Presioné a Rowne para que avanzara más rápido e intentar adelantarnos a la transformación de la pared. Pero se extendió demasiado de prisa, nos adelantó ella a nosotros, y después se arqueó hasta englobar el techo. Aunque el suelo todavía era de metal, estábamos rodeados de carne palpitante. No pude evitar mirar aquello. En las profundidades de la pared de carne vi emerger los rostros de los tripulantes perdidos como si salieran a la superficie de un estanque. En su tormento articulaban palabras inaudibles.

El hangar alfa parecía estar a kilómetros de distancia. La cápsula de escape estaba más cerca, y se burlaba de mí con su falsa esperanza.

El rostro de Kren rompió la superficie de la carne. Se precipitó desde el techo entre gritos y se colocó ante nosotros, colgando de un cuello largo

y escamoso.

—¡*Aceptaaadlo!* —gritó—. ¡*Aceptadlo, aceptadlo, ACEPTAAADLO!*

Los dientes de Kren se hundieron en el hombro de Macer. Él gritó y trató de quitárselos alejándose del monstruo, pero el cuello se extendía siguiendo sus movimientos y los dientes habían penetrado mucho. Le brotaba sangre profusamente del hombro. La carne empezó a derramarse como la cera de una vela. Macer trastabilló y el rostro de Kren lo empujó contra la pared. Unas manos emergieron y lo agarraron por las piernas.

Macer nos miró con ojos suplicantes. Rowne quiso acercarse a él. Tiré de ella y la arrastré lejos de él. Intentó luchar contra mí, pero en su estado de debilidad yo era más fuerte.

—¡Ayudadme! —suplicó Macer.

Luchaba contra las paredes, pero los zarcillos se habían cerrado sobre él. La espalda ya estaba siendo absorbida por la mole mayor.

—No podemos —le dije y seguí tirando de Rowne.

—¡Suéltame! —me gritó ella—. ¡No lo abandonaré!

—¡No puedes ayudarlo!

Tiré de ella con más fuerza y la obligué a continuar.

El ascendente grito de rechazo y de dolor de Macer nos persiguió. Durante un momento su penetrante horror sofocó la salmodia. Se me clavó hasta la médula y para Rowne casi fue letal. Sentí cómo dudaba mientras arrastraba los pies.

—¡No hay nada que podamos hacer! —grité y nos insté a continuar.

Macer desapareció tras la curva de la pared y el sonido de su grito cambió. Se volvió hueco y, después, amortiguado, como si unas enormes fauces se hubieran cerrado sobre él. Terminó siendo un gorgoteo, como si alguna sustancia le llenase la garganta. Finalmente, solo quedó una vez más la triunfante canción del monstruo.

La estancia se mecía adelante y atrás, haciendo que nos tambaleáramos. La promesa del hangar alfa fue desvaneciéndose. Estábamos a menos de diez metros del pasillo que llevaba a la cápsula de escape, y su espejismo era más tentador a medida que la estación sucumbía a la pesadilla de la transformación.

«Cuatro días —pensé—. Cuatro días».

Ese era el tiempo que los dos aguantaríamos en la cápsula. Tan cerca de la llegada del *Fuego Disciplinario*… Si hubiera alguna forma de

aguantar dos días más, de desafiar a la tiranía de los porcentajes de oxígeno. Pero no la había y yo ni siquiera sabía si la cápsula seguía siendo una cápsula.

Empezaron a oírse unos golpes rítmicos tanto delante como detrás de nosotros. Sonaba como metal clavándose en la carne, una y otra vez, cada vez que el coro gritaba «*¡SALVE!*». Aquel ruido se acercaba desde ambas partes. No sabía si correr más o detenerme, y vacilé.

El origen del sonido se hizo visible en primer lugar a nuestras espaldas. Eran unas enormes fauces que cubrían el pasillo en toda su abertura y que lo convertían en el interior de una garganta. Los dientes eran agujas densamente apiñadas fila tras fila, y tan largas como una pierna. Las mandíbulas se cerraron con un chasquido, los dientes sobresalían por encima y por debajo y rajaron la carne de la boca sin rostro. El icor chorreaba sobre el suelo. La boca se abrió y se cerró de nuevo, la tambaleante e imparable personificación del hambre.

—*¡TRANSFORMAOS!*

Ahora la Ligur gritaba al son de aquellos dientes rechinantes.

—*¡TRANSFORMAOS! ¡TRANSFORMAOS! ¡TRANSFORMAOS!*

La palabra era júbilo y orden.

Seguimos avanzando con gran dificultad unos segundos más y después vimos otro par de mandíbulas que se acercaban desde la otra dirección.

El camino al hangar alfa estaba bloqueado.

Estábamos junto al pasillo de acceso a la cápsula de escape.

Ahí. Esa encrucijada. Esa fue la peor decisión. Ese es el momento que no puedo dejar atrás. Lo repaso constantemente. Lo revivo cada noche. Siento la agonía de aquella decisión con la misma intensidad con la que la sentí entonces. Estará siempre conmigo. Esa es la naturaleza de los puntos de inflexión cruciales.

De verdad, me pregunto si vosotros lo habríais hecho mejor.

Esa fue la decisión. Podía quedarme con Rowne y enfrentarnos juntos a nuestro destino o podía abandonarla y correr hacia la cápsula. Si la alcanzaba a tiempo y solo, tendría oxígeno y provisiones para ocho días, más que suficiente para mantenerme con vida hasta que llegara el *Fuego Disciplinario*.

Amaba a Rowne.

No quería morir.

Rowne y yo nos miramos, y en sus ojos volví a apreciar la condena. No estoy seguro de qué la había emplazado allí. Tal vez pensara que había abandonado a Macer demasiado de prisa. Tal vez me vio sopesando la decisión.

La razón no importa. La terrible condena estaba ahí. Eso es lo que importa.

Si creéis que eso me facilitó tomar la decisión, os equivocáis. Aún era el peor momento de mi vida. Lo que hizo aquella mirada en sus ojos fue dejar clara la decisión correcta.

Yo la quería. Ella no me quería. Entonces, ¿por qué había de morir por ella?

No, no lo habríais hecho mejor. Sé que no.

Sollocé cuando le solté la cintura y aparté el cuerpo de debajo de su hombro. Ella dio un traspié al afianzarse sola justo antes de chocar con la tensa pared. El rostro de Macer apareció debajo de la piel y se quedó mirándola en impaciente agonía.

Rowne me miró en silencio. No suplicó. No dijo nada, tampoco hizo falta. No con aquella terrible mirada.

Noté cómo me ardía la nuca cuando me di la vuelta y corrí. Noté que me perseguía cuando giré por la rampa de la cápsula de escape. El pasillo de acceso estaba empezando a cambiar, pero allí aún quedaba metal en las paredes. Y lo más importante, la pared del compartimento estanco aún no formaba parte del monstruo.

Sentí un rayo de esperanza, aunque apagado por el terror, la pena y la última mirada de Rowne. Aunque ya no podía verla, llevaba esa mirada como una daga clavada en el corazón.

Y todavía la llevo.

—Por favor, por favor, por favor, por favor, por favor —gimoteé.

Abrí el panel y levanté la palanca. No rezaba por la clemencia del Emperador. Puede que rezara por la perversidad de la galaxia. Incluso puede que le rezara al monstruo, pues ahora se había convertido en mi mundo, y en su inmortalidad y su omnipresencia yo estaba lo más cerca de un dios que se pudiera imaginar. Puede que no estuviera rezando. La suerte me favoreció. La pared se levantó y me enseñó la cápsula de escape sin transformar.

Rowne gritó cuando la puerta se levantó. Gritó con furia y con traición, además de con dolor. Me quedé sin aliento al oírla mientras buscaba la escotilla de la cápsula. Me sentí aliviado cuando finalizó el grito y el atronador canto «*¡TRANSFÓRMATE, TRANSFÓRMATE, TRANSFÓRMATE, TRANSFÓOOOOORMATE!*» me estimuló.

Abrí la escotilla, después me giré y tiré de la palanca del interior del compartimento estanco para bajar la pared. Cuando llegó al suelo, el cambio la alcanzó. El metal se convirtió en carne. El horrible rostro de Rowne vino a por mí. Grité, me introduje en la cápsula, cerré de golpe la escotilla y accioné el botón de lanzamiento. La sacudida por la brusca aceleración me lanzó contra la consola de control. Me golpeé la cabeza y caí inconsciente. Estaba indefenso, pero no importaba. Había escapado.

Vosotros no lo habríais hecho mejor.

Me alegro de haber sobrevivido. Si tuviera que tomar la misma elección, haría lo mismo. Pero lamento haberme visto obligado a hacerlo. Yo nunca quise que nada de aquello ocurriera. Lloro a los muertos, especialmente a Rowne. Sus recuerdos viven en mí. En mí llevo sus rostros.

Esto también debería valer para algo.

Debe valer.

Hubo una promesa que no cumplí. Nunca prediqué en la Ligur, como Heusen me había pedido. Si ahora tuviera la ocasión, tendría algo que decir. Mi sermón provendría de mi alma. Hablaría con la fuerza de la convicción, porque ya no tengo dudas. Hablaría de monstruos, del destino y del cambio. Enseñaría el miedo, porque he aprendido su verdadera magnitud.

He aprendido a temer la realidad de un dios verdadero.

He aprendido a temer a El que Transforma las Cosas.

Silencio

PARTE 4

Marrikus se abrió la túnica de un tirón y dejó al descubierto la nuca y el pecho.

—¿Podéis verlos? —graznó—. Yo no puedo verlos, pero los siento. Creía haber escapado, pero… supongo que me equivoqué.

Bajó la mirada para observarse y se desplomó sobre un féretro. Al hacerlo, se oyó un espantoso repiqueteo de campanas y un estridente sonido mitad chirrido mitad silbido.

La mano de Valemar cayó rápidamente sobre su arma cuando un servidor mortuorio surgió repentinamente de la niebla. Emitió con gran estruendo una reprimenda sin palabras y Marrikus se retiró del féretro.

—Hay más —señaló Vendersen.

Valemar se giró. Tenía razón. Salían de la niebla balanceándose sobre aquellas piernas larguiruchas con los sudarios susurrando y las campanas resonando. Los rostros dorados los miraban desde arriba y, de repente, el dolor colmó su cabeza. Trastabilló mientras se sujetaba el cráneo. Parecía que le iba a explotar de un momento a otro. Los servidores estaban ahora hablando entre ellos, haciendo caso omiso a las personas que salían en desbandada bajo sus pies.

Se deslizaban entre los féretros cercanos para comprobar los cadáveres.

Valemar volvió a intentar hacerse con la pistola. Quería dispararles, pero no podía. Solo podía observar cómo retiraban la mortaja más cercana y revelaban…

—Oh —articuló Vendersen con suavidad.

Valemar se dio la vuelta, pero ella ya no estaba allí. Se encontraba sobre el féretro con la carne lacerada y los ojos muy abiertos, observando sin cesar. Valemar retrocedió entre tambaleos y trató de agarrar a Marrikus, pero el misionero también se había ido. Valemar atisbó algo que en otro tiempo podría haber sido un hombre desplomado sobre otro féretro, con la carne retorcida por dentro y en la que varios rostros vagos se contraían. Una sombra cayó sobre él cuando un servidor mortuorio se inclinó en su

dirección, sus ojos rojos penetrando los suyos, igual que había hecho el coronel.

Retrocedió.

—No. No. No, no.

El canto de un féretro se clavó en su espalda. Una garra metálica le apresó la cabeza y lo obligó a volverla. Lo obligó a mirar dentro de sus propios ojos. Dentro del agujero escarlata que había entre ellos, donde el asistente del coronel le había disparado. Quiso hablar para suplicar clemencia, para implorar ayuda, pero ya no sentía al Dios-Emperador a su lado. Solo sentía la fría piedra contra su espalda y el dolor de cabeza que iba en aumento, hinchándose, llenándolo y vaciándolo al mismo tiempo mientras el mundo giraba y giraba.

Y después, por fin, ya no sintió nada.